970.

EL ESPÍRITU NUEVO

LA IGLESIA Y EL SIGLO

TENDENCIAS, CONVENIENCIA Y RAZONES

DE LA

CONCILIACION DE AMBOS

Pastoral del Exmo. Sr. Arzobispo Dr. D. Mariano Soler

CON OCASIÓN DE

EL SOLEMNE HOMENAGE Á JESUCRISTO REDENTOR

EN EL AÑO 1900

MONTEVIDEO

TIPOGRAFIA URUGUAYA DE MARCOS MARTINEZ

BUENOS AIRES ESQUINA MISIONES

1898

270.952
SOLe

EL ESPÍRITU NUEVO

LA IGLESIA Y EL SIGLO

TENDENCIAS, CONVENIENCIA Y RAZONES

DE LA

CONCILIACION DE AMBOS

Pastoral del Exmo. Sr. Arzobispo Dr. D. Mariano Soler

CON OCASIÓN DE

EL SOLEMNE HOMENAGE Á JESUCRISTO REDENTOR

EN EL AÑO 1900

MONTEVIDEO

TIPOGRAFIA URUGUAYA DE MARCOS MARTINEZ

BUENOS AIRES ESQUINA MISIONES

1898

10917 14690

PASTORAL DEL EXMO. SEÑOR ARZOBISPO

SOBRE

El solemne homenaje á Jesucristo Redentor

EN EL AÑO 1900

NOS, EL DR. D. MARIANO SOLER, ARZOBISPO DE MONTEVIDEO POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE, ETC., ETC.

Al venerable clero y fieles de la República: salud en Jesucristo Redentor.

Con inusitada y extraordinaria expectativa aguarda la generación presente la próxima clausura del siglo XIX para entrar en el XX.

Y con harta razón; ya que la renovación de los siglos es un acontecimiento que deslinda las épocas de la historia humana, es una piedra miliar colocada en la gran vía del tiempo recorrido por la humanidad, que se agita y renueva perennemente; y no es posible pasar adelante sin dirigir hácia atras la mirada, como el fatigado viajero despues de un prolongado camino. Y puesto que en el principio de nuestra era, por la que contamos los siglos, se encuentra la divina persona de Jesucristo, de quien toma

el orígen y el nombre, no se puede pasar adelante sin rendirle homenaje como al Rey inmortal de los siglos. De aqui ha nacido la idea felicísima y santa de un *homenaje solemne á Jesucristo Redentor*, idea especialmente encomiada y bendecida por su Vicario en la tierra y con vivo entusiasmo acogida por toda la cristiandad.

A Jesucristo, pues, deben ser rendidos honores inusitados y solemnes como el renovarse de los siglos; universales y plenos como universal fué la Redención por él obrada, y como llena esta la tierra de sus beneficios; vivos y sinceros como viva y real es la necesidad que tenemos de él los individuos y las sociedades; como viva y real es la necesidad de reparar los ultrajes de que ha sido objeto su Nombre, su Divinidad y su ley.

La gratitud es un deber que vincula todas las conciencias; y á nadie es lícito dispensarse de ese deber con el cómodo y fácil pretexto del libre pensamiento ó incredulidad; puesto que no hay persona en el mundo que pueda decir: yo no debo nada á Jesucristo.

Y en verdad, al decir de un notable escritor contemporáneo:

« Los diecinueve siglos transcurridos arrancan de la venida de Jesucristo al mundo, que es el acontecimiento más grandioso que la historia registra en sus anales, pues realizó en la humanidad una transformación completa, no menos en el orden religioso, que en el moral y político, individual y social.

La venida de Jesús señaló á los hombres nuevos rumbos, les abrió nuevos horizontes, fijóles nuevos destinos y fué, en una palabra, la rehabilitación de la humanidad extraviada, que debía volver al goce de sus perdidos derechos.

Al aparecer Jesucristo en medio de los hombres, dando cumplimiento á los vaticinios de los profetas, el mundo sacude el pesado yugo que había sufrido por tantos siglos; se levanta lleno de nueva vida de su humillante postración; abre sus ojos á la nueva

luz que lo ilumina, escucha la doctrina del nuevo maestro, se regenera en la sangre del mismo, y olvidando los siglos transcurridos, no queriendo conservar de esos siglos, que se habían deslizado envueltos en tinieblas, ni el recuerdo siquiera, deja á un lado su cómputo, y comienza uno nuevo, que significa una nueva era, la *era cristiana*.

Sí, pues, Jesucristo, con su obra divina de reparación, ha abierto la serie de los siglos que hoy contamos; si es El principio de los tiempos; justo es tributarle, al terminar este siglo, que está ya en sus postrimerías, el homenaje de un mundo agradecido, y abrir el nuevo cantando un himno grandioso de aplauso, acompañado de fervientes plegarias, al autor inmortal de los siglos. »

Y ¿qué bienhechor de la humanidad podrá compararse con Jesucristo? ¿Dónde están los héroes á quienes fuese extraño todo cálculo humano y toda ambición terrenal?

Sólo Jesucristo nos dió su vida con una total donación y con una generosidad tan divina, que la tierra no pudo dar ejemplo sino en el nombre y por la virtud de Cristo; porque vivió y murió para enriquecernos con los inestimables tesoros de su verdad y de su gracia.

Ante esta figura, única en la historia de la humanidad, enmudecen estáticas las más elevadas inteligencias; y la familia humana, con sólo pensar en ello, queda embelezada, como las muchedumbres de hace diecinueve siglos, al oir la *Buena nueva*, el Evangelio. Ella es simple como la verdad y oportuna como la verdad; no es hecha para las pasiones, para los goces y dolores de ninguna nación, de ningún siglo, sinó siempre antigua y siempre nueva como la verdad; en una palabra, es divina.

Es divina, porque con su maravillosa é inimitable sencillez resuelve los más formidables problemas que atormentan á la humanidad; es la única que, escuchada con respeto, cautiva los corazones más rebeldes, porque está fundada en un amor que la tierra

no conoce ni más ardiente ni más puro; es divina porque está ilustrada con el ejemplo de una perfección que la tierra no vió jamás; divina porque está sellada por el sacrificio supremo de la vida, esperado, deseado y sostenido con la calma y con la dignidad, no solo de un justo, sinó de un Dios.

Sabios, filántropos, filósofos, todos, deben unirse á los creyentes al rendir un homenaje solemne al verdadero Maestro de la humanidad. Individuos y pueblos no se coronaron de gloria sino en su escuela, siendo desventurados siempre que se lanzaron por las vías de aquel falso progreso que consiste, no en levantar los espíritus á la perfección que nos enseñara el Cristo, sino en apartarlos del Cristo.

El pensamiento verdaderamente libre, no esclavo de los prejuicios de la incredulidad, jamás negará á Jesucristo el derecho de ser oído por la humanidad entera, de ser creido y por consiguiente de ser reconocido como el Enviado divino, Hijo de Dios por naturaleza, Dios verdadero. Y así el homenaje de natural gratitud que todos le deben, creyentes y no creyentes, cristianos y filósofos, se eleva á la dignidad de la adoración y engendra el espectáculo sublime de la humanidad entera que, arrepentida de sus prolongados estravíos, vuelve á Dios, su autor y regenerador.

Mas, para que os formeis una idea más exacta y grandiosa del centenario de la Redención, que estamos próximos á solemnizar, vamos á ceder la palabra al eminente orador de la madre patria que recordaba la Redención en las más elocuentes páginas de su juventud (1); pues vienen muy á propósito y serán leidas con admiración:

« Cuando recordamos el gran sacrificio que conmemora el mundo cristiano, y lo mucho que nos resta para llegar á la redención social, prometida en el Evangelio, no podemos dejar de entristecernos, al ver cuán tardíamente caminan las ideas por el mundo.

(1) Emilio Castelar. La Redención el 24 de Marzo de 1864.

Pero cuando ascendemos con el pensamiento á la civilización pasada, y vemos el tormento abolido, la ergástula cerrada, los juegos de gladiadores interrumpidos, rotas las aras donde se consagraba como un dogma la desigualdad humana, destronados los Césares, y escrita en la conciencia con caractéres luminosos la santa idea del derecho; todo por la virtud de la sangre vertida en el Calvario, por la predicación de unos cuantos pescadores del lago de Tiberiades, bendecimos á Dios, que nos fortalece con estas santas y consoladoras esperanzas.

Roma era la dueña del mundo. Sus dioses habían impuesto silencio á las religiones, sus armas esclavizado á los pueblos. Una paz perpétua, codiciada por sus pretores, no conseguida nunca, la rodeaba, al principiar nuestra Era, de religiosa grandeza. Doquier volvía sus ojos aquella sibila coronada de laurel y de verbena, sólo alcanzaba á descubrir esclavos. Los pueblos mismos que, tras las orillas del Rhin y del Eufrates, formaban como dos grandes nubes, en cuyos contornos se descubrían las bandadas de cuervos destinados á caer más tarde sobre el cadáver de la Ciudad Eterna, como aguardando una señal de la Providencia, esos mismos pueblos, tan feroces, parecían dormidos. Roma se entregaba á sus orgías. Las naves de todo el mundo llenaban de trigo su annona; los dioses de todos los templos henchían el panteón; los órdenes de toda la arquitectura clásica se mezclaban en sus edificios; las fieras de todos los climas divertían sus ócios; los gladiadores de todos los pueblos bárbaros enrojecían de sangre sus circos; los embajadores de todas las naciones saludaban á sus Césares; los legionarios de todos los ejércitos guardaban su sueño; y segura de sí misma, ébria de ambición, entregada á sus placeres, creía eterno el dominio que le habían prometido sus oráculos, y que le habian dado sus victorias. Y en efecto, cuántos pueblos, galos, íberos, parthos, egipcios, innumerables, en fin, se opu-

sieron á su dominio, otros tantos cayeron vencidos, más que por las armas de Roma, por su génio. ¿Quién la vencerá?»

Oigase ahora la manera elocuente con que nos muestra á la invencible Roma vencida por los enviados del Cristo.

«Entraban por sus puertas á la sazón unos hombres desconocidos, que hablaban de un solo Dios en medio de tantos dioses, de una sola humanidad en medio de tantas castas, de un mismo ideal religioso, así para el patricio tendido en su triclinio de marfil y púrpura, en una orgía infinita, como para el esclavo que arrastraba sus cadenas por la genmonía, ó iba al expoliario á morir en un estercolero, y á ser despojo de los perros. Aquellos hombres oscuros, tenidos ora por judíos, ora por magos, despreciados generalmente, no oídos de Séneca cuando predicaba moral, no atendidos de Tácito cuando esculpía presagios de muerte sobre las eternales puertas de Roma, aquellos hombres, soldados sin armas, misioneros sin séquito, revolucionarios sin pueblo, iban à vencer el antiguo mundo en medio de sus soberbias victorias; porque tenían aquellos hombres dos grandes virtudes que triunfan siempre; fé en una idea, y fortaleza para el martirio.»

II

Pasa despues á describir con una grandiosidad digna del asunto, cómo se realizó la redención de la humanidad; aunque aun resta mucho que hacer y progresar para cumplir las promesas del Evangelio.

«¿Quién los había conducido á Roma? ¿Era por ventura alguno de aquellos reyes, cuyas visitas costaban la vida, á veces, á trinta mil esclavos, inmolados en las arenas del Circo, en las naumaquias del Apenino? No. Era un pobre jóven que á duras penas

había vivido treinta y tres años. Nacido en la miseria, su vida fué la vida del trabajo, su oficio el oficio de artesano. El mundo agonizaba en el sensualismo, y quiso salvarlo por la idea; el hombre se pudría entre cadenas, y quiso redimirlo para la libertad. A este fin, no llamó á la puerta de los palacios, sinó á las puertas de las chozas; no congregó á los sabios, sinó á los ignorantes; no buscó soldados que supieran matar, sinó mártires que supieran morir. Todo cuanto el mundo habia adorado, poder, riquezas, soberbia, el orgullo sangriento de los déspotas y de los conquistadores; todo lo marcó para eterna ignominia con el sello de su reprobación. Todo cuanto el mundo había menospreciado, la debilidad, la pobreza, la humildad, lo exaltó eternamente con la exaltación de perdurable gloria. Anatematizó á los fariseos, que comerciaban con el nombre de Dios, y abrió las puertas del templo á los paganos. Perdonó al publicano y á la adultera antes que al fariseo. Desdeñó á los emisarios del César y partió el pan con los réprobos del mundo. Anunció el bien para los que padecen, el consuelo para los que lloran. Prometió al hombre el reino de la justicia, y dijo que delante de Dios no hay castas, sinó hermanos, hijos de un mismo padre, partícipes de un mismo espíritu, destinados á un mismo fin. Los aduladores del César vieron que la palabra de aquel hombre sublevaba á las muchedumbres, los fariseos que mataba la antigua superstición, los nobles que destrozaba sus privilegios de casta, los judíos que le quitaba la dignidad privativa del sacerdocio, y le persiguieron, y le acosaron, y le prendieron; y unos le abofetearon, y otros le escarnecieron, y todos le condenaron; y su cuerpo fué tendido en la Cruz, y sus manos y sus piés taladrados por clavos; y sus labios humedecidos por hiel y vinagre y abierto por las lanzas romanas su costado, y nublados con la sombra de la muerte sus ojos; y al exhalar el postrer suspiro, después de haber intercedido por sus propios

perseguidores, y por sus verdugos, con aquel suspiro exhaló de sus cárdenos labios el inmortal aliento que había de anunciar un nuevo espíritu en el hombre, y había de encender el fuego de la caridad en el mundo.

Pero después de diez y nueve siglos de este gran sacrificio, debía haber venido sobre el mundo la redención social. Y sin embargo, aun hay Césares soberbios que se creen mandar á los hombres como un rebaño. Aun la espada de los conquistadores se extiende sobre los pueblos, y los amenaza.....

Aún quedan á la sombra de la Cruz, donde fué exaltada la dignidad humana, los restos malditos de las castas.

Y los que quieren remediar estos males, los que trabajan por redimir á tantos desgraciados, los que quieren la libertad para todas las almas, la igualdad en todos los derechos, la fraternidad entre todos los pueblos, aun son maldecidos y abominados de un mundo que se postra al piè de la Cruz.

Pero no nos maravillemos de esto. Siempre el tránsito de una edad á otra edad ha sido lento y doloroso. Siempre el nacimiento de una nueva idea ha sido cruento. Cuando un principio está asentado y vive, salen de su seno fatalmente todas las consecuencias. Del seno del Oriente nació el monoteismo, del seno del monoteismo, la igualdad religiosa, del seno de la igualdad religiosa, la igualdad civil. Planteado un principio se plantea una série de principios, y sus consecuencias llegan á las últimas esferas de la vida. Las llamas de las hogueras avivan las ideas. Los mártires son los soldados que ganan con su muerte la fortaleza invisible del espíritu del siglo. Su persecución contra las nuevas doctrinas inspira el frenesí de la fé, que á su vez obra los milagros de la redención. El poder que se opone á la igualdad del derecho, morirá como murió el poder romano, que se oponía á la igualdad religiosa. ¿Creeis que viven nuestros enemigos vida muy robusta? La monarquía

absoluta ha caido; la aristocracia conserva sus títulos, pero ha perdido sus privilegios; y el pueblo sube cada día una grada de su trono. Como la física ya no es sospechosa de magia, ni la filosofía de impiedad, la democracia no es sospechosa de perturbadora y anárquica. Los mismos que la han rechazado la invocan; los mismos que la persiguen la preparan; los más empedernidos de sus contrarios, conciben qne es la consecuencia de toda civilización cristiana.»

Y después el orador termina invitando á saludar el día aniversario de la Redención con la misma elocuencia y con frases tales que parecen pensadas exprofeso para entonar un himno al próximo centenario de Jesucristo Redentor:

«Saludemos, pues, en nombre de la democracia el recuerdo de este día, primero de una era, de una edad, de una nueva fé, de una redención universal.

Esperemos que la redención llegue á toda la vida, que nos liberte de toda opresión, al derecho de la herrumbre de todo privilegio, al pueblo de los restos de toda tiranía; que rompa las últimas cadenas del esclavo; que una y confunda á todos los hombres en la santa fraternidad; que encadene el mónstruo de la guerra; y un hosana inmortal de toda la humanidad á su Dios henchirá los cielos, y el reino de la justicia se habrá realizado sobre la tierra; y se habran cumplido las promesas del Evangelio.»

Ahora bien; para que este hosana inmortal de toda la humanidad á su Dios realice sobre la tierra las promesas del Evangelio, es necesario que Jesús renazca en el corazón de todos, en los individuos, en la familia y en la sociedad; que su santo nombre vuelva á ser por todos invocado y bendecido, que su justicia y paz vuelvan á regocijar la tierra, la llenen y circunden como el aire y la luz; hé aquí lo que debe ser la aspiración de todos los corazones en este fin de siglo.

Pero que este siglo no acabe impenitente, sino que

vuelva como el hijo pródigo al seno del Padre, borrando las huellas de su apostasía, y que trasmita al nuevo siglo la franca y resuelta profesión del Evangelio, el amor filial á la Iglesia, y su sincera adhesión al representante de Jesucristo en la tierra.

Así daremos una reparación del siglo XIX, grata á Jesucristo Redentor, para que nos sea propicio en el siglo XX.

Y en verdad que no podía idearse proyecto más feliz que el de cerrar el siglo XIX é inaugurar el XX con una solemne manifestación de gratitud y devoción á Cristo Redentor, como de amor y obediencia á su augusto Vicario.

Sí; un homenaje de gratitud, porque el siglo que muere está coronado sin duda de una luminosa aureola por sus maravillosos progresos materiales, por los cuales debemos ser gratos al Autor de las fuerzas de la naturaleza, al Dador de toda luz, al principio de la civilización y del progreso. Y aun del lado intelectual y moral, si ha sido fecundo en errores y vicios, ha sido también orígen de grandes progresos y de inefables consolaciones.

En efecto, el despertar del sentimiento religioso, manifestado en la propagación de la civilización cristiana, las conquistas en todos los órdenes de las ciencias en favor del cristianismo, el descrédito de las calumnias contra la Iglesia, el ascendiente del Pontificado, las esperanzas del espíritu nuevo, que concluirá con los prejuicios de la incredulidad; el creciente número de las asociaciones católicas y congregaciones religiosas, la admirable unión del episcopado con el centro de la unidad católica; la vuelta de tantos espíritus extraviados, aún de las sectas disidentes, al seno maternal de la Iglesia, y los grandes desengaños de las utopías y teorías adversas al cristianismo, son todos grandes motivos que nos impelen y llevan á dar á Jesucristo Redentor un tributo sincero de gratitud y de devoción.

Por otra parte, es necesaria también una reparación por la aberraciones é injurias que hemos debido deplorar en el decurso de este siglo; pues sin esta reparación el homenaje tributado á Jesucristo no sería completo, dejando desear la mejor parte; puesto que es verdadero progreso moral reparar los desórdenes cometidos.

Y á fin de que esta reparación resulte solemne y digna completamente de la altísima idea concebida, es necesario que de un modo especial se refiera también á la augusta persona del Romano Pontífice; porque ha sido cabalmente contra su Vicario que se ha desplegado la guerra á Jesucristo, por más que el Pontificado haya salido glorioso y triunfante de la lucha, como en siglos anteriores y haya recibido ya el homenaje de de sus contemporáneos en la persona del gran León XIII.

Así que muy sabiamente se ha unido en una sola idea el homenaje de gratitud á Jesucristo y el tributo de amor y de obediencia á su augusto Vicario.

Hé aquí, pues, el gran acontecimiento que se vá á realizar en el mundo entero por iniciativa del Comité internacional establecido en Roma bajo la presidencia honoraria del Emmo. Cardenal Jacobini.

Y en verdad, un siglo que termina es para todos un gran acontecimiento en cuanto que con él se cierra un período de la historia; más para los cristianos es un acontecimiento más solemne aún, porque despierta en los corazones la gratitud hácia la divina redención del género humano, desde la cual se numeran los siglos y los beneficios del progreso y civilización cristiana. Así que no es de extrañarse que, bendecida y aplaudida por el gran Pontífice León XIII, acogida con entusiasmo y cariño por el Episcopado y la cristiandad, se vaya extendiendo rápidamente de uno al otro extremo del mundo la invitación hecha á los católicos por el mencionado Comité para unirse en un solo corazón y en un solo espíritu para un solemne homenaje de gratitud y devo-

ción á *Jesucristo Redentor*, de amor y obediencia á su augusto Vicario; homenaje que será expiación de las culpas del siglo que muere, santificación de sus legítimos adelantos y conquistas y ejemplo benéfico, así como inauguración cristiana, bautismo y consagración del siglo que nace.

Los *medios* que en estos momentos de preparación propone el Comité internacional á los católicos de todo el mundo para conseguir el intento propuesto, son:

1.º Reunir á todos los católicos á fin de que con plegarias y buenas obras imploren del Señor la libertad y exaltación de la Santa Madre Iglesia; la paz y unión del pueblo cristiano, la conversión de los extraviados y disidentes y la gracia de la apertura del *Año Santo* en 1900.

2.º Recoger y acumular por medio de pequeñas y populares ofertas el óbolo del amor filial al Pontífice despojado, é imitando el ejemplo de los peregrinos del Año Santo celebrado por Bonifacio VIII en 1300, depositarlo á los piés del Vicario de Jesucristo, como tributo de fidelidad á la *Cátedra de S. Pedro*, como voto ardiente de ver siempre más estendidos sobre la tierra los beneficios de la Redención.

3.º Promover peregrinaciones á Roma en 1900 de todas partes del mundo para lograr las santas indulgencias, para elevar un himno de gratitud al *Divino Redentor* y *Rey Jesucristo* sobre la tumba de su primer Vicario *San Pedro* y rendir al *Sumo Pontífice* el testimonio de homenaje filial y plena obediencia.»

Hé aquí el magno programa propuesto por el Comité internacional para el solemne homenaje á Jesucristo y su Vicario, que ha de realizarse por todas las Diócesis del orbe católico, adaptándose sin embargo á la índole y circunstancias de cada pueblo y nación.

En cuanto á nosotros, hemos de tomar la parte que nos corresponde como nación católica y civilizada, reservándonos para otra ocasión indicar la manera con que contribuiremos á ese solemne homenaje,

designando desde ya por auto especial el Comité nacional para la Arquidiócesis

II

Por el momento nos hemos propuesto preparar el ánimo de los fieles, haciendo ver como ese acontecimiento ha de contribuir favorablemente para la realización de los votos manifestados por Su Santidad León XIII en la inolvidable y profética Encíclica *Præclara* y empujar el próximo siglo á las conquistas del *Espíritu Nuevo*, del que dependerá su salvación, siendo éste el contingente más grande y benéfico que el espirante siglo XIX legará al próximo siglo XX, haciéndolo grande y glorioso en los anales de la humanidad. Ese espíritu de pacificación preconizado por el inmortal León XIII en la citada Encíclica, trae aparejado en el Espíritu nuevo, la expiación de los antiguos extravíos con la solución de las desinteligencias entre el Siglo y la Iglesia, y así resultará el más espléndido homenaje á Jesucristo Redentor, Príncipe de la Paz y Padre del Futuro Siglo, *Pater futuri sæculi*.

Las palabras que el Comité internacional saca de la Encíclica *Præclara* y pone á la consideración de todos para justificar el homenaje á Jesucristo, tienen en verdad una importancia especial: «El fin del siglo pasado dejó á Europa llena de ruinas y un gérmen fecundo en contínuas revoluciones.

¿Porqué el siglo que vá á espirar no querrá trasmitir como un legado hermoso augurios de concordia con la esperanza de los inestimables bienes que se contienen en la unidad de la fé?»

Estas hermosas palabras del gran Papa, son sin duda, algo más que un puro y simple augurio.

El Jefe de la Iglesia pronunciaba estas palabras con ocasión de su gran Jubileo, como para dar la explicación de aquellas grandes demostraciones de obsequio y afecto, de que acababa de ser objeto su persona y

autoridad, no solo de parte de los católicos sino también de personas y gobiernos no católicos. Las pronunciaba como la conclusión que creía deducir y formular después de un sério exámen de las actuales condiciones religiosas de Europa y del múndo.

Y aunque aquí no existiese una inspiración directa del cielo, hay siempre un alto ejercicio de autorizada é iluminada sabiduría cristiana. Y en verdad; la historia nos enseña que la victoria sucede á las luchas y que la gloria del premio está en proporción de la magnitud de la batalla: así tenemos la paz de Constantino después de la fierísima y última persecúsión de Diocleciano; tenemos el mayor lustre de la autoridad pontificia después de las persecusiones de los emperadores de Constantinopla y las herejías de Oriente; vemos las cruzadas después de los cismas y las guerras de los Enriques de Alemania; vemos el siglo de los santos después de los escándalos de Lutero; el Concilio de Trento después de las vicisitudes triunfantes del protestantismo y por fin el *Kultur Kampf* de Alemania en nuestros dias para hacernos ver como á la persecusión no resisten las sectas, pero sí la Iglesia; como quiera que la empresa del Canciller de hierro demostró que quien intenta introducir la astucia ó la violencia en las creencias religiosas, podrá causar males á las creencias humanas; pero no podrá conmover, sino antes bien contribuirá á demostrar que es más sólida la Religión Divina. Así como la guerra que la incredulidad, hija del filosofismo del pasado siglo, hizo á las verdades reveladas, después de haber servido para confirmar más espléndidamente nuestra fé, demostró que la única Religión verdadera es la enseñada por la Iglesia Católica.

Es con semejante criterio que aplaudimos y deseamos organizar en nuestra Repúblíca el solemne homenaje á Jesucristo Redentor y á su Vicario.

El mundo profano en el interesante año 1900 ostentará sus exposiciones artísticas é industriales y hará bien; pero los creyentes realizarán también una es-

pléndida manifestación de fé y de gratitud á Jesucristo, á quien debe el mundo la civilización y el progreso, de que tanto se gloria.

Lo que nos parece exigir un sério estudio será la elección de los medios mas oportunos para tan solemne circunstancia; y mas que pompas y esplendores deseamos realizar obras de verdadera utilidad espiritual y de verdadera edificación para todos los fieles y aun para los disidentes; pero la ocasión vendrá en la expectativa de mejores circunstancias para la República, como todos esperamos contemplarlas en días muy próximos. Por el momento solo nos hemos propuesto anunciar la grande y feliz idea de celebrar el solemne homenaje á Jesucristo en el próximo siglo XX y preparar el ánimo de los fieles para tan magno acontecimiento; y para que podais formaros idea de cuán hermosas son las esperanzas del futuro siglo, nos hemos determinado á publicar junto con la presente exhortación pastoral un folleto sobre el *Espíritu nuevo,* que no será otra cosa que un comentario de la inmortal Encíclica *Præclara* del gran León XIII, en la que responde al pesimismo de los espíritus apocados con augurios de venturoso porvenir para la Iglesia y el Siglo.

Queremos sin embargo, deciros una palabra compendiosa sobre el mencionado folleto.

Y en verdad; es en preparación al homenaje que el mundo vá á rendir á Jesucristo Redentor, con ocasión del próximo vigésimo centenario de la redención humana y del establecimiento de la civilización cristiana, que hemos creido oportuno publicar ese opúsculo á fin de que nos demos cuenta del momento histórico en que se encuentra el cristianismo en el mundo moderno y los prenuncios de su porvenir en el próximo siglo, que asoma ya en el horizonte de las edades.

Ahora bien; el mundo actual en cuanto se refiere á su civilización en el verdadero sentido de la palabra, lo debe todo al cristianismo, por más que el espíritu

de incredulidad pretenda atribuir las grandes y verdaderas conquistas á la Revolución del pasado siglo. Para demostrarlo vamos á recurrir al más eminente historiador de la civilización moderna, el tan celebrado M. Guizot; hé aquí sus palabras: «Todo lo que hay de verdadero y de bueno en los principios de la Revolución francesa *es cristiano* y ha sido proclamado por el cristianismo; con la añadidura de que este condena y rechaza expresamente todo lo que tiene de falso y de funesto. Y no solamente en esta terrible confusión, el cristianismo proclama el bien y condena el mal en principio; sino que él solo tiene de hecho la autoridad y la fuerza necesarias para dominar el mal sin que el bien perezca también en la lucha.»

En verdad que no podía sintetizarse de una manera más categórica, más exacta y completa el supremo veredicto acerca de las relaciones entre la Iglesia y el Siglo, entre el cristianismo y la revolución; ni podía exigirse una autoridad más competente para pronunciarlo, á fuer de historiador eminente é imparcial; autoridad que, dicho sea de paso, está muy por encima, en cuanto á historia de la civilización y filosofía de la historia, de tantos escritores que al encontrarse con la cuestión religiosa, achacan al cristianismo y á sus adeptos el fanatismo, que les impide ver la grande y sublime misión de la Iglesia al traves de los siglos.

Así pues, según el enunciado veredicto, en el fondo, en lo que tiene de grande, de verdadero y de bueno, *la revolución es cristiana*; esto es, en lo que ha de durar é influir en el porvenir definitivamente, apesar de las rémoras y controversias; y en este fondo de grandor, de verdad y de bondad, comun á la revolución y al cristianismo es en lo que ha de consistir por tanto, la base de conciliación entre la Iglesia y el Siglo, entre el catolicismo y el mundo moderno.

Es innegable sin embargo, que existe en los espí-

ritus confusión y lucha, debida al gérmen de incredulidad é irreligión que caracterizó á los predecesores y corifeos de la revolución francesa; pues bien, hé aquí la misión grande, benéfica y reparadora del *Espíritu nuevo,* cual es acabar, á fuerza de ilustración, de estudios mas profundos é imparciales, con esa triste y dolorosa confusión, gérmen de grandes y perjudiciales divisiones para espíritus y genios que deberían aunarse en pro del bien común y de la verdad, y que aterniza las cuestiones entre filósofos y teólogos con detrimento de la verdad histórica y de la causa de la civilización cristiana.

Toca pues, al Espíritu nuevo acabar con todo lo que, al decir de M. Guizot, tiene de falso y de funesto la revolución; y de seguro que realizará tan alta y augusta misión, en la convicción de que podrá superar todas las rémoras y dificultades, teniendo en cuenta lo que advierte el mismo publicista, que en esta terrible confusión el cristianismo no solo proclama el bien sino que condena el mal en principio.

Por tanto, está garantido el porvenir para la Iglesia y la civilización á pesar de las resistencias que ofrecen inveterados prejuicios contra la religión para la conciliación, que el espíritu nuevo está llamado á vencer en un período más ó ménos próximo; y entónces veremos triunfar lo verdadero y lo bueno que existe de común á la revolución y al cristianismo, como quiera que éste, al decir del citado estadista, tiene también la autoridad y la fuerza necesarias para dominar el mal sin que el bien perezca en la lucha.

¿Qué aliado, pues, más eficaz, podría desear el mundo moderno para sus conquistas y victorias del porvenir en pró de la civilización y del progreso de la humanidad?

Hé aquí, por tanto, las hermosas esperanzas del futuro siglo, que seguramente se realizarán, porque el progreso es una ley de la humanidad bajo la sábia y alta dirección de la Providencia; ley que, al intervenir

en ella la libertad del hombre, puede ser mas ó menos retardada ó acelerada en su cumplimiento; pero que al fin vence; porque Dios no ha abandonado la humanidad al acaso, ni permite que perezca la obra de sus manos, aunque ha puesto sanción para el bien y el mal: *justitia elevat gentes, miseros autem facit populos peccatum;* sin embargo, en su infinita misericordia y sabiduria Dios *ha hecho sanables á las Naciones.*

Sobre todo, cuando inspirándose en el sublime dogma de la providencia alzan al cielo sus miradas, é implorando al Padre comun que está en los cielos, ofrecen á su justicia satisfacción por sus faltas y entonan un himno de acción de gracias por los beneficios recibidos.

Esta gran significación tendrá el solemne homenaje á Jesucristo Redentor, que se prepara á rendirle el orbe católico y el mundo civilizado.

Por eso, amados fieles, esperamos que será notable y cristiana la participación que tomareis en la celebración de tan grande acontecimiento.

Dada en Montevideo el 30 de Setiembre de 1898, fiesta de San Gerónimo, Doctor de la Iglesia.

† MARIANO SOLER,

Arzobispo de Montevideo.

EL ESPIRITU NUEVO

LA IGLESIA Y EL SIGLO

Tendencias, conveniencia y razones de la conciliacion de ambos

« Si el siglo es liberal y progresista, la Iglesia lo es mas y de la verdadera manera.»

PRÓLOGO

El solo título del presente opúsculo revela la importancia del asunto que en él se tratará, importante al menos por ser de suma actualidad; pues está á la orden del dia y es la preocupación suprema, la preocupación de todos los que de veras y con altura se preocupan del inmediato porvenir de la civilización y de la sociedad.

Como en la precedente Pastoral hemos expuesto el ideal y las esperanzas del *Espíritu nuevo*, basándonos especialmente en la autoridad del eminente historiador Mr. Guizot, por más que no sea el inventor de esta fórmula histórica; no necesitamos ahora de un largo preámbulo, ni es necesario advertir que, al dilucidar las razones y dificultades para la conciliación y pacificación entre « La Iglesia y el Siglo », que es el ideal del « Espíritu nuevo »,

abogamos por ellas como una necesidad suprema para los verdaderos intereses de la Iglesia y de la sociedad moderna.

Tan es así, que el ilustre Obispo de Grenoble, Mons. Fava ha sintetizado esta esperanza en el título de su notable opúsculo: «*El Espíritu Nuevo, único remedio para nuestros males.*»

Y en verdad, la esperanza de la gran evolución social por un *espíritu nuevo* no se ha desvanecido con la desaparición del personaje que tuvo la feliz inspiración de inventar la fórmula. Saludada desde sus principios como una palabra histórica, esta fórmula responde muy bien á las aspiraciones de todos los hombres de buena voluntad, para que pueda desaparecer como desapercibida con el esplendor efímero de un simple meteoro; pues ella responde á las exigencias de una época de transición hácia rumbos y direcciones más sensatas de regeneración social, y bien merece la pena de consagrarla como emblema de las preocupaciones contemporáneas, cuando otros arranques y fórmulas, que no valían lo que esta, han hecho fortuna.

El espíritu nuevo, alumbrando con un rayo inopinado los horizontes del porvenir, parece llegar muy á propósito para estimular los deseos y aspiraciones de los hombres de bien, y sobre todo á iluminar sus esfuerzos por la regeneración social al través de las oscuridades de una situación difícil, como son todas las épocas de transición.

En cuanto á nuestra propaganda sobre el espíritu nuevo, queremos citar lo que decía «El Bien»: «La sensación que han producido en nuestro país, los recientes escritos del Ilmo. Dr. Soler, repitiendo el llamado del sábio Pontífice á todos los hombres de buena fé, ha sido igual á la que produjo en todo el mundo la gran Enciclica de la Caridad.

Y sin embargo, tal predicación no es nueva en boca de nuestro Prelado. Los que han leído sus obras saben que las mismas ideas que han tenido tanto eco ahora, habían sido expuestas y sostenidas hace tiempo por él, coincidiendo de una manera halagüeña con la doctrina y la política de Leon XIII, y con la propaganda del ilustre Prelado norteamericano Monseñor Ireland.

Y esa doctrina, que parece nueva é insólita, es la doctrina que el gran Pontifice Leon XIII sostiene desde los tiempos en que, siendo Obispo de Perugia, la expuso en sus Pastorales; y que repitió después con suprema autoridad y sabiduría desde el más alto trono, donde su inteligencia superior se cierne sobre el mundo para dirigirlo hácia el bien.»

El *Moniteur de Rome*, el valiente diario católico que refleja las opiniones del Vaticano, se ocupó tambien de este mismo asunto y hace constar con agrado los halagüeños resultados de la política y la doctrina del gran Pontífice.

«Se nos escribe de todas partes, decia, que las ideas de León XIII ván en progreso constante. «No podríamos creer, nos ha dicho un observador sagaz, con qué potencia irresistible las direcciones del Soberano Pontífice penetran insensiblemente en los corazones, como el aire que se respira, como el pan de que se tiene hambre, como el socorro que todos reclaman. Lo que nos ha traído una nueva fuerza de proyección, es el libro del Pbro. Klein sobre Monseñor Ireland, el ilustre Arzobispo de San Pablo, en Minnesota.

Es el breviario del clero jóven y de los partidarios de nuestra política. Está ya en la sexta edición y el éxito va creciendo. Esta palabra de fuego, este acento sincero, esta fé y esta confianza, obran con magia sobre los espíritus que están ávidos de darse á grandes cosas. Ningún libro ha prestado tantos servicios á la causa como esta colección de discursos, de los cuales el relativo al Cardenal Gibons es una verdadera obra maestra; por mas que algunos refractarios se han metido á criticar, á fastidiar, á reclamar y á gritar al cisma y á la heregía.

Esos discursos son como flechas inflamadas que

entran en las imaginaciones y fijan para siempre la doctrina y la política de León XIII. Si nada detiene esta corriente, la atmósfera intelectual estará pronto muy próxima á ser renovada. »

Se ve, agrega el *Moniteur*, cuan grande es el camino recorrido después de la Encíclica *Proeclara*, y qué efecto considerable han producido sobre los espíritus moderados y en todos los paises, las elocuentes exhortaciones emanadas de Roma.

Las adhesiones que se reciben son innumerables, sinceras y formales...

Esta victoria, una de las mas hermosas de la historia, es debida á la santa obstinación y à la incorruptible conciencia de Leon XIII. Su optimismo y su dulce insistencia han realizado este milagro. Leon XIII ha desplegado un arte tan sencillo y tan profundo á la vez en esta obra histórica, que ha desconcertado en algunas ocasiones al filósofo. Ha marchado delante de él, sin dejarse intimidar por la bulla de las oposiciones. Los grandes hombres de acción deben tener esta potencia de discernir de las cosas que se ofrecen á sus ojos y no ver mas que lo necesario para dirigirse arriba y concentrar en ello el pensamiento. A este precio se llega á ser grande y se persevera en la práctica activa.

Las inteligencias que se extienden pasivamente en todos sentidos y hacen del alma una superficie que refleja habitualmente cada objeto y cada imágen, esas inteligencias, hermosas quizá como espejos, no tienen nunca el filo de la espada. Cuando se despliegan sin cesar para todo y sentir todo á la vez, la voluntad titubea, y por decirlo así, balbucea. La inteligencia de los grandes hombres de acción está sometida á su querer: desde que hay urgencia en un punto, se fija en él, y lo sondea como el relámpago: ella trata entónces de no distraer la energía por perspectivas de lado, reales acaso, pero intempestivas.

Así Leon XIII, en lo que concierne á los ataques de que fué objeto, había tomado el partido de no

preocuparse de ellos, de libertarse de toda emoción penosa á este respecto, y de hacer abstracción total de ella, y lo que él decidió, se realizó. Su inteligencia su sensibilidad, son como una álgebra exacta y estimulante, de la cual su voluntad soberana escoge de antemano los elementos.

Hé ahí por qué Leon XIII ha vencido; he ahí porqué el año de la Encíclica *Præclara* será uno de los mas gloriosos de este Pontificado y del Papado.

Todos los que han tenido el honor de defender esta causa, contarán esa jornada como doblemente llenada, y olvidando los golpes que han recibido, dirán algún día: *Fué una linda batalla* ».

He aquí lo que respondemos á los que extrañaron nuestra propaganda sobre el *espíritu nuevo*.

II

Cuando Spuller aseguró, con grave escándalo de los radicales franceses, que al volver al Gobierno se encontraba con que un *espíritu nuevo* flotaba en el ambiente moral de la Francia moderna, dijo una verdad clarísima, cuya evidencia va siendo mayor cada día.

Y es cosa que debe tenerse presente, la circunstancia de que ese espíritu nuevo surja precisamente cuando es la juventud la llamada á regir los destinos de la nación francesa, desmintiendo así con la irresistible elocuencia de los hechos aquellas sofísticas afirmaciones del racionalismo, á juicio del cual el porvenir era suyo, y la religión católica estaba llamada á desaparecer en breve de sobre la faz de la tierra, por haber cumplido ya su misión.

Esas afirmaciones temerarias del racionalismo han caído ya por los suelos, como tantas otras que abortó la soberbia humana.

A los delirios idealistas de principios del siglo han reemplazado las negaciones desoladoras del positivismo contemporáneo; y la juventud, que no puede

ser tal, sin ser generosa y sentirse dominada por una noble y magnífica exaltación del sentimiento, se ahoga en esa cárcel estrecha en que el alma vive sumida en tinieblas de muerte.

Muchos de los que rindieron pleito homenaje al racionalismo cuando éste no se había dignado descender del gabinete del sabio, se han asustado ante las consecuencias que han nacido de aquellas doctrinas; y si no por amor á la verdad, por cierta propensión artística, como Enrique Heine, y hasta por instinto de propia conservación, han abominado de esas enseñanzas, cuando han llegado al tugurio miserable del obrero, y han visto puesto en sus manos el petróleo, el puñal ó la bomba de los anarquistas.

Cuando se habla de la desmoralización de Francia, y se da por axiomático que allí toda carne ha corrompido su camino, no podemos menos de hacer grandes salvedades, pues no puede existir en la tierra pueblo alguno que no esté sostenido por virtudes muy sólidas, aunque muchas veces muy ocultas.

Y esas virtudes, perfumadas y embellecidas por la modestia, van abriéndose paso, y reformando suave, pero seguramente la sociedad, con mayor virtud y eficacia que los que aspiran á renovarla desde las esferas del poder.

Ese es el caso de Francia. Allí la virtud sencilla, escondida en el hogar de la familia cristiana, ha mantenido constantemente vivo el fuego de la fe, y la luz de la esperanza que de ese fuego brota ha ido extendiéndose de tal modo, que ya hoy sus rayos llegan á muchos hombres que todavía no se atreven á penetrar resueltamente en el templo santo de Dios; pero que comienzan por donde empiezan siempre todos los arrepentimientos sinceros: por detestar el error.

El espíritu nuevo que vá apoderándose de la sociedad francesa, y que irá dando cada día más pujante y vigorosa muestra de su vitalidad, aparece unido, por providencial designio, á la juventud dorada que huye de los viejos radicalismos y noblemente asegura que

la libertad de la conciencia no consiste tan solo, como allí se ha entendido, en la libertad de los incrédulos, sino también en la libertad de los creyentes.

Los viejos, apegados á sus preocupaciones sectarias, se rasgan farisáicamente sus vestiduras cuando escuchan cosas como éstas; pero ya la juventud va comprendiendo que, por el camino por donde ellos marcharon, no se va más que à la disolución, á la anarquía y á la muerte.

Ese espíritu nuevo es como la sanción más solemne de la prudentísima política de nuestro gran Pontífice, que llama con voz de padre á todos los extraviados y á todos los que padecen preocupaciones contra la Iglesia, pero que tienen cierto fondo de honradez moral.

Y como nunca esa honradez es más noble y sincera que en la juventud, en la cual los sentimientos son casi vírgenes, y se ama con más fuerza y vigor el bien, ó lo que se considera como tal, de ahí la trascendencia inmensa de los llamamientos del Santo Padre, y los horizontes luminosos de esperanza que ellos abren ante los ojos del cristiano.

Mal que pese á la Revolución, el espíritu nuevo irá extendiéndose con expansión creciente, y así como penetró en el alma de Julio Simon, y le dictó páginas hermosísimas acerca de la necesidad de expiar los crímenes de irreligión cometidos por la sociedad moderna, otro dia pondrá en labios de un gambetista como Spuller, ajeno á toda confesión religiosa, palabras que levanten protestas de los radicales, y otro dia llevará al lecho de muerte de Carnot palabras de absolución y promesas de vida eterna.

¡Quién sabe si la Francia, que á fines del siglo XVIII difundió por el mundo el espíritu irreligioso y revolucionario, está llamada á ser en el siglo XX la propagadora de un gran renacimiento del espiritualismo cristiano!

III

La prensa católica de Europa refleja constantemente la propaganda de ese espíritu nuevo en el Siglo y en la Iglesia, que tanto alarmó á algunos timoratos al principio, y que hoy se considera ya como la política eclesiástica más sabia y oportuna. Por eso hemos querido hacerla conocer entre nosotros; pues como djio *El Bien*: «A Monseñor Soler le corresponde el honor de haber iniciado en Sud-América la propaganda de esa política eclesiástica del sabio León XIII, en sus discursos del Club Católico.

Las ideas que en esos discursos vertió Monseñor Soler, están de perfecto acuerdo con las del ilustre Pontífice, y en todas partes hallan eco y se reciben con aplauso».

En efecto, en la revista *La Reforme Sociale*, Mr. Angot des Rotours, acaba de publicar sobre este tema un artículo tan bien escrito como bien pensado.

El autor, inspirándose en dos obras recientes *La Iglesia y el Siglo* del P. Klein y *Cartas de un Cura de campaña*, publicadas por Ivés Le Querdec, demuestra que sopla tambien en la Iglesia un *espíritu nuevo*. Y no es que la Iglesia piense en suprimir su Credo, ni siquiera en retocarlo; esto pues no hay que discutirlo.

« Pero si los principios católicos son siempre los mismos é intangibles, pueden y deben desarrollarse como gérmenes vivos, como el grano de mostaza con que el Evangelio compara al reino del Cielo.

Sin tocar las verdades cristianas, ¿no se puede acaso encontrarles nuevos aspectos y sacar consecuencias inadvertidas hasta ahora?

Cuando se habla de progresos del cristianismo, ese progreso débe entenderse, no solamente de su difusión al través del mundo, sino también de la inteligencia menos incompleta de la palabra divina.

¿Se dirá que la Iglesia no tiene necesidad de un espíritu nuevo, porque tiene su Evangelio, siempre antiguo y siempre nuevo. Pero, precisamente porque siempre *es nuevo*, tiene siempre *nuevas* adaptaciones para las incensates transformaciones de los pueblos».

El señor Angot des Rotours advierte que no puede tratarse de tocar al Evangelio ni al Credo; pero el verdadero espíritu evangélico es tan fácil de olvidar, tan difícil de seguir completamente, que se tiene una verdadera impresión de novedad todas las veces que se hacen esfuerzos para aproximarse. En este elevado y puro ideal, nuestra mediocridad nos advierte perpetuamente que sería necesario renacer de alguna manera y que todo consiste en volver á empezar.

La historia interior de cada alma es también la historia de la Iglesia; pero quizás nos hallamos en una de esas épocas en que se hace sentir mas vivamente esa necesidad de renovación y tambien de rejuvenecimiento de los principios inmutables adaptándolos á las nuevas necesidades y separándolos de todo lo que ha sido desgraciadamente confundido con ellos.

«¿En que consistirá, por tanto, el espíritu nuevo en la Iglesia?

Consistirá desde luego en prestar una atención simpática á las tendencias profundas y verdaderamente nobles de nuestro tiempo. Querer ignorarlas y desconfiar de ellas, es dar prueba de una fé tímida, de una inteligencia y caridad mediocres. »

« Yo quisiera, se leé en las *Cartas* citadas, que los cristianos fuesen extraños á todo temor de las cosas nuevas, que mostrasen atrevidamente su entusiasmo por todas las verdades cientificas recientemente adquiridas, por todas las que están á punto de nacer.

Este sería un medio de acercar la Iglesia al siglo y el siglo á la Iglesia.

Pero sobre la cuestion obrera es todavía más fácil á la Iglesia entenderse con el siglo.

« Porque no se puede acusar á la Iglesia de ponerse al servicio de las fortunas más ó ménos honestamente adquiridas, de ayudar á los poderosos para ahogar las legítimas reivindicaciones de los oprimidos.

Más aún; si el respeto creciente de la persona humana es una de las tendencias más acentuadas y más atrayentes de nuestro siglo, por ahí también puede la Iglesia entrar en simpáticas relaciones con él.

En efecto, ¿quién más que la Iglesia predica y practica ese respeto, sobre todo cuando se trata de los pequeños y de los pobres? Y si se piensa que este respeto de la persona humana es el verdadero fundamento de las libertades civiles y políticas, que ellas tienen en él su valor y su nobleza, se presiente cuan fácilmente los católicos podrán asociarse á las sanas aspiraciones de *las democracias contemporáneas*».

La conclusión por tanto, es que siendo el siglo menos mal comprendido, la Iglesia encontrará medios más eficaces de servirlo; así como siendo la Iglesia mejor comprendida adquirirá mayores simpatías. Gracias á esa renovación de inteligencia y de caridad, ella podría cooperar mejor al progreso general y llenar mejor su misión, como más extensamente lo probaremos en el presente folleto.

Por fin, debemos advertir que este opúsculo es una ampliación de las conferencias ó discursos que tuvimos el honor de pronunciar en la tribuna del Club Católico de Montevideo, conteniendo por tanto, partes completamente nuevas.

PRIMERA PARTE

La Iglesia y el Siglo

Idea de su conciliación sin exigirles el sacrificio de ninguna de sus aspiraciones legítimas y grandiosas.—La obra de León XIII: síntesis de su inmortal Encíclica *Proclara*: es el llamamiento más autorizado para la paz y conciliación de los espíritus y de los pueblos.

« La Iglesia y la Sociedad Moderna » es un tema de actualidad y de sumo interés, como quiera que constituye la preocupación de los estadistas y publicistas que mas se interesan por los destinos de la sociedad en el momento histórico que atravesamos.

Yo he escrito una obra sobre esta materia procurando demostrar que existía una corriente, una gran tendencia de conciliación con la Iglesia, conciliacion necesaria para el honor de la civilización contemporánea; y aunque no vengo á reiterar las pruebas en ella aducidas, me propongo confirmarlas de una manera expléndida, porque invocaré autoridades muy grandes en el seno de la Iglesia y del mundo sabio.

« La Iglesia y el Siglo » es el título de un libro que acaba de aparecer con los discursos y conferencias pronunciados por Mons. Ireland, el ilustre Arzobispo de San Pablo en los Estados Unidos. El aplauso que han merecido todas las declaraciones emanadas de Mons. Ireland, las muestras de deferencia recibidas del gran Pontífice reinante y el extraordinario ascendiente que con su talento se ha conquistado,

recomiendan la obra mejor que todos los elogios que pudiera hacer de ella.

Pues bien, cábeme la alta satisfacción de declararos que mi humilde trabajo, en su pensamiento fundamental, queda confirmado por tan notable publicista y tan insigne Prelado de la Iglesia católica. Y para más amplia confirmación se me ha de agradecer que reproduzca algunos pasajes é ideas del sabio sacerdote M. Klein, al exponer los principales caracteres del apostolado ejercido por Mons. Ireland, porque es la exposición categórica de los pensamientos en que se inspiran tantos publicistas católicos que se han preocupado de hacer servir á la gloria de Dios y al bien de la humanidad las grandes fuerzas que agitan al mundo moderno.

Fieles discípulos, dice, del Evangelio, de los Padres de la Iglesia, de sus grandes Doctores y de Leon XIII, tendemos á nuestros contemporáneos una mano lealmente amiga, *con la conciencia de conservar nuestra fè intacta y sin exigirles el sacrificio de ninguna de sus aspiraciones legitimas y grandiosas.*

Entre la Iglesia y el siglo presente, no se trata de concesiones recíprocas, sino de una explicación leal. Si hasta ahora, por una desgracia nacida de enconos irreflexivos, y de acontecimientos que resfriaron las relaciones recíprocas, se han desconocido profundamente, hoy día ha llegado la hora de contemplarse tales como son y hasta de amarse mútuamente.

Y en verdad, ese acercamiento y esa conciliación se hace cada día más evidente y necesaria. La Iglesia tiene necesidad de ella; no precisamente para su existencia y porvenir, sino para el cumplimiento de su misión de caridad, de expansión y salvación social, á fin de ganar esas grandes masas que, al olvidarse de Dios, se degradan y constituyen la gangrena social.

El Siglo tiene necesidad, más necesidad que ella, á fin de no sacrificar el espíritu á la materia, para transformarse sin efusión de sangre, para conservar

al través de la crísis este bien supremo de la humanidad: el respeto de la ley moral.

En este acercamiento solemne, que será el honor de nuestra generación, y que después de tan vanas y dolorosas querellas, conducirá á la explicación franca y al acuerdo cordial entre los mejores hijos de la Iglesia y del siglo, entre los creyentes más dignos del Evangelio y los no creyentes de buena fé ¿á quién pertenece y corresponde tomar la iniciativa? Esta es una cuestión afortunadamente supérflua; pues ¿acaso no es verdad que el mismo interés y solicitud debe decidir y empujar de una y otra parte, á los que tienen sed de simpatías y de acuerdo fraternal, como á los que sienten la urgencia, para resistir al mal que nos invade, de unir todas las energías y de hacer converger hácia la defensa social todos los principios de acción y de vitalidad moral?

Por lo demás, la obra ya está comenzada y no hay necesidad de discutir iniciativas; á pesar de las resistencias pesimistas que es necesario vencer entre los adeptos pesimistas de ambos campos.

Entre las innumerables rémoras que acompañan siempre la marcha de la humanidad, se levanta un grito, el lamento de protesta de los prejuicios. Los adeptos del Siglo más encarnizados en maldecir á la Iglesia, se levantan furibundos, porque con estas explicaciones leales se les arrebata su gran instrumento de reinado y dominación: el engaño y la falacia universal. Los creyentes pesimistas, que no tienen más que maldiciones para el Siglo, y que, segun la expresión de Monseñor Ireland, pretenden hacer remontar el Niágara hácia el Lago Erié, lanzan por su parte profundos suspiros, considerando perdida la religión, porque ésta deja de seguirlos, y que todo se pierde, porque ellos se van.

Por tanto, es necesario hacerse superiores á semejantes lamentos inútiles y perjudiciales, y trabajar con valiente confianza de una y otra parte, cada cual sobre sus adeptos, para disipar las nubes, suprimir las causas de odio y extinguir las discordias.

Entre los no-creyentes sinceros, independientes y esclarecidos, muchos de ellos se han consagrado á esta obra reparadora, haciendo renacer á su alrededor la noción y el sentimiento del deber, del respeto, de la benevolencia y de la admiración por esa gran potencia moral del cristianismo y del pontificado. Al leer la historia, han visto, y han tenido la lealtad de confesarlo, que el cristianismo es el mas poderoso sostèn de la humanidad; al leer el Evangelio han visto, y han tenido el valor de declararlo, que el ideal supremo para la vida como para la doctrina, se encuentran en Jesucristo. ¿ No es, pues, de gran interés social que esos hombres del Siglo continúen de ese modo esparciendo la luz y fomentando la pacificación de los espíritus, la más grande y la mas bella de las obras humanas?

En cambio; para apresurar y llevar el acuerdo entre la Iglesia y el Siglo, se verifica un esfuerzo análogo entre los católicos. El elocuente Arzobispo de San Pablo saluda como grandes iniciadores á esos hombres de genio y de fé, que al terminar del siglo XIX ha suscitado la Providencia para nuestra salvación: Ketteler de Maguncia, Lavigerie de Cartago, Manning de Westminster, Gibbons de Baltimore, y sobre todos el gran Leon de Roma y del mundo.

Y vése aumentar al rededor de tales jefes el valiente ejército de los que se han propuesto como consigna redentora «colgar un puente sobre el valle profundo que separa el Siglo y la Iglesia, y disipar las nubes que ocultan á aquel la verdadera naturaleza de ésta, á fin de dar la Iglesia al Siglo y el Siglo á la Iglesia.

¡La Iglesia al Siglo y el Siglo á la Iglesia! es la más acariciada divisa de Monseñor Ireland, y es la nuestra tambien. Estamos prontos à seguirle y declarar con él: «A pesar de sus defectos y de sus errores, amo á mi Siglo; amo sus aspiraciones y sus enérgicas resoluciones, así como sus grandes industrias y sus asombrosos descubrimientos... Creo que Dios entiende que el presente es mejor que el pasado y el porvenir mejor que el presente.»

Pues bien, para cooperar á la realización de este designio de Dios, que es hacer el presente mejor que el pasado y el porvenir mejor que el presente, nada más eficaz que estirpar los prejuicios que dividen á los hombres; y esto es lo que hace con un celo ilustrado y admirable el Arzobispo de San Pablo; siendo por consiguiente oportuno y saludable multiplicar el eco de su gran pensamiento y de su palabra. Palabra que, como la del Maestro, es espíritu y vida, y constituye quizá el más precioso de los *nuevos tesoros*, que para nuestras nuevas necesidades el Padre celestial tenía en reserva; palabra que debe llegar á cada una de las almas generosas que son dignas de entenderla y oirla, porque les llevará luz y valor, y les persuadirá que el Siglo y la Iglesia, muy lejos de estar en conflicto en la crísis actual, tienen uno y otra las mayores ventajas que esperar de todo lo que puede acrecentar la dignidad humana; y ese acercamiento sincero nos hará discernir lo que es necesario eliminar y lo que conviene adquirir y conservar. Así será un arma de triunfo puesta al servicio de la verdadera religión, de la justicia social, de la ciencia y de todos los progresos.

Ahora bien, estas apreciaciones de la obra de Monseñor Ireland, que he tomado casi literalmente del comentario hecho por el esclarecido sacerdote M. Klein, han tenido el honor de ser confirmadas por el mismo ilustre Prelado en una carta notable, de la cual quiero transcribir los párrafos más importantes, porque encuentro en ellos tambien la aprobación de ideas vertidas por mí en la obra citada. Dice así: «Habeis comprendido completamente el pensamiento que me preocupa. ¡La Iglesia y el Siglo! Hé aquí la divisa de todos los que quieren ganar la victoria, sea para la Iglesia, sea para el Siglo.

En sus grandes ambiciones, que espantan á los miedosos y á los de corta vista, el Siglo busca los dones celestiales que la Iglesia ha recibido de Jesucristo para que los distribuya á la humanidad con

una generosidad divina: (el progreso moral, la civilización, la igualdad, la fraternidad, el bienestar social, las libertades políticas y civiles, el respeto á la dignidad humana, la justicia y la paz social etc.)

El Siglo puede d nominar estos dones con nombres algo extraños, y preguntarse con cierta incertidumbre, bajo qué forma los aceptará; pero en el fondo, y para quien sabe comprenderlo, se trata de los dones que la Iglesia conserva en su seno, y que ninguna otra mano, sino la suya, podrá esparcir y distribuir. ¡Qué la Iglesia, pues, se apresure á enriquecer con ellos al Siglo! Así cumplirá con su propio deber y misión sublime: conducirá el mundo á los piés del Dios desconocido, el Cristo del Calvario. »

La unión íntima de la Iglesia y del Siglo, continúa diciendo Mons. Ireland, es tan deseable para la una como para el otro. Su división y separación, que todos deben lamentar y que constituye la gran desgracia de las almas, sea para la vida presente, como para la vida de ultratumba, es el resultado de malhadadas desinteligencias y prejuicios, que es necesario tener el buen sentido y el valor de hacer desaparecer.

Las iniciativas de conquista hácia la unión, las esperamos de parte de la Iglesia y de parte del Siglo. Sin embargo, que la Iglesia en su gran caridad, sea la primera en la empresa ...

La unión de la Iglesia y el Siglo, hé aquí la condición para la felicidad y para la salvación presentes ».

II

Ahora veamos, cómo ese ideal de paz y unión ha constituido la gran Obra de Leon XIII, que fué coronada con la Encíclica *Præclara*, y que ha sido como la voz de salvación caída sobre un mundo que se agita en la miseria, en la angustia y en la incertidumbre, pero que busca un ideal, porque así no puede vivir.

Y de esta Encíclica puede decirse que es la síntesis luminosa de todas las ideas y de todas las empresas de Leon XIII; apareciendo en la hora propicia, en el momento de una crísis universal, cuando más que nunca teníamos necesidad de luz y de princïpios regeneradores. El mundo contemporáneo reclama grandes caracteres y espíritus elevados, porque atravesamos una época en que las transformaciones producen esas crísis pavorosas de la historia. La agitación se siente en todas partes y la sociedad no encuentra reposo, porque las ideas fundamentales no reglan ya los diversos órdenes de la vida pública.

¿Cuál ha sido, pues, la obra de Leon XIII? Este gran Pontífice tomaba posesión del poder en la hora en que los signos de las metamórfosis sociales aparecían en lontananza, y sintió en su alma la necesidad de un plan magno: conservar, salvar y crear.

Conservar el depósito divino, haciéndolo brillar á la faz del mundo; separar y entresacar de la civilición actual lo que contenía de bueno y fecundo; preparar el porvenir por la renovación de los métodos del pasado, sabiendo presentir los acontecimientos que estaban próximos á sucederse. Este ha sido el papel del gran Pontífice, como la misión del doctor, del estadista y del reformador.

León XIII recuerda suscintamente en la citada Encíclica todos sus esfuerzos, y puede sin falsa gloria señalar ese magestuoso ciclo de Encíclicas en que la doctrina divina se coordina con un encadenamiento riguroso, en donde la síntesis luminosa se une á un análisis sutil y en donde con magistral cultura ha sabido ornar el tesoro de Dios con las magnificencias del arte del hombre.

Y en verdad, jamás obra alguna ha respondido mejor á las condiciones intelectuales del momento histórico.

En nuestros dias, á la vez que se sabe demasiado, nada se sabe. De aquí nacen los equívocos, la falta de precision y exactitud; de aqui las luchas estériles,

los prejuicios, y tambien desgraciadamente la perversión de los espíritus y el choque de sistemas los más contradictorios y extraños. Y sin embargo, cada vez que ha hablado Leon XIII, el mundo ha puesto atención; su gran palabra se insinúa en los espíritus, y si los más tercos no rendían homenaje á la verdad se inclinaban por lo menos ante la lucidez, la franqueza y la nobleza de la exposición; la Iglesia aparecía sobre la cumbre con su grandor y su belleza; y ya no es tachada de enemiga de la civilización, antes bien es su inspiradora y su genio bienhechor.

Pero el Pontificado y la Iglesia no solo tienen la misión de conservar y afirmar la eterna verdad; tienen un papel más elevado quizás, y sin contradicción más difícil y más complejo, cual es el de adaptar los principios inmutables á las condiciones de cada época, con esa sabiduría y esa prudencia que deben caracterizar á los *conductores de los pueblos*. Cada período tiene sus necesidades, sus vicios y sus grandores: transformar los hechos contingentes en vehículos de la verdad y de la justicia; seleccionar de las corrientes históricas los elementos de la verdad y del bien; saber dirigir y encarrilar los movimientos sociales, en lugar de detenerlos con riesgo de provocar las crísis reaccionarias: tal es incontestablemente el deber de un hombre de gobierno y de doctrina á la vez.

Y bien, con esa tenacidad y esa paciencia, que es *la mitad del genio*, ha cumplido el gran Pontífice este noble y gran designio. Estos propósitos de alta política resplandecen al través de todos sus actos y han llegado á su más perfecta expresión en las Encíclicas *Inmortale Dei* y *Rerun Novarum*, en donde el hecho relativo se armoniza con la idea absoluta, en una síntesis tan feliz, que amigos y adversarios las consideran como el triunfo del filósofo y del estadista, en la explicación del problema político-social que es el tormento del siglo presente.

Pero hay más; al reivindicar León XIII para el

cristianismo todo lo que constituye el honor y la fecundidad de nuestra civilización; al trazar á los católicos la medida en la que pueden cooperar á la obra de regeneración y tomar parte en las luchas modernas, ha logrado conciliar y pacificar; ha renovado la atmósfera intelectual, y al transformarla, ha resuelto muchas cuestiones, porque ha sabido plantearlas. Este es el arte ideal, el triunfo del tacto en las grandes situaciones; aquí está el gèrmen del porvenir.

¡El porvenir! Y ¿quién será capaz de barruntarlo? Escapa á los hombres más privilegiados. La Providencia parece que toma la revancha de esos genios que han dirigido durante todo un período la marcha de los acontecimientos, por esas desgracias repentinas de la suerte, por esas crísis extrañas de las cosas humanas, en el momento mismo en que van á pasar á la posteridad. Nuestros tiempos son testigos de esos contrastes y de esos ejemplos dolorosos.

Superior á la vez y mezclada á los movimientos históricos, la Iglesia permanece digna de su misión: ella será mañana lo que ha sido ayer; pero la parte del hombre tiene su intervención propia.

Es necesario preveer y preparar; leer en los acontecimientos y en los espíritus; aprovechar del torbellino de los hechos para imprimir al mundo una dirección que responda de la mejor manera á las necesidades y á las condiciones inmutables del catolicismo. Esta prescindencia de lo que va á acontecer y de lo que conviene obrar, tiene un valor especial en las circunstancias extraordinarias, cuando todo se agita, todo se transforma y todo busca el equilibrio y el descanso. He aquí nuestra época; aquí está su originalidad y su atractivo, al mismo tiempo que sus dificultades y sus peligros.

Sería indisculpable negar que una era acaba y que comienza otra; *el gran dios Pan* de la Revolución francesa ha muerto y no resucitará jamás, porque no se puede retrogradar.

Es la *época social*, la que se presenta imponente y amenazadora.

Solamente los que se renuevan y se adaptan á las nuevas necesidades, se salvarán, y salvarán sus intereses. Volver hácia atrás, al pasado, echándolo de menos como inmutable, es error; es necesario mirar al porvenir. Más ¿en qué consistirá y cómo prepararlo, formarlo y adivinarlo en cierto modo? He aquí el problema; y esta, sin embargo, ha sido la preocupación predominante del pontificado de León XIII.

¿Por què su inteligencia se ha fijado siempre con preferencia en los pensamientos sociales? ¿por què ha apurado todos los tesoros de la paciencia en habituar los espíritus á dirigir su atención y cuidado sobre las transformaciones que se han hecho necesarias? Porque su genio ha presentido que allí estaba el porvenir; que era necesario modelarlo con nuestros propios esfuerzos, en vez de abandonarlo al socialismo, y prevenir los movimientos que arrastran el mundo hácia tumultuosos destinos.

Estos consejos y estas direcciones del gran Papa han perturbardo á veces, á los espíritus timoratos, miedosos, ó los ha dejado perplejos, porque ignoran la naturaleza del presente y no saben presentir el porvenir. Analizando los actos del actual Pontífice bajo este aspecto, se ve que este propósito predomina en toda su obra, tan diversa y armónica á la vez; todo se coordina y todo viene á parar á esta orientación; y la Encíclica *Præclara* es la suprema confirmación de ese ideal salvador de León XIII.

Y en efecto, sus palabras, que son palabras enchidas del espíritu de amor y conciliación, que es el alma y vida de la Religión cristiana, han venido à caer como rocío en este desierto moral del mundo moderno, que tiene sin embargo, hambre de luz, de consuelos y energía social, que solo encontrará en el acercamiento á la gran potencia moral del mundo, la Iglesia.

Este gran Papa, que parece providencialmente destinado á llevar la paz y conciliación á todos los espíritus, aun á aquellos mismos que ciegamente se apartan de las enseñanzas luminosas del cristianismo, llama con amor de padre á todos los hombres de buena voluntad, do quiera que se encuentren, y les exhorta á que, buscando en la Iglesia el centro de unidad y de fuerza moral, se lancen á pelear con los enemigos de la sociedad y del bienestar público, en estos momentos de peligro supremo para la sociedad.

Y la oportunidad del llamamiento del gran Papa no puede ser más propicia para lograr esa union de todos los esfuerzos generosos; porque la sociedad moderna, aterrada por los formidables estruendos que siente bajo sus plantas, enervada y abatida por el pesimismo que pretende ahogarla, y el materialismo que aplasta todas sus fuerzas, volverá sus ojos hácia el faro luminoso del Vaticano, puesto por Dios sobre roca inconmovible para guiar al género humano.

Muchos años hace que el conde de Montalembert aseveraba, con aliento profético, que día llegaría en que la humanidad pidiese á gritos que la sacaran del abismo en que había caído, y acudiría á la Iglesia en busca de consuelo y salvación.

Esos tiempos se acercan; el dolor, el desquicio y la infecundidad evidente de las teorías anticristianas han abierto los ojos á muchas gentes extraviadas; y muchos genios leales, que por antecedentes de educación viven fuera de la Iglesia, empiezan á comprender que sin esta gran potencia moral no se podrá salvar la sociedad

Terminamos haciendo los más fervientes votos para que aunados todos los esfuerzos generosos, podamos trabajar sin odios ni prejuicios por la gran causa de la civilización en aras del amor á la Religión y á la Patria.

Más hé aquí que la suma importancia de la Encí-

clica *Præclara* del gran Leon XIII exige una exposición extraordinaria, dada la importancia de la misma; por tanto, después de contestar á ciertas protestas contra la conciliación de la Iglesia y el Siglo, haremos un exámen particular de ella con la detención que merece tan importante documento pontificio.

Las protestas contra la conciliación

Al ser publicada la anterior conferencia sobre la «Iglesia y el Siglo» no faltaron quienes opusieran contra la conciliación de ambos, ciertas protestas, que ahora creemos necesario tomar en consideración y contestarlas para mayor confirmación de las doctrinas que dejamos expuestas.

Las relaciones de la doctrina cristiana con la civilización histórica, se dice, no serán tan claras como se quiere suponer, cuando todos los siglos han oido enérgicas protestas de hombres de talento contra la acción de la Iglesia en la sociedad; la discordancia misma de una gran parte de filósofos contemporáneos con las declaraciones católicas robustece nuestro derecho á dudar de tan lisonjera conciliación,

Es evidente, en efecto, que no han faltado en ningún siglo protestas más ó ménos enérgicas contra la actitud de la Iglesia en la sociedad: tampoco tratamos de negar el talento de los espíritus divergentes y adversarios de las doctrinas católicas, y confesamos la oposición de una gran parte de filósofos contemporáneos á las declaraciones doctrinales de la autoridad católica; pero nada vemos en todo esto, que pueda oscurecer la claridad de principios y fecundidad de resultados de la doctrina y misión de la Iglesia, para hacer imposible la conciliación.

El talento de los sucesivos autores de la protesta contra la Iglesia, debe suponerse ya, pues, cuanto más grande es el edificio, más fuerzas debe exigir el único conato de su destrucción; al niño que se propusiera arruinar una catedral, nadie le atendería. La robustez, las extraordinarias dimensiones de los combatientes arguyen el poder de resistencia del objeto combatido, que persiste á pesar de los combates.

Tenemos, pues, una protesta de diez y nueve

siglos de fecha, y un sistema que apesar de tan antigua contradicción persiste y se desarrolla. Todavía más, los protestantes contra la Iglesia, han variado los puntos de vista de los combates y hasta los principios en que los fundaban, más la Iglesia ha conservado, al través de los tiempos, de los combates y de las discusiones la unidad doctrinal y moral. Por lo que tenemos á nuestra vista íntegra la doctrina de la Iglesia, y nos hallamos en el caso de examinar y conocer si los que han protestado y protestan contra ella, han edificado algo contra ella, ó sobre ella. No habiéndolo ejecutado sea cual fuere el punto de vista de sus protestas, nada pueden argüir contra el carácter civilizador del catolicismo. Y mucho menos cuando el exámen de este asunto demuestra que los grandes talentos y los notables escritos de los adversarios del catolicismo han servido muchas veces de rémora al desarrollo de las instituciones y de las teorías de la verdadera civilización, en cuyo caso la misma grandeza y constancia de los protestantes de todos los siglos servirá del más irrefutable argumento á la inmensidad del espíritu civilizador de nuestra Iglesia.

Pero ¿deberemos decir que los hombres todos que han protestado contra la Iglesia han sido agentes del oscurantismo y de la decadencia? Nó.

Dos clases de protestantes podemos considerar; los que protestan contra la acción de la Iglesia en la sociedad, aceptando empero, algo del espíritu y de los principios de la Iglesia, y pretendiendo substituir con lo que de la Iglesia se apropian la acción de la Iglesia misma; y los que protestan contra todo el espíritu y todos los principios de la Iglesia. Los primeros, no siempre han llevado la muerte á las instituciones sociales; abarcando una parte de la vitalidad de la Iglesia, han logrado comunicar existencia más ó ménos endeble á sus proyectos, los que, por lo que han participado de la vida católica han vivido tambien, pero una vida raquítica, parodíaca, prestada; ellos han logrado establecer una especie de simulacro de civilización; pero, esta apariencia de civilización nada arguye contra el carácter civilizador del cristianismo; al contrario lo confirma evidentemente, siendo como es, católica toda su vitalidad, y extra-católica su languidez ó deformidad; pero las obras de los protestantes de segunda clase carecen de vida, y no pueden conducir á otra cosa que á la decadencia y anarquía.

Para demostrar la exactitud de estas observaciones, vamos á exponer algunos de los principios que los que protestan contra la acción de la Iglesia se han apropiado de su patrimonio doctrinal.

Desde luego, muchas protestas contra la acción de la Iglesia en la sociedad se han fundado en el deseo de la *libertad de exploración* ó de exámen de la naturaleza y de sus leyes; esta es la pretendida protesta en nombre de la ciencia. Pues bien, esta exploración la Iglesia nunca la ha negado. Suya es la máxima de que *Dios entregó el mundo á la disputa de los hombres*; la exploración de la naturaleza, base fundamental del progreso científico, no puede ser, considerado en absoluto, un principio anticatólico. Ni es lógico apoyar semejante protesta en media docena de hechos, que aunque no vinieran sobrecargados de calumniosas sombras, y andara acorde su realidad con su narración, nada probarían contra la doctrina. Probado que es máxima católica, *el que Dios ha entregado el estudio de la naturaleza á las investigaciones humanas*, el progreso científico ó de las ciencias naturales pierde el derecho á llamarse progreso anticatólico.

Se presenta otra protesta fundada en *la dignidad de la razón humana*; sin embargo esta dignidad está garantida perfectamente por la religión.

Fuera del catolicismo ó se define la razón, ó no se la define. En este último caso, la protesta es puramente negativa, y contra un cuerpo de doctrinas tiene poca eficacia un *no*; en el primer caso, ¿qué defi-

nición dan de la razón, los que protestan contra la Iglesia católica en nombre de su dignidad? ¿La definen superior á la definición de la Iglesia? ¿La presentan mas baja? Sí mas baja, la protesta motivada por cuestión de dignidad es inconsecuente; si mas alta, la divinizan, lo que es absurdo; pero ¿puede haber algo más digno fuera del círculo de la divinidad, que *el sello de la luz de la faz de Dios*, que es, como el catolicismo conconsidera la razón?

En virtud del destello de la luz divina que el catolicismo difundió sobre la frente del hombre, descubre este las bellezas creadas, las relaciones y las leyes de su armonía, conoce el precio de la altísima ley moral y elevándose á la región misma de la divinidad, de la cual procede, ve su existencia y oye su palabra; palabra, que es un misterio como la divinidad misma; y ante lo misterioso de la divina palabra la razón humana, cuya ineficacia para comprenderlo todo, no solo es un dogma sino un hecho incontrovertible, conoce la necesidad de un magisterio que le entere de lo que ella no alcanza por sí misma á comprender; y este magisterio habla á la razón de aquellas cosas que le son desconocidas y oscuras.

Hé ahí pues, la teoría cristiana.

¿Degrada su dignidad la razón porque escucha una voz que le explica lo que por sí misma no puede explicar? ¿Es degradante para el hombre que desea sondear los espacios, el que se le preste un telescopio poderoso para ver más léjos?

El principio de la dignidad de la razón es católico; en el catolicismo la razón es digna por su procedencia, procede de Dios, es hija de Dios; dignísima también por su jurisdicción, pues nada le está vedado; su acción puede extenderse hasta donde alcancen sus fuerzas, y más extensa es aun la jurisdicción de la razón católica que la extra-católica. Esta tiene sus límites en el ateismo ó en el naturalismo, ó en el materialismo; la razón catolica no tiene límites;

donde acaba su región propia encuentra el telescopio de la fé que la remonta, abriéndole nuevos é inmensos horizontes.

Asi toda protesta hecha en nombre de la dignidad de la razón para conciliarse con la Iglesia, no va contra el catolicismo; es el catolicismo el que atendiendo á esta dignidad ha protestado contra el materialismo, que confunde la razón del alma con el polvo del cuerpo; contra el naturalismo que reduce las cosas á los límites de lo visible y de lo palpable, suprimiendo la región de las leyes sabias y previsoras, concretando de esta manera el círculo de acción racional; contra el idealismo, que considera la razón, no como el testimonio veráz de lo existente, sino como un foco de ilusiones, como una fragua perpetua de aparentes fantasmas; contra el racionalismo, en fin, que afirmando la dignidad absoluta de la razón, no afirma en ella los atributos inherentes á la divinidad, como son la omniciencia y la omnipotencia; antes la deja en una región de dilatadas y sucesivas sombras.

La dignidad de la razón depende principalmente de un noble orígen, de un extenso dominio, y de un omnipotente y omniciente auxiliar. La razón católica tiene estas cualidades; y así católico es el principio de la dignidad racional.

Otra protesta ha elevado en nombre de la *libertad humana* para declarar imposible la conciliación entre la Iglesia y el Siglo; pero también es católico este principio. La Iglesia ha dado al hombre dos luces, que jamás se extinguen; la de las leyes del orden universal y la del testimonio de su conciencia. Háblale de la conciencia y legislación universal siempre claro y elocuentemente, de modo que jamás le puede faltar esta palabra conductora, á la que vino á dar nuevo vigor y fuerza persuasiva la revelación. Dentro el círculo de la conciencia, de la legislación y de la revelación, no hay libertad como la de la Iglesia, que convierte en fórmula de un prin-

cipio suyo aquello de la Biblia: *Ubi spiritus Domini ibi libertas.* Y la libertad no puede vivir contra las protestas de la conciencia, pues, en el hombre todo bien es racional, y como la libertad es un bien en el hombre, racional debe ser; y una libertad antipática á la conciencia no sería racional, es por lo tanto imposible; la libertad debe armonizarse con la legislación universal; esta es la que sostiene la armonía de la diversidad material y moral, y no debe haber libertad contra la armonía, al contrario debe ser la libertad del espíritu una nueva manifestación, una de las notas más sonoras del concierto. Estas dos condiciones de la libertad son admitidas por los filósofos todos, excepto por aquellos pocos que merecen y reciben el nombre de anárquicos. El que reconoce la existencia del mundo y de sus leyes, de la sociedad y de su historia, reconoce estas dos fronteras naturales de la libertad, la conciencia individual y la legislación universal.

La iglesia católica por tanto, al circunvalar con una nueva línea el campo de la libertad no restringe este campo.

Más ¿como puede ser que la Iglesia trace un nuevo círculo á la libertad sin restringirla?

Fácilmente se comprenderá, admitido que la libertad humana debe encerrarse dentro las prescripciones de la conciencia y de la legislación, no ofrece dificultad alguna el que la Iglesia trace una nueva circunferencia sin restringir el diámetro de la primera. La doctrina revelada no limita el perímetro dejado por la conciencia y la ley á la acción libre del hombre; encierra la ley y la conciencia dentro su natural circunferencia, alumbrando y manifestando los secretos y las maravillas que entrañan.

La revelación confirma y explica las afirmaciones de la ley; esclarece y consolida las prescripciones de la conciencia. De lo que se deduce que á no ser los anarquistas, que aspiran á la ruina general de las instituciones humanas, sociales y universales, todo el que reconoce conciencia y ley ó sea límites de la libertad, puede aceptar la revelación, y por lo tanto la conciliación con la Iglesia, sin que acepte con ella restricción alguna irracional. La revelación es la explicación de la legislación y la ilustración de la conciencia.

II

Y ¿quién diría que se han formulado protestas en nombre de la fraternidad? Sin embargo no hay principio más católico que el de la fraternidad humana. *Vosotros así orareis*, dijo *Jesucristo* á sus discípulos; *Padre nuestro que estás en los cielos.—Padre nuestro!* si Dios es padre de todos, todos somos hermanos.

La moral cristiana tiene por privilegiado objeto establecer, fomentar y arraigar los sentimientos de fraternidad; no tenemos necesidad de probar esto, pues, no hay página del Evangelio en que no se halle demostrado con evidencia. Teóricamente no hay, ni es posible haya fraternidad más íntima y extensa que la en el Evangelio trazada; las doctrinas democráticas no aventajan en este punto á las teorías evangélicas; y como aquí solo tratamos de doctrinas, no nos incumbe trazar paralelos históricos. Bástanos lo dicho para que se comprenda que las protestas basadas en el principio de la *fraternidad*, se apoyan en una base católica; y por lo tanto nada pueden argüir contra el catolicismo y la conciliación con la Iglesia.

Otra protesta se funda en el principio de *igualdad*, principio que en su única racional y verdadera expresión es tambien católico. Toda igualdad posible está enseñada y hasta practicada por la Iglesia. La igualdad debe principalmente consistir en la identidad de dignidad y de responsabilidad. El catolicismo profesa el dogma de la unidad de orígen de todos los hombres y de todas las razas, y enseña, que el hombre, del cual todos somos hijos, fué criado direc-

tamente por Dios á imágen suya; iguales en orígen, tienen todos igual importancia, igual fin, igual destino; la diversidad solo consiste en el papel que representan en la admirable armonía social.

Respecto á esta armonía social nadie carece de derechos y de deberes; todo hombre debe y acredita; y tan á cuenta tuvo la Providencia no contradecir el dogma fundamental de la armonía, que estableció un equilibrio entre el crédito activo, derechos, y el crédito pasivo, deberes, de cada personalidad y de las diversas personalidades entre sí; en otros términos, existe en todo hombre un equilibrio entre el *debe* y el *haber* de su conciencia; y un equilibrio entre lo que unos á otros hombres respectivamente se deben y acreditan, en términos que cuanto más son los derechos que exaltan al hombre y lo elevan sobre sus semejantes, más son los deberes que le humillan y hácia ellos le inclinan. El catolicismo solventa así el problema de la coexistencia de la igualdad con la diversidad: el derecho absoluto no existe aquí abajo en ninguna parte.

En aquello de Jesucristo á los suyos: *Sed unos, como uno somos con el Padre*, se halla expresado con elocuencia el pensamiento unitario é igualitario de la Iglesia.

Consecuente consigo misma la Iglesia, habla al hijo del príncipe como al del pobre jornalero al recibirle en su seno; á todos da igual bautismo, igual gracia; á todos da igual perdon é igual enseñanza; solo habla diversamente cuando se trata del diverso papel que ha de representar el individuo en el órden social.

Y si el cristianismo establece la igualdad de la dignidad, no establece menos la igualdad de la responsabilidad. La ley, la conciencia, la revelación es una para todos; y uno es el tribunal á que todos han de sujetarse. Es dogma de fé que el género humano se encontrará reunido el dia del juicio, que se llama universal, porque será el dia en que se saldará definitivamente la responsabilidad universal.

Comparada con esta unidad de dignidad y de responsabilidad, pierde su importancia toda divergencia de posición y de ministerio. Por otra parte con diverso nombre y bajo diversos respectos todo sistema al descender al terreno práctico, admite, reconoce y establece divergencias. No hay sociedad sin jefe; las repúblicas tienen su gobierno como las monarquías. La autoridad social debe tener su personificación, y la sociedad que no la tuviera merecería incontrovertiblemente el calificativo de *sociedad desautorizada*.

De lo expuesto se deduce que no puede de manera alguna rechazarse la conciliación con la Iglesia en nombre del principio de igualdad, pues, no es posible igualdad más perfecta que la proclamada por la Iglesia.

Pero tampoco han faltado protestas fundadas en principios económicos.

La rigidez moral de la iglesia católica coarta, segun pretenden, el vuelo del comercio y de la industria, y es necesario quitar á estos dos elementos de prosperidad toda traba. Y bien; no cabe duda que la prosperidad en la industria y el comercio no encuentra oposición alguna en las máximas cristianas. La fidelidad en los contratos, la santidad de los deberes justamente contraídos, el anatema lanzado á la usura y á la explotación de la sangre humana por avarientos móviles, principios son que favorecen el desarrollo de las grandes asociaciones, al paso que protegen los derechos de los débiles.

El desarrollo mercantil, fuente es de prosperidad material, pero esta prosperidad lleva consigo casi siempre un contrapeso, que neutraliza por completo sus ventajas, el pauperismo. No permite, no puede permitir la doctrina cristiana que junto á las colosales fortunas se desarrolle la enorme miseria. Nunca las máximas de la Iglesia autorizarán el engendro del pauperismo por el mercantilismo; autorizándolo, contribuiría al malestar social, que por necesidad ha

de resultar de la explotación del hombre por el hombre.

La industria y el comercio no deben alimentarse de sangre humana; el afecto á las riquezas debe estar siempre algunos grados más bajo que el amor al hombre; por lo que, nada hay que oponer al catolicismo, en nombre del comercio y de la industria; muy al contrario, necesitando el comercio y la industria fidelidad en los contratos y santidad en los deberes, necesitando que su conciencia exija al hombre el cumplimiento de su destino terreno, y declarando el catolicismo pecado capital la *pereza* y virtud excelsa la *justicia*, es claro que ni en nombre del comercio y de la industria, ni de la economía política es sotenible protesta alguna contra la conciliación con la Iglesia.

Y si á estas consideraciones se añade el principio de caridad evangélica, del que la Iglesia ha formado el decálogo de las obras de misericordia, también se encuentra en las enseñanzas del catolicismo la solución para la magna cuestión social como lo ha expuesto Leon XIII en su Encíclica clásica sobre la *Condición de los obreros.*

Queda por tanto, someramente indicado como muchos de los principios en que se apoyan los que contra la Iglesia protestan son principios católicos.

¿Cómo se concibe, pues, que hombres cuyo valer es reconocido ataquen el influjo de una iglesia, cuyos principios reconocen y aceptan?

La aceptación de los principios de la Iglesia es una necesidad. Cuanto más grados de talento abarque el hombre, más se halla convencido de que fuera de aquellos principios no hay propaganda posible. Jesucristo ha ilustrado las inteligencias y elevado los corazones de los hombres todos, así de los que le adoran como de los que se limitan á respetarlo y á admirarlo. La humanidad ha encontrado en el Evangelio lo que le faltaba; despues del Evangelio no hay locura comparable á la del que crea posible enseñar

y establecer la desigualdad de razas, la esclavitud humana, el despotismo político y la reacción retrógada.

Dijo Jesucristo á la humanidad personificada en un paralítico: *levántate y anda*; y desde entónces la humanidad anda sin arrastrarse. Los principios del Evangelio son imprescindibles; y los grandes talentos saben, más aún que los medianos, cuál es la fuerza de lo imprescindible. Vease, pues, cómo se explica la aceptación de los principios de la Iglesia por determinados hombres, que se titulan sus adversarios.

Pero, ¿cómo estas personas combaten sin embargo, su influjo?

Los grandes talentos acostumbran cometer grandes inconsecuencias por sistema y estar servidos por grandes pasiones y ser llamados á proteger grandes intereses. Hé aquí el verdadero motivo de esta anomalía transcendental, que se ve siempre en las personas anticatólicas de algun valer. Combaten por necesidad de sistema el influjo de aquella misma doctrina cuyo prevalecimiento desean y que obtendrian, si triunfaran los principios por ellos mismos invocados; pero semejante anomalía prueba la solidez de la doctrina católica y la indigencia de sus competidores.

Más, sobre todo, dedúcese de las anteriores explicaciones que los principios de la Iglesia no están eliminados ni del espíritu de la época, ni de la vida de nuestrás instituciones; y tan exacto es esto, que consideramos imposible la existencia de las instituciones y de la sociedad misma, tal como está constituida hoy, sin la acción de los sentimientos que la imprescindible aceptación de los principios católicos, produce en la época presente.

¿Cómo, pues, se explica el que la suprema autoridad de la Iglesia haya declarado no haber lugar á reconciliarse con la civilización moderna?

¿Si se entrañan en ésta, principios decididamente católicos, difícil es comprender cómo la Iglesia anatematiza sus propios principios; por lo ménos vése aquí en la Iglesia una anomalía semejante ó igual á la que

se ha hecho oportunamente notar en aquellos que admiten los principios de la Iglesia y combaten el influjo y la conciliación con la misma.

En verdad, es esta la tan ponderada dificultad para la conciliación entre la Iglesia y el Siglo, á la que vivamente deseabamos llegar. Es tan importante que nunca será excesiva la atención que le dediquemos.

Existe en efecto, una civilización basada en la santidad de los principios del Evangelio y enriquecida con los frutos de su constante aplicación en el decurso de diez y nueve siglos; frutos morales, intelectuales, materiales; existe, decimos, y existe naturalmente más rica hoy que ayer, más rica mañana que hoy, pues el tesoro entregado por Jesucristo á la humanidad es inagotable y la mision del hombre es negociar con este inmenso capital, que el Redentor entregó á la humanidad, y cuya depositaria es la Iglesia.

Este progresivo desarrollo y perenne perfeccionamiento del hombre y de la sociedad, bajo el influjo de la Iglesia, se diferencia de aquel otro perfeccionamiento soñado por la escuela del *progreso indefinido* en que, el progreso indefinido acepta la movilidad y adelanto de las doctrinas, el cambio de los principios; y el perfeccionamiento de la sociedad cristiana procede y se basa en una doctrina fija é inmovil; es el fruto de una misma semilla, fruto que es testimonio de la fecundidad que encierra, al paso que confirmación de la unidad de la vida que le anima en las diversas fases de su desarrollo.

De lo expuesto se deduce que esta palabra *civilización moderna* se presta á ser considerada desde dos puntos de vista. Puede considerárselo como la situación de la sociedad constituida hoy por los principios y sentimientos nacidos en el Calvario y propagados por el Evangelio; y entonces es *moderna* solo por los resultados y por su actual existencia; ó bien puede considerarse *civilización moderna* en contraposición á la precedente y fundada en los principios y sentimientos históricos del cristianismo, en cuyo caso es *moderna* en la doctrina y en la moral.

FACULTAD DE TEOLOGIA DEL URUGUAY
MONS. MARIANO SOLER
BIBLIOTECA

Ahora bien; es evidente que toda civilización que proclame una moral y una doctrina diferente de la de Cristo, no puede ser cristiana; por consiguiente la civilización moderna anatematizada por la autoridad católica es la que se jacta de proclamar principios divergentes de los del Evangelio; pero tampoco es menos evidente que, condenando la Iglesia esta *civilización moderna*, afirma la existencia de otra civilización, civilización que, puesto que hoy existe, será antigua por sus bases y fundamentos, pero moderna por su contemporáneo desarrollo.

Condenando pues, la civilización constituida contra la Iglesia de Jesucristo, la autoridad pontificia afirma y robustece los principios sentados y fundados por el Evangelio, y facilita las aspiraciones de los pueblos regenerados.

Quizás podría replicarse que no parece existir uniformidad de interpretación entre los apologistas y católicos sobre la índole y extensión del anatema que nos ocupa; pues algunos han creido ver en aquella declaración un empuje de la Iglesia católica á la sociedad hácia la constitución política de otros dias. Si así fuera, determinadas formas politicas se verían aludidas y heridas, y sus protestas, podrían no ser justas, pero indudablemente serían motivadas. Por tanto, vamos á demostrar que las formas políticas de la constitución actual de la sociedad no son el blanco del anatema pontificio.

La Iglesia ha definido la civilización con la cual jamás se reconciliará: Citemos palabras textuales de Pio IX: « *Esta Santa Sede fuè la que patrocinó y* « *fomentó la verdadera civilización; y los monumen-* « *tos históricos dan elocuente testimonio y prueban* « *que en todo tiempo la Santa Sede ha introducido la* « *verdadera y real humanidad de costumbres; la* « *moralidad y la ilustración en las más apartadas* « *regiones de la tierra; más, cuando bajo el nombre* « *civilización se quiere entender un sistema estable-* « *cido á propósito para debilitar y acaso destruir la* « *Iglesia de Jesucristo, nunca esta Santa Sede, ni*

« *el romano Pontífice podrán formar alianza con* « *esta civilización.* »

Compréndese pues, perfectamente el significado de las anteriores declaraciones; pero quizá será conveniente desvanecer la preocupación de algunos, explicando, que el Sumo Pontífice no alude á determinadas formas de gobierno, al hablar del *sistema establecido á propósito* contra la Iglesia de Jesucristo.

Aludimos á la desmedida alarma producida por aquel *no me reconciliaré* con el llamado *liberalismo*.

Pero ¿envuelve aquello un anatema á los gobiernos liberales, esto es, á la forma democrática?

Debemos proceder metódicamente. Aquí hay dos puntos de vista que fácilmente se confunden en uno; el liberalismo, y las instituciones libres ó liberales.

Decía el príncipe Metternich al célebre Veuillot: «Hábeis alguna vez considerado la significación de los *ismos*? El estudio del idioma es un curso de lógica. Busca el espíritu largo tiempo definiciones y demostraciones que obtendría con solo estudiar los nombres. Cuando se añade la palabra *ismo* á un sustantivo, une á la cosa nombrada una idea de desprecio, un concepto degradante. Reconozco que hay en esto excepciones, pero esta es la regla. Empecemos por lo más elevado que existe: *Theos*, Dios; ¿atinais lo que es el *Deismo?* Libertad. ¿Qué os parece del *liberalismo*...?» El *ismo* aplicado á la expresión de un principio puede, como se ve, desnaturalizar la idea de tal manera, que vuelva detestable la más inmejorable cosa; *Theos*, *deismo*; no puede darse más explícito ejemplo.

Pero creemos oportuno desarrollar un poco más esta idea, atendiendo al arraigo de la aversión que, llevados por pasiones políticas, abrigan muchos contra la Iglesia.

La Iglesia no ha condenado ninguna de aquellas formas de gobierno que se hallan de acuerdo con el principio de dignidad, de libertad, de igualdad de orígen y de destino consignados en el Evangelio. Los que temen por el carácter liberal de los gobiernos,

se tranquilizarán sin duda leyendo las siguientes líneas de la Alocución de Pio IX.

Ni puede objetarse, decía, *que esta Sede apostólica en lo relativo al gobierno civil ó temporal ha desatendido las demandas de los que han manifestado desear un gobierno más liberal; y omitiendo antiguos ejemplos, hablemos de nuestros infortunados dias.*

« *Luego que la Italia obtuvo de sus legítimos príncipes instituciones liberales, Nos cediendo á nuestros paternales sentimientos, dimos parte á nuestros hijos en el gobierno civil de nuestro territorio pontificio, é hicimos las oportunas concesiones, con sugeción empero, á ciertas medidas prudentes, para que la influencia de hombres perversos no envenenase la concesión que con ánimo paternal hacíamos.*

¿Pero quizás habrá modificado el Padre Santo las ideas sobre este particular en virtud de la revolución que siguió á aquellas concesiones? Sigamos leyendo: « Y si en estos últimos tiempos se Nos han dado consejos relativamente al gobierno civil, no ignorais que los admitimos, exceptuando y rechazando lo que *no* hace referencia á la administración civil.» ... ¡Podría desearse más explícito lenguaje! Pero ¿acaso el actual Pontífice en sus cartas y encíclicas á la nación francesa no ha proclamado el código político de la democracia contemporánea?

Por lo demás la exposición franca de la *Alocución* de Pio IX sobre el significado de la palabra civilización, en que radica el texto declaratorio del *Syllabus* sobre la imposibilidad de la conciliación de la Santa Sede con la civilización moderna, fija completamente su significado y aclara toda duda.

Queda pues, perfectamente distinguida la diferencia de acepción de la palabra *moderna*. Por lo demás la civilización cristiana, siendo hija de Jesucristo, es como su divino fundador de *ayer*, antigua; de *hoy*, moderna; de *mañana*, venidera. Por eso está en sus manos el pasado, el presente y el porvenir.

Vamos á cumplir lo prometido más arriba.

La magnífica encíclica dirigida á los príncipes y pueblos de la cristiandad por León XIII, persiste resonando con el éco soberano de esa palabra de anciano venerable, que cayera tan tranquila como serena en medio de las emociones dolorosas de la hora presente; habiendo adquirido por la gravedad misma de las circunstancias un acento de incomparable grandor, que se agiganta cada día más.

Fué sin duda, el genio de la paz, ó mejor dicho, el espíritu de Dios, el que dictó ese llamamiento á todos los príncipes y á todos los pueblos de la tierra. Esta sola fórmula: *á los príncipes y pueblos cristianos* ¿no es acaso la expresión de la magestad suprema? y ¿no revela también que, el que la emplea, debe estar revestido de la más alta magistratura que puede ejercer un hombre sobre la tierra?

Los destinos políticos y religiosos del mundo dependerán, sin duda, de esta palabra de vida; porque la toga de los Pontífices romanos, mejor que la de los antiguos Fabios, lleva en sus pliegues una parte asaz grande de la suerte del universo.

León XIII vive en una época en que la palabra y la acción de un Papa, pesan mucho en la balanza de la historia. El ha comprendido su misión; y ningún otro hombre estaba mejor preparado para el ejercicio de esta dictadura evangélica en la humanidad.

Las mejores glorias del pontificado ¿no semejan haberse recapitulado en esta personalidad magnánima? Las grandes vistas políticas de Gregorio VII; el humanismo literario de León X; el liberalismo iluminado de Benedicto XIV; toda la síntesis del genio pontifical al traves de los siglos, resplandece con la más viva luz en todas sus enseñanzas y especialmente en esta Encíclica, en que el espíritu tradicional de la Iglesia se une tan felizmente al de los tiempos modernos.

Las monarquías y las repúblicas han acogido con igual respeto esta palabra augusta que consagra, por su propia magestad, el ideal que nuestra edad persigue con ardor y que ama con pasión.

Los problemas que la agitan, las palabras que la encantan: paz, justicia, unión, progreso, libertad, quedan ilustradas aqui con la doble luz del genio del hombre y de la sabiduría del delegado de Dios. Es el alma entera del siglo la que palpita en este documento memorable con sus aspiraciones más ardientes y sus arranques más generosos.

Si León XIII no es comprendido ni aceptado por todos, también pocos espíritus son capaces por el momento de seguirlo en la esfera luminosa y tranquila en donde se ciernen su alma y su genio. ¡Los hombres se resienten demasiado de lo turbulento de los tiempos para entrar en tan alta serenidad!

Es propio de las pasiones religiosas ulcerar los corazones; nosotros sufrimos de este mal, y los prejuicios conservan todavía mucho imperio para inclinarse sin murmurar ante un lenguaje tan lleno de sabiduría, de verdad y de amor á la humanidad.

¿Qué importa, sin embargo, que ciertas preocupaciones rehusen aceptar la dictadura moral de Leon XIII? Estas contradicciones no impedirán á la Iglesia ni á la humanidad seguir la vía que les está marcada y de llegar á la meta que les está prescrita.

Una corriente irresistible empuja la sociedad moderna hácia un porvenir que solo Dios conoce, pero del cual es imposible retroceder. Querer contrariar semejante empuje sería lo mismo que arrojar un grano de arena contra la marea que sube. Si los hombres y las cosas en la hora presente, caminan con un paso tan acelerado, es el dedo de Dios quien los empuja, sin que puedan dejar de ir adelante. Es por tanto, un movimiento que es necesario á la vez *se-*

guir y dirigir, como no podía dejar de comprenderlo el gran Pontífice.

Pero ¿quien lo dirigirá, sino la Iglesia, que ha dirigido todos los grandes movimientos de la historia? y ¿quién dirigirá á la Iglesia, sino aquel á quien ha sido dicho: *Duc in altum*; empuja hácia adelante la Nave cuyo timon te ha confiado el eterno Piloto?

Hè aquí toda la política de León XIII, que es la política de Jesucristo, de quien es el Vicario en la tierra.

A los impacientes, que dicen que esta política no ha triunfado, les respondemos: tomad la historia y meditadla. Allí vereis que la política divina parece vencida, si la computais por años, pero es victoriosa, si la considerais en los siglos.

Los pueblos son los patriarcas de la historia: su existencia se cuenta por centurias y no por dias ni años; y sus destinos evolucionan por épocas, como las revoluciones geologicas del globo; ahora bien, una época puede durar mil años y más aún. Nos encontramos precisamente en uno de esos grandes *altos* de la historia, y debemos reconcentrarnos para medir el camino que nos queda por recorrer.

Los que nada ven al otro lado del horizonte à la puesta del sol, están en el caso sin duda de abandonarse á siniestros presentimientos; son de muy corta vista, no ven en lontananza. León XIII vé desde mas alto y mira más lejos, porque es el hombre de la Iglesia y la Iglesia es hija de la eternidad. Desde las alturas serenas, desde donde domina al mundo, ha vislumbrado entre los últimos celajes del sol poniente la aurora inicial del nuevo día que se levanta; y es hácia ese resplandor de aurora que debemos dirigirnos llenos de fé y de esperanza.

La sociedad moderna ha entrado desde un siglo á esta parte en la era peligrosa de las libertades públicas: pasa por un aprendizage que quizá será largo y doloroso; mas, por eso mismo los pueblos jamás han tenido más necesidad del Evangelio; y jamás tam-

poco el Evangelio ha estado más en armonía con sus aspiráciones. Apesar de las apariencias contrarias, es su espíritu, son sus instintos sublimes los que agitan al mundo: *Mens agitat molem*.

En el fondo de nuestros males y de nuestras revoluciones, en el fondo de esta terrible crísis social porque atraviesa el mnndo moderno, investiguémoslo bien, y veremos que no existe otra cosa que instintos evangélicos, largo tiempo comprimidos, que procuran abrirse paso como esas lavas de volcan, que hacen tan violentas erupciones.

¡Tal es el destino del cristianismo en este mundo! Siempre contrariado por las pasiones del hombre ó los accidentes de la historia, vá derramando por etapas los tesoros de vida y de amor que el Cristo depositó en su seno. Después de largos siglos de resistencia, no hacemos más que asistir, por decirlo así, à la expansión social de las libertades evangélicas sobre la tierra, y León XIII profetiza á las naciones la suerte magnífica que les espera, si quieren responder á su vocación y *dar á Dios lo que es de Dios*, sin cuya adoración la humanidad se degrada y degenera.

Es por tanto, un gran porvenir evangélico el que se prepara y al que nos convida el Vicario de Jesucristo; pero es necesario para ello que los individuos, como los pueblos, tengan la inteligencia de sus destinos y el valor de sus deberes, siendo el primero de todos y el más imperioso, obedecer al Jefe esclarecido de la Iglesia, y seguirlo en las vías que èl nos traza y en las que nos ha precedido su genio clarividente. Separarse del Papa en esta hora crítica y decisiva sería renunciar á entrar en la tierra de promisión y condenarse obstinadamente á perecer.

La Iglesia y la sociedad moderna tienen actualmente un enemigo común, implacable, furioso: la *Revolución*. «La Revolución dará la vuelta al mundo», dijo Talleyrand; y es, en efecto, la grande potencia cosmopolita del siglo. La anarquía, que es su hija primogénita, habla todas las lenguas; la última que

usa, lo hemos visto, es la del puñal y de la dinamita. Puesto que la Revolución no tiene Dios, tampoco tiene Patria: es el internacionalismo del mal elevado à la más alta potencia.

Pues bien: sépase que no hay aquí abajo màs que una sola potencia internacional que pueda oponerse á la Revolución: es la Iglesia; «la más grande potencia moral, que haya existido jamás», al decir de Tocqueville.

Por tanto, es una obra perniciosa pretender separar el Siglo de la Iglesia, de la que tiene tan grande necesidad, bajo pretexto de que existe entre ellos un antagonismo radical, cuando solo existen simples equívocos y grandes prejuicios. Los sofistas y los sectarios tienen interés en exagerar estos pretendidos conflictos, y los exageran de propósito para ocultar y tergiversar el verdadero estado de la cuestión. Que exista lucha implacable entre la Iglesia y la Revolución, esto es necesario; pero entre la Iglesia y la sociedad moderna, existen más bien simpatías y afinidades: un ideal comun de grandeza para su porvenir.

Además, esta sociedad es de orígen cristiano; está llena del prolongado y paciente trabajo de la Iglesia al traves de los siglos; ¿cómo, pues, podría la Iglesia repudiarla y abandonar este campo desde largos siglos regado con sus sudores y su sangre?

¿Qué hay, pues, en el fondo de nuestra civilización contemporánea? Dos cosas: el amor de la ciencia y la pasión de la libertad. Léjos de condenarlas, la Iglesia las consagra, las ennoblece y las purifica; y es también de ambas que espera sus mejores triunfos para el porvenir. La incredulidad no es más que una degeneración accidental, como el materialismo no es la ciencia, sino su prostitución.

II

A pesar de su estado enfermizo y perturbado, la sociedad moderna está, pues, mejor preparada que ninguna otra para la realización de los designios de Dios sobre el género humano; ninguna en efecto, ha poseido tantos y tan preciosos elementos de fuerza, de inteligencia y de felicidad.

El gran ideal cristiano que León XIII entrevé en un destello del porvenir, se desarrollaría maravillosamente, como una última eflorescencia de civilización sobre este tronco, que sacuden las tempestades, sin que ninguna lo pueda tronchar; pero antes es necesario pacificar la tierra y reconciliar á los hombres, porque la obra de Dios no se realiza sino en la paz y la fraternidad.

Así que León XIII suplica á los príncipes y á los pueblos que renuncien á esas luchas fratricidas y á esas guerras más que civiles, *plus quam civilia bella*, como las llamaba Tácito, que dividen á los individuos y á los pueblos, y á esa paz armada, que arruina al mundo civilizado.

El desarme universal, civil y militar; he aquí el único remedio para esa fiebre ardiente que divide las inteligencias, y para esa gangrena que devora la sustancia de las naciones y consume sus fuerzas más vivas.

El estado militar, reducido á sus proporciones normales, es un rodaje necesario del orden público, y es sin duda, una noble carrera; es la escuela permanente del deber, del patriotismo y de virilidad.

Pero el *militarismo*, que es el exceso, es un verdadero flajelo; es un nuevo feudalismo que oprime la sociedad moderna y la tiene en estado de sitio permanente. Mientras dure este reinado de hierro, todas las iniciativas y todas las libertades fecundas estarán paralizadas; habrá retroceso en las vías del progreso y de la civilización y sobre todo, dilatará la solución de la cuestión social con las ingentes

sumas y millones de individuos que arrebata al trabajo.

Hay pues, que tratar al militarismo moderno como al feudalismo de la edad media, y restablecer la *Tregua de Dios* para los pueblos actuales; y es con esta condición que lograrán conseguir sus destinos. Cuando las espadas duerman en la vaina y el genio de la paz custodie por sí sólo las fronteras, entonces la gran unidad comenzará en el mundo y el verdadero *reino de Dios* se asentará en medio de las naciones. «Nisi Dominus edificaverit domum, in vanum laboraverunt qui edificant eam.»

Por lo demás, un signo del tiempo es la disminución de los hombres de guerra y la multitud siempre creciente de los hombres de conciencia y de pensamiento en la sociedad moderna: esto prueba que el imperio de la fuerza disminuye progresivamente en la humanidad para dar lugar al reinado del espíritu y de las cosas espirituales, al imperio moral.

Otro signo, no menos instrutivo de nuestra época, es ese instinto que empieza á recoger todas las fuerzas del pasado para hacerlas servir á la conquista del porvenir, como un atleta que se detiene un momento para mejor recomponer sus energías y preparar el vigor del nuevo empuje.

En ningún siglo se han celebrado tantos y tan solemnes centenarios; ninguna edad de la historia ha estudiado mejor el pasado, ni ha cantado con más entusiasmo su *carmen sæculare*; más ¿para qué sirve esta revista retrospectiva y este exámen minucioso del pasado, sinó para mejor arreglar la gran estadística del porvenir?

Y es precisamente á estos instintos de reconstrucción que hace un llamado León XIII, dirigiéndose á todos los pueblos de la tierra, al Oriente como al Occidente, á fin de reunir todas las fuerzas cristianas y civilizadas del mundo para librar un combate decisivo contra el enemigo común en esta hora solemne en que peligran los destinos de la sociedad.

La invitación que el Papa dirige á las antiguas Iglesias de Oriente es un acontecimiento muy grave para que deje de interesar á una inteligencia cristiana, y se nos permitirá, por tanto, detenernos un instante.

Se realiza hoy día en el seno del cisma oriental una de esas revoluciones profundas en que es imposible no reconocer la acción de la Providencia; esta crisis es terrible; de ella sin embargo, resultará la salvación.

Un ilustre pensador, uno de esos hombres cuyo genio profético ha predicho desde principios del siglo lo que sucede hoy día en las Iglesias cismáticas: «Estas Iglesias, dice el conde de Maistre, se conservarán mientras dure su ignorancia, como esos cadáveres helados, cuyas formas ha conservado el frío: pero apenas sople el viento de la ciencia sobre ellas, se disolverán, no quedando más que el polvo...

Ninguna religión, escepto la verdadera, puede resistir por largo tiempo esta prueba de la ciencia; es un ácido que disuelve todos los metales, con excepción del oro... Estos grandes cambios comenzarán por la Rusia, porque es la más expuesta al viento europeo.»

Y bien; el viento de la ciencia anticristiana, más ardiente que el del desierto, ha soplado sobre el Oriente. El ácido realiza su trabajo de disolución; pocos años más, y la Iglesia cismática quedará reducida á polvo. No olvidemos sin embargo, que un puñado de polvo en las manos de Dios, basta para resucitar á los muertos.

El racionalismo de Alemania y el oro de Inglaterra; he aquí los conquistadores del viejo Oriente cristiano. La Iglesia de Oriente no podrá resistir por mucho tiempo á las tentativas de colonización racionalista y protestante; y no existirá para ella otra alternativa que volver á la unidad romana.

Los hombres de Estado y los hombres de Iglesia lo han comprendido asi, sobre todo en Grecia y Ru-

sia, y el gran pensamiento de la *unión* madura cada día más en el espíritu de los gobernantes y de sus consejos en Oriente.

Pero la nación que desempeñará el papel principal en este acontecimiento considerable es la Rusia. Este inmenso imperio, aislado hasta ahora en los extremos de Europa, parece estar llamado á desempeñar una grande misión en el porvenir. Su alianza con Francia y la creación de su embajada ante el Vaticano, son hechos que la preparan para ello.

El Czar puede ser de todos los soberanos de Europa contemporánea, el destinado á desempeñar el papel más providencial; si Nicolás II lo quiere, puede convertirse en un nuevo Constantino.

De cualquier lado que incline su espada, hará bajar la balanza del equilibrio europeo; y bajo el punto de vista religioso, su influencia será más preponderante todavía.

«La revolución religiosa comenzará por la Rusia», ha dicho de Maistre; es al Czar en efecto, á quien pertenecerá el honor de inaugurar ese gran movimiento de retorno á la unidad. La realización de esta poderosa idea no puede menos de contribuir á la grandeza de su Imperio; y las oposiciones que se le hacen del interior y de afuera, no se explican más que por el temor que se tiene por todas partes de su colosal dominación político-religiosa.

Se le reprocha convertir la ortodoxia en un medio de propaganda política, en un *instrumentum regni*; y es este pretexto el que mantiene todavía las audacias del nihilismo en ese vasto imperio. Pero el día en que la unidad romano-slava sea consumada, en que el Czar no sea más que el protector de la religión, en vez de ser el pontífice del cisma, una nueva intensidad de vida religiosa circulará en Rusia; desde ella en todo el Oriente, y una paz más magestuosa que la antigua paz de Augusto, quedará asegurada para el universo.

Estas grandes cosas ¿no pasarán de un simple

ideal y de un ensueño? Puede ser que sí; pero hay ensueños que se realizan, como son todos los que están conformes con los planes de la Providencia, y creemos que éste es uno de ellos; pues resultaria en bien de la humanidad.

Pero ¿acaso no es verdad que las antiguas murallas de separación, que dividian el Oriente del Occidente, han sido derribadas desde tiempo atrás? Pues bien, es una ley de la historia que las preparaciones materiales preceden de muy cerca á las grandes revoluciones del espiritu.

III

Las vias romanas que atravesaban de uno á otro extremo el viejo mundo, no eran mas que los caminos precursores de esas grandes vias evangélicas, que iban á reunir á todos los pueblos del universo en la fraternidad universal de la Cruz. Y bien; el mundo moderno ha creado tambien sus vias romanas.

Dos grandes rutas, verdaderos milagros de la ciencia y del genio, conducen á Roma, metrópoli religiosa del mundo civilizado, las caravanas incesantes del Oriente y del Occidente: las primeras llegan por el canal de Suez; las otras al traves de los Alpes perforados.

Esos medios de comunicación gigantescos, que unen las dos mitades del mundo á la Ciudad Eterna ¿no son los agentes de la Provincia para consumar la futura comunión de los pueblos y juntos cantar las grandes victorias del progreso y de la libertad por el cristianismo?

Tales son las vastas perspectivas, los horizontes ilimitados que se abren ante nuestra inteligencia con la lectura atenta de la Encíclica de León XIII; y tal es sin duda el alcance inmenso de este acto pontifical, tan visiblemente inspirado por el espiritu de Dios y por el de los tiempos modernos. El Papa sabe á

dónde nos lleva, aunque nosotros no sepamos á dónde vamos.

Sin duda, las pasiones humanas, arrojarán como siempre múltiples obstáculos á traves de estos magníficos designios. Pero ¿qué importa? El genio del hombre, el progreso de la humanidad y los inescrutables planes de la Providencia, vencerán.

Tócanos por tanto, trabajar con acuerdo unánime á fin de consumar en la paz y en el amor lo que nuestros padres comenzaran en la turbación y el dolor. Atrás, pues, todo lo que divide! ¡guerra á los instintos sectarios, donde quiera que se encuentren y cualquiera forma que revistan!

Hagamos la paz en las alturas; establezcamos el acuerdo sobre las grandes líneas; abandonemos con generosidad las cuestiones de detalle. Que la ciencia y la fé, la Iglesia y el Estado, la sociedad moderna y el Evangelio se reconcilien y preparen la grandiosa y armoniosa síntesis que constituirá la alegría de la era futura: la conciliación del Siglo y de la Iglesia.

He aquí la obra y el ideal del *espíritu nuevo*, convertido ya en una formula histórica y en un lema inmortal para los destinos de la sociedad moderna: al espiritu de incredulidad y de persecusión, que es el viejo espiritu, opongamos constantemente el *espíritu nuevo* de los genios pacificadores de nuestra edad, que trabajan por esas grandes reconciliaciones del porvenir. El mas ilustre de todos, es sin contradicción León XIII; ninguno ha interpretado mejor la sabiduria y la caridad del Evangelio, ni llevado mas adelante el pensamiento de Dios en su propio pensamiento; y á este solo titulo merece el homenaje de sus contemporáneos en espectativa del de la posteridad.

Que lo más selecto de la humanidad se levante; que todos los hombres de corazón y de inteligencia se agrupen á su rededor formando la guardia de honor y del triunfo. Aquí la juventud contemporánea

tiene un papel magnífico que desempeñar, si sabe comprenderlo; sobre todo, esa juventud verdaderamente tal, tan rica de los dones de la naturaleza y de las bendiciones de Dios.

Es á ella, á la que nos queremos dirigir, como al sol levante del porvenir y de mejores dias.

No se trata, bien entendido, de esos jóvenes, cuyas pasiones abyectas y los sensualismos vulgages han agostado la vida, decrépitos desde la niñez; menos aún de esa juventud egoista que han marchitado los excepticismos prematuros, que llega hasta repudiar el amor por librarse del sacrificio y negar la libertad por exonerarse del deber. Estas almas vacías de ideal, incapaces de entusiasmo por las grandes cosas, no lo comprenderán; antes bien son la eterna rêmora de todo ideal y de toda grandeza, así en lo verdadero como en lo bello y en lo bueno.

Hablamos á esos corazones vibrantes y sonoros, llenos de aspiraciones superiores, capaces de apasionarse por las grandes cosas, que sienten palpitar en ellos la vida con sus estremecimientos sublimes y emociones sagradas! Estos solamente comprenderán lo que hay de magnánimo en ese llamamiento del gran Papa en pro de la cruzada de paz, de justicia y libertad.

Y ¿no es tiempo, por lo demás, de salir de esa anarquía intelectual en la que, la *ciencia libre*, como dicen, y la filosofía independiente, han precipitado el espíritu de esta generación?

¿No ha seguido acaso la juventud demasiado tiempo á los falsos mesías del siglo, esos sombríos evangelistas del pesimismo, de la duda y de la negación? ¿No ha llegado en fin, el momento de renunciar á esas eternas fluctuaciones del pensamiento moderno y de preparar la gran síntesis del espíritu humano para el porvenir?

Para explorar esas nuevas vías tiene necesidad la juventud contemporánea de un guía, de una autoridad indisputable. La Encíclica *Præclara* acaba

de revelarle al mundo; es León XIII, el iniciador evangélico del progreso cristiano en la humanidad.

Este augusto anciano es un poderoso y atrayente conquistador de almas; arrastra consigo todo el pensamiento del siglo, todo el movimiento de la civilización hácia el porvenir. Su palabra llena de fé en los destinos del mundo, es jóven como la verdad y fuerte como el Crísto. Cual nuevo Colón, lanza á velas desplegadas la nave de la Iglesia hácia mares inexplorados en donde se cierne, es verdad, el génio de las tempestades, pero donde brilla también el arco iris de Dios.

A esa generación de jóvenes valerosos decimos: entrad confiados en el vagel, cuyo timón gobierna tan sabia y gloriosamente el piloto de Cristo. Este navío conduce algo más grande que el César y su fortuna: lleva el Evangelio y la libertad, el patrimonio del porvenir.

La actual crísis religiosa y la transformación contemporánea

Las consecuencias y las dificultades respecto á la conciliación entre la Iglesia y el Siglo.—El Porvenir no será el juicio final de los pesimistas, sino la conciliación y acercamiento entre la Iglesia y el Siglo por el triunfo del Espíritu nuevo.

El tiempo presente es una de esas grandes épocas de la historia en que el mundo presencia el nacimiento de una nueva edad.

Las tradiciones del pasado desaparecen; nuevas formas sociales y nuevas instituciones políticas se levantan para sustituir á las antiguas, mientras una acelerada evolución en las ideas y en los sentimientos de los hombres se realiza en todas partes. Todo lo que pueda ser susceptible de cambio será transformado, y nada de lo que ayer existía continuará existiendo mañana, salvo lo que emana directamente de Dios, y lo que los decretos eternos han dotado de permanencia.

Por tanto, la crísis actual es inquieta y pavorosa, como en toda época de transición, y de aquí la confusión de ideas, los temores y las esperanzas.

Pero ante esta transformación del mundo moderno, que obedece á la ley del progreso, surge una cuestión magna por la grandeza de la institución á que afecta; héla aquí: «La Iglesia, institución colosal de los tiempos pasados ¿caerá también con el legado de esas edades ó quedará dominando triunfalmente por encima de los escombros de las viejas instituciones? ¿Hay necesidad de la Iglesia para el éxito de esa gran transformación, ó es más bien una rémora para la marcha progresiva de la humanidad y para las más nobles aspiraciones del porvenir?»

La respuesta puede ser dada inmediatamente, porque la Iglesia es divina y pertenece á todas las edades. Sin embargo, conviene deducirla de las mismas exigencias del progreso humano y de las tendencias fundamentales de la sociedad moderna.

Examinaremos por tanto, la naturaleza de la actual crísis religiosa y de la transformación contemporánea para poder dar una respuesta categórica, declarando de antemano que nos inspiramos en los discursos de Mons. Ireland.

I

Un estudio detenido del mundo moderno nos lleva á deducir que su carácter dominante es una afirmación resuelta de las fuerzas y de los derechos de la naturaleza como distintos del orden sobrenatural y revelado. En esto ningún mal habría, con tal que ambos órdenes se mantengan en su esfera y conserven la armonía, que es precisamente á lo que nos conducirá un desarrollo pleno de la civilización, aunque lo dificulte la crísis transitoria de la evolución incipiente; y en esto está el mal de la época, la desorientación momentánea de los espíritus y de la sociedad.

Pero esta conciliación armónica tuvo ya un ensayo espléndido. Diez y ocho siglos há, la religión cristiana cambió en la vida de la humanidad el dominio de la naturaleza corrompida, conocido bajo el nombre de paganismo. Durante prolongados siglos la supremacia perteneció á la Iglesia, extendiendo su influencia á las instituciones sociales y políticas, á las artes é industria humanas; de manera que el órden natural obraba en armonía con las leyes y el espiritu del orden sobrenatural. Y esto salvó á la humanidad con gloria para la Iglesia y para la civilizacion, y tan eficaz y benéfica fué, que los límites de la humanidad civilizada quedaron circunscriptos á los de la influencia cristiana.

Más hé aquí que á principios del siglo XIV aparecen en el horizonte señales de nuevos tiempos. El renacimiento, inconscientemente quizás, por el virus pagano del clasicismo que endiosaba, sembró en la naturaleza las semillas de la rebelión.

La inevitable reacción contra la doctrina de los novadores sobre la depravacion total de la naturaleza humana, despertó las tendencias naturalistas; y al sobrevenir despues los hechos maravillosos y los grandes descubrimientos modernos, la naturaleza engreida, proclamó su propia suficiencia y su independencia absoluta, aun en el órden religioso.

Así quedó rota la antigua armonia y proclamada la guerra contra la Iglesia en nombre de la razon, de la ciencia, de la libertad y del progreso; y al enarbolar una bandera que llevaba inscritas palabras tan seductoras, sus adeptos recogieron fáciles aplausos y vitores tan apasionados, que hacen imposible la discusion serena en el campo de la imparcialidad.

La Iglesia, á quien se debian las realidades que esas palabras significan, fué despreciada y calumniada como fautora de obscurantismo y de fanatismo retrógado. Este paroxismo de rebelión llegó á su periodo álgido en el siglo XVIII; y el XIX no se ha podido deshacer aun de ese triste legado; esto hace en verdad, bastante difíciles los tiempos actuales.

Sin embargo, no debemos aceptar el consejo de los pusilánimes que nos dicen: «¿no seria mas prudente esperar en el silencio y la plegaria la vuelta del soplo vivificante de Dios sobre las naciones?» No; este es el lenguaje de la cobardía y de la desconfianza. Qué nos digan, sinó, esas almas amilanadas porquè los triunfos del pasado no serán posibles en nuestra época. La Iglesia de hoy dia es la misma que la de los tiempos en que destronaba á la Roma pagana y ganaba al catolicismo los pueblos bárbaros, convirtiéndolos en naciones civilizadas. Es ahora como entonces, la Iglesia de la verdad divina y de la divina potencia, aunque la incredulidad lo niegue, como lo negaba el paganismo.

Diez y nueve siglos, en efecto, constituyen un periodo de largo aliento para vernos obligados á creer en las promesas del Cristo. En torno de esa continuidad de la Iglesia como poder moral; el mundo ha

cambiado tres veces en su modo de ser: la antigüedad se ha extinguido; la edad media ha muerto; han surgido y desaparecido completamente los imperios más colosales; han deslumbrado al mundo con sus fulgores pueblos que ya no existen. Todo ha pasado, ideas, pueblos é imperios; solo la Iglesia ha permanacido en pié á pesar de ser asaltada y desgarrada por los ataques de la revolucion, de la incredulidad y de la indiferencia, como en los tiempos de Nerón se veia desgarrada en el circo por las bestias feroces.

Ella resiste, pues, toda clase de pruebas y de todas sale coronada con el laurel de la victoria. ¿Porqué habíamos de temer por su suerte? Hoy como entonces tiene por misión enseñar á todas las naciones, predicar el Evangelio á toda criatura, y conserva la promesa del Cristo de estar con ella hasta la consumación de los siglos. ¿Acaso el brazo de Dios se habrá abreviado?

Pero si no debemos temer por la suerte de la Iglesia, ¿podemos abandonarnos y esperar en la inercia su triunfo? No; Dios quiere que, como seres libres, cooperemos á la obra con el contingente de una voluntad bien resuelta á aprovecharse de los dones naturales y de las ocasiones que la Providencia nos ofrece. Así, pues, es necesario que procuremos demostrar á los no-creyentes que el orden sobrenatural reposa en el orden natural, al que lejos de anular, purifica, perfecciona y ennoblece. Con la apología se desvanecerán los prejuicios tradicionales y las preocupaciones nacidas del desconocimiento de su verdad y de la grandeza de sus beneficios.

Y ¿porqué no hemos de recordar que la presente generación se levantó sin la suficiente instrucción religiosa y que recibió de improviso un torrente de incredulidad sin preparación para rechazarla? Nos corresponde por tanto, hacer de nuestra parte mayores esfuerzos para presentar la verdad á su espíritu con más vivos fulgores, cautivando su convicción y acelerando su conversión por el corazón y por la inteligencia.

Además, debemos tener en cuenta que, si no se aperciben por de pronto de la necesidad de la relígión, es porque la civilización de que gozan todos los pueblos cultos, vive de la sávia y energía del elemento cristiano que la compenetra y que ha sobrevivido á su separación de la Iglesia. Sin embargo, como este elemento pierde ráp idamente su vitalidad bajo la acción disolvente de la incredulidad, no tardará en reconocerse que es necesaria la conciliación con la Iglesia católica, por ser un poder y un factor necesario; como potencia moral, para la civilización de los pueblos; pues sin ella se llega al caos de la más espantosa anarquía, que ya nos amenaza furibunda con la cuestión social, ó se vá al más ominoso despotismo, como lo está demostrando la necesidad de los ejércitos permanentes.

II

Pero vamos á demostrar que las mismas tendencias y movimientos del siglo, lejos de hacernos temer por el porvenir de la religión, son oportunidades providenciales que preparan para la Iglesia el camino á las más gloriosas victorias hácia la deseada conciliación.

Que las ideas modernas y su evolución merezcan ser aprobadas bajo todos los aspectos, estamos muy lejos de sostenerlo; y el gran Pio IX nos ha prevenido que, cuando se nos presentan bajo el cariz de la incredulidad y del naturalismo, la Iglesia no puede conciliarse con ellas. Y ¿acaso los más ilustres estadistas contemporáneos no advierten también que es necesario orientar las tendencias de la sociedad moderna á fin de que no vaya á perecer en los excesos de una demagogía turbulenta y anárquica?

Pero al mismo tiempo ¿quién puede negar cuánto hay en ellas de grande y de bueno? Y con esta parti-

cularidad, que todo lo que tienen de grande y de bueno, como advertía el historiador de la civilización, Mr. Guizot, es cristiano y constituye lo sustancial de las mismas.

No seamos, pues, pesimistas, sino justos, para con nuestro siglo, viendo en él así lo que tiene de bueno como lo que tiene de malo. Lo bueno es lo sustancial, el primer movimiento; lo malo no es, sino lo accidental, la desviación del movimiento. Esta evolución nace y parte de las entrañas mismas de la humanidad, y por consiguiente tiende á las alturas, pues lleva en sí la elevación de la raza humana por el mejoramiento de las masas populares y la extensión del imperio del hombre sobre la naturaleza; ideal que ha de realizarse como propio de la unidad de destinos de la humanidad bajo la dirección de la providencia divina, y por más que sistemas á las veces inmorales y hasta criminales, pretendan dar un impulso nefando á la marcha del progreso y de la civilización.

Bastará enumerar las tendencias de ese movimiento para ver que cada una de ellas se dirige á un bien sustancial, que seguramente encontrará el favor de Dios y la cooperación de la Iglesia. Hélas aquí:

1.ª *El desarrollo de los conocimientos humanos.* ¿Cómo no ha de ser un bien, si se propone la alimentación de la más noble de nuestras facultades, la inteligencia?

2.ª *La ciencia*, es igualmente un bien sustancial, pues se forma y progresa por la investigación de las leyes y fuerzas de la naturaleza en las obras del Creador.

3.ª *La libertad.* ¿No fué acaso el Evangelio quien nos ha enseñado todas las libertades legítimas, al decir de Lamartine? La Iglesia jamás ha dejado de hacer la guerra á la esclavitud y al despotismo, trabajando incesantemente por ensanchar la herencia de libertad, civil y política de la raza humana.

4.ª *La condición progresiva de las masas.* ¿No ha sido el objeto constante de la caridad cristiana y la

aplicación práctica de la doctrina de la Iglesia sobre la fraternidad de los hombres y la paternidad de Dios? El ideal para la razón y la religión reunidas, es un «espíritu sano en un cuerpo sano», y para todo lo que viene á interponerse entre ambos — ya sea el hambre ó la enfermedad, el exceso de trabajo, una atmósfera mal sana ó habitaciones insalubres — la caridad debe trabajar por conseguir su abolición. Y ¿para cuál de las desgracias y miserias humanas, dice Chateaubriand, no ha ideado la Iglesia una institución religiosa, desde la heróica Hermana de Caridad, hasta la humilde, pero no menos heróica, Hermanita de los Pobres?

La terrible palabra socialismo, es en su impulsión primera, el grito de desesperación de seres hambrientos, sobre quienes se ha descargado la pesada mano de la avaricia y de la injusticia, y es por falta de caridad cristiana que se ha agrabado el tremendo problema social. Ni puede negarse que el fundamento de muchas de sus reclamaciones se apoya en la teologia católica, al enseñar que la especie humana no existe para beneficio de un pequeño número de afortunados. Y tan propio es del espiritu de la Iglesia preocuparse de la suerte de los que sufren, que el sabio Leon XIII ha dictado la *carta magna* de la cuestion social en su Encíclica *sobre la condicion de los obreros.*

En resumen; el movimiento inicial y fundamental de este siglo es hácia una perfecta civilizacion, hácia el goce de los dones de Dios en una medida más ámplia y para el mayor número de sus hijos, lo que viene á condensarse en el ideal cristiano, expresado por el sábio Balmes en esta fórmula sintética: «la mayor ilustración, la mayor moralidad y el mayor bien estar posibles, para el mayor número posible.» Hé aqui la orientación para la Iglesia y el Siglo.

Ahora bien, que existan desórdenes y errores funestos, es un accidente que proviene de la limitación de la naturaleza humana y de la ausencia de una

conveniente dirección. Asi pues, sin justificar las tendencias malignas ó erróneas ¿porqué no habriamos de tener mas que anatemas contra el Siglo, no viendo mas que sus aberraciones é irritandole con la denuncia contínua de sus errores, sin reconocer lo que tiene de bueno, y sobre todo, dispensándonos de los esfuerzos generosos con que debiéramos procurar hacer del Siglo un hijo reconocido de la religión del Cristo y conciliarlo con la Iglesia, que es la destinada á salvarlo de la crisis presente, como ha salvado al mundo de las pasadas?

Y ¿porqué no lo habriamos de conseguir? En efecto; el Siglo tiene pasión, está apasionado por dones y conquistas que solo la Iglesia puede dar ó ayudar á conseguirlas sin los peligros del desaliento y del extravío. Sus energias y sus ambiciones actuales son fruto de los trabajos y esfuerzos seculares de la Iglesia; es por una prolongada influencia del cristianismo que el Siglo se ha elevado á tal grado de poder, y de poder aspirar conscientemente á tan altos destinos. Es la religión del Cristo la primera que murmuró al oido atónico de las gentes las sublimes palabras: caridad, fraternidad y libertad; es la religion del Cristo la que recogió en su seno ensangrentado á la humanidad agonizante, la reanimó con la llama del amor divino, curó sus llagas é infundió salud y vigor en sus venas. Es por tanto, con el auxilio eficaz de la Iglesia que la humanidad puede adelantar á pasos agigantados en el camino de la vida hácia un progreso mas grande aún de lo que creen los adeptos del Siglo; puesto que si el Siglo es liberal y progresista, la Iglesia lo es mas y de la verdadera manera.

Si la incredulidad ha podido robar á la Iglesia esas palabras mágicas y santas, con que ha querido disfrazarse, no podrá jamás arrebatarle las realidades que ellas significan; le sucederá lo que al Icaro de la fábula, desmostrando con su caida que no eran propias las álas con que había emprendido su vuelo á las alturas.

He aquí, pues cómo debemos juzgar las aspiraciones del Siglo y cuánto debemos trabajar para encuadrarlas, á pesar de todos los prejuicios, en la misión divina de la Iglesia. Así daremos al mundo la nueva religión, la religión del porvenir, la religión de la humanidad, la religión del Siglo; que será siempre la vieja religión, porque ella nada cambia en las verdades de Dios, aunque tiene sublimes adaptaciones para las etapas progresivas de la sociedad; porque es la tesorera divina que hace salir de sus arcas inagotables las cosas nuevas y las cosas antiguas.

Y entonces, no lo dudemos, se verá al Siglo precipitarse en los brazos de la Iglesia aclamándola de nuevo, como en los tiempos pasados, su mentor, su salvación y su luz. Y en verdad, que la más grande época de la historia, si exceptuamos la que fué testigo de la venida del Redentor del mundo, es la nuestra por el gérmen que lleva en su seño de una conciliación plena entre el Siglo y la Iglesia.

No temamos, pues, esa evolución de la sociedad moderna, porque su desarrollo está en las adaptaciones, mientras los grandes y sólidos principios del ideal permanecen idènticos, como permanece idéntica la naturaleza humana y los destinos del hombre.

III

Y permítasenos mencionar desde luego, una gran conquista en favor de la conciliación entre el Siglo y la Iglesia. Ella consiste en el descrédito de la pretención de la incredulidad de poder reemplazar la religión por la ciencia, secularizando la moral.

En efecto; en un folleto célebre sobre «la religión y la ciencia», Mr. Brunetiére demuestra que la ciencia ha fracasado en las promesas que hiciera de reemplazar á la religión en el progreso moral de la sociedad. Yo creo que Mr. Brunetiére tiene razon refiriendo esa bancarrota, no precisamente á la ciencia, que no es responsable del abuso que de su nombre se haga,

sino á las pretensiones de la incredulidad al afirmar que bastaba la ciencia, sin necesidad de la religión, para conservar el imperio de la moralidad en la sociedad y en los individuos. «Incapaz, dice, de proporcionarnos un principio de solución para las cuestiones que más nos interesan, (del orden moral y religioso), ni la ciencia en general, ni las ciencias particulares, físicas ó naturales, filosóficas ó históricas, pueden reivindicar, como lo han hecho desde hace cien años, el gobierno de la vida presente.»

Y en este sentido «la ciencia ha perdido su prestigio.» Por qué? «Porque una moral que no es religiosa nada vale,» al decir de Scherer; y una de las maneras de probarlo sería demostrar que desde hace dos mil años y durante el presente siglo todos los esfuerzos que se han hecho en nombre de la ciencia para *laicizar* la moral, ó secularizarla, han resultado una deformación, una alteración ó una corrupción de alguna idea cristiana.»

«Los hombres no pueden prescindir de creencias dogmáticas, dice el ilustre Tocqueville; pero entre todas las creencias dogmáticas, las que son más necesarias son las creencias en materia de religión y de moral.»

Luego la ciencia no puede reemplazar ni á la moral ni á la religión; y hé aquí en lo que consiste la bancarrota de la ciencia incrédula.

Pero nótese que no se niegan los adelantos y conquistas de la ciencia en su propio terreno: la cuestión es distinta; no se trata de saber si se han aumentado las comodidades de la vida y perfeccionado todos los medios de utilizar la naturaleza; no se trata tampoco de establecer que los dogmas religiosos no han inventado la imprenta, ni el telescopio ni las materias colorantes, ni las maravillas de la industria, pues que no de solo pan vive el hombre; sino que el único problema consiste en examinar qué progresos de la moral han resultado de los progresos de la ciencia. Y la respuesta es que la ciencia no solo no

puede reemplazar á la moral, sustituyéndose á los dogmas religiosos, pero ni siquiera ha podido resolver las dudas engendradas por la multitud de sistemas naturalistas sobre moral y religión, que han pretendido suplantar al cristianismo y á la Iglesia.

Más aún, los progresos de la ciencia sin el progreso de la moral, son contrarios al perfeccionamiento de la humanidad, porque dan al mal y al vicio medios más eficaces para su proselitismo, fomentando las malas tendencias y dando alas á la inmoralidad. Pero, acaso desde hace seis mil años ¿no ha sido el objeto constante de la civilización sustraernos de las servidumbres y tendencias de la naturaleza caída?

Hé aquí, pues, cómo este fracaso de los progresos de la ciencia respecto á los problemas morales, debió producir una notable reacción religiosa. Pero como «toda reacción religiosa aprovecha desde luego al catolicismo, al decir de Renan, porque es la más religiosa y la más caracterizada de todas las religiones», no debemos extrañar que el sabio León XIII, el primero en inspirarse en las necesidades de la hora presente, haya concebido la esperanza y formado el propósito de orientar y dirigir ese movimiento y evolución moderna.

Y estaba en su derecho, añade Mr. Brunetiére. El cristianismo á fuer de divino tiene la fuerza de adaptación á las diversas etapas de la sociedad, como lo ha demostrado al través de todas las transformaciones durante diez y nueve siglos ¿por qué en nuestros tiempos en virtud de esa energía de adaptación, que ninguna consideración del orden temporal puede detener en su desarrollo, no había la Iglesia de presentar á los pueblos este nuevo aspecto de ella misma? Evolucionar no es cambiar, según dice un antiguo Padre, San Vicente de Lerins: *Quod evolvitur, non ideo proprietate mutatur.* El desarrollo de un árbol no es una *variación* del gérmen; no es cambiar, ni llegar á ser otra cosa, sinó desarrollar el contenido de su ley, puesto que al contra-

rio, es acabar de ser él mismo. Así la Iglesia lleva en sí este gérmen de adaptación, porque es la religión de todas las edades y de todas las generaciones: *docete omnes gentes... usque ad consummationem sæculi.*

Hé aquí el gran designio de León XIII; puesto que la divinidad de la religión queda demostrada por la continuidad de su dogma inmutable, probémoslo también por los beneficios que ella puede hacer á este mundo inquieto y turbulento, y dejando de prolongar controversias inútiles, puesto que la ciencia verdadera jamás contradirá la religión, procuremos la conciliación y la paz. «El siglo que camina à su fin, nos dice en la Encíclica Præclara ¿no podría así trasmitir como un hermoso legado al género humano, una prenda de concordia y de esperanza de los grandes beneficios que promete la unidad de la fé cristiana?»

Y Mr. Brunetiére añade: «por cierto que ninguna esperanza podía convenir mejor á las aspiraciones de este fin de siglo y al carácter del ilustre anciano, que ha comprendido lo que se esperaba del más grande poder moral entre los hombres y el más antiguo.

El porvenir lo recordará con eterno agradecimiento.»

IV

Veamos ahora cómo las mismas exigencias del progreso humano tienden á realizar esa conciliación entre la Iglesia y el Siglo.

En efecto; el progreso es la ley de la naturaleza y la ley del Dios de la naturaleza. Puesto que el Criador nos ha dotado de facultades capaces de expansión, es su voluntad que pongamos en acto sus energías latentes; y puesto que él nos ha sometido la tierra, es su voluntad que tomemos posesión de ella y que afirmemos nuestro imperio sobre todas sus partes, por la ciencia, por las artes, por la industria y por

el comercio. El progreso es la creación continuada; detener el progreso por malevolencia ó por desidia, es un crímen contra el Criador y contra la criatura.

Más, para el progreso de la humanidad es necesaria la religión, porque no hay verdadero progreso allí en donde no existen disposiciones para el perfeccionamiento moral del hombre, ¿y qué importaría en efecto, que se perfeccionase la naturaleza sino se perfeccionaba el ser racional, que es el fin? Los que trabajan en el campo del progreso con conocimiento de causa, no pueden prescindir del auxilio poderoso que la religión aporta al progreso en las esferas morales y sociales. La religión es la fuente perenne de la esperanza, que es la única que sostiene al hombre en medio de sus luchas por la vida y le excita á los actos de virtud y abnegación en favor de sus semejantes.

Ahora bien ¿qué conflicto podría existir entre la Iglesia y el Siglo por razón de esta impulsión del progreso?

Todo el Evangelio del Cristo es un evangelio de progreso; él declara que todas las cosas deben ser utilizadas y aumentadas; él declara que debemos procurar ser perfectos con un ideal divino, esto es, como el Padre celestial.

La historia testifica que la mano del Cristo, al tocar á la humanidad le ha dado tan fuerte empuje hácia el progreso moral y espiritual, que ya no es posible detener esta impulsión sublime.

Sin duda que habrá siempre en nuestra humanidad limitada el pecado y la miseria, el sufrimiento y la muerte; pero el mal puede ser disminuido y el bien aumentado, y en esto consiste el progreso. Y ¿quién podrá jamás creer que el bien debe necesariamente ceder al mal y que Satán sea más poderoso que Dios?

Por tanto, nunca podremos dejar de esperar en el progreso de la humanidad; y en verdad, la historia del género humano es una historia de progreso. Aunque una mirada estrecha sobre la escena, no

haga siempre resaltar esta importante verdad, porque hay en las corrientes del progreso direcciones sinuosas y encontradas; sin embargo, considerado el movimiento en conjunto, se ve que no cesa de caminar hácia la perfección, y desde la venida del Salvador ese movimiento se ha acelerado inmensamente.

Envuelto en un vaivén de ascensión y declinación, de flujo y reflujo, de grandor y decadencia, el progreso continúa siempre, pues Dios sabe sacar el bien hasta del mal que permite, y que solo permite porque sacará un gran bien; y las esperanzas de los que trabajan por la causa de Dios y de la humanidad obtendrán su recompensa y sabrán tener confianza en los momentos críticos, que son pasageros, cuando se computan en el cronómetro de las edades.

Y en verdad, que el empuje actual del movimiento progresivo de la humanidad es de los más propipios; pues léjos de creerse, como en la época de Voltaire, que la Iglesia había representado el obscurantismo y la rémora del fanatismo, hoy día es una conquista decisiva, aun entre los no-creyentes algo ilustrados, que la influencia del catolicismo en la civilización moderna es muy grande, más grande aún de lo que creen sus propios amigos, como declara Mr. Guizot; de manera que, solo por mala fe ó ignorancia histórica, podría hoy día negarse. Añádase también que mientras la incredulidad afirma que la cuestión religiosa estaba muerta, el publicista Laveleye, en un opúsculo sobre el porvenir religioso de los pueblos civilizados se ha visto obligado á declarar que « los hechos contemporáneos prueban que la cuestión religiosa domina hoy día más que nunca á todas las demás. » Pues bien, esto asegura el triunfo de la religión, ya que si la indiferencia mata, la discusión dá la victoria á la verdad.

Y los grandes triunfos científicos, hasta convertirse cada conquista definitiva de la ciencia en una apología del catolicismo ¿no son innumerables?

Pero son propicios también los tiempos, porque

vivimos manifiestamente en uno de esos ciclos importantes de la historia en que la humanidad busca caminos no andados antes y se prepara para nuevas manifestaciones de sus energías, acrecentadas por el contingente de las edades.

Nuestro siglo es una época de movimiento, de investigaciones y de doradas espectativas. El éxito alcanzado ya, no ha hecho más que agigantar nuestros deseos y aspiraciones; así que estamos menos satisfechos hoy dia de nuestras invenciones y descubrimientos, que en los tiempos en que los buques á vapor, los caminos de hierro y la trasmisión del pensamiento por el hilo eléctrico, se encontraban en estado de simple ensayo. Las ciencias en todos los ramos del saber humano han tomado un vuelo inmenso; y por fin, señaladas victorias que tienden á la extensión de los derechos políticos y sociales, á las garantías de la libertad individual y á la elevación de las masas, han hecho comprender que se pueden conseguir mayores aún, despertando así nuevas y atrevidas aspiraciones.

Es tambien rasgo característico de la época una curiosidad infatigable y hasta atrevida, que todo lo quiere conocer y escudriñar. Su espiritu investigador pone todo á prueba; ninguna posibilidad deja de ser intentada y ninguna dificultad pone espanto al corazón del hombre moderno; antes bien se enardece al contemplar todo lo que el pasado acumuló en su provecho en ricos tesoros de saber y de experiencia.

Jamas la humanidad ha sido tan audaz como hoy dia, tan decidida á dejar muy atras las columnas de Hércules y á viajar como Colón por mares desconocidos; pero asi como este, impulsado y protegido por la Iglesia, pudo llevar á feliz éxito su atrevida empresa, tambien la sociedad moderna encontrará en ella el auxiliar poderoso que necesita para salvarse de las peligrosas desviaciones, que en su veloz carrera necesariamente ha de tener por lo acelerado y vertiginoso de su actividad.

Así pues, todas las fuerzas físicas, científicas, morales y sociales han sido evocadas en nuestro siglo para que ostenten los más expléndidos y magníficos resultados.

El Siglo está preparado por tanto, para grandes actos y para grandes cosas. Si procuramos encausar sábia y prudentemente las corrientes del progreso, llegaremos á grandes conquistas; porque nuestros caminos están en verdad, llenos de esperanzas para la religión y para la humanidad. ¡Quizás vendrá antes alguna conflagración inmensa y algun choque tremendo! Esto aceleraría el fin de una época de transición. Pero ahí está la Iglesia con todo su amor y con toda su energía, como prenda y señal de salvación; no habiéndose encontrado jamás ni más estendida, ni más concentradas sus fuerzas, ni más prestigiado su poder moral, ni obtenido más brillantes apologías del campo de la verdadera ciencia, ni sentídose tanto la necesidad de su intervención moral para la salvación de la crísis porque atraviesa la sociedad. ¡No temamos!... La conciliación vendrá, porque es necesaria para el progreso de la humanidad.

V

¿Cuál será, pues, el porvenir? El progreso continuará su marcha con una velocidad creciente y acelarada. Los ensueños de nuestra época, al parecer imaginarios é increibles, son apenas una débil sombra de las realidades futuras, porque nada hay que no tenga el derecho de esperar y conseguir. ¿Acaso la profecia del viaje por rieles, el vapor y la electricidad no pareció mas irrealizable á nuestros antepasados de hace apenas medio siglo?

Confiemos en la Providencia por los destinos de la humanidad y tengamos confianza en que las fuerzas morales y sociales que agitan hoy dia tan profundamente al mundo, se transformarán en un acrecentamiento de bondad y de felicidad entre los hombres, aunque la realización de estas conquistas dependerán en gran parte de los esfuerzos inteligentes y perseverantes de los que su posición y su talento han colocado á la vanguardia del pensamiento y de la influencia social.

Raras veces en toda la historia de la humanidad pesaron tan graves responsabilidades sobre los conductores de hombres y de sociedades; nunca el seno de la humanidad ha encerrado tan grandes esperanzas, ni jamás se vislumbraron tan grandes perspectivas. Y es gloria de la Iglesia que el grande y sábio León XIII haya sido el primero en comprender las necesidades del presente, dando un hermoso ejemplo á los grandes estadistas del siglo. El ha lanzado francamente la nave de Pedro con rumbo al porvenir sin temor á las tempestades, porque está seguro que no sufrirá naufragio. ¡No lo ha sufrido jamás al traves de diez y nueve centurias!

El porvenir no realizará sin embargo, el sueño de los milenarios; porque siempre habrá desigualdades entre los hombres, como en los talentos y virtudes, y las pasiones perturbarán siempre la paz de las almas; pero habrá más piedad en el mundo, más justicia y moralidad; habrá más respecto en la libertad y menos licencia en las costumbres, la fraternidad de los hombres será más generalmente reconocida y sus dictámenes puestos más fielmente en práctica. El beneficio de la civilización se extenderá á todas las razas de la familia humana; la libertad civil y política atravezará los mares, dando la vuelta al mundo; las naciones se considerarán como hermanas, terminando con un pacífico arbitrage los desacuerdos inevitables, vendrá entonces el desarme universal y la fuerza bruta cederá cada vez más á la razón, cada vez más el espíritu afirmará su poder sobre la pasión y la materia.

Todo esto no se producirá sin retardos y rémoras, sin reacciones y represiones; pero la victoria quedará de parte de la verdad y de la justica, porque si los

abusos de la libertad humana pueden retardar accidentalmente el plan divino, la Providencia vencerá al fin, por la sanción necesaria del bien y del mal.

Y no es paradoja afirmar que los abusos de la libertad servirán para hacer perfeccionar las leyes y las instituciones, como las pestes sirven para hacer adelantar la medicina. Cuando en una habitación falta el oxígeno, viene la asfixia y ésta obliga á sanear la atmósfera por una necesidad imperiosa, la de vivir; así en el orden moral y religioso: la incredulidad y los sistemas inmorales, podrán halagar las pasiones; pero perderán su crédito, al palpar la sociedad que producen la asfixia y anemia social, y que los pueblos no pueden vivir sin moral, ni ésta existir sin religión.

Las anteriores reflexiones nos llevan á dar una respuesta categórica sobre el porvenir de la Iglesia.

La atmósfera de la sociedad moderna está impregnada del espíritu de incredulidad ¿habrá que temer por la suerte de la religión? Esto equivaldría á preguntar si hay que temer por la suerte de la eterna verdad y por el reinado del Dios Omnipotente. La incredulidad no es más que una nube que pasa y de paso nubla el sol; pero éste no puede sufrir eterno eclipse.

El progreso material y científico del siglo, ha hecho nacer una estimación exagerada por la naturaleza y colocado una especie de velo ante los ojos que buscan lo sobrenatural y divino. Pero las realidades de lo sobrenatural y la profunda necesidad que de él tiene el hombre no deja de subsistir; su razón y hasta su corazón no le perderán de vista, y la protesta contra la incredulidad por sus estragos y ruinas, contribuirá á dar más esplendor é importancia á la idea religiosa; y cuanto más el pensamiento humano se fortifique en los demás medios de progreso, tanto más claramente comprenderá que la religión es necesaria á todo progreso, como Dios es necesario á todo ser y como es necesario á la ciencia para explicar el mundo material y moral.

Y se me ha de permitir rematar esta reflexión con un pasage del ilustre publicista Macaulay, quien lejos de creer en la ruina y decadencia de la Iglesia, á pesar de ser protestante, ha afirmado que continuará siendo grande y respetada aún, cuando los viajeros de Australia, por ejemplo, vayan á visitar las ruinas de Lóndres ó París. Al preguntarse cómo podría perecer la Iglesia, ha dicho: « Se repite que el progreso de las luces debe ser desfavorable al catolicismo; pero lo dudamos mucho, cuando vemos que los pasos inmensos que el espíritu humano ha hecho dar hasta aquí á las ciencias naturales; que el perfeccionamiento á que ha llegado el arte de gobernar, la política y la legislación no le han sido contrarios; antes bien pensamos que los cambios verificados han sido favorables al catolicismo. »

No temamos, pues, por la suerte de la sociedad y de la religión; porque es hácia un porvenir tan brillante, como el que acabamos de indicar, que se dirigen los esfuerzos de la Iglesia y del progreso humano bajo la acción de la Providencia divina, conciliando el Siglo y la Iglesia, porque esta tiene por misión: *Docete omnes gentes*: *instaurare omnia in Christo*. « Enseñar á todas las gentes, instaurando todas las cosas en Cristo. »

VI

Pero al terminar siento la necesidad para los pusilánimes, de justificar el carácter optimista del presente discurso. El célebre publicista Ozanam, el más ilustre de los fundadores de la Sociedad de San Vicente de Paul, aunque conocía los defectos del siglo, amaba á su época y pronosticaba un gran porvenir para la Iglesia: « Atentamente he seguido, decía, el movimiento científico cuyo término próximo ya, ha de ser la restauración del catolicismo en las creencias; al paso que ciertas tendencias morales y sociales cada vez más potentes, renovarán la influencia católica en las costumbres. »

Sus grandes estudios históricos y su conocimiento de las instituciones le hacían superior al desaliento en medio de la crísis contemporánea, y tan lejos estaba de perder nunca la esperanza, que siempre fué de los que reanimaban á los tímidos y pesimistas: «El primer deber de los cristianos, decía, es no acobardar á los demás, antes bien tranquilizar á los espíritus desalentados. Tengamos valor; busquemos la justicia de Dios y el bien de la pátria, y lo demás se nos dará por añadidura. ¿Podríamos acaso creer que los destinos temporales del cristianismo tocan á su término y que este mundo no ha de esperar de Dios más que el juicio final?... Jamás creeré en tal cosa, seguro como estoy de que menos le costaría á Dios crear un nuevo mundo que limitar la obra de la Redención á lo que estos diez y nueve siglos han visto ». — Y en verdad que es mezquino al criterio de los que ante las dificultades del presente, no encuentran más solución que el juicio final y reducen á tan estrecho límite la misión de la Iglesia.

Pero la gran confianza de Ozanam en el porvenir no servía para que descuidase la obligación que tenemos de trabajar por la realización del plan divino sobre el triunfo de la Iglesia y el progreso de la humanidad. Hé aquí la hermosa lección que nos daba para el proselitismo en los tiempos presentes. A los espíritus desalentados, cobardes y perezosos respondía: «No tenemos suficiente fé, esa fé ardiente y activa. Por eso seguimos deseando el restablecimiento de la religión por medios políticos; y soñamos con un Constantino que, de repente y con un solo esfuerzo, vuelva los pueblos al redil. Y es que sabemos mal la historia de Constantino y cómo se hizo cristiano precisamente porque más de la mitad del mundo era cristiano ya; y cómo la muchedumbre de escépticos, indiferentes y cortesanos que le siguieron, solo llevaron á la Iglesia hipocresía, escándalo y relajación.

«Nó; las conversiones no se logran con leyes, sino

por las buenas costumbres, por las conciencias, que es necesario conquistar una por una. No pidamos á Dios malos gobiernos, pero no tratemos de buscar uno que nos libre de nuestras obligaciones. Continuemos extendiendo el proselitismo personal y social; pero detestemos la flaqueza, las tentaciones de pereza y cobardía, que nos mueve á pedir socorro al proselitismo legal.»

En todas estas citas, y perdónesenos que hayamos abusado de ellas ¡qué de lecciones para nuestro apostolado y para nuestro proselitismo! ¿No impera hoy cierto desaliento, que en el fondo cubre una verdadera pereza y una fingida, ó mas bien dicho, cobarde resignación?

«¡Es tan fácil cuando no se quiere hacer nada, decir que todo está perdido, que ya nada hay que hacer! Guardémonos, pues, de esta tentación de pesimismo.»

El gran Ozanam conocía mejor que nosotros lo difícil de los tiempos modernos y tenía menos razones de esperar que nosotros; y sin embargo era optimista, y hacía muy bien en serlo, pues que el optimismo es don de Dios, que inspira valor y entusiasta energía para vencer el mal por el bien, al paso que el pesimismo es la enfermedad de las almas tristes, y suele ser á menudo camino de cobardes y perezosos, que ningun sacrificio quieren hacer por la causa que defienden platónicamente.

Terminamos declarando que en lo que acabamos de exponer, no hemos hecho otra cosa que seguir siempre, como se habrá notado, las inspiraciones del ilustre Arzobispo de S. Pablo Mñor. Ireland y del gran León XIII, que desde las alturas de la Cátedra Apostólica admira al mundo, proclamando la union de los cristianos y la conciliación de la familia humana, con un grandor de ideas, de propósito y de constancia, que lo convierten en el genio político-religioso más grande de los tiempos modernos.

SEGUNDA PARTE

Razones que reclaman y legitiman la conciliación entre La Iglesia y el Siglo

En esta segunda parte no haremos más que ampliar y confirmar los motivos y razones en pro del *Espíritu nuevo* ó sea de la necesidad y conveniencia de la conciliación entre la Iglesia y el Siglo, demostrando marcadamente que la mayor urgencia de conciliación está de parte del Siglo y de la sociedad moderna para la consecusión de sus destinos y grandes ideales.

Así, es un gran desideratum de la civilización implantar «el reinado de la libertad, de la igualdad y de la fraternidad» y puede demostrarse con toda evidencia que sin el cristianismo es imposible su realización en el mundo civilizado.

Así mismo, y por una especie de demostración negativa, haremos ver cómo fracasó «el sistema de la rebelión de la razón», tanto con relación á salvaguardar la sociedad moral, como en el conseguimiento de un resultado benéfico en la política y en el progreso de las ciencias y de las artes, demostración que redundará no en favor de la separación, sinó de la necesidad y conveniencia de la conciliación entre la Iglesia y el Siglo.

Más aún; para apoyar la necesidad evidente de esa conciliación con la Iglesia en el cristianismo,

demostraremos cómo fuera de Iglesia no se encuentra salvación para la humanidad, poniendo esto más en claro al demostrar lo que ha venido á ser la humanidad fuera de influencia del cristianismo. Por fin, para que quede demostrado que, al abogar por el *Espíritu nuevo* en el sentido de la conciliación entre la Iglesia y el Siglo, no nos impele el temor por la suerte del cristianismo en la sociedad moderna, probaremos que los destinos de la Iglesia en el mundo no solo son grandes y espléndidos, sino que se realizarán á pesar de todos los combates y contradiciones, abundando finalmente en algunas reflexiones óbvias sobre la naturaleza progresista del cristianismo, todo lo cual debe redundar en favor de la deseada conciliación para bien de la humanidad y los gloriosos destinos de la sociedad moderna, que será la gran conquista del *Espíritu nuevo*, que à todos nos arrastrará en un plazo más ó ménos breve.

Sin el cristianismo los grandes principios de libertad, igualdad y fraternidad no pueden realizarse en el mundo civilizado

Libertad, igualdad, fraternidad, paz, prosperidad: hé aquí unas palabras que expresan bellas y nobles cosas; ¿pero se conoce acaso su verdadero sentido?... Los que para seducir á los pueblos las han hecho resonar muy alto, han probado desgraciadamente por sus interpretaciones y aplicaciones ulteriores que no conocían ni su valor ni su comprensión.

Se ha creido, por otra parte, con mucha generalidad, que bastaba proclamar esas fórmulas de los grandes principios del cristianismo para obtener su dichosa realización sobre la tierra; y que Jesucristo al revelarlos no ha adquirido otros títulos de gloria que los de un raciocinador que, el primero, descubre un nuevo sistema. Este ha sido un error fatal y una equivocación funesta.

Al proclamar en favor de los hombres principios que les confieren derechos inmensos, pero que al mismo tiempo les imponen deberes análogos, ¿qué es lo que se ha hecho? Desencadenar sobre él mundo una plaga asoladora, si no se pueden hacer aceptar tales principios sino en la parte favorable á las pasiones, y que se tenga el beneficio del derecho sin reportar las cargas del deber. El mismo Jesucristo, no vacilamos en decirlo, si no hubiese colocado al lado de su revelación los medios eficaces de ponerla en práctica, lejos de haber sido el bienhechor de la humanidad no habría sido sino el perturbador más insensato del orden moral.

Comenzando por la libertad, esta noble prerogativa que pone sobre nuestra frente un signo real, y que inviste nuestra raza de la soberanía absoluta del globo terrestre, ¿se cree quə pudiera arrojarse así, al acaso, á cualquiera que venga, como una cosa común?

Dad la libertad á un niño y habreis puesto en sus manos una arma peligrosa; dádsela al hombre malvado y le habréis abierto la carrera del crímen; dádsela á un ignorante y habréis hecho andar á un ciego por una senda erizada de precipicios: porque, después de la depravación de nuestra naturaleza, ¿de què se componen las sociedades humanas sino de individuos que todos, en un grado más ó ménos sensible están rodeados de tinieblas, de debilidades y de malas pasiones? Y hé aquí porquè no se puede vivir sin la ley moral y el decàlogo.

En el estado actual, ningún hombre por perfecto que sea puede vanagloriarse, estando reducido á sus propias fuerzas, de poseer siempre dignamente su libertad y de conservarla intacta: pues si de este hombre excepcional se desciende hasta las masas, hasta el común de los hombres, que, por màs que se haga, permanecen siempre, por no decir más, en la mediocridad, estado habitual del mayor número, ¿no debe temerse, y mucho, que hagan uso pernicioso de la facultad de disponer libremente de sí mismos? Así, pues, no merecerá poseer la libertad sino el que sepa hacer un digno uso de ella dentro de la ley moral.

Cuando Dios quiso hacer al hombre partícipe de este bien que le es propio, lo creó á su imágen, le dotó de una voluntad recta y le prescribió someterse á su dirección suprema: de otro modo, se habría agraviado la sabiduría y la santidad infinitas.

Habiendo perdido el hombre, por su falta, la rectitud de su voluntad, la pureza de sus inclinaciones, los rayos de la luz celestial, se encontró despojado de los atributos necesarios de un sér libre y se mostró indigno de su gloriosa condición.

Él ha aprovechado la libertad de los sentidos para hundirse en las más vergonzosas torpezas; la libertad del pensamiento para acoger el error y desconocer la verdad; la libertad de la voluntad para entregarse á los actos de la más culpable y odiosa arbitrariedad. Siendo así, ¿podía ser conveniente

alentar al hombre en esta vía, y preconizarle como el primero de los bienes esta libertad que él degrada tanto, ó bien sería necesario, que esta criatura privilegiada hecha á imágen del Ser Soberano, estuviese reducida á un estado próximo al de embrutecimiento de los séres irracionales? Evidentemente ni el uno ni el otro de estos extremos es aceptable.

El hombre debe ser libre, pero al mismo tiempo la libertad debe ser para él buena y provechosa: para llegar á este doble objeto es necesario restituirle las garantías de pureza, de luz, de fuerza, de dirección superior que la caida le ha arrebatado; y esto es lo que ha querido hacer Jesucristo. «Si escuchais mi palabra, ha dicho, conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres, y entonces seréis verdaderamente libres.» (S. Juan cap. 8)

El hacia, pues, depender la generación de la libertad de la obediencia á su palabra. Pero su palabra es espíritu y vida; ella alumbra la inteligencia y reanima el corazón. Apoyada sobre esta palabra infalible y siempre permanente en la Iglesia, la libertad podrá marchar con seguridad, evitar los lazos del error, y resistir al impulso funesto de las pasiones.

De la doctrina evangélica es de donde emanan las luces y las gracias suficientes para conducir al hombre al estado de perfección; de que resulta, que ella es verdaderamente la sola madre de la libertad; porque, para que la libertad sea verdadera y perfecta, es necesario absolutamente que tenga á la moralidad por compañera: desde el momento que se separa de ella viene á ser indefectiblemente mala y perniciosa.

El mismo Robespierre, ese tirano filósofo y sanguinario, lo había comprendido así: «Pueblo, decía en un discurso dirigido á la Convención, ten presente que si en la república no reina la justicia con un imperio absoluto, la libertad no es más que un vano nombre; que donde quiera que la justicia no reina, las pasiones son las que mandan; y que entonces habrás cambiado de cadenas y no de destinos.»

Sin el contrapeso de los principios sólidos de justicia y de moralidad, toda libertad viene á ser peligrosa. Algunas naturalezas excepcionales ajustarán tal vez, al ménos, al derecho sus actos exteriores, en tanto que las muchedumbres fácilmente extraviadas y exaltadas y los individuos de caracteres perversos, sobre todo, se dejarán arrastrar del torrente del vicio y de las pasiones.

Ejemplos muy tristes hemos tenido y tenemos aún á la vista de las desgracias y de los crímenes que produce la libertad sin guía y sin freno: pero cuando por otra parte, se cree que la libertad es una causa de peligro y de ruina, no tarda en ser considerada como un imposible; y ya se la desea como el primero de los bienes, ó ya se la rechaza como el mayor de los males.

Concluyamos, pues, afirmando que la libertad, colocada fuera de las condiciones de su legítimo ejercicio viene á ser peligrosa; que estas condiciones de legitimo ejercicio no se encuentran sino en el cristianismo; fuera de él, la libertad es necesariamente una causa de mal y sucumbe bajo sus propios escesos; de donde se deduce por tanto, la necesidad de la conciliaoión del Siglo y de la Iglesia.

En apoyo de esta conclusión podemos citar la experiencia de todos los tiempos y de todos los países. Entre los antiguos como entre los modernos, en ninguna parte ha podido reinar, sin el cristianismo, la verdadera libertad. Hoy mismo, como en otro tiempo, los infieles están muy lejos de ella, y los cristianos, haciéndose tanto más indignos cuánto más se alejan de las prescripciones sagradas de su fé, se exponen más y más á perderla.

Por esto es por lo que Jesucristo nos advirtió que «cualquiera que cometa el pecado viene á ser esclavo del pecado»; (San Juan, cap. 8.). Y el apóstol S. Pedro nos recomienda el «ser libres, no para servirnos de la libertad como de un velo que cubra nuestras malas acciones, sino para obrar en todo como servidores de Dios, (San Pedro, cap. II).

II

Lo mismo que el principio de libertad, el principio de igualdad tiene sus peligros, precisamente porque en las condiciones actuales de la humanidad no es absolutamente posible. Tomada en cierto sentido, sería la extinción del movimiento social, la uniformidad de los rodajes que haría imposible el juego de la máquina; sería la muerte y no la vida. Este principio, interpretado falsamente ha conducido á absurdas y salvajes teorías que han sido fecundas en desastrosas consecuencias.

La experiencia ha demostrado superabundantemente que la igualdad absoluta es una mera utopía ó más bien, una irrealizable quimera. Se ha reducido, pues, su invocación en cuanto á la igualdad de los derechos; este es un paso en la vía de la sabiduría, pero deja subsistir en el fondo de los corazones terribles pasiones.

El derecho no es siempre el hecho; aquel que se encuentra perjudicado pretende estarlo á espensas de la justicia, y acusa á los que han sido más dichosos que él de haber obtenido de la voluntad de los hombres los favores que la ley les rehusa: además, es cosa difícil el hacer aceptar al que está colocado en una posición inferior ese sistema de igualdad ante la ley; él está condenado de por vida á trabajos más penosos, á privaciones más grandes que algunos de sus semejantes; y vé, sin embargo, que ellos son los que recogen los honores y las riquezas, y poseen el bienestar de que él mismo está desprovisto.

De ahí nacen y fermentan sordamente en su alma los celos y los odios crueles que no esperan frecuentemente sino una ocasión favorable para hacer su explosión.

Cuando Jesucristo, sin embargo, ha proclamado el principio de igualdad, no ha querido hacer de él un señuelo seductor y arrojarle como un sebo engañoso á las pasiones; lo que ha querido es que ese

principio tuviese un sentido verdadero y se convirtiese en una realidad.

Pero ved con qué sabiduría ha dado la interpretación positiva. El no ha hecho consistir la igualdad en la posesión de la misma suma de riquezas, de honores, de ciencia, cosas que no pueden pertenecer igualmente á todos; sino que la ha colocado en un terreno accesible á cualquiera que posea una voluntad recta, en el terreno de la moral, en la práctica del bien. No todos pueden ser ricos, grandes y sabios, pero todos pueden ser buenos: no todos son capaces de acciones brillantes, pero todos pueden, según la medida de las facultades que les han sido impartidas, ejecutar acciones igualmente buenas. La pobre viuda de Jerusalem que deposita una moneda ínfima en el tesoro del templo, hace un dón más meritorio que el de las piezas de oro y plata que habían arrojado en él los ricos.

Considerada bajo el punto de vista moral, la igualdad viene á ser realmente completa. El último de los hombres, siendo virtuoso, será ante Dios igual á los más altos personajes que hayan estado en el mismo grado de virtud: en consecuencia, el grande hombre de la sociedad cristiana no es el rey poderoso ó el gran génio; es el santo; y el santo puede ser un rey como San Luis, ó un labrador como San Isidro.

Si el divino Autor del Evangelio ha restringido de este modo el sentido positivo de la igualdad, es porque debía ser así por la naturaleza misma de las cosas; y Él ha buscado el modo de remediar esto, como en todos los demás resultados de nuestro estado de prescripción y decadencia por la primer caída original.

Más, puesto que el orden presente no soporta la igualdad absoluta, él la restablecerá moralmente por una especie de compensación equilibrada. «Los primeros, ha dicho, serán los últimos; aquel que se eleve será humillado, aquel que se humille será elevado, y

el que quiera ser el más grande será el servidor de todos. » (S. Mateo, c. 8.) Esta compensación, creará en las relaciones humanas, una igualdad verdadera, que no será el resultado violento de la ley, sino del libre consentimiento de la voluntad.

Ella procederá de una virtud sublime, no conocida antes de Jesucristo, frecuentemente desconocida despues de Él, de la virtud de la humildad.

Segun la definición del gran Lacordaire, la humildad «es una aceptación voluntaria del lugar que nos ha sido designado en la gerarquía de los seres, una posesión de sí mismo, con una moderación igual respecto de lo que envanece, y que nos lleva á descender á lo que no nos envanece. » Humilde por el mandato de Dios, el ciudadano pobre no codiciará los bienes del rico; no alimentará en su corazón esa envidia ardiente, ese horrible orgullo que algunas veces necesita sangre para satisfacerse.

Por su parte, el rico, lejos de rechazar al pobre con injurioso desden, se inclinará hácia él, le tenderá la mano, le alzará en cierto modo hasta él mismo, probándole por su estimación, si la merece, que el hombre, cualquiera que sea su condición, es grande por sí mismo; que lo demás no es sino un accesorio, y que la verdadera nobleza nace esencialmente de su propio fondo. « Si entra en vuestra asamblea », dice el apóstol Santiago, « un hombre que tenga un anillo de oro y traje magnífico, y entra en ella también un pobre con un mal vestido, y que deteniendo la vista sobre el que está vestido magníficamente le decís, presentándole un asiento distinguido, « Sentaos aquí, » y que decís al pobre: « Estate en pié ahí, ó siéntate á mis piés, » seguís pensamientos injustos en la diferencia que haceis ante vos mismo entre el uno y el otro»:

Tal es el espíritu cristiano como Dios, no hace acepción de personas y acerca las clases más elevadas con las más inferiores.

Él conserva, sin embargo, la gerarquía visible y necesaria, á fin de que el cuerpo social, vivificado por

la sábia armonía de sus miembros, pueda adquirir un maravilloso crecimiento: pero, suprimid la virtud cristiana y á pesar de todas las leyes civiles no os quedarán sino grandes altivos y desdeñosos, y pequeños envilecidos ó más arrogantes que los grandes mismos.

Teóricamente hablando, el principio de igualdad es muy seductor; reducido á la práctica no se presenta ya bajo este halagüeño aspecto; por el contrario, resulta que aquellos que de palabra se habían manifestado los más ardientes partidarios de ese principio, vienen á ser de hecho, los más escandalosos é inconsecuentes violadores de él; prefiriendo casi siempre á los difíciles deberes que impone, las satisfacciones orgullosas de la superioridad, cuando los caprichos de la fortuna ó los trastornos de las revoluciones los ponen en posición de obtenerlas.

III

Más difícilmente que la libertad y la igualdad, la fraternidad parecería deber apartarse de su verdadero sentido: ella por consiguiente, debería presentar menos tropiezos y peligros; pero el común de los hombres no concibe la fraternidad sino como un beneficio y no como una carga, y esta falsa apreciación arrastra á muchos á terribles conclusiones. « Todos los hombres son hermanos, » dicen, y tienen razón; pero en vez de demostrar con la ayuda de este principio, que cada hombre debe estar siempre dispuesto á sacrificarse por el bien de sus semejantes, ellos se sirven de él como de una arma pérfida para atacar todo orden social, apoyar sistemáticamente la rapiña y la opresión, y hacer prevalecer un plan de sociedad salvaje, destructor de toda libertad, de todo sacrificio, y cuyo objeto final sería inmolar implacablemente el mérito en aras del vicio y de la incapacidad.

¿ No era necesario que todavía aquí viniese el cris-

tianismo en auxilio del hombre y de la sociedad? Para hacerle estimar en su precio la fraternidad á la cual le invitaba, para que ella le fuese dulce y no amarga, tenía que preservarla de la profanación de las malas pasiones que abusan de ella. Del mismo modo, pues, que ha hecho posible en la sociedad humana la libertad por la *moralidad*, y la igualdad por la *humildad*, realizará la fraternidad por medio de la *caridad*.

Más bien que crear derechos, la fraternidad cristiana ha impuesto rigurosos deberes. Considerada bajo el punto de vista puramente humano, lejos de ser una ventaja para los que la practican, es una causa de privaciones y sacrificios.

Cuando se oye á ciertos hombres pronunciar con énfasis la palabra fraternidad, se siente uno movido de lástima, pensando que, si supiesen lo que decían, si pudiesen verse precisados á practicarla realmente, su entusiasmo no tardaría mucho en resfriarse.

Sin duda el ser hermanos, es lo más tierno y hermoso que puede darse; es trasladar el cielo á la tierra; ¿pero qué cosa es ser hermanos? ¿Es hallarse encerrados juntos como el rebaño en el aprisco y consumir en común, todos los dias y á la misma hora, una ración con más ó ménos igualdad repartida? ¡Ah! no; la fraternidad no se deja contener en límites tan estrechos y materiales: ¿qué es, pues, la fraternidad? Héla aquí según el Evangelio: « Amad á vuestros enemigos; haced bien á los que os aborrecen; rogad por los que os persiguen y calumnian. Vestid á los que están desnudos, cuidad á los enfermos, consolad á los que padecen, visitad á los que yacen en las prisiones, y si quereis llegar al mayor grado de perfección en esta virtud, vended vuestras joyas y todo lo que sirve á vuestra vanidad y dad lo que produzca á los pobres ».

Los que se manifiestan celosos de llamarse con el santo nombre de hermanos deben estar animados de un espíritu de conciliación, de misericordia, de piedad y de absoluta abnegación.

El misionero que, sin otra esperanza en la tierra que el martirio, va á predicar entre los bárbaros y los gentiles la ley evangélica; la religiosa que pasa su vida en los hospitales ocupada en curar las llagas mas repugnantes; el sacerdote que renuncia á las dulzuras del hogar doméstico para consagrarse enteramente al servicio de sus semejantes en el ministerio sagrado; el soldado que ofrece generosamente á su patria el sacrificio de su felicidad y de su vida; el ciudadano que busca la miseria hasta en sus mas tristes y escondidos retretes, y no teme agotar su bolsa para socorrerla y aliviarla, he ahí los hombres que comprenden y practican la verdadera fraternidad.

Pero para comprenderla y practicarla de este modo se necesita estar movido por otro móvil que no sea puramente terrestre; se necesita tener en el corazón, y esto no es demasiado, toda la vida que el cristianismo comunica por la fé, la esperanza, la caridad y la gracia de Dios.

Así, cuando en nuestras sociedades, poseidas del espíritu pagano, se quiere, en nombre de ese sentimiento melodramático, que se llama filantropía, copiar las maravillas de la fraternidad cristiana, se tiene que organizar oficinas, imponer cuotas, pagar empleados y ejercer la beneficencia con las entradas del fisco y de la especulación.

Las almas piadosas se ven obligadas á imaginar espedientes que suministren recursos para las buenas obras: es necesario á veces, que promuevan la limosna por la vía de las pasiones, que la atraigan con el incentivo del interés y del placer; que hagan danzar y divertirse á los dichosos del mundo en provecho de la miseria, del sufrimiento y del infortunio!

A las consideraciones que preceden, creemos poder dar esta conclusión general: que sin el cristianismo no se pueden interpretar sanamente ni reducir á la práctica de un modo pacífico y verdadero los grandes principios de libertad, igualdad y fraternidad; demostremos ahora que no es menos indispensable para la realización de la dicha y de la paz.

IV

Después de la desobediencia del paraiso, que cambió el destino de toda la raza de Adan, la felicidad parece que temió fijar su morada sobre la tierra. Las luchas contínuas del hombre contra la naturaleza, contra sus semejantes y contra sí mismo apenas le dejan tiempo de respirar.

Ha podido suceder que algunos séres privilegiados por la suerte, gozasen durante un tiempo más ó ménos largo aquellas satisfacciones que se pueden gozar en el mundo; pero además de que tales satisfacciones, lejos de llenar el alma dejan en ella desconsuelos que nada puede llenar, se presenta ante nosotros un porvenir tan incierto, y el placer está siempre tan inmediato á la pena, que esa invencible espada de Damocles pendiente contínuamente sobre nuestras cabezas, bastaría para turbar todos nuestros goces, aun cuando la terrible segur de la muerte no amenazase romper muy pronto el tallo de nuestra existencia.

En vano es que el hombre con los medios de que dispone. se afane y atormente por formarse la felicidad en medio de las angustias de semejante situación; todo lo más que podrá conseguir será aturdirse algunos momentos en el tumulto de ruidosos placeres; así, pues, los ecos de la tierra han resonado siempre con las quejas y los gemidos de la multitud de los desgraciados.

Con todo, Jesucristo no ha vacilado en abrir su misión divina por una proclamación de dicha ocho veces repetida. La primera palabra que salió de sus lábios sagrados fué la de *bienaventurado*: pero ¿á quienes se referirá esa palabra? A todos los que el mundo había reputado desgraciados hasta entonces; y por un misterio inconcebible, el sufrimiento mismo será uno de los elementos que compondrán la dicha; porque está escrito: «¡Bienaventurados los que lloran!»

Para emplear un lenguaje semejante era necesario estar muy seguro de conocer y dominar la causa de las desgracias terrestres; era necesario poder decir y hacer como el Hombre-Dios: «¡Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados!» El sufrimiento, en efecto, no es un mal verdadero sino en tanto que se ignora el objeto y el fin; pero que este objeto y este fin se manifiesten en lo que tienen de glorioso é inefable, y el sufrimiento podrá realmente trasformarse en dicha. Así es como ha procedido el cristianismo, y de un solo golpe ha cortado la principal raíz del mal.

Explicándonos el enigma de nuestra naturaleza nos ha hecho comprender la utilidad inmensa del sufrimiento, y dando una base cierta á la fé, nos ha hecho considerar las pruebas de la vida presente como la semilla de una inmortalidad feliz.

Ha levantado el velo que cubría nuestros destinos y nos los ha mostrado, abriéndose como las flores después de la borrasca, en la serenidad de una dicha sin término y sin medida. ¿Qué son las fatigas de la guerra para el soldado que está seguro de recoger los más brillantes laureles? ¿Qué son para el sabio las vigilias laboriosas cuando él se siente marchar á la inmortalidad? y con más fuerte razón, qué son las penas de la vida para el verdadero cristiano que, contando con las promesas de Aquel que le ha rescatado al precio de su sangre, sabe que todo lo que sufre será pesado en su equitativa balanza y que recibirá en contrapeso los goces inefables de la eternidad?

Animados por esta magnífica esperanza, los apóstoles rebozaban de gozo en medio de sus tribulaciones; los mártires volaban al encuentro de los más horribles suplicios, los santos se entregaban con entusiasmo á las más rudas prácticas de la penitencia: para ellos el sufrimiento había cambiado de carácter; lo imploraban como si fuese un bien.

Pero el cristianismo no se ha contentado con obrar sobre el sufrimiento trasformándolo; él, además, ha

propuesto á los hombres el medio de atacar directamente el orígen; y este medio consiste en la lucha contra las malas inclinaciones. En efecto, si el hombre sufre es porque falta en él la armonía; porque sus deseos no están de acuerdo con su deber ó con lo que es posible: no hay más que dos maneras de calmar la irritación que experimenta: abatir sus deseos hasta el nivel de sus obligaciones y de su fortuna ó domeñar sus obligaciones y su fortuna á discreción de sus deseos.

Tomar este último partido es tentar lo imposible: la fortuna se ríe de nuestra codicia, y por màs que se haga, nada le impide pulverizarla bajo su rueda caprichosa é implacable.

No se obtiene mejor suceso con entregarse ciegamente á los instintos depravados, y obedecer su impulso contra toda regla y razón: mucho se engaña el que cree encontrar la calma cesando de combatirlos, porque ¡ay! el abismo llama el abismo, al deseo sucede el deseo; y hallando muy pronto insulsos y desabridos los placeres que ha encontrado en su camino, busca incesantemente otros más vivos; y en vez de gustar la dicha en el seno del reposo, viene á ser el miserable juguete de una insaciable tiranía: nuevo Tántalo, su alma se halla entregada á las angustias que le ocasiona la fatigosa requisa de un bien que se desea ardientemente y que huye al punto que se cree alcanzarlo.

Esta actividad inmoderada es necesariamente madre del desórden. El hombre de placer, amasado de egoismo, olvida que debe hacerse útil á sus semejantes y no vacila aún en sacrificarlos á sus odiosas fruiciones; muchas veces se sacrificará él mismo; así es que casi todos sus males procederán de sus escesos á que le haya arrastrado la sed inmoderada é inextinguible de las pasiones.

El Evangelio sigue una marcha diametralmente opuesta: El traza la regla de los deberes y ordena al hombre conformarse á ellos á despecho de las inclinaciones contrarias de su naturaleza: ordena en nombre de Dios y promete de su parte los auxilios suficientes para ayudar á la voluntad á triunfar noblemente de sus repugnancias.

Al mismo tiempo, cuando obstáculos insuperables, nacidos de las circunstancias ó de la naturaleza de las cosas, se oponen á que los deseos, siendo legítimos, obtengan una justa satisfacción, recomienda la resignación que calma dulcemente los dolores del corazón, y enseña á reconocer los decretos inescrutables de Dios, á venerarlos y á someterse á ellos sin exhalar una queja, con la confianza del hijo por su padre, con el espíritu de sacrificio que prepara gloriosos méritos.

Es cosa ciertamente más fácil acomodar uno sus deseos á su deber y á su fortuna, que doblegar el deber y la fortuna á sus insaciables exigencias: así es como un cristiano prudente y sábio sabe conservar su alma al abrigo de las borrascas de las pasiones; y si algún golpe de la Providencia viene á herirlo aun en lo que tiene más querido, sabe, como el santo Job, bajar humildemente la cabeza y bendecir la mano paternal que le castiga para purificarlo y salvarlo.

Con todo, el Evangelio no ha prometido y ligado la dicha á la práctica de sus máximas, sino porque estas mismas máximas podían neutralizar su funesto veneno. ¡Cosa inconcebible! ¡Contradicción inexplicable de nuestra naturaleza! Este fruto tan hermoso á la vista, tan agradable al gusto, que buscamos con tanto ardor, es sin embargo un fruto maldito que causa la muerte á los que lo comen.

La felicidad debilita, enerva, corrompe y mata á las naciones como á los individuos. La humanidad no està hecha para la dicha: ella ha podido vivir con el sufrimiento; la felicidad la aniquilaría.

El rey de la edad de oro, si renaciese entre nosotros, no tendría por súbditos sino sibaritas afeminados, consumiéndose en la mortal languidez de la

molicie y de la prostitución. ¿Quién, pues, nos dará la dicha sin envilecernos, sin corrompernos, sin entregarnos á la disolución? El cristianismo; solo él puede obrar este gran milagro: que se busque cuanto se quiera, no se encontrará el antídoto al disolvente de los goces del mundo sino en la sal de las virtudes que enseña, y en las gracias de que es la fuente.

Es necesario que la humanidad se resuelva á saborear la amargura del sufrimiento si quiere reconquistar sus derechos á la verdadera felicidad.

V

No era bastante, sin embargo, para Jesucristo, el haber puesto de nuevo á los hombres en posesión de la dicha. Él quería asegurar los beneficios de su redención en toda la tierra, dando á las naciones un bien que le es propio, un bien sin el cual todos los demás no estarían completos, es decir, *la paz*.

Anunciando el reinado del cristianismo, los profetas le pintaban como un reinado de paz: ellos llamaban al Mesías príncipe de la paz; y cuando los ángeles anunciaron á los pastores de Belem el nacimiento del nuevo rey, cantaron en coro: «*Gloria á Dios en las alturas y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad!*» Tal es el fin dichoso á que el Redentor quiere conducirnos.

Todo converge á él en su Evangelio. Él destruye las antipatías de razas y pueblos, y proclama altamente que siendo todos los hombres hijos de un mismo padre, no deben formar sino una sola familia de hermanos. La bondad, la dulzura, la misericordia, la justicia, todas las virtudes pacíficas se encarecen y recomiendan en la doctrina de Jesucristo, dándose él mismo como un ejemplo vivo de ellas.

Él aconseja á sus discípulos evitar con el mayor cuidado las dificultades, las disputas y los pleitos; y les recomienda asimismo amarse los unos á los otros, anunciar por todas partes la paz é invocarla, en

cambio de la hospitalidad, sobre los que los recibieren en sus casas. Él les deja la paz, les da su paz, paz más dulce que la del mundo; y cuantas veces se les aparece después de su resurrección se revela á ellos por estas palabras divinas: *¡Que la paz sea con vosotros!*

La paz es sobre todo la que Jesucristo quiere hacer descender sobre la tierra; para asegurar su establecimiento entre las naciones ha creado la sociedad moral católica. Esta sociedad debe reunir al mundo bajo el mismo gefe espiritual y bajo las mismas leyes morales; y estas leyes, basadas sobre la autoridad de Dios y, por consiguiente, dignas de toda fè y obediencia, tendrán por efecto, sustituir al derecho de la fuerza la fuerza del derecho.

Nadie pondrá en duda que la conducta de los seres racionales debe regirse por los principios de la justicia y no por los caprichos brutales de un poder ciego: lo que solamente puede ser objeto de discusión es determinar cuáles son los verdaderos principios de la justicia; porque en tanto que la razón, descarriada por las pasiones, ha estado exclusivamente en posesión de decidir arbitrariamente sobre lo verdadero y lo falso, le ha sido imposible entenderse y la fuerza ha debido decidir comunmente en último extremo las cuestiones litigiosas.

No será lo mismo sin duda cuando el cristianismo llegando á su edad completa, haya conquistado un imperio absoluto sobre los espíritus: siendo admitidos universalmente sus principios, la justicia brillará más vivamente á los ojos de los hombres, y ellos considerarán como más digno el tomarla por árbitro, que tener que recurrir á las violencias de la fuerza.

Por otra parte, la efusión del espíritu evangélico dispondrá á las almas á la benevolencia mútua, á la caridad, á todas las virtudes pacíficas, y las dificultades, que no envenenarán ya las pasiones rencorosas, se arreglarán fácil y prontamente. El progreso de las ideas cristianas, la dulzura de las costumbres

habían hecho ya presentir en el último siglo, al abate de Saint-Pierret la éra futura de la paz universal.

Estos presentimientos fueron tratados de quimeras; pero hoy la marcha constante de las cosas, las tendencias generales han modificado los primeros juicios.

No se considera ya como una utopía ese sistema de paz, reputado antes como impraticable, y aun se ha llegado á discutir sériamente sobre los medios de realizarlo en un próximo porvenir por medio de conferencias y congresos para la paz internacional.

Es necesario, sin embargo, no engañarse en esto: si se aisla del cristianismo la edad de paz, aun cuando llegue á obtenerse, no nos dará lo que piensa y nos hace concebir esperanzas.

Las malas pasiones que en todo tiempo anidan en el fondo del corazon del hombre, se despertarán sobre todo en las épocas de paz. Nunca se encuentran las naciones más próximas á su decadencia que cuando el templo de Jano se encuentra cerrado. Cesando las fuerzas físicas de agitarse y de crear una poderosa diversión, las fuerzas morales se remueven fermentándose; y como desgraciadamente están infectadas en su orígen, este movimiento, esta fermentación, no hacen más que arrojar de sí una espuma impura de donde se exhalan miasmas delectéreos en abundancia. Entonces los pueblos caen en la depravación y la decrepitud, síntomas precursores de su muerte.

Este es ciertamente un gran vicio de nuestra raza; ¿pero, cómo remediarlo? El Evangelio y solo el Evangelio nos suministra el medio. «Velad, es decir, estad siempre armados, siempre dispuestos al combate contra vosotros mismos; orad, es decir, invocad en apoyo de vuestra debilidad la gracia y los auxilios del cielo: así os mantendréis en un estado de actividad, de vigor y de salud capaz únicamente de triunfar del marasmo y de la corrupción que engendra el reposo.

Además de lo dicho, la paz trae consigo otro mal de que las sociedades antiguas se han resentido aún en medio de sus turbulencias civiles, y del que se espantan las sociedades modernas después de algunos lustros exentos de guerras generales.

Este mal proviene de la superabundancia de vida que tiende á engrandecer desmesuradamente las proporciones del cuerpo social, aumentándose con exceso la población, cuando todas las circunstancias favorecen su desarrollo. Vender, esponer y destruir á los niños fueron los medios empleados por los paganos para sustraerse á ese mal: nosotros no podríamos recurrir á ello.

Así, pues, á despecho de las malas costumbres y de las medidas poco filantrópicas sugeridas por la filosofía, los economistas políticos se preocupan vivamente de los resultados alarmantes que ofrece el aumento progresivo de la población para un próximo porvenir. Jesucristo, que sabía cual debía ser el término último de su designios, se había ocupado de esto antes que ellos. El había practicado y preconizado una virtud destinada á prevenir los excesos de la vida y aún á transformarlos en agentes bienhechores de ella.

Siguiendo siempre los principios generales de la redención, llegará á verificarse que los hombres de fé, animados por el espíritu de sacrificio, se retraerán voluntariamente de la corriente vital en provecho de la sociedad. Guiada por la inspiración de su divino Autor, la Iglesia ha impuesto á todos los miembros que forman su asociación, así del clero regular como del secular, el deber de la castidad. Ella ha querido que olvidándose de sí mismos, se consagren enteramente á la salud de sus semejantes.

Esta sabia regla de disciplina, que ha tenido siempre por principal objeto la independencia, la pureza y abnegación de los ministros de la Iglesia, debía producir además en las naciones un eminente servicio, descargándolas del fardo de la población que

algunas sienten ya muy pesado desde que la incredulidad, en nombre de la libertad, ha proscrito la de una abnegación, cuyo valor y capacidad no ha comprendido, y desespera justamente de poderla inspirar jamás.

Pero la Iglesia que abraza un horizonte más vasto que el de los seres de un día, ha mantenido á pesar de los sofismas y de las pasiones de los hombres, la integridad de sus santos institutos. Ya se comienza á conocer y á apreciar mejor su alta importancia.

No está lejos el tiempo en que se venga á reconocer que la paz tiene acaso peligros mayores que los de la guerra. Nunca los enemigos del alma son más tenaces y activos para asediarla, que cuando puede escuchar su voz insidiosa en la calma y el silencio.

Si contra los enemigos del cuerpo se emplean las armas materiales, contra aquellos es neceeario hacer uso de las espirituales. Preciso es que las milicias castas y consagradas al servicio de Dios purifiquen, despierten, vivifiquen á las almas que languidecen en el reposo y el abandono de una indiferencia culpable; preciso es también que ellas sacudan el entorpecimiento de los cuerpos, y que les preserven, en favor de las almas, de la inercia, de la debilidad y de la muerte, ensanchándoles el espacio para sus movimientos, abriéndoles campos mas vastos de aire y de luz.

Un día, lo esperamos llenos de firme confianza, el Salvador hará florecer una paz santa que el mundo no podrá dar jamás; un día según la palabra del Profeta, El será unánimente proclamado *Príncipe de la Paz*.

La verdad de la proposición general que acabamos de exponer, y de las particulares que le siguen, resalta de tal suerte de los hechos, que los más grandes publicistas y filósofos, se han visto compelidos á reconocerla.

Ella emana, por decirlo así, como un axioma, de

sus estudios históricos. Los testimonios abundan y pudiéramos multiplicarlos; pero creemos suficiente á nuestro propósito citar algunos nombres escogidos, cuya autoridad no será dudosa ni disputada.

« Los principios del cristianismo, ha dicho Montesquieu, hacen más que el honor en las monarquías, la virtud en las repúblicas y el temor en los Estados despóticos. A ellos debemos en el gobierno cierto derecho político, y en la guerra cierto derecho de gentes que la naturaleza humana no sabrá reconocer bastante; el derecho que hace que, entre nosotros la victoria deje á los pueblos vencidos la vida, la libertad, las leyes y casi siempre la religión, esos grandes bienes que constituyen su existencia civil. ¡Cosa admirable! la religión cristiana que parece no haber tenido por objeto sino nuestra felicidad en la otra vida, hace tambien nuestra dicha en esta. »

Rousseau piensa tambien que « nuestros gobiernos modernos deben al cristianismo una autoridad más sólida, y que las rebeliones y trastornos hayan sido menos frecuentes. La religión, mejor comprendida y desviándose del fanatismo, ha hecho más dulces las costumbres cristianas. Este cambio no es obra de las letras, porque donde quiera que han brillado, no ha sido por eso más respetada la humanidad: las crueldades de los atenienses, de los egipcios y de los emperadores romanos dan testimonio de ello. ¡Cuántas obras de misericordia no son obras del Evangelio! »

A su vez, M. de Chateaubriand halla que « el cristianismo es admirable sobre todo por haber convertido al hombre físico en hombre moral. Todos los grandes principios de libertad y de igualdad se encuentran en nuestra religión, pero aplicados al alma y al genio y considerados bajo relaciones sublimes. Los consejos del Evangelio forman el verdadero filósofo, y sus preceptos el verdadero ciudadano. No hay pueblo cristiano, por humilde y pequeño que sea, en el cual no sea más dulce la vida, que lo haya sido

en el más famoso de los pueblos antiguos. Hay en las naciones modernas una paz interior, un ejercicio contínuo de virtudes bellas y pacíficas que no se vió reinar nunca en las márgenes del Iliso y del Tiber. Si la república de Bruto ó la monarquía de Augusto saliesen de repente del polvo de sus sepulcros, nos inspiraría horror la vida romana. El último de los cristianos, siendo hombre honrado, es más moral que el primero de los filósofos de la antigüedad.»

Como complemento de este capítulo tomamos del sábio Balmes el cuadro interesante de los resultados principales de la influencia del cristianismo en la civilización; hélo aquí: «El hombre, dotado de un vivo sentimiento de su dignidad, de un fondo abundante de actividad, de perseverancia, de energía y de un desarrollo simultáneo de todas sus facultades; la mujer, elevada al rango de compañera del hombre, y recompensada, por decirlo así, del deber de la sumisión con las consideraciones respetuosas que se le prodigan; la dulzura y la firmeza en los vínculos de familia protegidos por las poderosas garantías del buen orden y de la justicia; una conciencia pública admirable, rica en máximas sublimes de moral, en reglas de justicia y de equidad, en sentimientos de honor y dignidad, conciencia que sobrevive al naufragio de la moral privada é impide que la desvergüenza de la corrupción llegue al grado en que se mostró en la antigüedad; una cierta suavidad de costumbres en lo general, que en la guerra evita las grandes catástrofes y en la paz hace la vida màs apacible y amable; un respeto profundo por el hombre y todo lo que le pertenece, que hace muy raras las violencias y sirve bajo cualquier régimen político de un freno saludable para contener á los gobernantes; un deseo ardiente de perfección en todos los ramos; una tendencia irresistible, mal dirigida algunas veces, pero siempre viva por mejorar la condición de las clases numerosas; un impulso secreto que manda proteger la debilidad y socorrer el infortunio, impulso que

sigue á veces su curso con un ardor generoso, y que cuando no encuentra medio de desarrollarse permanece en el corazón de la sociedad y produce en ella el malestar y la inquietud de un remordimiento; un espíritu cosmopolita de universalidad, de propaganda; un fondo inagotable de recursos para rejuvenecerse sin perecer y para salvarse en las más grandes crísis; una impaciencia generosa que quiere anticipar el porvenir, y de donde resultan una agitación y un movimiento incesantes, algunas veces peligrosos, pero que son constantemente el gérmen de grandes bienes y el síntoma de un poderoso principio de vida. Tales son los grandes caracteres que distinguen la civilización cristiana, tales son los rasgos que la colocan en un rango infinitamente superior al de todas las demás civilizaciones antiguas y modernas.

Sin embargo, es necesario reconocerlo: esta civilización está todavía lejos del tipo evangélico; pero si ya por algunos de sus principales lineamientos, se distingue por una preeminencia marcada ¿qué maravillas no será capaz de realizar cuando entre resueltamente la humanidad en la vía trazada por el evangelio y el cristianismo?

¡Dichosos los que saludaren los dias benditos de esa renovación del porvenir, que sin duda alguna acelerará la deseada conciliación entre la Iglesia y el Siglo por los sabios y generosos esfuerzos del espíritu nuevo!

El espíritu filosófico separado del cristianismo destruyó la sociedad moral en vez de reformarla

No con el objeto de despertar antiguas polémicas, sino para demostrar en la historia la conveniencia de la conciliación entre la Iglesia y el Siglo, vamos á recordar brevemente los perniciosos efectos producidos por la oposición de la filosofía incrédula ó filosofismo hecha á la Iglesia católica en la época moderna, cuando se emprendió la tarea funesta de atacar al catolicismo en nombre de la razón; mientras deben ser eternos aliados, pues que la filosofía y la religión, al decir de M. Guizot son dos hermanas inmortales, que es un crímen separar.

Dios permitió que se hiciera ese desgraciado ensayo de separación y guerra para que ante los perniciosos resultados se comprendiese mejor la conveniencia de su alianza y conciliación; porque en efecto, la verdadera filosofía no puede contradecir jamás á la razón católica.

Y en verdad ¿por qué el antiguo mundo fué precipitado en un abismo de males, y sobre todo, en una degradación moral espantosa? Porque el hombre, sustrayéndose á la autoridad de Dios para no depender ya sino de sí mismo, caminó al azar, como un astro errante, á través de las tenebrosas regiones del error y de la duda.

Para evitar esta causa suprema de nuestras desgracias, instituyó Jesucristo su Iglesia, entregándole el Evangelio y su misión divina, á fin de que, semejante á la columna de fuego del desierto, marche delante de nosotros, brillando de luz celestial para trazar y alumbrar nuestra ruta. Con todo nuestra libertad no estaba empeñada y podíamos, á nuestro arbitrío, seguir el rayo luminoso, ó descarriarnos corriendo en pos de falsos fulgores.

Durante todo el curso de los siglos se vieron espíritus rebeldes que mejor querían vagar á la luz indecisa de esos fuegos inconstantes de la noche, que lanzarse atrevidamente en la carrera, bajo el esplendor fijo y radioso del Sol de la verdad. Pero ellos desaparecieron muy pronto como siniestros meteoros, perdidos en los inmensos espacios de la nada, y sin poder arrastrar á los pueblos en el movimiento desordenado de sus fatales revoluciones.

En el siglo diez y seis todo cambió de aspecto. Los pueblos, cansados al parecer de la pura luz del cielo, se dejaron fascinar de las impuras luces terrestres y las siguieron ciegamente.

Entonces comenzó en Europa ese reinado funesto de los espíritus rebeldes y presuntuosos. Ellos inscribieron en su bandera y tuvieron por divisa: *Guerra á la Iglesia*; *libertad de la razón humana*. El antiguo principio de desobediencia á la autoridad y la rebelión de la razón fué por la virtud de sus esfuerzos, inaugurado de nuevo en el mundo.

Era fácil prever de antemano los funestos resultados de esta subversión. Encontrándose el hombre colocado poco más ó ménos en el mismo estado, que después de la primitiva desobediencia, debía caer otra vez poco á poco en las mismas desgracias y miserias. La anarquía moral volvía otra vez á la tierra y con ella las tinieblas y los males del paganismo. Felizmente Jesucristo, fiel á sus promesas, ha mantenido en pié el edificio de su Iglesia y ha dejado á los hombres, á pesar de su ingratitud, un lugar de refugio seguro. Sin este bien inestimable, estaríamos de nuevo extraviados sin esperanza en las sendas de la perdición moral.

Considerémos, en efecto, lo que pasa fuera de la Iglesia. ¿Existe aún la sociedad moral? ¿los séres libres encuentran un centro de unidad y una dirección cierta, ó más bien, no están abandonados en el aislamiento, la división y entregados al soplo de sus caprichos racionales ó apasionados?

En efecto; ningun estadista de nota podrá dejar de

admitir, que toda sociedad supone la existencia de tres poderes; legislativo, interpretativo y ejecutivo; pues bien, el espíritu filosófico de la incredulidad contemporánea los ha destruido completamente.

Búsquese donde quiera entre los disidentes y se verá que no se encuentran en ninguna parte. Por única base de la sociedad de las almas han puesto un libro cuyas páginas se han creido con el derecho de arrancar como mejor les parece, y de interpretar las palabras conforme le sugiere su fantasía. ¡Contradicción extraña por cierto!

Ellos han rehusado á la Iglesia el poder de interpretación y se lo han concedido individualmente á cualquier hombre. Pero este hombre es infalible ó no: si lo es ¿por qué no ha de serlo la Iglesia? y si no es infalible ¿por qué condenarle á caer necesariamente en el error? ¿De qué le habrá servido el Evangelio de Jesucristo, si no preserva su inteligencia de la ignorancia y de la mentira; si esta letra muerta no infunde vida en su corazón?

¿Creería un pueblo haber hecho bastante para constituirse en sociedad civil poniendo en cada uno de los individuos que le componen un código de leyes, y dejándoles en plena libertad de determinar ellos mismos su línea de conducta? ¿Qué vendría á ser la República Uruguaya, si por todo vínculo de unidad no poseyese sino su código de leyes, sin magistrados para interpretarlo, sin agentes para hacerlo ejecutar, y entregándolo á la arbitrariedad de la inteligencia ó al capricho de la voluntad individual?

Evidentemente, ni la República del Uruguay ni ninguna otra nación constituida de este modo, viviría un solo día sin caer en la más espantosa anarquía. ¿No comprenderán alguna vez los disidentes que se les ha colocado en una situación semejante, y que la anarquia moral es necesariamente el último término que han de tener sus principios?

Cuando, para seducirlos se ha proclamado con énfasis la independencia de la razón se les ha engañado cruelmente. La razón, en efecto, no puede ser nunca independiente de la dictadura de la verdad: pues sobre ella dominará siempre la verdad como soberana. ¿Puede el hombre, por ejemplo, ser libre para creer que el número 2 multiplicado por sí mismo produce el número 5? ¿Puede ser permitido á la razón sublevarse contra una verdad, cualquiera que sea? En el conflicto entre la Iglesia y el protestantismo, se trataba evidentemente menos que proclamar la independencia de la razón, el saber si la autoridad de la Iglesia era un verdadero dogma, al cual debía someterse aquella.

Suponiendo, lo que por voluntad de Jesucristo está fuera de duda, que este dogma es la expresión pura de la realidad, entonces la razón al rechazarlo, lejos de haber dado una prueba de independencia, no la ha dado sino del más triste servilismo, el servilismo del error.

No basta indudablemente el haber proclamado la independencia de la razón para que la razón sea independiente; porque las pasiones, las dificultades y los misterios la circundan por todas partes, y en tanto que los que la proclaman independiente no la hayan desembarazado de este funesto cortejo, no nos podrán decir, que la han libertado, pues que por el contrario, no habrán hecho más que entregarla sola, sin apoyo y sin defensa á todos los lazos de la ignorancia y del vicio.

Cuando Lutero pretendía que *la eterna voluntad es la que hace todas las cosas, y que esto basta para destruir y aniquilar el libre albedrío*; cuando Calvino afirmaba que *el hombre comete el crimen porque Dios lo dispone así*; y cuando Melanchthon añadía que *no solamente Dios permite el mal sino que lo hace, de tal suerte, que la traición de Júdas es tan obra suya como la conversión de San Pablo*, ¿acaso podemos creer que estos heresiarcas proban una gran independencia de razón y hacían un servicio eminente á la humanidad?

II

Pasemos al exámen práctico del mismo principio y veamos, por sus obras, si no es un principio de anarquía más bien que de independencia.

¿Què significan todos esos nombres diversos de Luteranos, Calvinistas, Sacramentarios, Anabaptistas, Quáqueros, Episcopales, Puritanos, Metodistas y los otros mil análogos que podrían añadirse? Que el protestantismo no tiene ningún centro de unidad; que deja á los espíritus flotar al soplo de todas las opiniones, y que se encuentra impotente para fundar una sociedad moral.

Abandonando la Biblia á merced de todas las inteligencias, ya sean elevadas ó humildes, rudas ó ilustradas, reduce este libro divino al papel ignominioso de la alfagia de la fábula; ha sometido la palabra de Dios á las concepciones de los hombres; le ha quitado toda virtud legislativa, toda autoridad superior sobre las conciencias para convertirlo aún en instrumento de las mas monstruosas pasiones.

Los mismos protestantes de buena fé no han podido menos de convenir en esto. «El juicio privado de Muncer, dice O'Callaghan, descubrió en la Escritura que las grandes propiedades son una usurpacion impía, contraria á la igualdad natural de los fieles, é invitó á sus sectarios á examinar el punto; estos convinieron, por supuesto, en lo que decia su gefe, y dando gracias á Dios procedieron en seguida, por medio del fuego y del hierro á la estirpación de los impíos, apoderándose de sus bienes.

El juicio privado creyó haber tambien descubierto en la Biblia que las leyes establecidas eran una restriccion permanente de la libertad cristiana, y he ahí á Juan de Leyde que, arrojando sus herramientas, se pone á la cabeza de una poblacion fanática, sorprende la ciudad de Munster, se proclama él mismo rey de Sion y toma catorce mujeres á la vez, asegurando que la poligamia es una de las libertades cristianas y el privilegio de los santos.

En Inglaterra, durante una gran parte del siglo diez y siete, una multitud de fanáticos se levantaron, simultánea ó sucesivamente, ebrios de doctrinas estravagantes ó de pasiones nocivas, desde el feroz delirio de Fox hasta la locura metódica de Barclay, y desde el formidable fanatismo de Cromwell hasta la necia impiedad de Praise-God Barebones.

Todos citaban la Escritura y todos pretendian haber tenido èxtasis, visiones é inspiraciones.

Estos fanáticos condenaban la ciencia como una invencion pagana, y las universidades como seminarios de la impiedad anticristiana.

Las mayores atrocidades se justificaban con los textos sagrados: se tramaban conspiraciones, traiciones, proscripciones, asesinatos, todo no solo justificado sino aun autorizado con las citas de la Santa Escritura.»

Tenemos, pues, razon para afirmar que el espíritu filosófico de libre exámen individual aplicado á la religión, ha destruido la sociedad moral. ¿Donde encontrarémos ahora una idea moral, segura, capaz de reunir las inteligencias, de cautivar los corazones y de someter las voluntades?

Cuando no hay regla en los pensamientos no la hay tampoco en las acciones. El hombre, entregado á sí mismo, marcha á la aventura, triste juguete de las ilusiones de su razón y de los impulsos de sus pasiones. ¿Quien podrá justamente llamarle á su camino, puesto que es libre para no escuchar sino las inspiraciones de su propio sentido, y puesto que tiene el derecho de rechazar como tiránica aún la autoridad de un consejo benévolo?

Colocado sobre esa pendiente resbaladiza, el protestantismo la descendió rápidamente. Ningún dogma, ninguna institución respetó de la antigua Iglesia.

Procediendo de pasiones y abandonado á las pasiones, del cristianismo no conservó sino lo que podia lisonjearlas, ó por lo menos, separó de él todo lo que las sujetaba y las refrenaba mas especialmente. Suprimiendo casi todos los sacramentos, cegado el manantial de las gracias divinas; ha quitado á las almas el principio de su santificación y de su fuerza; ha hecho asi desaparecer de la tierra esa raza sublime de héroes de la perfección cristiana que el cielo podia envidiarnos; y él se ha encontrado impotente para formar á los hombres en este grado de virtud que los hace santos.

En el protestantismo no se ven esos prodigios de abnegación y de sacrificio, de que el catolicismo recoge tanta gloria para bien de la humanidad. Los ministros de su culto han hallado que era irracional privarse de los goces de familia para entregarse sin reserva al cuidado de sus feligreses, y se han condenado voluntariamente á no ser otra cosa, como lo ha dicho tan propiamente el conde de Maistre, que hombres vestidos de negro que suben al pùlpito todos los domingos.

El protestantismo ha cerrado los monasterios: sus jóvenes no han sentido la necesidad de consagrar todo su sêr al servicio de Dios y de sus semejantes; sus vírgenes no han deseado enlazarse al Esposo divino; ninguna ha abandonado los placeres del mundo retirándose al asilo silencioso de los claustros para entregarse á la oración, para cuidar de la orfandad y dedicarse á la enseñanza de la niñez desvalida; ninguna ha venido á ofrecerse en el triste recinto de los hospitales para curar las llagas asquerosas, para velar á la cabecera de los enfermos y de los moribundos.

Pero el mónstruo de la lubricidad toca la puerta y quiere también tomar parte en la reforma filosófica, Desde luego la santidad del matrimonio es inmolada á los deseos de la concupiscencia; y queda reducido

á las proporciones de un contrato civil el acto más solemne de la vida social, ese acto que Jesucristo, en su divina sabiduría, había colocado bajo la salvaguardia del sello sacramental.

Todavía no era esto bastante; se necesitaban otros holocaustos. Lutero consulta, pues, á la Escritura, y como en ella encuentra que el ejemplo de los patriarcas autoriza la *poligamia*, de acuerdo con los doctores, sus discípulos, permite al landgrave de Hesse-Cassel que tenga dos mujeres.

«¡Desgraciada Europa!» exclama el ilustre Balmes, con motivo de esta decisión; «si las costumbres no hubiesen estado formadas en esta época, si la buena organización dada á la familia por el catolicismo no hubiese echado raices demasiado profundas para que pudiesen ser arrancadas por la mano del hombre, esta culpable condescendencia habría producido frutos muy amargos.

Con todo, si la poligamia no pudo introducirse en la familia, á pesar de la buena intención de los teólogos protestantes, el divorcio que parece menos repelente penetró en ella apoyado en las conclusiones de los nuevos casuistas. Enrique VIII sancionó la doctrina dando al mundo los más horribles escándalos.

Esta doctrina produjo sus frutos, porque desde entonces la unión conyugal fué menos estrecha y menos respetada; los lazos de la familia se relajaron necesariamente, viniendo á suceder que en algunos Estados reformados, el contrato matrimonial ofrecíese tan pocas garantías, que en expresión de Madama Staël, se cambiaba tan pacíficamente de esposo, como si se tratase de arreglar los incidentes de un drama.»

Así caía pieza por pieza la sociedad moral fundada por Jesucristo: así se comprobaba la razón de estas palabras: «Si alguno desoye á la Iglesia, que se le considere como un pagano.»

Muy en breve esta sociedad dejó aún de tener una existencia propia; incapaz de sostenerse por sus pro-

pias fuerzas, se resumió en la sociedad civil, de la cual vino á ser una humilde sierva.

Tanto, en efecto, como el protestantismo había hecho ostentación de orgullosa independencia con respecto á Roma, otro tanto se mostró obsequioso y servil para con los poderes temporales. El se acomodó á todos sus deseos, á todos sus caprichos, y llegó hasta abdicar de sí mismo en sus manos.

Una religión, sin duda, no puede ser influyente y providencial para un pueblo, sino en tanto que su cabeza está fuera y defendida del gobierno de este pueblo: poniéndose á disposición del Estado, olvida su principal y más indispensable prerogativa, la independencia con todos para ser el consuelo de todos, y la hospitalidad abierta á todos los sufrimientos.

Sometida al poder político, sus ministros no son entonces más que unos funcionarios encargados de recibir y de trasmitir las aspiraciones, variables, falibles, y algunas veces tiránicas de los gobiernos.

Plugo á los reyes acumular las atribuciones del poder espiritual con las del poder temporal, ser al mismo tiempo pontífices y soberanos: y bien, ¿supo el protestantismo resistir á su ambición, oponerse á esa usurpación sacrílega? No: muy al contrario; cedió cobardemente, se avino á todo, y permitió que, en lo sucesivo, un mismo hombre tuviese bajo su dominio los cuerpos y las conciencias.

En Inglaterra no tuvo vergüenza de descender hasta el último grado del servilismo, y abandonó, una tras otra, todas las garantías de la libertad religiosa á la brutalidad de la tiranía; y prostituyó su culto á uno de los más odiosos príncipes de que hace mención la historia.

Tal fué el justo castigo de la orgullosa rebelión contra la autoridad religiosa y legítima; por haber rehusado someterse á la suave dirección del cayado pastoral, ha sido condenada á humillar su serviz bajo el cetro dominador de los príncipes y gobernantes.

Con todo, debemos decir que no era esta la mira

que se proponía el espíritu filosófico. Su actividad disolvente no podía permanecer encerrada en el palen- que estrecho de las decisiones imperiales: así pues, insensiblemente minó el cuerpo de la herejía y no tardó en hallar, por el socinianismo, una ámplia salida sobre las regiones filosóficas propiamente dichas.

Hasta entonces la razón se había dignado respetar la Biblia, de la que pretendía tomar sus más vivas luces, pero muy pronto declaró que todo lo que, en este divino libro escedía de su comprensión, debía tenerse por metafórico. De este juicio á la negación de la inspiración divina de la Escritura, á la de todos los misterios y aun á la de la divinidad de Jesucristo, no había más que un paso; pues bien, la razón incrédula se apresuró á darlo.

III

Desembarazándose de toda esa carga de los dos Testamentos que sujetaba sus movimientos, y orgullosa de esta completa independencia, se lanzó decididamente en la pesquisa de la verdad, prometiendo al mundo librarlo de todas sus preocupaciones y del yugo de la superstición, bajo el cual gemía hacía tanto tiempo.

El filósofo Hobbes, fué uno de los primeros que salió al campo, y de sus laboriosas investigaciones, recogió, entre otros, estos descubrimientos admirables: «*Dios es corporal; el alma es material; la idea del bien y del mal no tiene otra base que las sensaciones agradables ó desagradables; lo verdadero y lo falso no son otra cosa que palabras convencionales.*» En su seguimiento, y atraidos sin duda por estos brillantes resultados, se precipitaron en la misma senda los Blount, los Collins, los Tindall, los Tolland, los Woolston, los Mandeville, todos los libres raciocinadores, rivalizando en impiedad y en materialismo con su antecesor.

Aludiendo á ellos el poeta Pope, exclamó indig-

nado: «¡Espíritus fuertes!.... ¡nuevos Titanes desafían á los cielos!.... Volúmenes de blasfemias autorizadas hacen gemir la prensa.»

El célebre Swith previó desde entonces á cuán funestas consecuencias conducirían estas audaces empresas. «Téngase cuidado, decía, con estos libres raciocinadores: ellos minan todo el edificio y no descansarán sino sobre las ruinas de la sociedad entera.»

Y no se engañaba; porque la incredulidad invadía ya la Holanda: Spinosa profesa el panteismo y el fatalismo. Bayle se vanagloria de su excepticismo y declara que es verdadero protestante, puesto que protesta contra todas las religiones. El contagio cunde á la Francia; y adquiere en este país vastas proporciones, comunicándose muy pronto á toda la Europa por el poder de difusión del espíritu francés.

Voltaire se apodera del cetro de las ideas y reina como triunfador sobre la opinión. Cansado de oir repetir que doce hombres han bastado para establecer el cristianismo, quiere probar que no se necesita más que uno para derribarlo. Con este fin, consume su vida en escribir, sin pudor y sin buena fé, óbras y folletos en los que la impiedad compite con la licencia y la calumnia.

En torno de él se agrupan multitud de discípulos, servilmente adictos y sumisos, y que sobrepujan en excesos y en desvaríos á su mismo maestro. D'Alembert y Diderot, fundan la Enciclopedia para hacer de ella el receptáculo universal de todos los sofismas, y como un arsenal de todas las armas de la filosofía incrédula contra la religión de Jesucristo.

El escepticismo, el materialismo y el ateismo se muestran sin pudor y sin recato por todas partes. Diderot profesa abiertamente sus doctrinas. Helvecio las ratifica en su libro *de el Espíritu*, en que reduce todo á la sensibilidad física, considerando el interés como el único móvil de las acciones humanas: Holbach quiere ir todavía mas lejos, y pretende que la

materia existe por sí misma, y que sola ella produce la sensación y el pensamiento: Freret admira á su turno, por el cinismo de su libertad de pensar.

No se respeta ya ni la historia. Los Turpin, los Mehegan, los de Pass, los Velly la disfrazan para acomodarla al gusto reinante. Boulanger escribe todo un libro de blasfemias contra la antigüedad.

Dupuis, inventa que Jesucristo es el sol, y los apóstoles los doce signos del zodiaco. Bajo la pluma de Raynal, de Naigeon y de Condorcet, la filosofía incrédula se presenta con todos los caracteres del mas furioso fanatismo: este fanatismo no tarda en degenerar en locura. La Mettrie en un discurso sobre la felicidad, avanza atrevidamente hasta decir que para ser dichoso *es necesario sofocar uno sus remordimientos* y *abandonarse á todas sus inclinaciones*. El mismo publica el *Hombre-máquina* y el *Hombre-planta*.

De Maillet nos dá por antecesores á los pescados; y Lamarck, queriendo sin duda levantar nuestra raza, se digna hacer remontar nuestro orígen *hasta un mono, al que un romadizo ha prolongado la naríz*.

Para coronar, en fin, estas saturnales de la razón incrédula, Silvano Marechal escribe el *Diccionario de los ateos*, en el cual pregunta seriamente *si el saber si hay un Dios es mas importante que saber si hay animales en la luna;* apoyándose en el testimonio de los Padres y doctores de la Iglesia, decide que con *la Divinidad sucede lo que con esos muebles viejos que en lugar de servir no hacen mas que embarazar*.

En este tiempo el misántropo Rousseau, huyendo de la turba de impíos fanáticos, defendía con elocuencia las mas santas verdades; pero dominado por la opinión y entregado sin guía á su juicio privado, demostraba la insuficiencia aún en los hombres superiores, sosteniendo no con menos calor y talento las mas funestas paradojas.

Su tésis favorita, con que inauguró su entrada en la carrera y que no abandonó jamás, *es que las artes*

y las ciencias no sirven sinó para corromper las costumbres; y de ahí sacaba esta conclusión: *que el hombre que piensa es un animal depravado, y que el estado salvaje es el ideal mas perfecto de la sociedad.* Lo que pasaba entonces á su vista parecía justificar en cierto modo su teoría.

Tales fueron los sublimes descubrimientos que hizo el espíritu filosófico de la razón incrédula en sus ponderadas exploraciones á través de las regiones del mundo moral, tales fueron los maravillosos horizontes que abrió á los ojos ávidos de la humanidad.

Hé ahí, entre tanto, á uno de los partidarios de la razón pura que se burla ya de su independencia. «Entrad en la casa del baron de Holbach, dice M. Luis Blanc; los convidados no están de acuerdo sobre ningún punto; ni sobre Dios, ni sobre la moral, ni sobre el libre albedrío, ni sobre el alma. Diderot reclama con ardor contra el Dios de los fanáticos: Fréret considera á la divinidad como un fantasma de nuestra imaginación. ¿Y la espiritualidad del alma? Helvecio la coloca en el número de las hipótesis. ¿Y la metafísica? No es mas que un dédalo de conjeturas, según D'Alembert, quién jura que en medio de estas tinieblas no encuentra cosa mas razonable que el excepticismo.

¿Y la historia? Boulanger hace una compilación de leyendas y de figuras cabalísticas. Otros disputan acerca del diluvio; y no es necesario advertir que en este esfuerzo de demolición universal, no quedaron en pié los dogmas del cristianismo, sus misterios y sus milagros; y que Diderot, con un tono de triunfo repetía estas palabras de un caballero gascon: «¿Cuál es pues, ese Dios, que hace morir á Dios para aplacar á Dios?»

Pero la risa se hiela muy pronto en los labios del filósofo moderno cuando llega á considerar los efectos prácticos de todas estas locuras. «Cuando cada uno, decía él mismo, busca la razón por su lado, no

es una divinidad á quien se pueda reconocer fácilmente.

La razón de Pascal no era la de Voltaire, ni la de Voltaire fué la de Rousseau. Proclamando sin restricción, de una manera absoluta, la religión del racionalismo, se le erigían tantos altares rivales cuantos fieles podía tener. Así, pues, *la anarquía intelectual fué inmensa.*

Como la razón divide lo que la fé reune, ellos no hicieron más que colocar al hombre sobre un monton de ruinas, donde lo vemos hoy todavía, en pié, dueño de sí mismo, pero sólo é inquieto.»

El que se imaginara que la licencia de los espíritus fuertes tendía á libertar al mundo para siempre de preocupaciones y de la superstición, caería en un grave error. «Desde que la filosofía del siglo diez y ocho había minado la superstición de la Edad Media de la Europa,» dice M. de Lamartine, «la pasión por lo sobrenatural había cambiado, no de naturaleza y de credulidad, sino meramente de objeto.

Jamás tantas doctrinas ocultas, tantas filosofías quiméricas ó teosofías relevantes, habían fascinado el mundo intelectual. Swedenborg en Suecia, Weipsaut en el Rhin, el conde Saint German, Bergasse y Saint Martin en Francia, los francmasones, los rosacruz, los iluminados y los teistas, habían fundado por todas partes escuelas, reclutado adeptos y soñado en misterios. Las credulidades místicas se sucedían en todas partes á las credulidades populares.»

¿Y qué venía á ser la moral pública en medio de este naufragio universal de las sanas doctrinas? ¿Se veia mejorar á los individuos, y á las naciones procurar la perfección de las costumbres?

Las orgías desenfrenadas del tiempo de la Regencia, y los repugnantes escándalos del reinado de Luis XV responden suficientemente á esta pregunta. «¡Hé aquí, exclama Lacordaire, el palacio de los reyes cristianos! En la cámara donde había dormido San Luis, Sardanàpalo está ahora acostado!

Stambul había visitado á Versalles y se encontraba allí muy á su gusto.

Unas mujeres levantadas del fango hediondo del mundo, jugaban con la corona de Francia; los descendientes de los cruzados, impregnaban con el hálito de su adulación las antecámaras deshonradas, y besaban al pasar el vestido de la cortesana reinante, llevando del trono á sus casas los vicios que allí habían adorado, el desprecio de las santas leyes del matrimonio, la imitación de las saturnales de Roma, realzadas con una impiedad que no habían conocido los cortesanos de Nerón.

En vez del arado y de la espada, una juventud inmunda no sabía manejar sino el sarcasmo contra Dios y el descaro contra el hombre: á sus piés se arrastraba la clase media más ó ménos imitadora de esta real corrupción, y lanzando en pos de sí á sus hijos perdidos, como se vé detrás de los poderosos reyes de las selvas, los leones y otras fieras, á los animales más pequeños y viles que les siguen, para lamer su parte de la sangre que aquellos derraman.»

He ahí lo que el espíritu filosófico de la incredulidad hizo particularmente de la Francia; he ahí cómo en pocos años transformó en abyección, en egoismo, en corrupción, la lealtad, la generosidad, la religiosidad de un gran pueblo y del mundo civilizado.

Lejos, pues, de conducir á la humanidad hácia los destinos gloriosos de un porvenir puro y científicamente virtuoso, no hizo más que arrastrarlo hasta el abismo de la más profunda degradación: la historia lo demuestra con una luminosa é irresistible evidencia.

Así pues, un inmenso descrédito ha herido á las ciencias morales: las conciencias turbadas é inciertas las han rechazado como guías ciegos y falaces; y más bien que entregarse todavía en sus manos, han preferido sustraerse á todo principio de vida, sepultándose voluntariamente en la tumba de una indiferencia letárgica. Por segunda vez, el hombre revelado

contra Dios encontró la muerte del alma en su rebeldía.

La razón incrédula, tan orgullosa de su rebelión, no ha conseguido más que crear la servidumbre del error: en el caos de la anarquía de las inteligencias, graznaba como el pájaro siniestro de la noche sobre las ruinas de la sociedad moral. Pues bien; esta no se rehacerá sino por la conciliación de la sociedad moderna con el cristianismo católico, representado por la Iglesia.

Fuera del Cristianismo no hay salvación para la humanidad

Todas las religiones son buenas, han dicho los falsos filósofos, y el vulgo irreflexivo, á quien se deslumbra fácilmente, se ha apresurado á repetir sus palabras.

Sin duda, que no tratándose sino de un dios cualquiera, ya se le adore bajo la forma de un mono ó de un fetiche, ó bien se le reconozca bajo los rayos de Júpiter ó de Venús, á los ojos de un filósofo que se vanagloria de ser superior á las preocupaciones, es cosa de tan poca importancia que no merece ocuparse de ella seriamente.

Pero que nos respondan esos poderosos raciocinadores; si, segun su opinión, todas las religiones son buenas, ¿toda moral es igualmente buena? Porque, reflexiónese bien, una religión no es solamente un culto, sino tambien una moral; ¿y como considerais las de esas religiones antiguas que santificaban la prostitución, el adulterio y los sacrificios humanos? ¿y qué decis de las sectas modernas que consagran la poligamia, la esclavitud y el fatalismo?

Prosternémonos entonces á los piés de Priapo; mezclémonos á los misterios de la buena diosa; erijamos templos á las heroinas del *lupanar*; construyamos serrallos para encerrar á las concubinas; á bien que hay religiones que no solo lo permiten, sino que autorizan á hacerlo.

Trasladada á este terreno la cuestión de indiferencia en materia religiosa, no es difícil resolverla.

Admitir esta indiferencia, seria á los ojos del simple buen sentido un monstruoso absurdo; reducirla á la práctica, seria en nuestras sociedades modernas, cometer un crímen previsto por las leyes. Partiendo, pues, de este principio irrecusable, que toda religión importa un sistema moral, vendrémos á concluir fácilmente que, no teniendo todos el mismo grado de perfección, sucede lo mismo con las religiones á que se refieren, y que si hay una moral mas perfecta, hay tambien una religión mejor que todas las demas.

¿Pero cual será esta religión? Considerando las cosas no mas que bajo el punto de vista social, será ciertamente aquella que ofrezca mas garantias para la dirección acertada, segura y dichosa de la libertad.

Pero en la sucesión de los siglos, ¿qué religión encontrarémos, cuál encontramos hoy todavía, que asentada sobre una base inmutable de hechos históricos, que siempre pueden comprobarse y por consecuencia razonablemente aceptables, ofrece principios de conducta ciertos, sancionados universalmente, y que reune de un estremo á otro del mundo todas las inteligencias en una misma creencia, todos los corazones en un mismo amor, todas las voluntades en una misma moral, depurándolas, santificándolas y elevándolas á un grado de perfección casi divina? No hay mas que una, una sola, y es la religión católica.

Y he aquí otra razón del gran desideratum de la conciliación del Siglo y de la Iglesia.

Todas las demas religiones abandonan al hombre á los caprichos de su libertad, ó si por autoridad quieren imponerle la regla de los deberes, carecen de la fuerza y de los títulos necesarios para sostener esta alta pretensión. ¿Con qué derecho, por ejemplo, el *Budhismo*, el *Brahmanismo* ó el *Mahometismo* podrian imponer á una sociedad civilizada sus absurdos, sus innobles doctrinas que mantienen á los pueblos en una eterna semi-barbarie?

¿Cómo el judaismo, religión esclusiva de una nacionalidad destruida, de una promesa realizada, de un órden social que habia ya concluido, osaria aspirar al imperio universal de las naciones regeneradas? ¿Con qué autoridad, por otra parte, el protestantismo podria dictar leyes á las voluntad-

des? El no reconoce ni autoridad, ni leyes superiores al sentido privado de los individuos; él no tiene tampoco principios fijos, y por lo tanto sus doctrinas de hoy no serán las mismas mañana.

A la religión católica pertenece, pues, únicamente posesionarse de este dominio como reina legítima de la libertad.

Cuando la filosofía incrédula ha puesto á todas las religiones á una misma altura; cuando las ha elevado á todas al igual una de otra, no era ni por admiración ni por simpatía hacia ellas; era como el voto que formaba Calígula de que el pueblo romano no tuviese más que una sola cabeza, á fin de poder aniquilarlo con un solo golpe.

Un momento hubo en que ella creyó haber llegado á su objeto; cuando en medio de los aplausos de los pueblos usurpó el cetro de las ideas morales: pero ¡ay! en sus manos, el cetro que profanaba se cambió luego en hacha y en martillo, y muy pronto no reinó ya sino en un vasto cementerio!

Hoy se vé compelida á confesarlo en alta voz, y lejos de ruborizarse manifiesta en ello cierta especie de audacia y de orgullo. « El siglo diez y ocho, dice por boca del filósofo Cousin, ha destruidc mucho y no ha edificado nada. La misión que le confió la historia era acabar con todo lo que quedaba de la Edad Media: él ha llenado esta trágica misión, y no podía hacer más.

Un siglo, un siglo solo, no puede estar encargado de dos misiones simultáneamente. »

Estas extrañas palabras, que parecen una burla hecha al buen sentido, tienen al menos el mérito de expresar con mucha claridad que la filosofía no ha sabido más que arrojar por tierra el edificio moral, y que es urgente levantarlo de en medio de sus ruinas. ¿Pero quién será capaz de ello? ¿Acaso ese mismo espíritu de destrucción que lo ha derribado?

A pesar del poco éxito de sus esfuerzos anteriores, aunque no ha podido nunca constituir una sombra siquiera de sociedad, ha conservado bastante confianza en sí mismo para arrullarse con esta esperanza ó intentar realizarla; pero para salir bien de su empresa se ha visto obligado, por la misma fuerza de las cosas, á inflingirse una contradicción flagrante, y á tributar un expléndido homenaje á los principios sobre que la Iglesia descansa.

Al punto, en efecto, que el espíritu filosófico de la incredulidad ha intentado reconstruir algo en el lugar de lo que había destruido, se ha visto en la necesidad de desmentir su propia naturaleza, y de hacerse violencia para poder aproximarse á los principales dogmas católicos, y sobre todo, al dogma del principio de autoridad moral.

El protestantismo, resintiendo desde luego las funestas consecuencias de la independencia racionalista y espantándose de ellas, ha querido remontar la corriente rápida del torrente que le arrebataba.

Ya Lutero y Calvino se encontraban desbordados y querían oponer su autoridad personal á los excesos de la libertad de exámen. « Si el mundo dura todavía mucho tiempo, decía el primero, será necesario á causa de las interpretaciones que se hacen ahora de la Escritura, admitir de nuevo, á fin de conservar la unidad de la fé, los decretos de los concilios y acojerse á ellos ».

En vano los heresiarcas se encolerizaban contra sus audaces discípulos y pretendían contenerlos en los límites doctrinales que les habían trazado con su dedo de carne; los discípulos salvaban ligeramente este débil obstáculo, y se internaban siempre más y más en el laberinto de la duda, de la división y del error.

Entonces, para no perecer, el protestantismo que había declamado tanto contra la intolerancia, se hizo intolerante; y para guardar al menos la apariencia de una sociedad, puso su destino en manos del poder temporal, aunque había considerado insoportable la autoridad del poder espiritual. ¡Esfuerzos inútiles! el principio de muerte que oculta en sus entrañas,

iba siempre prosiguiendo su obra de destrucción y de anarquía: ¡era para él la túnica de Nesso!

Sin embargo, el protestantismo no se ha desalentado; ha luchado contra su mal con una energía digna de mejor causa; para aplacar los dolores que le causaba, se ha adherido con toda la fuerza de la desesperación, al símbolo de los metodistas y pietistas.

Hoy todavia quisiera encadenar á él la actividad de la razón libre; pero la razón libre ha derribado esos impotentes símbolos, y á través de sus despojos se ha abierto dos ámplias salidas: la una por el puseísmo en el catolicismo; la otra por las doctrinas de Socin y de Strauss, en el racionalismo.

II

Fuera de si el protestantismo convoca en vano concilios por el órgano de sus reyes-pontífices; no puede, por más que hace, forjar una ligadura bastante fuerte con que atar las voluntades divergentes; no puede formarse un cuerpo, y no contempla en torno de sí más que el triste espectáculo de la anarquía; sus partidarios, como ha dicho Hegel, *no están unidos sino en la nulidad.* ¡Orgullo inconcebible! ¡insufrible presunción del espíritu de secta! ¿Creéis que la herejía acepte el fallo de la experiencia y abjure de un principio que la conduce á la nada?

Muy al contrario; ella se envanece de lo mismo que hace su derrota, y queriendo todavía engañarse, llama progreso á su contínua decadencia.

Celosa de las maravillosas prerogativas de la Iglesia, ya que no puede arrebatárselas, querría á lo menos mancillarlas. Su unidad admirable, su estabilidad á toda prueba, su indefectibilidad divina, las reputa de inercia, de estagnación, de inmobilidad: ella las acusa de haber enrayado el carro de la perfectibilidad humana, y se decreta á sí misma grandes elogios por haber roto estas funestas trabas. « El servicio inmenso, escribía M. Coquerel, que la reforma ha hecho al mundo, es el de haber repuesto en el cristianismo el elemento de progreso que el catolicismo le había arrancado.

El cristianismo católico es inmóbil, estereotípico, estacionario, porque nada hay que perfeccionar en una infalibilidad.» ¡Què maliciosa confusión en los términos! ¡qué juego pueril de palabras! ¡Cuánto se necesita contar con la ignorancia ó con las preocupaciones de los lectores para poder abusar de ellos con semejantes sofismas!

¿Con que según este raciocinio, el sol es opaco porque está inmóbil, y la tierra luminosa porque da vueltas? ¿la brújula, fija sobre su eje, contraría los movimientos del navío, y el soplo inconstante de los vientos lo dirije? ¿El ciego marcha con más seguridad que el que tiene vista; y el matemático, armado de sus infalibles instrumentos, está más sujeto á error que el que está desprovisto de ellos? ¡Extraña dialéctica en verdad!

La Iglesia, sabiendo distinguir divinamente la verdad del error, asegura menos la perfección humana que si estuviese sujeta á confundirlos? ¡Según esto, si hay un sér inmóbil, estereotípico, estancado, es Dios! Dios, el sér esencialmente inmutable, infinito, perfecto, no es más que un inmenso límite....! ¡el más grande enemigo de los progresos de la humanidad...! Pero hé aquí á otro ministro de la religión reformada que se encuentra en oposición absoluta, lo que le es muy permitido á la opinión, de que M. Coquerel se ha constituído intérprete. «El espíritu del luteranismo, dice M. Descotes, sustituyó á la infalibilidad del Papa su propia infabilidad, que, necesario es decirlo, ha puesto más obstáculos al progreso de las luces que la primera.»

La iglesia es, pues, verdaderamente infalible, porque habla en nombre de Dios; y porque es infalible es por lo que tiene el derecho de dirigir las voluntades libres, que únicamente ella puede hacerlo con

toda seguridad por las sendas de la verdad y de la perfección.

El protestantismo, es por el contrario falible, porque es la palabra del hombre; y por lo mismo que es falible no tiene ningùn título para reclamar el honor de guiar los pasos de la humanidad, á la que no podrá conducir, sino de variaciones en variaciones y de errores en errores. « Si un ciego dá la mano á otro ciego, los dos, según el oráculo sagrado, caerán en el hoyo. »

Después de la herejía, la filosofía incrédula se ha puesto atrevidamente á trabajar por su lado en la reedificación del edificio social. ¿Obtendrá un éxito más dichoso que la otra? Desde luego la lógica ha respondido negativamente. Partiendo del mismo principio que la herejía, la filosofía debe llegar á las mismas consecuencias. Ella sin embargo, no ha desesperado de prepararse mejor destino.

Deteniéndose un momento para contemplar las vastas ruinas acumuladas en su carrera, ha vuelto á empezar el camino que tan trágicamente había recorrido, y descubriendo en distintos parajes algunos ricos materiales sepultados intactos bajo los escombros, arrancando, además, con una mano profana algunas bellas piedras al indestructible edificio del catolicismo, ha saltado de gozo pensando que muy pronto elevaría un monumento digno de la admiración de todos los siglos. « Se estudiará á Dios, dice M. Damirón, por la naturaleza y por el hombre: no será ya necesario un nuevo Mesías para enseñarnos milagrosamente lo que podremos saber por nosotros mismos con nuestras luces naturales; y toda una religión saldrá del seno de esta vasta filosofía.

Será si se quiere el cristianismo, pero depurado, perfeccionado y hecho al fin catolicismo. »

Pero ¡qué ilusión! los arquitectos no están de acuerdo ni sobre los planes, ni sobre los materiales, ni aun sobre las bases del monumento: ellos trastornan mútuamente sus concepciones, se confunden en su eclectismo, y más desdichados que los obreros de Babel, han dejado de entenderse aun antes de haber puesto la primera piedra. « Porque, añade M. Damirón, las filosofías del siglo diez y nueve son tan diferentes, que los principios, las consecuencias, todo en ellas es distinto, y aún frecuentemente opuesto.

Desde la simple psicología hasta la metafísica, en moral como en artes, en política como en religión, sobre toda cuestión fundamental, sus doctrinas se dividen y hacen un sistema aparte. »

De despecho entonces, se ponen á hacinar, mezclados y confundidos los restos y los escombros, y mirando con orgullo este acumulamiento monstruoso, han dicho: « Todo está bueno; todo es perfectamente justo en este mundo; todo tiene su razón de ser, todo está en su lugar; el error no es más que un fragmento de la verdad; todo es verdadero, tomado en sí mismo. » Y en su delirio, han rodado remolinándose hasta el abismo insondable del panteismo germánico.

Así, pues, cansados de los sueños vacíos é incoherentes de la ideología, los restauradores racionalistas se han arrojado en un terreno más práctico, más fecundo, el terreno de la política: han creido para la regeneración de los pueblos en la omnipotencia de una forma gubernamental, la democracia de las mayorías.

Así como sus antecesores habían imitado por principios facticios los principios verdaderos y legítimos de la Iglesia, ellos han abandonado los sistemas nacidos de las ideas paganas, y han vuelto, aunque no en el espíritu, á la forma política de la Edad Media, por la representación del pueblo.

Habiéndoles parecido la independencia de la razón una garantía poco segura para la tranquilidad de sus instituciones, han inventado una infalibilidad á su modo, la infalibilidad de la mayoría, que es acaso la más injuriosa acusación que se haya hecho jamás al espíritu humano.

Se le ha considerado incapaz de decidir por sí mismo la verdad; y en lo de adelante no es el juicio y la verdad lo que se consultará antes que todo, sino el *número:* los más numerosos tendrán razón; se crearán partidos, mayorías facticias; el vencido de ayer redoblará sus esfuerzos para ser vencedor mañana; y como una cantidad menor multiplicada por el movimiento, puede parecer más considerable que una cantidad superior abandonada á la fuerza de inercia, acontecerá frecuentemente que una mayoría discreta y pacífica será oprimida por una minoría loca y turbulenta.

¿Acaso no mas que una cierta forma política y la verdad del número, es lo que se necesita para salvar á los pueblos? No, sin duda; y esto se ha comprendido muy pronto: se ha sentido que era necesario moralizarlos á fin de que una forma de gobierno seductora en la apariencia, no encubriese en el fondo la putrefacción y la muerte. ¿Pero de qué manera se moraliza á los pueblos? Derramando en su cabeza, se ha dicho, la instrucción cual un nuevo bautismo.

III

Muy bien! no queremos contradeciros en esto; pero ¿cuál es, podréis decirnos, esa instrucción tan pura que ha de servir nada menos que de agua regeneradora? Habeis dado maestros de enseñanza á los ignorantes y sencillos, les habeis servido con profusión las producciones de la inteligencia, les habeis permitido sentarse á esa mesa cargada de manjares seductores y de bebidas incitantes y sin embargo, podria suceder que estos manjares y estas bebidas no fuesen otra cosa que un cebo engañoso y dañado, el cual, en vez de derramar en los que de él se saciasen un líquido reparador, infiltrase en ellos un veneno mortal.

Rousseau, como hemos dicho antes, habia hecho

ya el proceso de la cultura intelectual: su opinión fué considerada como la paradoja de un misántropo, pero ya hoy los estadistas parecen darle la razón.

Un estadista célebre reconoce que en toda proporción que se observe, el número de acusados instruidos escede en mucho al de los ignorantes.» M. Dupuin confiesa que la clase que posee una instrucción superior á la de la enseñanza primaria es la que escede á todas las demas, por la multiplicidad de los crímenes contra las personas;» y M. Lauvergne esclama: «Compulsad los anales de la jurisdicción criminal y reconoceréis que el mayor número de los homicidas, asesinos, envenenadores, falsarios, &c. son todos hombres de letras: que los criminales reincidentes é incorregibles son hombres de letras; que ellos son el origen de todo mal, y del contagio de la moral; que los propagadores del vicio y del crímen en las villas, en las aldeas y en los campos son hombres de letras; en una palabra, que una falsa literatura, una instrucción facticia, es en donde quiera la causa de todos los males que sobrevienen á la sociedad.»

En efecto, si el pueblo es instruido, si sabe leer, ¿qué es lo que lee con mas frecuencia? Periódicos impostores, novelas licenciosas; obras impías y obscenas. De aquí no puede venir indudablemente la moralidad; es necesario, pues, buscarla en otra parte.

Hay una ciencia que se llama *economía política*, y que se propone por problema la producción de la riqueza en las naciones.

Esta ciencia, en la cual las escuelas no han podido hasta hoy llegar á entenderse, que parece deber participar de todas las dudas de la filosofía, á la que pretende enlazarse ¿llegará alguna vez al objeto que se propone? No queremos nosotros inquirirlo, y aun suponemos de buen grado que, cual nueva piedra filosofal, lo cambiará todo en oro;

pero lo que sí le disputamos es el que tenga un valor moral cualquiera.

Sus números partidarios, esperan sin embargo de ella, y de ella únicamente, la regeneración de las costumbres.

Pero en verdad, ¿se habria podido creer nunca que una ciencia que ha rebajado al hombre hasta las proporciones de una máquina de trabajo; que se ha hecho culpable de las mostruosas teorias de un Malthus; que ha llegado á considerar como una locura la de socorrer á los niños que llama supernumerarios, y aun á proponer premios á las madres que dostruyeran el fruto de sus entrañas; que esta ciencia, repetimos, haya pretendido servir á los intereses de la humanidad....?

Desde lo alto de la tribuna de la representación nacional, la Francia ha escuchado, y toda la Europa ha podido recojer una nueva lección: «¡Enriqueceos! la moralidad está en proporción de la riqueza!» ¡Pobres, á quienes Jesucristo amó tanto! ¿ha llegado hasta vuestros oídos este fallo de la riqueza, este insulto irónico á vuestra miseria, este ultraje á vuestra dignidad de hombres? No, no; la filosofía incrédula lo ha dicho, bajo vuestros harapos no puede latir un corazón noble, la virtud no puede abrigarse sinó en el seno del lujo y bajo vestidos de seda y de oro!

Enriquecéos, pues, por todos los medios, ya que se os incita á ello en nombre de todo lo que hay mas sagrado; ó si vuestra conciencia lo repugna, resignáos á no ser mas que unos seres abyectos, sin derecho ninguno à nada....! ¿De dónde vienen esas ideas perturbadoras que encienden en las almas el fuego de la codicia, de la concupiscencia y de los celos?

La antigüedad pagona no las ha conocido: todos sus grandes filósofos, todos sus grandes legisladores han considerado las riquezas como fatales á las costumbres, como una causa de ruina para los estados; y hasta en las leyendas mitológicas han consignado esta opinión, cuya verdad ha comprobado la experiencia frecuentemente. ¿Habremos, pues, descendido más abajo que los paganos, y deberà ser peor una segunda muerte que la primera?

Los habitantes de la isla de Siphnos, descubrieron en sus altas montañas abundantes minas de oro y de plata, pero estas riquezas lejos de moralizarlos, les comunicaron los vicios más vergonzosos.

Su depravación llegó á ser proverbial entre los griegos; y los dioses para castigar su perfidia y la corrupción de sus costumbres, hicieron que el mar absorbiese los metales preciosos que los habían degradado enriqueciéndolos. ¿No podríamos muy bien temer que estos nuevos apóstoles de la civilización nos preparasen la suerte de los insulares de Siphnos? ¿Qué ha sucedido ya? Hoy se confiesa abiertamente que la corrupción corroe el corazón de las naciones, que la codicia las devora, que el egoismo las envilece.

Pero ved aquí otro fenómeno que se manifiesta. El desarrollo de la riqueza en algunos, engendra la miseria en el mayor número; allí, donde florecen las fortunas colosales, la llaga del pauperismo llega al estado de sistema y de poder, va ensanchándose más y más: cerca de los magníficos monumentos del comercio y de la industria, junto á las mansiones suntuosas de hombres oscuros enriquecidos, hay séres humanos que mueren de hambre; niños infelices, cuyos miembros ateridos no puede reanimar el tenue calor de sus débiles madres! y los pueblos, decaídos por las teorías anticristianas de la felicidad social sin moral se lamentan en su desesperación y claman que son pobres!

IV

Así, desde hace mucho tiempo, un odio sordo murmura contra esas sociedades que no dan la dicha, cuya pasión, por otra parte, han aguijoneado tanto; y ardientes reformadores se han presentado para hacer justicia, es decir, para destruirlas hasta los cimientos,

y colocar á la humanidad sobre otras bases, que son terribles utopías.

Despues que Saint-Simón ideó la teocracia absoluta del pontífice hombre y mujer, jefe espiritual y temporal, legislador y juez, mantenedor y distribuidor de la fortuna social, cabeza única de la humanidad; bajo su amable gobierno *la carne será rehabilitada y las pasiones santificadas;* la mujer gozará de una libertad sin límites, y solo al padre de sus hijos conocerá: por otra parte, el derecho hereditario debe desaparecer y una filiación convencional se sustituirá á la filiación de la naturaleza.

Fourier, por su lado, inventó encerrar á los hombres en la colmena del falansterio, donde se entregarán sin reserva al impulso de sus pasiones y gozarán de todas las ventajas de la poligamia y de la poliandria.

Roberto Owen concibió una sociedad sin vínculos, sin creencias, sin deberes y sin derechos. No más religión, no más matrimonio, ni familia, ni propiedad ni responsabilidad de las acciones; todo sér está sujeto á la ley de la naturaleza ó de los acontecimientos; la fatalidad sola determina aquí en la tierra del bien y del mal.

Babeuf predica el comunismo, quiere una expropiación general de los particulares á favor del Estado; éste resume y concentra en sí toda la actividad nacional. Desde entonces el individuo no es ya más que un autómata que no puede comer, beber, dormir, pasearse, trabajar, sino bajo la dirección de un jefe absoluto.

Las relaciones de familia no existen, y el gobierno se apodera de los hijos; las artes y las letras deben también desaparecer en el interés de la ignorancia común, ¡y desgraciado de aquel que no profese la creencia comunista! ¡Será expulsado del territorio y condenado á perpétuo destierro!

Mr. P. Leroux, en fin, despues de haber imaginado una familia sin jefe, una patria sin gobierno, una propiedad sin títulos, estipulado por el egoismo,

suprime con un rasgo de pluma la otra vida, la expiación ó la recompensa que en ella nos aguarda; y declarando que la tierra no está fuera del cielo, limita á ella el curso de nuestros destinos, pero nos halaga siempre con la esperanza de una indefinida metempsícosis; hasta que el comunismo perfeccionado por Lassalle y Carlos Marx ha llegado á los terrores del anarquismo.

¿Faltan todavía más locuras? ¿no se ha deshonrado aún bastante la razón humana? ¡Pueblos ciegos! ¿no comprendereis nunca hasta qué ignominia, hasta qué degradación os impulsa el orgullo del espíritu filosófico de la incredulidad? «Hasta aquí, exclama M. Reybaud, en su Estudio sobre las Reformas modernas, obedecer á los instintos naturales era el destino del bruto, dominar estos instintos era el deber del hombre. Hoy la ley que gobernaba la isla de Circé, ha hallado comentadores y apóstoles; en lo sucesivo el cuerpo será el señor y el alma la esclava: no hay que escoger entre las pasiones; mejor es obedecerlas á todas. ¿A qué civilización puede esto conducir? Se ha impulsado á nuestro siglo hácia las satisfacciones materiales, y se le precipita en esta senda con un encarnizamiento que espanta.

Se ha querido inspirarle el desprecio á esas virtudes austeras que fueron en otros tiempos el honor y la gloria de la humanidad; se le ha predicado el culto de lo útil y parece haberse perdido toda noción de la verdadera grandeza con el apostolado de un Lombroso.

En política, los cargos y las dignidades son objeto de un asalto contínuo en el cual los combatientes no hacen más que cambiar de táctica y de papel. En industria y en literatura los excesos han traspasado todos los límites; el desprecio de toda medida y de toda regla ha conducido directamente á la depravación y al caos: la antigua moralidad ha desaparecido y no se sabría decir adónde está la nueva.

En lugar de aquella sencilla y sana lógica que gobernaba no há mucho á las generaciones, se tienen

ahora cátedras para todas las locuras y oyentes para todas las monstruosidades.

El vértigo está en las cabezas, la duda anida en las almas; no se sabe qué creer ni qué proscribir; todo se ha conmovido; diríase que la sociedad reniega de sí misma, que se complace en las ruinas, y que presta sus manos para su propia destrucción! »

He ahí cuál ha sido la obra del espíritu libre proclamado por la incredulidad, que había prometido orgullosamente reparar el edificio moral, cuya destrucción había causado.

Una vez todavía, á pesar de todos sus esfuerzos, él se ha estrellado, como la naturaleza de su principio le hará estrellarse siempre, en la anarquía más completa.

Espantado á la vista de este triste espectáculo, M. Reybaud, sin ser católico de espíritu, se vé casi conducido lógicamente á la fórmula católica: «*Autoridad sobre el hombre en el orden moral; libertad para el hombre en todo lo demás!*

¿Pero dónde tomareis la autoridad moral? ¿Está en la mano de los soberanos, de los disidentes ó de los filósofos? ¿Se siente vuestra conciencia obligada á obedecer á Lutero, á Babeuf ó á Renan? ¿Quién nos mandará, pues, en el orden moral? ... La Iglesia católica ó nadie.

Solo ella posee los títulos del dominio de las almas; solo ella ha probado que sabe dirigir infaliblemente las voluntades: fuera de ella no hay sociedad moral, y sin sociedad moral no hay salvación para la humanidad.

El catolicismo únicamente sabrá inspirar bastante energía para domar las pasiones, bastante esperanza para ennoblecer las almas, bastante caridad para vencer el egoismo, y consolar todas las miserias y todos los dolores. Hace mucho tiempo que el Apóstol lo ha proclamado á la faz del mundo: « No encontraréis en otra parte la salud; *non est in alio aliquo salus.* »

Asi, pues, la ganancia será para el siglo en su conciliación con la iglesia.

Lo que ha venido á ser la humanidad fuera del reino del cristianismo

Desarrollemos la carta del mundo y echemos sobre ella una atenta mirada. Ved cómo los hijos de Adan multiplicado y esparcido sobre la tierra que Dios les ha dado, y cómo se han distribuido los continentes y las islas; pero considerad cuál es la diferencia de los destinos que se han formado.

Los unos gozan de todos los beneficios de la civilización, los otros vegetan en la barbarie, ó se encenagan en el estado salvaje. No sería, sin embargo, bastante el haber confirmado este hecho si no se inquiere la causa, para convencernos del todo de la conveniencia y necesidad de la deseada conciliación entre el siglo y la iglesia.

En efecto, donde quiera que se percibe una cruz se puede decir con seguridad, que al abrigo de este signo tutelar los pueblos se desarrollan, se perfeccionan y marchan de progreso en progreso: progreso en las artes, progreso en las ciencias y progreso, sobre todo, en las ideas morales: así como donde la cruz no ha podido penetrar todavía, donde no ha sido recibida, ó donde tal vez ha sido arrancada después de haberse plantado, los desgraciados hijos de Adan han quedado como envueltos en las fajas de la infancia, ó más bien, en la mortaja de la decrepitud: semejantes á esas momias de Egipto, duermen tristemente á la sombra de la muerte, y no pueden romper esas vendas funerarias que las ciñen hace siglos.

Hay quienes creen que el hombre puede, por sus propias fuerzas, y haciendo abstracción de toda revelación, elevarse á la altura de la perfección humana, si ellos no recuerdan á que estado de degradación llegó la antigüedad á medida que olvidó los dogmas

de la revelación primitiva, que establezcan en su espíritu una comparación entre los pueblos formados en la escuela de la revelación cristiana y los que todavía no han sido alumbrados por su luz ó que se han dejado arrebatar la antorcha; entonces podrán conocer fácilmente lo que puede la razón humana aislada de la razón divina y tocarán con el dedo los inmensos beneficios que nos ha hecho el Evangelio.

¿Cuál es, en efecto, el espectáculo que se ofrece á nuestros ojos fuera de esas comarcas que él ha vivificado? En el fondo de sus bosques y de sus vastos desiertos el salvaje continúa errando como los animales montaraces, comiendo á sus enemigos y prosternándose ante toscos y ridículos ídolos.

El tiempo no ha obrado allí nada: estos hombres que se encuentran así desde hace siglos no han imaginado todavía echar las bases de un contrato social. Ellos han perdido el hilo de las tradiciones primitivas; y la razón, tan arrogante cuando les tiende su mano, no ha podido volvèrselos, ni hacerles salir del laberinto de embrutecimiento en que se han encerrado.

Pero dejemos los aduares de los salvajes y trasportémonos en medio de las innumerables poblaciones del Asia. Aun cuando ellas hayan conservado una apariencia de vida social, aun cuando se hayan mantenido en relaciones con los pueblos cristianos, no dejaremos por eso de notar cuánto han perdido en no haber sido esclarecidas en la verdadera fé. La India, que fué la cuna de la primera civilización, se haya como petrificada en la mole inmutable de sus castas.

Las supersticiones del budhismo y del brahammanismo, rodean su cabeza de nubes siniestras y tenebrosas; todo su cuerpo se sumerge en las aguas estancadas y cenagosas del panteismo y del fatalismo. Ella tributa todavía piadosos homenajes al buey ó al elefante blanco; venera las extrañas reliquias del Dalaï-Lama; cree en las metempsicosis y en absurdas teogonías: allí reinan la poligamia, la esclavitud y una horrible disolución de costumbres que la religión índica, no procura ni aún siquiera reprimir. Sus mujeres se queman sobre la tumba de sus esposos; sus fanáticos se hacen aplastar bajo las ruedas sagradas del carro de Djaggernath, y sus brachamanes se someten á horribles torturas.

¿Qué hay más allá de esa gran muralla detrás de la cual se oculta al resto del mundo una misteriosa nación? La filosofía incrédula del último siglo había imaginado, con el designio de oscurecer la gloria civilizadora del cristianismo, un ideal de civilización tan perfecto, que traia á la memoria los bellos dias de la edad de oro; pero esta brillante ilusión no tardó en desvanecerse ante los tristes desengaños de la realidad.

Lejos de encontrarse en ese gran parque de hombres un pueblo-modelo, no se han encontrado más que criaturas cobardes y corrompidas, incapaces de comprender la humanidad y de asosiarse á su vida. ¿Qué aspecto han mostrado ante algunos artilleros europeos esos chinos tan vanidosos y que desde hace mucho tiempo, se dice, habían inventado la pólvora? ¿Dónde esta su marina, aunque ellos hayan conocido la brújula antes que nosotros?

¿Cuáles son los progresos que han hecho en las artes y en las ciencias durante los largos siglos de su existencia? ¿Dónde están sus obras maestras de escultura, de pintura y de música? Ellos no tienen idea alguna de la perspectiva, y no saben aún poner las sombras en un cuadro. ¿A qué grado han llegado sus conocimientos en historia, en geografía, en matemáticas, en física, en química y en astronomia? Apenas poseen los primeros elementos de estas ciencias.

Su agricultura tan ponderada, es rutinera; su industria es inmensamente inferior á la de Europa, no sobresalen sino en baratijas y bujerías.

En religión, son idólatras, panteistas ó ateos: sus costumbres son las costumbres depravadas de los

paganos. Nada es más frecuente entre ellos que el infanticidio, si no es que antes se ha producido el aborto. El hombre sufre todavía allí el yugo horrible é ignominioso de la esclavitud; la mujer no ha recobrado la dignidad de esposa única; una costumbre bárbara las obliga á veces á mutilarse los piés para disminuir las inquietudes celosas de su esposo y amo.

A pesar de sus preocupaciones filosóficas, Voltaire no pudo menos de proclamar la superioridad manifiesta de las naciones cristianas comparadas con las naciones paganas del Oriente. «Los países, dice, donde el Bramante y Miguel Angel han construido un San Pedro de Roma, donde Rafael ha pintado, donde Newton ha calculado el infinito, donde Leibnitz participó de esta gloria, donde *Cinna* y *Atalia* se han escrito, son sin duda los primeros paises de la tierra.

Los pueblos orientales, á pesar de su antigüedad y de lo que la naturaleza ha hecho por ellos, se hallan actualmente en la infancia ó en la barbarie en materia de bellas artes.»

II

Volvamos ahora nuestras miradas hácia aquellos pueblos, cuyo legislador, posterior seis siglos á Jesucristo, ha podido inspirarse, y en efecto, ha estado muchas veces inspirado del Evangelio.

A las puertas de la Europa, sobre las riberas del Bósforo, y á lo largo de las costas del Mediterráneo, se elevan imperios, reinos y regencias, que en otro tiempo fueron Estados cristianos y civilizados. Pero la cruz ha desaparecido de aquellas regiones, para dejarle el lugar á la media luna. ¿Y qué ha resultado? Que la cruz se ha llevado consigo los secretos de la civilización y que la media luna ha arrastrado en pos de sí una incurable barbarie despues de un brillo efímero.

Las ciencias, la industria, las bellas artes, todo ha

desaparecido, todo ha muerto bajo la nueva influencia; y esta tierra, antes tan hermosa, ha tomado un aspecto salvaje. Los pueblos que aplaudían la elocuencia de los Agustines y de los Crisóstomos se han convertido en turcos y beduinos.

Desnaturalizado su espíritu y su corazón por los dogmas y los preceptos de una religión bastarda, adoran á Dios y creen en el fatalismo; hablan de caridad y son crueles; ejercen la hospitalidad bajo su techo, y matan sin escrúpulo á su huésped, luego que ha pasado el umbral de su puerta: soportan rigorosas abstinencias y se abandonan á indignos deleites.

En el siglo diez y nueve, á la faz de las naciones civilizadas, se les ve todavía reducir á sus semejantes al más completo envilecimiento: ellos dan el espectáculo horrible de esos mercados en que se trafica con el hombre cual si fuese animal ó mueble, y esos vergonzosos harenes en que se encierran rebaños de mujeres para esperar la hora de los caprichos lúbricos de un sultan.

En vano vienen á pedir á los pueblos cristianos la limosna de algunos harapos de sus artes ó de sus ciencias; heridos de incapacidad moral no se libertarán de la barbarie, si no estirpan hasta en sus últimas raíces el mal que los devora, y acabarán de disecarse como una charca impura, hasta que la Europa impaciente los arroje á sus primitivas soledades, y restablezca la cruz en estas regiones que ellos han agostado, para vivificarlas de nuevo.

Tal es el estado en lo general, que guardan los pueblos que han vivido separados de la sociedad moral evangélica.

Las consecuencias que se pueden deducir, son un alto y brillante testimonio de la virtud redentora de la cruz. «¡Hecho increible y que es, sin embargo, de una evidencia irresistible! dice con este motivo Lacordaire; Aténas y Roma antes de Jesucristo habían llegado á la civilización, es verdad, pero desde que el derecho del Evangelio ha sido promulgado, el

pueblo que no lo ha reconocido, ha permanecido con respecto á los pueblos cristianos en un estado de inferioridad, que inspira todavía más desprecio que lástima: y es que antes de Jesucristo el derecho universal y perfecto no existía para nadie; los pueblos estaban todos, á este respecto, bajo un pié de igualdad: era, pues, posible en este estado de miseria comun que un legislador, sostenido por circunstancias; que le favoreciesen, de raza, de tiempo y de clima, y sobre todo, por una secreta protección de la Providencia, elevase á una nación á cierto grado de cultura y de rectitud de costumbres: pero hoy, que el Evangelio ha aparecido, que el fanal de la perfección brilla á los ojos de todos, el pueblo que lo rechaza está necesariamente condenado á relaciones de un orden inferior que no le permiten sostener la comparación, y que le hacen vegetar, si se obstina en su ceguedad, en una invencible y vergonzosa barbarie. »

Destinos futuros del reinado del cristianismo

Parecerá tal vez temerario el querer sondear lo que la noche de los tiempos encierra en sus profundidades, y el seguir en ellas hasta la consumación de los siglos los destinos de este reino de la cruz que no se ha desarrollado sino en medio de las luchas, de los combates y de las más terribles peripecias.

Sin duda que la vista del hombre es demasiado débil para penetrar los velos del tiempo; pero á los ojos de Dios el tiempo no tiene velos; el más lejano porvenir es para Él lo mismo que el presente.

Así, pues, para afirmar nuestra fé, para asegurar á la humanidad en sus esperanzas de regeneración, se ha dignado revelarle por la boca de su Hijo, y la de sus santos profetas algunos de los secretos de su divina presciencia sobre la marcha, el objeto y el término de la grande obra de la redención.

Dirigidos por el hilo profético, podremos traspasar los lindes del espacio y del tiempo, y delinear con anchos rasgos el cuadro de las realidades que no vemos todavía, pero de las cuales la Iglesia guarda en sí misma el precioso gérmen (1). Por eso conviene á la sociedad moderna conciliarse con ese aliado inmortal, la Iglesia.

Es un hecho primeramente, hecho capital y dominante, que se encuentra consignado en cada pàgina de los libros santos, que la sociedad moral fundada por Jesucristo, está á prueba de todas las catástrofes, y que no perecerá jamás.

Ella será el blanco de los tiros de numerosos y terribles enemigos; y no marchará á través de los siglos sino entregada á perpetuos combates; pero nada podrá abatirla; por el contrario, vencerá y hará

(1) Mas adelante expondremos el espíritu profético de la Encíclica Præclara sobre el porvenir del catolicismo.

caer á sus piés á todos sus adversarios y levantará orgullosa la cabeza después de haber bebido en el agua del torrente. « Tened confianza, decía Jesucristo á sus apóstoles; yo he vencido al mundo y las puertas del averno no prevalecerán contra mi Iglesia. » Así es cómo los cristianos han estado siempre llenos de una completa seguridad: de siglo en siglo no han cesado de repetir que la Iglesia no perecerá jamás.

Hoy mismo, después de mil ochocientos años, lo repetimos con la misma certidumbre, y los que vengan después, lo repetirán á su vez y admirarán, como nosotros, el cumplimiento milagroso de los divinos oráculos.

La iglesia, sin embargo, no debe permanecer y resistir como una masa inerte, como un cadáver que los perfumes preservan de la corrupción y de los gusanos, como esas sociedades del Oriente inmóbiles y petrificadas; ella por el contrario, debe subsistir obrando, engrandeciéndose tal como el árbol á quien el Hijo de Dios la ha comparado, que grano al principio imperceptible, se ha desarrollado y crecido indefinidamente hasta cubrir con su sombra á todas las aves del cielo.

Jesucristo, elevado de la tierra, debe atraerlo todo á sí; la multitud de las naciones entrará en su Iglesia; Él llamará á los pueblos desterrados desde los cuatro ángulos de la tierra; las islas lejanas oirán hablar de Él, y todos los reyes del mundo le adorarán.

Un día llegará en que todos los pueblos no formen más que un solo rebaño bajo el cayado espiritual del pastor: entonces una era nueva se abrirá para la humanidad, la cual volverá á hallar su perdida felicidad. En esos días la justicia se levantará y con ella la abundancia y la paz, y su duración igualará á la de los astros. Los pobres comerán hasta saciarse; arrancados de las manos del poderoso y librados de la violencia y de la usura, su sangre será preciosa ante Dios.

Se sembrará hasta en la cima de las montañas y el viento resonará entre las espigas como entre los cedros del Líbano; los habitantes de las ciudades se multiplicarán como la yerba de los prados: *porque la ciencia de Dios, inmensa como el mar, inundará la tierra.* » (Profecías de David é Isaias.)

Tales son los brillantes destinos anunciados al reino de la cruz, y que serán los de la posteridad de Adan regenerada. ¿Pero cuando se cumplirán estos destinos? ¿Hasta cuando la Iglesia será el blanco de las pasiones desencadenadas?

El momento llegará, y muy pronto, en que los hombres comprendan al fin sus verdaderos intereses; en que sintiendo que la causa de todos sus males reside en el vicio de su naturaleza, demandarán sinceramente al cristianismo que esclarezca su inteligencia debilitada, que fortifique su corazón desfallecido y dirija su voluntad incierta, haciéndoles marchar con un paso firme y seguro en la senda que debe conducirlos á la verdadera felicidad. Entonces llegará la hora de consumar la conciliación de la Iglesia y el Siglo.

Sobre este momento preciso los oráculos sagrados callan ó son ménos explícitos. Bien habría querido Dios revelar á sus servidores las pruebas que les aguardan, á fin de que no fuesen sorprendidos, y mostrarles de antemano el término dichoso para recompensarles desde luego con las santas esperanzas de la fé; pero Él se ha reservado el secreto de la duración de estas pruebas y de los siglos benditos en que la tierra regenerada por su espíritu recobrará una vida nueva con el reinado del *espíritu nuevo*.

Algunas palabras únicamente de la misteriosa profecía del discípulo querido, aquel á quien Jesucristo confiaba de preferencia, en una expansión afectuosa, los pensamientos de su presciencia, parecen anunciar, si los aplicamos bien, que el dia de los triunfos de la Iglesia no está lejos. « Porque si Satán, dice San Juan, ha sido desatado, no será sino por poco

tiempo, *modico tempore;* si las naciones seducidas se han reunido para el combate y han rodeado el campo de los santos y la ciudad querida, Dios debe entregarlas á un fuego devorador, y Satán será de nuevo hundido en el abismo por los siglos de los siglos, y el poder de pervertir las almas no le será más concedido.»

He ahí lo que Dios nos ha permitido leer ó entrever en los eternos designios de su misericordia, con relación á la humanidad decaida. Veamos ahora cuáles son las conjeturas racionales, que los datos históricos y la marcha sucesiva de las cosas pueden sugerirnos, y cómo ellas coinciden con la revelación divina.

II

Hace ya diecinueve siglos que la Iglesia fundada por el Hijo del carpintero y propagada por doce pescadores, se ha apoderado del imperio moral del mundo: ninguna otra sociedad ha podido arrebatárselo desde entonces.

La persecución, el cisma, la herejía, la filosofía han venido alternativamente á ensayar sus fuerzas contra esta reina inmortal de la verdad. ¡Inútiles esfuerzos! La hacha ha caido de las manos cansadas del verdugo; las saetas rebeldes han venido unas tras otras á morir al pié de las gradas del trono de su poderosa dominadora: la filosofía con los piés metidos en la sangre, errante en medio de las ruinas de los sistemas, acaba de desvanecerse en las alucinaciones de una peligrosa locura; en tanto que la Iglesia vigorizada en los combates, ha salido de ellos mas poderosa, y reaparece después de todas las tempestades que ha sufrido como un sol glorioso en un cielo sereno después de la tempestad.

Tal como una madre atenta y solícita, ha vigilado sin cesar la actividad del espíritu humano: ella ha seguido á este hijo pródigo en todos sus estravíos; y

á pesar de su resistencia, á pesar de sus gritos y de sus furores, ella le ha designado con un dedo seguro los escollos, los precipicios, los peligros del camino que tenía que recorrer, y nunca ha desobedecido á esta infalible advertencia sin sufrir muy pronto la pena.

Declarando en voz alta que emana de Dios, y que está investida por él de la infalibilidad en el orden de las verdades morales, la Iglesia se colocaba en la necesidad de un perpétuo milagro; ponía sobre sus hombros una carga, que si no era sincera, debía prontamente aplastarla; preparaba, en fin, ella misma su propia ruina. ¡Cuántas cuestiones le han sido sometidas en el curso de las edades! ¡Cuántas discusiones ha sostenido y cuántas sentencias doctrinales ha sido llamada á pronunciar! ¿Ha retrocedido ante esta tarea temible? ¿Ha dormido tranquilamente como las otras religiones sobre el almohadon de un signo inmóvil, dejando á las pasiones humanas en completo desahogo y no pidiéndoles mas sino que no turben su reposo?

No; al punto que el error y el vicio han asomado su horrible cabeza, lejos de pactar con ellos se ha alzado expontáneamente para combatatirlos, y ha querido mejor exponerse á todos los martirios, que abandonar la santa causa que tenía que defender.

Su moral, sus instituciones, los títulos de su existencia, todo ha sido atacado, analizado, puesto al descubierto por el escalpelo de la razón: sistemas nuevos ó renovados se han dado á luz incensantemente; la Iglesia, sin embargo, sin ceder un palmo se ha mantenido en su propio terreno, en su propio campo, de donde ha rechazado siempre, sin sufrir ninguna pérdida, al enemigo que creia poder aniquilarla.

Pero ¡oh prodigio inaudito! si dirigiendo atras sus miradas, ahora que la antorcha de la ciencia brilla con un resplandor tan vivo, revista los decretos y sentencias de los papas y de sus concilios, ¿hay

alguno, uno sólo siquiera de que deba avergonzarse y que la acuse evidentemente de haber faltado á su misión? Respondiendo á toda la tierra desde hace tantos siglos, ¿en qué ocasión la Iglesia ha sido incontestablemente engañada? *¡Jamás!* podemos decir con el conde de Maistre. «Pueden hacerle chicanas, pero no alegar nunca nada decisivo.»

¿A quién, por otra parte, ha dado el tiempo la razón: á la Iglesia ó á sus enemigos? ¿Qué doctrinas han recibido la sanción de todas las edades? ¿Son las de Nerón ó las de Juliano el Apóstata, de Arrio ó de Eutiques, de Wicleff ó de Lutero, de Voltaire ó de Holbach, de Comte ó de Renan? De ninguno; porque todos á su vez han sido desmentidos ú olvidados por los hombres sabios y aún por sus admiradores y sus discípulos. Se ha visto, pues, que la Iglesia había juzgado bien condenándolos.

Si cualquier hombre reflexivo y de buena fé, estudia seriamente las decisiones dogmáticas de los papas y de los concilios, admirará ciertamente la superior sabiduría que ha presidido á la definición de los más altos misterios y á la solución de los problemas morales más delicados; se verá precisado á convenir que esta sabiduría, trasmitida así de generación en generación como una herencia magnífica, nunca oscurecida ni aun en los siglos de la más brutal ignorancia, tiene sus raíces más lejos que nuestra miserable tierra.

El pasado, pues, de la Iglesia nos asegura indudablemente de su porvenir; y si se consideran los obstáculos que ha superado, no se ve qué es lo que en adelante pueda detener su carrera.

El presente, además, está muy lejos de ser alarmante para la Iglesia.

Por donde quiera se hace sentir la necesidad de volver á las creencias sanas y seguras del catolicismo: se ha comprendido que existía una relación íntima entre los pensamientos y las acciones; que los unos se modelaban por las otras, y participaban

de su carácter: por todas partes se repite que es necesario moralizar á los pueblos.

Los grandes pensadores siguen todos los movimientos de la sociedad, interrogan todas las pulsaciones de sus arterias, quieren saber, por último, cuál es la causa verdadera de los males de este ilustre enfermo, y cuál el remedio que conviene aplicarle.

Todo lo que ha pasado en el mundo civilizado desde que la invadió el espíritu pagano y de incredulidad, las guerras, los trastornos, las matanzas, la anarquía, en fin, que la ha desolado, ha conmovido profundamente las almas y les ha inspirado graves reflexiones: se ha hecho, pues, un trabajo de comparación que producirá los más dichosos frutos.

Ya los libros están abiertos: se registra con ardor la historia: se quiere preguntar á los muertos las condiciones de la vida. Un interesante paralelo se ha establecido y parece que vamos á asistir á un primer juicio del mundo Según la palabra de Jesucristo, en lo adelante, por sus frutos es por lo que se han de apreciar las doctrinas.

Evocadas por genios poderosos, las obras nacidas del espíritu pagano por una parte, y las obras inspiradas por el espíritu cristiano por la otra, se han presentado al gran tribunal de la humanidad para ser, al fin, pesadas en la balanza de una imparcial justicia.

Antes que ninguno, el ilustre M. de Chateaubriand puso resueltamente en relación á los dos espíritus que se disputan el mundo; y comparando las influencias de naturaleza diversa que han ejercido sobre las artes, sobre las ciencias, sobre las instituciones y sobre la civilización, ha pronunciado una memorable sentencia, la cual todos los pueblos civilizados no han podido menos de aplaudir. El paganismo ha sido condenado y se ha adjudicado la palma del triunfo al cristianismo.

En esta carrera tan noblemente abierta, una multitud de escritores distinguidos se han precipitado en competencia: cada día se ha tributado un nuevo ho-

menaje á la Iglesia; cada día se ha destruido una preocupación, y ha brotado algun destello de verdad; cada día los ecos de la fama nos hacen saber que ilustres tránsfugas, escapando del campo enemigo, han venido á colocarse bajo la bandera de que sus padres desgraciadamente habían desertado.

No se desprecia ya el arte cristiano; por el contrario, se le admira: no se rechaza ya la moral del Evangelio, sino que se la encuentra sublime: sus dogmas lejos de haber perdido en el progreso de la verdadera ciencia, han venido á recibir una nueva sanción.

El movimiento de los espíritus en el siglo presente, es pues un movimiento de ascensión hacia las doctrinas de la Iglesia. Todo conduce á creer que no se detendrá, ó que si se detiene será solo momentáneamente hasta que llegue al término de su carrera.

Es imposible que las inteligencias privilegiadas no perciban al fin, que no hay más que dos maneras de constituir á la sociedad moral, y que si el principio católico es rechazado, la humanidad tiene que resignarse á ser perpetuamente víctima de una mortal anarquía.

III

Así, pues, todo se prepara para un nuevo y acaso próximo triunfo de la Iglesia, mientras sus ciegos enemigos entonan, como siempre, el canto de sus funerales.

¿De qué dichosos síntomas no somos, por otra parte, testigos?

Un gran pontífice sube á la cátedra de Pedro, y desde lo alto de este trono inmortal, indica á los pueblos embriagados de una libertad sin medida y sin freno, la vía trazada á la libertad verdadera; da el ejemplo de la clemencia, de la magnanimidad, del amor de los hombres, y he ahí cómo el mundo entero, palpita, parece renacer, y tiende sus brazos á este

salvador inesperado. Una era nueva comienza: Jesucristo se hace sentir en la persona de su vicario, recobra manifiestamente el timón de la humanidad que se creía haber arrancado para siempre de sus divinas manos.

Sin embargo, no nos lo disimulemos: el espíritu de incredulidad podría muy bien no haber acabado todavía su obra terrible, su obra de destrucción. Ya ha derribado la *sociedad moral* y trastornado la *sociedad política*, pero tal vez no es el término último de las funestas consecuencias que él encierra en sí; es necesario que destruya y que destruya todavía: es necesario que la *sociedad civil*, resienta á su turno la influencia mortal de su soplo deletéreo; es necesario que no teniendo ya más que devorar, semejante al famélico Eresichthon, él se devore á sí mismo.

Entonces nada quedará en pié. No nos engañamos: cuando las espesas nubes de polvo levantadas de en medio de los escombros se hayan disipado, cuando el cielo vuelva á manifestarse sereno, se verá aparecer un majestuoso edificio, espléndido como el oro purificado en el fondo del crisol; y á este aspecto inesperado los pueblos, reducidos á la más horrorosa desesperación, lanzarán gritos de alegría y volverán á abrigarse en la casa de su Padre, que habían abandonado para ir á consumir su sustancia en regiones desoladas y lejanas.

Curados, por tantas crueles experiencias, de las locuras de la juventud, entrarán con resolución en la fase de la edad madura, y dóciles á las doctrinas saludables de la cruz, prepararán para las generaciones futuras la era de la felicidad predecida por los profetas.

Hoy que nos hallamos hundidos en una confusión de opiniones, en un caos de dudas, de vicios y de errores, esta era maravillosa no nos parece más que una delirante utopía, pero que se suponga (y queremos creer por honor de la humanidad que esta suposición no es puramente imaginaria), que se suponga,

decimos, á los espíritus penetrados de esta verdad: que la virtud es nuestro primer bien y que el Evangelio es el mas perfecto ideal; que los padres y las madres y los que están encargados de instruir á los niños los eduquen en este principio, dándoles el buen ejemplo, embalsamándoles en una atmósfera celeste, que los preserve de los miasmas de las pasiones; que la cátedra, la prensa, las artes, el teatro mismo, que todas las voces se unan como en un santo concierto para ensalzar la virtud y condenar el vicio; que se haga todo esto, y se hará por necesidad de vivir, y se verá cómo en menos de una generación, el mundo está renovado.

Quedarán todavía sus debilidades, no hay duda; pero estas debilidades él las deplorará, en vez de justificarlas y envanecerse de ellas; él las enmendará y aún las hará servir á su propia grandeza por un generoso arrepentimiento.

Llegará, pues, este dia venturoso en que los hijos de Adan, renunciando á todas las quimeras que los seducen y los pierden, se abracen para siempre de la verdad, principio de toda dicha, que poseen en medio de ellos é irán, en fin, un dia á beber la vida en su mas pura fuente.

Entretanto, la Europa, por la eficacia de la legislación cristiana, ha venido á ser, á pesar de su inferioridad geográfica, la primera de las partes en que está dividido el mundo. Las otras partes del globo en que domina todavía el paganismo, no son mas que sus humildes vasallas.

La jóven América, principalmente, será la mas gloriosa sede de la civilización del porvenir.

En cierto sentido Jesucristo reina ya sobre toda la tierra, y es fácil prever que en una época mas ó menos lejana, ella inclinará voluntariamente la cabeza bajo el dulce yugo de su Salvador.

Cuando el espíritu de incredulidad haya penetrado en esas regiones, hace tanto tiempo entregadas al fetiquismo, á la idolatría y á ridículas supersticiones;

cuando haya puesto en evidencia todas esas miserias de que es, sin embargo, el autor, se hará muy pronto entera justicia; pero como este espíritu está condenado á no ser mas que un soplo disolvente, el espíritu cristiano le seguirá de cerca, y se apoderará de las almas, á quienes habrá dejado desoladas en el vacío inmenso de la negación y de la duda.

Asistimos, según parece, al comienzo de esta revolución inmensa. Los pueblos infieles se sienten atraidos hácia la Europa, y la Europa se siente atraida hácia ellos: pero la diferencia es que ellos vienen suplicando, pidiendo la limosna de sus artes y de sus ciencias, en tanto que Europa y América marchan sobre ellos como dominadoras: en pos de sus pasos la cruz avanza, cual en la Edad Media, en la conquista de las naciones idólatras, como reina pacífica y consoladora.

Así toma posesión de todas las regiones del globo, que no le estaban aún sometidas: se le vé elevarse sobre las riberas del Asia y del Africa, y hasta en las islas mas remotas de la Oceanía. Según la predicción del profeta Isaías, la ciencia tiende á llenar el mundo cristiano. Los valles están cegados, se han abatido las colinas, los caminos que eran tortuosos se han enderezado para dejar pasar á la augusta Verdad: el espacio está vencido; el hombre llevado en alas de fuego, vuela con la rapidez del pájaro: ni las altas montañas ni los vastos mares lo detienen; todos los obstáculos se desvanecen ante la fuerza y la perseverancia de su voluntad. ¿No vendrá á suceder que la tierra renovada por los multiplicados enlaces de sus diversas partes, forme en un dia próximo una familia de hermanos, dichosos en invocar juntos al mismo Padre celestial que los ha salvado por la sangre de su divino Hijo? La Europa que se ha mostrado tan solícita en despertar á los demás pueblos de su sueño de muerte, ¿no los atraerá hácia ella rápidamente en las circunvoluciones de su órbita cristiana?

He aqui el porvenir de la Iglesia y del Siglo.

La Cruz redentora

Una nación tiene su bandera, un ejército sus pendones, una ciudad sus blasones, una familia sus escudos de armas; toda sociedad quiere tener un símbolo que la caracterice. ¿Cuál será, pues, el de la gran sociedad moral de la tierra y qué signo podrá reunir en sí y expresar claramente á todas las miradas los caractéres generales de la humanidad? La Cruz.

La cruz, sí, en otro tiempo el patíbulo de los esclavos, es decir, de las tres cuartas partes del género humano; la cruz sobre la cual el Libertador esperado durante cuarenta siglos ha muerto en ese género de suplicio á fin de abolir para siempre toda esclavitud: he ahí el estandarte de los pueblos manumitidos y reconocidos por su libertad.

La cruz es la más alta expresión de la humanidad: ella la refleja de una manera admirable hasta en sus más imperceptibles gradaciones; es un libro inmenso donde se revelan nuestro orígen, nuestra naturaleza, nuestros destinos, nuestro fin; es el compendio del cielo y de la tierra, de la Iglesia y el Siglo conciliados.

Ella recuerda al Dios criador, al Dios redentor, al Dios santificador: ella también trae á la memoria al hombre inocente, al hombre decaido, al hombre regenerado: es el punto de confluencia en que se hallan divinamente unidas, la santidad, la justicia y la misericordia; es el término de todas las antiguas tradiciones; es el altar donde el pecado se halla abismado en la expiación y el arrepentimiento, la reconciliación del mundo con su Redentor.

Si las obras de la creación revelan un Dios poderoso y magnífico, la obra de la cruz revela todo lo que la bondad y el amor divino tienen de más profundo y más conmovedor. Es un Dios ultrajado y es un Dios que perdona; es el hombre que peca y es el Dios que expía, es el Siglo y la Iglesia reconciliados.

¿Qué es, pues, el hombre para haber merecido tal sacrificio?.... *Habeis sido rescatados á precio muy caro*, nos dice el Apóstol; y estas palabras nos hacen comprender que si la cruz es el signo de nuestra debilidad, de nuestra miseria, de nuestra corrupción, ella es también el signo de nuestra grandeza, de nuestra dignidad, de todas las nobles prerogativas de nuestro sér.

Ella nos dice muy alto que hemos merecido la muerte; pero nos dice más alto todavía que hemos valido un Dios.

Sí; todos los hombres valen un Dios, y en lo de adelante, no se podrá llamar vil á una alma rescatada por la sangre de Jesucristo; á ninguna alma humana.

La igualdad; pero una igualdad noble, desciende de lo alto de la cruz y marca en la frente, con un carácter glorioso, al más ínfimo de los hijos de Adan, al niño mismo que no vive todavía sino en el seno maternal. La cruz manda respetar al hombre cualquiera que sea, al débil como al fuerte, al humilde como al poderoso, al hombre cubierto de andrajos como al que se envuelve en un manto de púrpura. Ella pide que haciéndose abstracción del crímen, se honre aún la persona del criminal y se le compadezca en su desgracia.

Ella nos muestra en todos nuestros semejantes hermanos á quienes ama el Padre comun, y por los cuales nos debemos sentir abrasados en una caridad viva y dispuestos siempre á los sacrificios de la más pura abnegación.

Por la sangre preciosa que la baña nos exhorta á la magnanimidad, á la clemencia y al perdón de todas las injurias ¿Qué corazón, por duro que sea, no se sentirá conmovido profundamente oyendo repetir la súplica de Jesus por sus verdugos: *Padre, perdónalos; ellos no saben lo que hacen?* «No se podría creer, dice Chateaubriand, cuántos actos de misericordia han producido estas divinas palabras,

y cuántos brazos, ya levantados por la venganza, se han detenido repentinamente.»

Rescatando al hombre del pecado, dándole la fuerza de combatirlo y de vencerlo, la cruz no solamente ha proclamado la libertad, sino que ella ha traído verdaderamente á este mundo esa noble libertad de los hijos de Dios, que es el desprendimiento de todas las pasiones abyectas, esa libertad que los excesos de la licencia no deshonrarán jamás.

Para los grandes, lo mismo que para los pequeños, para los ignorantes, como para los sábios, el árbol redentor es un libro siempre abierto, es una enseñanza siempre viva de las más sublimes virtudes.

Él predica la dulzura, la paciencia, la humildad, la abnegación, el amor del prójimo, el horror al vicio, la lucha contra la naturaleza corrompida, todas las virtudes, en fin, que brillan con un esplendor tan grande en el Hombre-Dios.

Emblema celestial de la fé, de la esperanza y de la caridad, él vivifica las almas, las fortifica, las abrasa é imprimiéndoles una actividad nueva, las dirije, las sostiene y las preserva de los extravíos y de las caídas.

De este modo es la cruz la fuente de la gloria de Jesucristo; su título más augusto es el de *Crucificado*, y la cruz, por último, es el poderoso iman que atraerá á Él toda la tierra. Con la cruz en la mano es como los apóstoles se lanzaron á la conquista del mundo; en ella fué donde pusieron todo su valor y toda su esperanza.

¡Honor, pues, y reconocimiento á la cruz! Ella es la que ha sostenido al mártir en sus tormentos, al anacoreta en las austeridades de la penitencia, al doctor en sus trabajos y meditaciones, á la vírgen en sus combates y al hombre piadoso en la práctica de todas las virtudes: ella es la que inspira al pobre la paciencia, al desgraciado la resignación; la que consuela al enfermo en su lecho de dolor; la que hace brillar á los ojos del moribundo los rayos celestiales de la esperanza.

El pecador la invoca en sus angustias, y en ella es por último, donde el culpable, cuya cabeza va á caer bajo el peso de la ley, va à descansar sus miradas, fatigado de los hombres é inquieto de la eternidad.

De esta manera es como la piedad de los cristianos ha plantado por todas partes, como un simbolo tutelar, el árbol redentor de la humanidad.

Él corona los altares y la cima de los templos; santifica el recinto de los pretorios y adorna la diadema de los reyes: él se eleva sobre las plazas públicas y á lo largo de los caminos; él aparece en la profundidad de los desiertos, y en lo más espeso de los bosques; él se destaca sobre las montañas escarpadas y á la vista de los abismos inmensos del océano; él predomina, en fin, sobre el campo de los muertos como la esperanza de la misericordia y de la resurrección.

Si alguna tempestad os arroja náufrago y desnudo sobre una tierra desconocida y vuestros ojos perciben à lo lejos la cruz de Jesucristo, consolaos, porque habeis tocado en una ribera hospitalaria; vuestros hermanos se apresurarán á daros socorros: pero si en ninguna parte del horizonte entreveis el signo de la salvación, temed encontrar enemigos más temibles que las olas enfurecidas del océano; habréis arribado á una playa salvaje, y allí tal vez los hombres serán peores para vos que los tigres y los leones.

Un día, en nombre de la libertad, de la igualdad y de la fraternidad, una insensata filosofía hizo desaparecer la cruz, emblema de la santa independencia de las almas, y la sustituyó con la encina simbólica de la independencia del salvaje que disfruta su fruto á los animales de las selvas: pero este día había sido marcado con un nombre satánico, con un nombre tal, que ningún día de la tierra lo había todavía llevado; se llamaba *El Terror*.

Es, pues, indudable que la causa de la cruz es la de la verdadera libertad, de la civilización, de la humanidad entera; es la causa de las almas nobles y de los

sentimientos generosos. Cualquiera que ame la virtud, cualquiera que se apasione por el sacrificio y la caridad, debe sentirse, tarde ó temprano, atraido á la bandera de Aquel que con un amor infinito se sacrificó por todos los hombres, y aceptó una muerte infame para librarlos de la corrupción y de los males terribles que ella engendra.

De cualquier modo que se le considere, el siglo presente ofrece un espectáculo digno de interesar en el mas alto grado á un observador reflexivo. La tierra está como suspensa y en silencio; óbrase en ella no sé qué trabajo, que parece preparar un nuevo porvenir: se oye como el ruido sordo de una multitud de martillos y no se sabe si demuelen ó reconstruyen. ¿Qué sucederá al fin? ¿Hácia qué lado iremos á inclinarnos? ¿Caeremos de nuevo en las envolturas del viejo mundo? Niños decrépitos ¿deberemos morir en nuestra cuna, ó bien adolescentes robustos romperemos con un esfuerzo vigoroso nuestras ligaduras para marchar libres del error y de las pasiones en los senderos del hombre nuevo?

¿Cuánto tiempo deberemos todavía vagar en el desierto antes de llegar á la tierra prometida? Este es el secreto de Dios. Elevemos hácia Él nuestras manos suplicantes, y según el precepto de su Hijo repitamos esta deprecación sublime: «¡Padre; venga hácia nos tu reino y que vuestra voluntad se cumpla en la tierra lo mismo que en los cielos!» Y entonces el Siglo y la Iglesia formarán unidos el reinado de la felicidad por la civilización cristiana. Por lo menos los espíritus extraviados y los hijos pródigos del Siglo sienten ya la nostalgía de la cruz, como vamos á verlo.

Nostalgía de la Cruz

Con el título de «Renacimiento» publicó el distinguido escritor Burell un hermoso artículo que, á pesar del sabor liberal de algunos párrafos, refleja con gran exactitud el tormento que se ha apoderado de los espíritus apesadumbrados y oprimidos por la losa del naturalismo; y como parece que resuena un *excelsior* en las almas, solicitándolas con el ansia de lo sobrenatural, y llevándolas así, después de tantas negaciones y tanteos al redil de la Iglesia, madre de la civilización, antorcha de la vida y escuela en donde se aprenden los amores que dilatan el corazón y le inflaman, sin dejar en él amarguras ni desconsuelos.

Ese artículo es un signo de la época y en el cual parece que flota el aliento de una generación que vuelve á la Iglesia, fatigada de no haber encontrado mas que desengaños y desventuras en el seno de la irreligión.

Más que «Renacimiento», podía haber titulado á su artículo «Nostalgía de la Cruz»; porque es la que sienten los hombres que han vivido lejos de ella después de haber tenido á su sombra la cuna y la dulce infancia.

«En estos últimos tiempos las tendencias de la juventud literaria van francamente hácia el misticismo.

Algo por el estilo, y glosando una frase muy feliz de Vogüé, decía poco ha Leopoldo Alas con su habitual sinceridad artística.

«Sí; las cigüeñas vuelven á rondar los abandonados campanarios.»

Un siglo de filosofar y de perseguir en todas las formas al catolicismo, acaba en un franco recibimiento religioso.

No se trata de una reacción; á pesar de intran-

sigencias é integrismos más interesados en las cosas de la tierra que en las del cielo, no puede decirse que la misma Iglesia espere ni desee un movimiento de reacción.

Este que se produce en la hora presente, por ser inesperado y expontáneo, por tener algo, ó acaso mucho de las plantas que crecen en pleno aire y en pleno sol, es un movimiento que no se avendría á formas determinadas y á convencionalismos estrechos.

El singular renacimiento religioso de estos tiempos no es más que el efecto de una inmensa melancolía traída por el fracaso de muchas grandes cosas en que esta generación había puesto sus amores y sus esperanzas.

Ya Pascal lo dijo con tiempo: «La poca fiolosofía nos aparta de Dios; la mucha filosofía acaba por llevarnos á él.» Posible es que no acabemos de andar el camino; pero lo que es el impulso, la fuerza interior que mueve las almas al trabajo mas rudo, se advierten en el anhelo casi febril con que cada cual busca un punto de reposo para el ideal y para la vida.

Nada queda por descubrir: dentro de algún tiempo no quedará nada por conquistar. Ingleses y franceses y alemanes, completando nuestra obra, han uniformado con la levita negra y el sombrero girondino á los salvajes más auténticos. Todas las selvas han perdido su virginidad y los misterios más hondos se han esclarecido. Conocemos el árbol genealógico del infusorio mas modesto, y por el espectro solar tenemos las noticias mas frescas del eterno padre del dia.

A punto han estado nuestros sábios de comunicarse con Marte; y mañana es casi seguro que arrebataremos al fondo del mar, por medio de resistente cable, la fuerza malgastada en sus caprichosas mareas... Si alguien nos habla de volar, nadie ya se sonríe; pues hay una absoluta confianza en la ciencia.

Andamos por el mundo de la materia como por nuestra propia casa, y á la hora de morir de una dolencia morbosa ó de un accidente fortuito, la química nos convence de que es imposible que nadie sucumba á enfermedad natural acudiendo á tiempo; y la cirugía ayudada de la mecánica y de la antisepsia, demuéstranos elocuentemente el absurdo de dejar la vida, porque se parta el esternón ó se rompa el cráneo, cuando la ciencia, consultada con oportunidad, puede rectificar á su antojo las imperfecciones orgánicas.

Es una maravilla nuestra civilización... Somos libres y señores en la familia, en el Municipio, en el Estado, en el continente y en el planeta. Un dia ú otro decretaremos la anexión del espacio y de los astros adyacentes. Pero la verdad, la verdad sensible, es que ni el vapor, ni la electricidad, ni la perforación de las montañas y de los itsmos, ni las preparaciones micrográficas, ni los descubrimientos astronómicos y meteorológicos, ni los refinamientos de la industria, ni todo el puñado de verdades científicas y políticas que cada uno de nosotros ha recogido en el vasto arsenal de esta generosa civilización, apenas si sirven para hacernos ni mas buenos ni mas dichosos. Sin moralidad, la ciencia nos pervierte, y sin religión no existe la moral.

II

Y ¿qué es lo que la ciencia y el progreso material han realizado de bueno y feliz sin la Iglesia? En nuestras brillantes y expléndidas ciudades es precisamente donde se muestra la miseria en sus más terribles formas.

A lo largo de nuestros lujosos paseos, junto á los deslumbrantes escaparates de las tiendas á la moda, niños abandonados y desnudos, hombres y mujeres con hambre y descalzos los piés... En sus rostros, embrutecidos por la animalidad ine-

ducada y al mismo tiempo mal satisfecha, la expresión es de completa estupidez. ¿En qué se diferencia esta gente del salvaje que no ha conocido los beneficios de la civilización? Solo en que el salvaje no puede tener el tormento de desearlas.

Ayer un espantoso asesinato conmovía á Madrid; otros lo han conmovido antes; otros lo conmoverán mañana... Y quien nombra Madrid, nombra París, Berlin, Roma, Viena, Nueva York... La bestia humana tiene en todas partes las mismas garras y los mismos rugidos.

¡Atavismo! ¡Atavismo! dicen los sábios, exhumando sus socorridos motes.

No. Es que esta civilización tan universal y tan humana, semejante á lluvia estival, solo ha penetrado en las capas primeras. Con una pequeña nube que se rompa, hay olor á tierra mojada. Sin embargo, el corazón de la tierra permanece seco.

Un resplandor de civilización no es la civilización misma. Atenas y Roma, que parecen esclarecer el mundo antiguo, no son más que dos grandes luminarias aisladas... Europa era bárbara, y bárbaros eran los que trabajaban para que el ateniense discutiera en el Agora y el romano arengara en el Foro.

¿En qué han variado las cosas? Solo en los nombres, si nó las transforma la esencia cristiana.

Un alma tan pura como el alma de Moreno Nieto escribía casi horas antes de abandonarnos: «¡La Religión! ¡El arte!... No quiero saber más... En el arte y en la Religión voy distrayendo el gran fastidio de la vida.»

Aquel hombre había hecho mas que asomarse á todas las ventanas de la ciencia... La ciencia era su propia casa. El era de ella, y ella le pertenecía. Mas al morir sintió la necesidad de otro aire y de luz nueva... De todo el puñado de verdades que había recogido en los libros y en la vida, no pudo sacar una sola que á él ni á los que amaba pudiera

servir de consuelo. ¡Solo la religión y la Iglesia tiene consuelos y grandes ideales para la vida!...

El dia en que el gobierno francés, el gobierno de la República democrática, igualitaria, fraternal y librepensadora, estrenó el fusil Lebel en los obreros indefensos de Fourmies, esa misma Mme. Severine, que ha ido á Roma á conversar con Leon XIII, esta misma escritora ilustre; revolucionaria entónces y heredera del socialista Julio Vallés, planteó en un artículo á vuela pluma el problema político-religioso de estos tiempos.

Habeis dicho á los obreros: no hay Dios, no hay Religión, no hay Cristo, no hay nada; no hay misterios ni jerarquías sobre la tierra... Ella os pertenece por entero... Le habeis dichó que basta la ciencia sin religión *y* que puede haber civilización sin cristianismo!...

Y cuando el obrero ha abandonado á la Iglesia y ha vuelto las espaldas á sus antiguos señores, que al menos cuidaban de su alimento y de sus vestidos; cuando el obrero va á tomar la tierra, que es lo único que le ha dejado la Filosofía, lo fusilais por la espalda ó lo castigais como ladrón.

Y al pensador y al escritor y al poeta y al artista, les sucede algo semejante á lo del obrero.....

Los gobiernos no los fusilan, pero cuando se ve reinar aquí abajo la misma miseria moral y material de siempre y allá arriba el ansia de verdades eternas, responde el *inconoscible* aponteriano, sustituyendo una fuerza tan poética y tan consoladora como la del evangelio, francamente, pocas almas dejan de sentirse engañadas y heridas.

Si las cigüeñas de Vogüé experimentan la nostalgía del campanario, es porque fuera de él no han encontrado hospitalidad cariñosa.

Por lo menos es preferible una sola esperanza á cien verdades infecundas!»

No observarémos algunas incongruencias del artículo, para que el lector aprecie en todo su valor,

y sin notas intercaladas, la hermosa confesión arrancada por los hechos á un espíritu ciertamente no vulgar, puesto que sabe pensar y sentir hondo.

Las promesas tentadoras del racionalismo se han convertido en crueles sarcasmos y horrible decepción.

Un ejército de sistemas contradictorios, unidos solo por el odio á Cristo han exhumado, como la última palabra del progreso, el panteismo y el materialismo, es decir, las oprobiosas averraciones que la Iglesia había sepultado entre los escombros del viejo paganismo.

Volver á la India y á Grecia para encontrar en el budhismo y en la escuela jónica la ciencia de Dios y del hombre despues del Calvario, es volver á la noche para encontrar el sol.

La bancarrota del racionalismo, más estrepitosa aún que la de su padre el protestantismo, está ya consumada en el orden intelectual y pronto se realizará, aunque de manera sangrienta y pavorosa, en las esferas sociales.

Cuando se arranca la Cruz, que es el arbol de la libertad y del progreso, de las almas ó de los pueblos, el espacio que deja vacío lo ocupan el ódio y la desesperación.

¡Qué hermoso y edificante cuadro éste que ofrece el siglo XIX, regresando como hijo pródigo al olvidado hogar de la fé! La nostalgia de la cruz es el primer signo de la regeneración social, que terribles desengaños acelerarán.

Pero la regeneración del mundo y de la sociedad está en el perfeccionamiento y progreso moral, y este no puede existir sin el cristianismo, como vamos á verlo.

El progreso moral por el cristianismo

En todos los elementos que la constituyen, la humanidad es suceptible de progreso.

Por la industria engrandece su elemento material; por las artes su elemento sensible; por las ciencias su elemento intelectual, y por la moral su elemento activo.

Para completar la perfección humana es necesario realizar el conjunto de esos diversos progresos: pero si se considera uno separadamente, es fácil reconocer que no tienen todos el mismo grado de importancia relativa.

El progreso moral, en particular, se muestra de tal modo superior á los demás géneros de progreso, que podría suplirlos á todos sin que ninguno pudiese suplirlo á él.

En efecto, si una nación está verdaderamente moralizada, por poco adelantada que esté respecto de las otras, ella estará infaliblemente llamada á los más gloriosos destinos; pero si sus costumbres están corrompidas, el esplendor de la industria, las maravillas de las artes y de las ciencias lejos de salvarla acelerarán su ruina.

Ella no será más que un sepulcro blanqueado, cuyo interior contiene la putrefacción y la muerte. «¿De qué sirven, decían los antiguos, sin las costumbres unas leyes vanas? *Quid proficiunt vanæ leges, sine moribus?* Así, pues, el Evangelio nos exhorta á buscar antes que todo el reino de Dios y su justicia, asegurándonos que lo demás nos será dado por aumento.»

Y sin embargo, por un fenómeno digno de notarse, mientras que los demás progresos son del resorte del hombre y puede ejecutarlos por sí propio, el progreso moral excede á sus fuerzas, y es impotente sin una asistencia superior para realizarlo.

Abandonado á sí mismo, él no adquirirá jamás con entera certidumbre el conocimiento del bien y del

mal; y en el caso de adquirirlo le faltaría siempre la autoridad y la sanción necesarias para imponerlo como una ley y para hacer que ésta se observase. «Apagad la lumbrera de Dios, ha dicho Lamartine, y el hombre queda á oscuras: en medio de la noche de su ignorancia podrá tomar al acaso la virtud por el crímen y el crímen por la virtud.»

El progreso moral reclama, pues, la intervención divina. ¿Pero dónde ha intervenido Dios? ¿á quién ha hablado? ¿dónde ha dictado sus leyes? En la conciencia. ¿Pero la conciencia, viciada como la razón por la falta de orígen, no tiene para cada individuo un lenguaje diverso que no se sabría igualmente reconocer por el lenguaje de Dios? ¿La conciencia inspiraba á Bossuet lo mismo que á Voltaire, á Luis XVI lo mismo que á Marat?

Digamos también nosotros: *Apagad la antorcha de Jesucristo y el mundo moral queda envuelto en las densas sombras de una oscura noche, donde se podrá tomar al acaso la virtud por crímen y el crímen por virtud.* Si Dios no ha hablado por la boca de Jesucristo no ha hablado por ninguna otra boca; y la tierra abandonada del cielo debe resignarse á errar sin esperanza en medio de las tristes sombras del escepticismo.

¿Podría suceder, por acaso, que Aquel que ha tenido tanto cuidado del hombre, que le ha tratado como una criatura privilegiada, colmándolo de sus más bellos dones, le hubiese condenado á no aspirar jamás á la más noble de las perfecciones, á la perfección moral? No; este pensamiento sería un ultraje y una blasfemia contra la sabiduría y la bondad supremas.

No es Dios el que ha faltado al hombre, es el hombre el que ha faltado á Dios. Dios nos ha hablado por medio de su Hijo; nos ha revelado las santas leyes de la libertad, y nos ha concedido gratuitamente la fuerza necesaria para cumplirlas.

Pero nosotros hemos querido mejor cerrar los ojos para no ver y para no reformarnos; hemos preferido las tinieblas á la luz, porque nuestras obras eran malas. ¿Esperaremos llegar de este modo á nuestros fines inmortales? ¿creeremos poder despreciar impunemente los beneficios divinos?

Jesucristo solo, sepámoslo y aprovechémonos de ello, Jesucristo solo tiene las palabras de la vida; solo El tiene las promesas del tiempo y de la eternidad.

No olvidemos ya, puesto que estamos advertidos, que su palabra no será vana; y que no volverá á Él sin efecto: preciso es que vivifique ó que mate: *Verbum meum no revertetur ad me vacuum.* En el nombre de Dios, ha decretado en favor de la humanidad derechos que ella ha recibido con entusiasmo, y de los cuales no se desprenderá jamás; pero estos derechos son tan elevados y tan estensos, que ellos suponen, y que Jesucristo efectivamente les ha dado por correlativos, grandes é imperiosos deberes.

Aceptar el beneficio de los derechos que el Evangelio confiere, rehusando la carga de los deberes que impone, es la muerte: admitir con igual reconocimiento estos derechos y estos deberes, es la vida, es la dicha y la salud del mundo.

Locamente los pueblos y sus jefes han creído hasta ahora poder desafiar al Hijo de Dios y sustraerse á su imperio; es necesario que, de grado ó por fuerza, le reconozcan por su rey moral.

Si ellos aceptan voluntariamente su yugo, vendrá á serles dulce y ligero; pero si le rechazan con orgullo, las terribles amenazas de los profetas se cumplirán. «Tú conducirás á las naciones con una vara de hierro; las romperás como un vaso de arcilla, y abatirás á los reyes en el día de tu cólera.»

Y para tomar así venganza de los que menosprecian sus leyes, no tendrá necesidad de excitar su infinito poder; le bastará únicamente dejar obrar su palabra. Lo pasado nos ha revelado sus terribles efectos y el porvenir parece ya preparar negras tempestades á los enemigos de Cristo. «Ahora comprendedlo é instruíos, ¡reyes y jefes que juzgáis la tierra!» El anarquismo os aleccionará.

Si alguna vez la Iglesia parece adormecida é inerte, no nos apresuremos á anunciar su muerte y á preparar sus funerales. ¡Cuán insensatos somos! pues que, ¿no percibimos que Dios, por uno de sus altos juicios, nos ha abandonado como nosotros lo hemos abandonado á Él, y que entregados á nuestros depravados sentidos, venimos á ser los artífices de nuestra propia ruina....?

Sin embargo, cuando vueltos en sí de nuestras ilusiones, cansados de vagar por las sendas tenebrosas de la mentira, volvamos nuestras miradas hácia el cielo, para implorar su auxilio y su misericordia, la cruz se nos aparecerá allí como el astro milagroso que guió á los Magos á la morada del Rey futuro, y nos conducirá de nuevo á la vía recta y bienhechora de la justicia y de la virtud.

A la cruz es á quien solamente se ha concedido el volver á levantar las voluntades caídas; y solo la cruz puede realizar el progreso moral en la tierra.

Pero este progreso moral no llegará á su último período sino en el momento solemne en que la ciudad de Dios, la sociedad moral, haya llegado á su más alto punto de perfección, al decir de M. Maiche, á quien hemos tomado gran parte de esta exposición.

Si; cuando todas las naciones, atraidas al piè de la cruz desde los cuatro ángulos del mundo por una virtud divina, se hallen reunidas en el mismo redil, bajo el cayado del mismo Pastor, entonces solamente la anarquía de las voluntades desaparecerá, y la libertad volverá á ser la hija inmortal del cielo. En este dichoso término, la Redención habrá llegado á su objeto supremo, y el voto inefable del Hijo de Dios se habrá cumplido: *nosotros seremos resumidos en la unidad y todo se habrá instaurado en Jesucristo* para gloria del mundo, honor de la humanidad y esplendor de la civilización, para honor y salvación de la sociedad moderna.

La Iglesia y el Siglo se habrán conciliado para la salvación de la humanidad.

León XIII y la orientación dada á la Iglesia en sus proyecciones del porvenir

Para justificar la parte que se desea dar al Sumo Pontífice en el solemne homenaje á Jesucristo Redentor en el año 1900, vamos á dar cabida en este opúsculo á otro de los discursos pronunciados en el Club Católico, que confirmará al mismo tiempo la idea dominante que nos viene preocupando.

Debemos advertir además, que al pronunciarlo, festejaba el Club Católico la celebración de la paz después de la guerra civil de 1897.

Por eso decimos: La salutación clásica de los Prelados de la Iglesia, constituyénla estas palabras de Jesucristo á sus discípulos: «La paz sea con vosotros: *pax vobis.*»

Pues bien; que «la paz sea con la República», es el voto y el saludo pastoral con que me uno á vosotros en esta ocasión patriótica, escogida por el Club Católico, para festejar solemnemente la pacificación de la Repùblica.

Que la paz reine inconmovible es voluntad de Dios; pues hemos visto esa paz aclamada con vítores entusiastas y expontáneos, salidos del corazón del pueblo y de todos los ámbitos del país, que anhela y pide una paz sólida y fecunda para la felicidad y engrandecimiento de la patria. *Vox populi, vox Dei.*

Bendita pues, sea la obra santa y patriótica de la pacificación, si ha de traernos la paz para todos, la concordia cívica y la lealtad fraternal entre los uruguayos y la prosperidad de la nación, como incensantemente y con toda la efusión de nuestra alma lo pedimos al Señor Dios de las naciones, en cuyas manos estàn los destinos de los pueblos.

Pedimos mucha paz para la República; *pax multa*, esa paz, exhuberante que engendra la generosidad en todas las almas y en todos los corazones; esa paz

sincera que pone término á todos los odios y rencores, uniendo fraternalmente à la familia uruguaya, y que á todos hace recordar en medio de la divergencia de las opiniones políticas, que todos son hijos de la patria común y que no se puede ser partidista, sin ser ante todo patriota.

Y ¿sería necesario ponderar cuánta prudencia y abnegación exige el patriotismo en estos momentos á todos los uruguayos, en cualquier agrupación política que militen, á fin de que no se dé ocasión ni pretexto para anular el precioso dón de la paz?

En la forma democrática especialmente, los partidos políticos en el terreno de la lucha legal son un bien y una necesidad para que puedan ser controlados los poderes públicos, y á fin de que la concurrencia de todos para el bien común y la felicidad de la patria, sea mejor dirigida y más ilustrada; porque no puede ser el patrimonio exclusivo de nadie, ni de las oligarquías.

Pero esa lucha no debe romper la concordia ni la fraternidad de los uruguayos, sino que todos en el mútuo respeto de sus opiniones políticas, deben inspirarse en un elevado y sincero patriotismo, dirigiendo todos los esfuerzos en pró de los intereses de la patria.

Son, pues, nuestros votos porque los poderes públicos se inspiren en una política ampliamente generosa, dando al país todos los medios y reformas institucionales que son necesarias para consolidar la paz y la unión de la familia oriental, así como que todos los que representan las fuerzas morales y populares tengan una idea exacta de sus deberes en el ejercicio de sus derechos, luchando por las libertades políticas y civiles con toda la altura y prudencia que exigen la fraternidad y la civilización. Las perpetuas disidencias podrían llegar à comprometer nuestra propia nacionalidad.

Rendido este tributo, como ciudadano, á la gran obra de la pacificación, á la que todos debemos contribuir leal y eficazmente, según nuestro saber y valer; cúmpleme agradecer al Club Católico el haber asociado á la celebración de la paz la erección del Arzobispado Metropolitano de la Repùblica, que en efecto, es un bien y un honor para la Iglesia y el Estado. Más habiendo tratado de este asunto en dos ocasiones recientes, he preferido ocupar vuestra benévola atención bosquejando el Pontificado del gran León XIII, quien el diecinueve de Abril, fiesta patria, preconizaba el Arzobispado de Montevideo, por una feliz coincidencia.

II

¡León XIII!... Desde luego deseo declarar que en mi no es atrevimiento hablar de este gran Papa, pues creo conocerlo á fondo, habiéndome cabido el honor de múltiples audiencias privadas.

Hace ya veinte años que el actual Pontífice dirije los destinos de la cristiandad; veinte años de esfuerzos perseverantes, de un trabajo y actividad maravillosos, de una resistencia digna, de un progreso edificante y de conquistas espirituales y civilizadoras.

León XIII encontró la Iglesia sufriendo, herida y mutilada. En el mundo la influencia y la gloria del Pontificado habían decaído y el prestigio moral de Roma parecía grandemente quebrantado; sin embargo, durante su pontificado León XIII ha vuelto á ganar todo lo que se había perdido, conquistando nuevas glorias para la Iglesia y elevando la potencia moral, política y religiosa de la cristiandad católica. El se ha captado las simpatías de los pueblos, la amistad de sus gobernantes, el amor de los católicos y la admiración de sus propios adversarios; todos estos maravillosos resultados son el fruto de una actividad pasmosa, poderosamente ayudada por la energía de su carácter, por su grande inteligencia y por su inflexible convicción en la misión augusta del Pontificado en la Iglesia y en las sociedades.

Vicario de Jesucristo, León XIII lo es magníficamente, admirando al mundo de las inteligencias cultivadas por el prestigio de su genio y el celo singular de evangelizar á los pueblos y orientar hácia su verdadero ideal la civilización y el progreso de la humanidad.

«Este gran Papa, dice M. de Vogüé, casi nonagenario, conoce, comprende, dirige y en ocasiones previene las transformaciones universales. Muéstrase tan informado, teniendo un golpe de vista tan pronto y el espíritu tan libre, que nada se le sustrae.

Vemos hombres políticos, sin excluir los más agudos que, cuando llegan á viejos, se paran en cuanto á conocimiento de las cosas contemporáneas; su mirada, por penetrante y de vista extensa que sea, vuèlvese atrás y va contra la corriente. En León XIII, por el contrario, el fenómeno de la clarovidencia tiene algo de prodigioso. Los creyentes descubren en ello el efecto de una superior asistencia y los incrédulos una prueba de genio: unos y otros colocan sobre la frente del gran Pontífice una espléndida aureola; y en efecto, León XIII es la más grande figura del tiempo presente.»

«*Gigante de las cruzadas intelectuales*, al decir de Saint-Projet, filósofo profundo é incomparable, teólogo razonador y avezado á manejar diestramente las armas de la apologética, historiador concienzudo y erudito y estilista de raras dotes, ha reunido en sus inmortales y nunca bien ponderadas Encíclicas raudales inmensos de ciencia y tesoros riquísimos de luz refulgente sobre las más importantes materias eclesiásticas y sobre los más difíciles problemas sociales».

Aunque este Papa no hubiese hecho otra cosa que escribir sus magníficas Encíclicas, bastábale esto para tener el derecho de reclamar un lugar distinguido entre los primeros escritores y pensadores contemporáneos. Además de este prodigioso trabajo intelectual, no descuida como Jefe de la Iglesia, las

múltiples atenciones del gobierno universal; pero como sería ímprobo descender á los detalles, creo que su elogio puede hacerse de una manera más sintética y compendiosa; pues la gloria de su Pontificado consiste en haber inaugurado una nueva era, orientando las proyecciones del porvenir.

Para poder formarnos cumplida idea de los Romanos Pontífices es necesario recurrir á las ideas fundamentales que inspiran y dominan al Pontificado en general, y á cada Pontífice en particular. Poder al mismo tiempo divino y humano, guardian del tesoro de las verdades eternas que dispensa á los hombres, segun las circunstancias en que se encuentran, la Santa Sede, expresión viviente de cada época, se distingue bajo cada reinado con un sello y un caràcter especial.

A través de la unidad inflexible de su historia, resplandece esa variedad infinita, esa riqueza prodigiosa de temperamentos, de genios y, para emplear una palabra profana, de políticos que han ilustrado la Cátedra de San Pedro. Cuando la humanidad atraviesa una evolución ó una crísis, Dios acostumbra colocar á su frente conductores que reflejan á la vez el cielo y la tierra, y que abren para la historia nuevos horizontes; y hé aquí porque á cada etapa de la civilización, el Pontificado se eleva en medio del siglo como una columna triunfal y como un santuario en honor de la justicia y del ministerio universal de la verdad.

León XIII ha inaugurado bajo el imperio de esta ley y por el magisterio de su genio una era, una nueva época en los anales del Pontificado, de la Iglesia y del género humano; ha sido iniciador y creador.

León el grande condensó en su reinado una época de martirio; Gregorio VII, resumió las luchas heróicas para la libertad de las almas y salvó para siempre la independencia de ambos poderes; Inocencio III constituyó y Sixto V organizó la cristiandad en su vida exterior, social y política.

Después del siglo XVI los Papas y los católicos han tenido que sostener el asalto de la incredulidad bajo la librea del librepensamiento, y ésta fuè, con intermitencias más ó ménos fecundas, una época de combate y de concentración interior; puesto que en presencia del enemigo era necesario permanecer sobre las murallas y disciplinar en la ciudad las fuerzas interiores.

Pero en este estado de sitio moral é intelectual, mientras que todos los dias las influencias ambientes envenenaban la vida pública, se acumularon las ruinas, y las decadencias han señalado los campos de batalla: el botin divino de las almas y de las tradiciones cristianas fué arrojado á los vientos; y el siglo manejó y dilapidó los tesoros acumulados por la Iglesia y el Pontificado. De aquí las invasiones é intromisiones abusivas, y de aquí también la conducta de los Pontífices, de los cuales Pío IX ha sido el representante mas glorioso y mas caracterizado.

Bajo su prolongado reinado el clarin de las batallas sonaba con un santo ardor; pues se trataba de la defensa suprema contra el asalto universal.

Pío IX salvó así á la Iglesia y la concentró en el templo; pero la humanidad quedó cubierta de cadáveres, mientras el edificio social y político tambalea en sus fundamentos; y si el templo está colocado sobre la roca firme y radiante de luz esplendorosa, la ciudad exterior amenaza ruina.

Ahora bien; continuar esta lucha contra el mal y el error; pero al mismo tiempo edificar, reconstruir y dirigir las proyecciones del porvenir, tal es el papel y la misión histórica del nuevo Papa. Por una larga preparación, madurada por la experiencia de los negocios públicos y una fecunda solicitud, León XIII ha realizado esta gran misión; y ya se sabe con qué tino, esplendor y sabiduría.

Esta es la gloria magna y suprema de su Pontificado.

Más, esa nueva orientación en su proyección humana, ha sorprendido y hasta escandalizado á los espíritus tímidos ó poco ilustrados. Cambiar el orden de la batalla, les parecía una defección, ó al menos una capitulación. Pero, firme en su sábio propósito, León XIII ha proseguido su carrera, y ha abierto con su bieldo poderoso, un surco ancho y profundo en el campo de la humanidad, sembrando en él gérmenes hermosos de resurrección, de reedificación y de porvenir.

¿Quién podrá afirmar que su Pontificado no es grande, benéfico, sábio y trascendental en los destinos de la humanidad y civilización de los pueblos?

Despues de algunos años de sacrificios ocultos y de trabajos brillantes, el sol que alumbra al Vaticano, ilumina tambien las bastas proyecciones de la obra que él diseñó y que dirige hácia las claridades del porvenir.

Por más que sus adversarios protestaron y se abstuvieron los recalcitrantes, el Pontificado de León XIII ha producido un movimiento universal que, en el momento histórico, arrastrará en pos de sí á los espíritus escogidos y á las masas populares. Y ya se anuncian los tiempos nuevos y la nueva civilización, encaminados por el genio del gran Pontífice. Salimos de la era de las luchas por la vida, de la época de crítica y del individualismo para entrar en la era de las magnas reconstrucciones y de la solidaridad. León XIII ha inaugurado esta cuarta etapa del cristianismo y de la civilización; eterna pues y gloriosa será su obra y su memoria.

III

Y cuesta, en verdad, creer que hombres de esta talla puedan morir, y uno persiste en la ilusión, al contemplar sus obras y grandeza, de que no han de morir. Esta consideración nos la hacemos al reflexionar sobre la continuación de su obra, como coronamiento de su gloria.

Poco ha, un notable publicista, aunque poco ortodojo, creía que una reacción se preparaba contra el método seguido por León XIII y que su sucesor deberá adoptar una política contraria.

Sabemos que retardatarios impertinentes, así como los que no saben distinguir lo relativo de lo absoluto, ó que confunden lo uno con lo otro, participan de la manera de ver del escritor aludido. No hablamos naturalmente ni de los adversarios ni de los descontentos; los ha habido bajo todos los regímenes; pero su descontento no se ha erigido jamás en sistema político.

Lo que hará la duración y la grandeza de la obra de León XIII es haber nacido de las entrañas mismas de las cosas y responder al momento histórico actual de la sociedad. El gran Pontífice ha aplicado á nuestras necesidades y á las condiciones de nuestra época los principios de dirección general, que han inspirado á los grandes Papas, Gregorio VII, Inocencio III, Paulo V y Sixto V.

La misión del Pontificado consiste, al traves de los siglos, en adaptar el medio social á las leyes eternas del derecho, de la verdad y de la justicia.

Este es el papel glorioso de León XIII; haberse apoderado de las verdades corrientes de nuestro siglo, haber sabido separar lo que es legítimo de lo que es impuro, haber realizado la selección de lo que permanece y de lo que está destinado á perecer y haber sellado todos los progresos con el signo de la cruz. Cuando un Pontífice dá á su misión este carácter de alta sabiduría, los hombres le disciernen el título de grande; por eso los espíritus dotados de clarividencia han aplaudido esta obra y esta pasión del bien en el Papa reinante.

« León XIII, dice uno de estos autores, es un Papa *á la moderna* en el sentido favorable de la palabra; comprende y ama á su época; nada de esta centuria le es desconocido y en todas sus Encíclicas se manifiesta profundo conocedor de las

aspiraciones del siglo... trata de reprimir los excesos y abusos de la democracia moderna, pero no se opone á ninguna de sus legítimas aspiraciones.»

Pero los Papas tienen dos clases de adversarios: los que no comprenden y los que temen el prestigio ascendiente del Pontificado; y son los únicos que se toman en cuenta, porque las gentes de mala fé no ejercen jamás una influencia durable en los destinos de la humanidad.

La *reacción* es una palabra anti-romana; porque la Santa Sede es una potencia armónica. Cuando Pascal decía que la humanidad es *un hombre continuo*, creaba una fórmula, más brillante que exacta; puesto que el hombre es un eterno *recomenzador*; pero se podría aplicar quizás con más razón esta fórmula al Pontificado, porque la Santa Sede es un poder continuado.

Ahora bien; las direcciones dadas por el Supremo Pontificado, son tan conformes á las exigencias de la situación, que es difícil suponer por un instante que puedan ser modificadas; si no existiesen hubiera sido necesario inventarlas, si nos es permitido parodiar una célebre expresión.

En verdad, cada Pontífice realiza este ideal permanente con las luces de su genio y las aptitudes de su propio carácter. Si mañana el sucesor de Leon XIII abraza de un golpe de vista sintético las condiciones del mundo moderno, no solamente persistirá en las grandes líneas de la política de su sabio predecesor, sino que reglará sus pasos según ella por el curso más rápido que tomarán á la vez los acontecimientos y las aplicaciones de la dirección dada por Leon XIII.

Nuestra época es decisiva: es una nueva era, que se abre é inaugura. Retrogradar es la condición quizás de ciertos poderes humanos; pero no es esta la suerte del Pontificado, porque él trabaja para todos los hombres y para los hombres de su época, tomados con sus energías, su temperamento, sus luces, sus

vicios y sus grandezas; porque la humanidad en cada etapa no es el ideal, sino que camina hácia ese ideal.

Es por tanto, desde esta altura que los contemporáneos deben juzgar las leyes reguladoras del gobierno central de la Iglesia; de donde deducirán que la obra gloriosa de Leon XIII será perdurable.

Pero los hombres eminentes de nuestra época atribuyen á la política iluminada de Leon XIII otra conquista de su genio, dándose cuenta de las transformaciones realizadas y del puesto infinitamente mas elevado que el Pontificado ha obtenido en el juego de las fuerzas humanas.

La Santa Sede ha vuelto á ser el centro vital del mundo social y político y Roma es el primer observatorio diplomático de nuestro globo. Hemos vuelto, bajo mas de un aspecto, á los Pontificados de Gregorio VII y de Inocencio III, cuando la cristiandad poseia en Roma un *sensorium commune*, un poder regulador y moderador.

También el gran León XIII tuvo la gloria de haber proclamado la conveniencia del desarme universal de las naciones, aunque quizás no ha llegado el momento psicológico. Por eso ha aplaudido el desarme convencional propuesto á las potencias por el Czar de Rusia, que es una gloriosa iniciativa; pero no pasará de un *hermoso ensueño*, mientras no se acepte la condición necesaria para su realización, propuesta por León XIII, el *arbitraje pontificio* entre las naciones; arbitraje, que es el único admisible por las especiales razones de imparcialidad y desinterés que asisten al Pontificado.

Así, pues, León XIII tendrá su puesto eminente en la historia de los grandes Papas. Es un gran hombre de Estado, un moralista eximio, un escritor admirable, un observador perspicaz y un profundo filósofo.

Los que han leído sus Encíclicas sobre el trabajo, y sobre todo, su magnífico y conmovedor mensaje á los príncipes y á los pueblos del universo, saben que su pensamiento es notable por la amplitud de sus vistas, por su rara caridad, por su penetración de la grandeza y debilidad de la naturaleza humana y por su presciencia, que abarca los siglos del porvenir, siglos que por la voluntad del cielo, pueden realizar sus generosas esperanzas y sus gloriosas previsiones.

Añadiré para terminar, que tan prodigioso es este Pontífice que á pesar de sus 88 años, goza de una perfecta salud; conserva toda la fuerza intelectual y toda la lucidez de espíritu. Su actividad y su celo han retenido todo su vigor juvenil, con una incomparable potencia de trabajo, pues no duerme más que tres horas, como José de Maistre; todo hace preveer un prolongado y glorioso fin de Pontificado, quizás el más rico de la historia en iniciativas, actos é ideas nuevas.

Su esclarecido médico el doctor Cecarelli pronosticaba en 1893 que podría vivir muy bien diez años más. Ojalá que así sea para gloria de la Iglesia y del próximo siglo XX.

TERCERA PARTE

La Encíclica «Praeclara» y sus vistas proféticas sobre los nuevos tiempos, estudiada á la luz de algunos textos bíblicos

En homenaje á Jesucristo, cuyo XX centenario vamos á celebrar y en obsequio á los creyentes y admiradores de León XIII, por ser un notable comentario de su tan célebre Encíclica *Praeclara*, vamos á incluir en esta parte una exposición exegética sobre la misma, basándonos en un trabajo debido á un ex-Prefecto Apostólico de la orden de S. Benito, aunque adaptándolo y modificándolo según la índole del presente opúsculo, pues lo creemos fundado en un optimismo sensato y razonable.

Hace notar desde luego, que un lector atento de la Encíclica *Præclara*, no tardará en comprender que esa Carta maravillosa dirigida á los príncipes y á los pueblos del universo, constituye una vista profética sobre los nuevos tiempos, saludados con tanta simpatía por el mundo civilizado.

Se comprende que, en atención á la dignidad de la palabra pontificia y tambien para no alarmar á los lectores profanos, Leon XIII ha tenido que recurrir á la forma condicional. Pero el gran aliento de suprema esperanza que brota del alma del Vicario de Jesucristo, esperanza que no podría quedar decepcionada, porque se apoya en la virtud de la cruz y en promesas infalibles, autoriza á todos los hijos

de la Iglesia para sustituir la forma futura por la condicional. Hasta el presente, no teníamos más que un presentimiento de los nuevos tiempos; ahora, tenemos su anuncio oficial y auténtico.

Hé aquí como puede leerse el final de esa exposición profética: *Rerum ordo in terris futurus — El futuro orden de cosas en la tierra.*

«Vemos en lontananza, allá en el horizonte del porvenir, un nuevo orden de cosas; (una transformación social); y nada conocemos más dulce que la contemplación de los inmensos beneficios que serán su resultado natural.

Apenas puede concebir el espíritu el soplo pujante que de repente animará á las naciones, llevandolas hácia la cumbre de toda grandeza y de toda prosperidad; entonces la paz y la tranquilidad estarán bien cimentadas, las letras serán favorecidas en sus progresos; y entre los agricultores, los obreros, y los industriales, se fundarán sobre las bases cristianas, que hemos indicado, nuevas sociedades capaces de reprimir la usura y de ensanchar el campo de los trabajos útiles.

La eficacia de esos beneficios no se limitará á los pueblos civilizados; sino que se extenderá muy lejos, como río de exuberante fecundidad... Por cuanto es dado á la razón humana juzgar por los acontecimientos, parece evidente que Dios ha asignado à la Europa la misión de difundir poco á poco sobre la tierra los beneficios de la civilización cristiana... Trabajemos, pues, todos con igual ardor en restablecer la antigua concordia en provecho del bien común.

Los tiempos que corren parecen eminentemente propicios, lo mismo para la restauración de esa concordia que para la propagación del Evangelio. Porque jamás el sentimiento de la fraternidad humana ha penetrado tanto en las almas, ni época alguna ha visto al hombre más atento en preocuparse de sus semejantes á fin de conocerlos y socorrerlos; así

como tampoco jamás se han franqueado con tanta celeridad las inmensidades de los continentes y de los mares. Ventajas preciosas para el comercio y las exploraciones de los sabios; pero también para la difusión de la palabra divina.

No ignoramos los largos y penosos trabajos que exige el orden de cosas cuya restauración deseamos; y puede ser que más de uno piense, que damos demasiado á la esperanza y que perseguimos un ideal que es más de desear que de esperar. Pero ponemos toda nuestra confianza en Jesucristo Salvador del género humano, recordando las grandes cosas que pudo otrora realizar la locura de la cruz y su predicación, á la faz de la sabiduría de este mundo estupefacta y confundida.»

¿Podría León XIII significar con mayor claridad que, no solamente presiente con sus votos ese nuevo orden de cosas, que no solamente lo augura y lo desea, sino que tambien lo espera y lo aguarda?

Más surge aquí una cuestión, que interesa resolver. ¿De qué fuente el Jefe de la Cristiandad ha sacado tal confianza y tales esperanzas?

¿Será acaso de una disposición personal de su alma? Como se insinuó en muchos escritos, por otra parte muy elogiosos, pero cuya conclusión es, que, no obstante los deseos del Papa, las naciones modernas están completamente secularizadas y para siempre, Leon XIII ¿no será acaso un soñador sublime?

El Papa actual ¿no sería más bien un optimista que vé en la sucesión de los acontecimientos, que se desarrollan hace un siglo, los signos precursores de una expléndida restauración para la Iglesia de Jesucristo y para la humanidad entera? ¿Y no podrá suceder que después de él, otro Papa de ideas sombrías y pesimistas, vea en los mismos acontecimientos los signos precursores de una apostasía general, más completa aun que la presente?

¿O acaso no podría decirse que Leon XIII ha be-

bido esas inspiraciones en alguna revelacion particular con que Dios lo haya favorecido?

Esto entra en lo posible; pero no es en estas hipótesis que nos complacemos en ver los fundamentos de la esperanza inquebrantable del Vicario de Jesucristo.

Vamos á dar una tercera respuesta que creemos ser la única plausible y verdadera.

Para comprender bien lo que vamos á decir, hay que trasladarse al estado de las sociedades y á los privilegios de la Sinagoga, cuando Jesucristo apareció en la tierra.

En la època del nacimiento del Salvador de los hombres, el mundo entonces conocido tendía cada dia mas á refundirse en aquel inmenso coloso entrevisto por Nabucodonosor, y que se llamó el Imperio romano.

Ahora bien, los profetas habían predicho que cuando se produjese ese fenómeno, el mundo se encontraría al punto de sufrir un sacudimiento que lo conmovería hasta en sus fundamentos; una transformación social que haría llegar hasta las extremidades de lo que entonces teníase por el universo, beneficios de todo género, beneficios tales que la tierra no los había visto iguales hasta entonces.

Era la tranformación del mundo pagano por el cristianismo.

Al acercarse ese grande acontecimiento, esperado desde tanto tiempo por el pueblo judío y por todas las naciones del globo, ¿quién podía, no digo tener el presentimiento, pero afirmar autoritativamente la futura realización de las profecías y la próxima llegada de los tiempos determinados por Dios desde toda la eternidad?

Entonces, como hoy, en el seno del pueblo escogido, había una sociedad espiritual que, bajo la influencia del Espíritu divino, podía anunciar con seguridad la venida de la grande transformación social predicha por los profetas. Esa sociedad espiritual era la Sinagoga.

Infiel á su misión, la Sinagoga no quiso consultar al espíritu de Dios, ni aun examinar á la luz de la razón natural los acontecimientos extraordinarios que se sucedían ante sus ojos en Palestina.

Es lo que constantemente le reprocha el Divino Salvador. «Ese reino de Dios, al que serán invitados á formar parte todos los hombres de buena voluntad, todo está diciendo que se halla cercano... Haced lo que todo hombre de buen sentido, cuando desea saber si el tiempo será bueno, lluvioso ó tormentoso. Examina el cielo... Pues bien, examinad los acontecimientos que se desarrollan al presente en torno vuestro y deducireis de ellos la próxima llegada del reino mesiánico anunciado por los profetas.»

Gracias á Dios, tenemos la Iglesia fundada por Jesucristo y Pontífices que en nada se parecen á aquellos cuya negligencia culpable era extigmatizada por el Salvador del mundo.

Centinelas vigilantes, siempre de pié en lo alto de la montaña desde donde se dominan todas las cosas de acá abajo, los Pontífices romanos jamas han cesado de estudiar los signos de los tiempos.

Como lo probaremos mas adelante, es una tradición constante en el seno de la Iglesia (tradición fundada en los Libros Santos) que una transformación social, si nó más profunda qúe la primera, á lo ménos más amplia, se extenderá no solamente sobre una tercera parte de la humanidad, sino sobre la familia de Adan toda entera; una transformación que alcanzará no solo á los individuos, sino tambien á los pueblos y á las naciones consideradas como tales; una transformación sin embargo que, como la primera irá á buscar toda su virtud y toda su eficacia «en las fuentes del Salvador»; en una palabra, una transformación bajo todo aspecto maravillosa, que debe realizarse un día para todos los pueblos, todas las naciones y todas las tribus que componen la raza humana.

Si los Papas que han precedido á Leon XIII no han publicado jamas cosa tan clara como la Enciclica *Præclara*, es porque la hora de anunciar al mundo ese grande acontecimiento no había llegado aún. Para proclamar una verdad contenida en los tesoros de la revelación, el Vicario de Jesucristo espera siempre *los tiempos y los momentos que Dios tiene reservados á su poder*. Cuando el Verbo Encarnado pronunció esa solemne sentencia, respondía precisamente á la constante preocupación de los Apóstoles y de todo el pueblo judío, que querían saber cuándo sonaría la hora en que el Mesías esperado reinaría sobre todos los pueblos del universo.

«No se trata ahora de eso, parece decirles la Sabiduría eterna; comenzad por plantar la cruz y regar con vuestra sangre la parte del globo adonde actualmente os envio. Y cuando sonare la hora fijada desde toda la eternidad por mi Padre celestial, cuando llegare el momento de atraer á mi redil á todos los pueblos y naciones, cuando todo se halle pronto para facilitar las relaciones de los hombres entre sí y con el Jefe visible de la humanidad regenerada, cuando en cierta manera hayan desaparecido las distancias, yo suscitaré entre aquellos á quienes he dado el poder de hablar como maestros y doctores á los príncipes y á los pueblos del universo, un Pontífice segun mi corazón que con voz infalible anunciará *urbi et orbi* la próxima venida de mi reinado social en toda la tierra».

Que una transformación social, de una fecundidad inaudita, que beneficiará un día á todos los pueblos, á todas las naciones, á todas las tribus y á todas las familias que componen la raza humana, haya sido anunciada por Dios desde el origen del mundo, renovada en el trascurso de los siglos, inserta en el libro por excelencia, la Biblia; transformación que no ha podido tener lugar mientras que las nueve décimas partes del globo no estaban descu-

biertas, transformación que la mala voluntad de los hombres puede muy bien retardar, pero no impedir indefinidamente, es esa una verdad que pretendemos evidenciar examinando rápidamente los principales textos de la Biblia relativos á esa grande metamórfosis.

II

El 8 de Diciembre de 1854, Pío IX preludiaba las esperanzas de León XIII con un grito de confianza, firme é inquebrantable, que talvez no ha sido suficientemente observado; y esa confianza, el Papa de la Inmaculada Concepción la fundaba en las mismas entrañas del dogma que proclamaba. Hé aquí lo que leemos en la Bula *Ineffabilis*.

«Con firmísima certeza y entera confianza esperamos que la Santísima Virgen hará que nuestra Santa Madre la Iglesia, libre de todas las dificultades y victoriosa de todos los errores, florezca en todo el universo, á fin de que todos aquellos que andan descarriados vuelvan al camino de la verdad y no haya más que un redil y un Pastor.»

¡Cosa notable! Estudiando con atención el primer texto bíblico sobre el cual se apoya el dogma de la Inmaculada Concepción, hallamos en él, más bien las consecuencias sociales de ese privilegio, que el privilegio mismo.

La primera consecuencia social de ese favor insigne concedido por Dios á la Reina del cielo, ha sido el de poner en pié de guerra á la familia cristiana desde su nacimiento.

«Pondré enemistades, suscitaré guerras entre tí y la mujer, entre tu raza y la suya.» No obstante, como fácilmente se ve, la iniciativa parte de la serpiente. Es Satan y sus legiones quienes comienzan. Pero sea lo que fuere, la Inmaculada Concepción es un muro de división que separa las dos ciudades descritas con tanta elocuencia por el grande Obispo de Hipona, la ciudad del bien y la ciudad del mal.

La Inmaculada Concepción ha hecho surgir en el mundo dos campos enemigos entre sí, animados de un ódio implacable. Es una consecuencia de la elección que Dios ha hecho de María para Madre de su mismo Hijo.

La enemistad, cuarenta veces secular, entre la serpiente y la mujer bendita que vivió en la mente de Dios antes que existiese ninguna otra criatura, estalló en el mismo instante en que el Verbo hecho carne nació en un humilde portal. Apenas Satan tuvo sus dudas acerca de la filiación divina y la misión redentora de aquel niño, que dormía sobre húmilde paja, comenzó al instante á poner en juego todo su poder para darle muerte; y encendiendo en el rey Herodes un furor humanamente inexplicable, señaló desde aquel día con un río de sangre su declaración de guerra. Desde entonces, la lucha no ha cesado ni un instante, ya en un punto del globo, ya en la entera faz del mundo conocido.

Por una parte vemos los esfuerzos, ¡y qué esfuerzos! desplegados por las potencias del averno para aniquilar el cristianismo; y por la otra contemplamos á la gran familia cristiana teniendo siempre á su cabeza à la mujer por excelencia, á la mujer terrible como un ejército puesto en línea de batalla, y al fruto bendito de su seno virginal.

Otra consecuencia del privilegio único de la Vírgen sin mancilla, es una victoria asegurada, que terminará infaliblemente con todas las luchas, todos los combates, todos los ataques de la ciudad del mal contra la ciudad del bien. No hay error del cual la Vírgen Inmaculada no reporte triunfo y sobre el cual no acabe siempre por tener razón.

A todas las heregías que surgen contra la verdad católica, tarde ó temprano las huella con su pié virginal: *Cunctas hæreses sola interemisti in universo mundo*; y así será hasta el fin de los tiempos.

Pero además de esta segunda consecuencia social,

convertida en hecho histórico, que nadie piensa sériamente en negar, ¿no habrá una tercera que será el fruto particular de la difinición misma de ese dogma inefable?

¿No hay por ventura en la Iglesia romana una tradicion constante, invariable, á saber:

«Que antes del fin del mundo habrá para ella, que tiene la misión de quebrantar la cabeza de la serpiente, no solamente una série no interrumpida de triunfos parciales y victorias locales, sino también una victoria completa y un triunfo universal?...»

Entónces aparecerá á la vista de todos el sentido íntegro de cada una de las partes del texto bíblico, que acabamos de mencionar.

En la primera se verá el período veinte veces secular de luchas y combates: *inimicitias ponam...*

En la segunda se verá aparecer la edad por excelencia del triunfo y de la paz, viniendo en pos del aplastamiento universal de todas las fuerzas y de todas las potencias del anverso: *Ipsa conteret caput tuum.*

Por fin, en la tercera se presentirá esa recrudecencia momentánea del error al fin de los tiempos, cuando el Dragon desatado y procurando morder el talon del cuerpo místico de Jesucristo, es decir las últimas generaciones de la humanidad, arrastrará á casi todo el universo, á una inmensa apostasía, asegurando de esa suerte por algun poco de tiempo el reinado del Anticristo: *Et tu insidiaberis calcaneo ejus.*

Sea lo que fuere de este tercer periodo, Pio IX tuvo ciertamente á la vista los dos primeros, cuando bajo la inspiración de Dios, pronunció estas palabras de esperanza profética: «Con entera confianza esperamos que la Santísima Virgen María librará á la Iglesia de todas las dificultades y le dará la victoria contra todos los errores.» Esta es la era no interrumpida de los obstáculos y peligros sin número por los cuales la Iglesia no ha cesado hasta

ahora de atravesar. Y la hará florecer en el universo entero, trayendo al camino de la verdad las almas descarriadas, de manera que no haya más que un solo redil, bajo el gobierno de un único Pastor. Hé aquí el reinado del triunfo de la paz.

Llamamos de una manera particular la atención sobre estas palabras de la Bula: *Ineffabtlis*, que indican la universalidad: *Omnes... cunctis... ubique gentium.* Sobre términos de este género es que se apoya al presente y apoyaremos en lo sucesivo toda la fuerza de nuestra argumentación.

Todos aquellos que han considerado el acto solemne del 8 de Diciembre de 1854, bajo el punto de vista de sus consecuencias en favor de las sociedades, ó mejor dicho, en favor de la humanidad entera, han visto algo así como una edad de oro, surgir de la proclamación del dogma de la Inmaculada Concepción. Bástenos señalar en este momento, las entusiastas páginas que á esta grandiosa idea ha consagrado el ilustre D. Gueranger en su *Anuario Litúrgico.*

A semejanza, dice, de esos monumentos gigantescos que se levantan á orillas del Océano para marcar el rumbo durante la noche á los barcos perdidos, María Inmaculada ha surgido delante de todas las almas que han escuchado con inteligencia y sencillez la voz de Dios.

La Vírgen Inmaculada es en realidad un faro que arroja sobre los diecinueve primeros siglos del cristianismo una luz incomparable, mezclado empero con algunas sombras y oscuridades. Mientras que el gran privilegio de su Concepción sin mancha no brilló ante los ojos de todos, aun en nobles inteligencias se encuentran dudas é incertidumbres respecto de esa gloria insigne. ¿Por qué admirarnos de ello? Durante ese largo período, la humanidad cristiana no cesaba de combatir entre la humareda de las batallas...

Más hé aquí que, en los últimos siglos cristia-

nos, el Faro de la Inmaculada Concepción ha empezado á proyectar la plenitud de su luz. Ya no hay más sombras, no hay dudas, no hay vacilaciones. Y desde entónces el que no sabe vencer sino en las tinieblas, vese obligado á volver al abismo: desde entónces los errores, los cismas, las heregías, la idolatría entera tiene qué desaparecer de la faz del globo. No es ya una victoria local ó un triunfo parcial sobre una heregía determinada, es la completa victoria sobre todos los errores y todas las heregías. Tal se nos presenta desde 1854 la inquebrantable confianza del Vicario de Jesucristo.

Para quien sabe leer entre líneas en la Encíclica *Præclara* ¿no es acaso evidente que León XIII, suscitado por Dios para ser el Heraldo y el Promotor de los nuevos tiempos, ha tenido presente la promulgación del Dogma de la Inmaculada Concepción y sus consecuencias sociales descritas con tanto aplomo por su Predecesor de santa memoria?

Hé aquí, pues, como el Soberano Pontífice actualmente reinante, no ha hecho en realidad otra cosa que acentuar, como nadie antes que él, la doctrina tradicional de la Iglesia Romana acerca de la cuestión capital que nos ocupa.

Como lo veremos mejor despues, esas enseñanzas no han cesado jamas de resonar en los labios de aquella que nos complacemos en llamar Madre y Maestra de todas las Iglesias.

III

Contra las palabras de esperanza profética pronunciadas por Pío IX el 8 de Diciembre de 1854, se levanta una objeción formidable. Es la siguiente: «Si en realidad la proclamación del dogma de la Inmaculada Concepción hubiera sido la aurora y como el punto de partida de una nueva era para la Iglesia de Jesucristo, ¿su Vicario no hubiera debido ser desde aquel día objeto de una especial protección

del cielo? Ahora bien, precisamente desde aquella época es que Satan ha desencadenado con mayor éxito que nunca todas sus legiones contra el Papado. Desde esa época es que los poderes de la tierra, directamente unos y por medio de la violencia, con la inercia y la conspiración del silencio otros, han hecho intolerable la situación del Romano Pontífice. Desde esa época es que las sociedades secretas, extendiendo su dominación sacrilega sobre toda la tierra, han trabajado con más ardor que nunca en procurar la apostasía de todos los pueblos y preparar el reinando del Anticristo.»

No cabe duda que esta objeción tiene su lado especioso. No obstante si vamos al fondo de las cosas, veremos que, si por una parte el averno ha redoblado su furor contra la Santa Iglesia, el cielo por la suya, y sobre todo la Reina del cielo, han prodigado á esa misma Iglesia los testimonios de su protección.

Y desde luego ¿no es María la que ha recompensado á Pio IX con el título glorioso que le había dicernido haciéndole proclamar el dogma de la infalibilidad pontificia? Lo que hemos dicho de la Inmaculada Concepción puede decirse también de la infalibilidad. Es un faro luminoso que empieza también á proyectar sobre los últimos siglos del cristianismo un esplendor cuyos benéficos rayos recogemos ya en la época presente: *Lumen in coelo.* Las palabras proféticas de Pio IX tuvieron además un principio de realización en la toma de posesión que contínuamente y sin interrupción han realizado, en todas las regiones del universo mediante el sucesivo establecimiento de la gerarquía en favor de las Iglesias de Inglaterra, Escosia, América, las Indias, el Japon, Africa y Oceanía. Si al presente todos los pueblos y todas las naciones de la tierra, no han entrado todavía, como pueblos y naciones, en la barca de Pedro, no es menos cierto que la red ha sido echada por todas partes.

No hay en la actualidad un solo rincon de la

tierra en donde no se haga sentir la acción bienhechora del Papado. Puede decirse con toda verdad que desde 1854 la red de Pedro, extendiéndose de súbito, ha tomado proporciones que nunca había alcanzado.

¿No es esto una señal de que la proclamación del dogma de la Inmaculada produce ya sus frutos? ¿No es una prueba evidente de que sobre toda la faz del globo, se aproxima el tiempo de la gran cosecha? Si Satan ha redoblado su rabia ¿no es acaso porque ha sentido sobre su cabeza la pesantez de la pisada de su eterna enemiga? ¿No son esos los esfuerzos desesperados del vencido, que teme verse aplastado? ¿Y no está todo anunciando que bien pronto se realizarán las promesas hechas á los patriarcas?

Adan, Abraham, Isaac, Jacob, Judá y David, tales son los grandes personages de la antigua ley que recibieron cada uno á su vez los oráculos divinos que aseguraban, no solamente que de su sangre nacería el Salvador del mundo, sino también que todos los pueblos de la tierra serían en él bendecidos.

Entre estas promesas tan consoladoras, son ciertamente las más notables aquellas que Dios mismo hizo á los fundadores de la nación judía. Vése que el omnipotente se empeña en inculcar una gran verdad al pueblo escogido, y por medio de él á la humanidad entera. Es la misma proposición con una ligera variante destinada á evitar todo equívoco, repetida hasta cinco veces.

Coloquémonos algunos instantes con Abrahan, Isaac y Jacob asistiendo á la escuela del supremo educador del género humano, á fin de recoger de sus lábios la gran lección que será el objeto del estudio y la contemplación de todos los siglos. Abrahan se encontraba aun en la Mesopotamia, y Dios lo invita á salir de aquella tierra, prometiéndole glorificar su nombre y hacer que sea no sólo padre de un

gran pueblo, sino también fuente de bendiciones para muchísimos. Es entonces que el Eterno, rasgando el velo del porvenir hace que el Padre de los creyentes contemple al Mesías, que ha de nacer de él y que ha de ser primero para su pueblo, para algunas razas privilegiadas después, y por fin para todas las naciones de la tierra, el bendecido por excelencia: *In te benedicentur universæ cognationes terræ.*

Sin duda alguna que ese cuádruple pensamiento ha debido desarrollarse ante los ojos de Abrahan en su orden cronológico. Abrahan debió ver el nacimiento del Salvador prometido; la salvación ofrecida á su pueblo por el Mesías mismo; el Evangelio llevado por los Apóstoles à todo el universo entonces conocido, y las naciones de Europa entrar como naciones bajo el manto de la Iglesia fundada por el Redentor.

Debió por fin ver, cuando todas las regiones del globo habrían sido descubiertas, á todos los pueblos y á todas las naciones dirigirse hácia Aquel en quien únicamente se encuentra la salvación y reside toda gracia y bendición.

Ahora bien, de esas cuatro proposiciones, solo la primera está mencionada indirectamente en el texto antes citado; las otras dos pasan en silencio; parece que la voluntad de Dios es que en el curso de los siglos todos los hombres se fijen sobre la cuarta proposición... Y esta primera lección dada al Padre de los creyentes en la Mesopotamia, se la repetirá Dios bajo la encina de Mambré y por última vez sobre la montaña de Moriah, junto al sitio donde, en lugar de Isaac, será inmolado por la humanidad entera Aquel de quien Isaac fué la figura, Jesucristo.

Escuchemos, tales como se encuentran en la Vulgata, esos acentos que en el curso de los siglos han hecho palpitar de gozo y de dicha á tantas generaciones.

En Mesopotamia: *In te benedicentur universæ congnationes terræ.*

Bajo la encina de Mambré: *Nunc celare pretero Abraham quœ gesturus sum* (trátase de la destrucción de Sodoma y Gomorra) *cum benedicendœ sint in illo omnes nationes terræ?*

Sobre la montaña de Moriah: *Benedicentur in semine tuo omnes gentes terrae, quia obedisti voci meae.* Porque has obedecido á mi voz, todas las naciones de la tierra serán bendecidas en Aquel que ha de nacer de tí, el Mesías.

Finalmente Jacob, huyendo de la cólera de su hermano Esaú, camino del destierro, verá en su aparición simbólica, como un dia tendrá cumplimiento la promesa hecha á sus padres: una Escala misteriosa que de la tierra se dirije al cielo; los ángeles que por ella suben y bajan; al pié de la Escala la humanidad entera aguardando el auxilio divino, y por último una voz clamando: *Erit semen tuum quasi pulvis terrae; dilataberis ad occidentem et orientem, et septentrionen ad miridiem. Et benedicentur in te, et in semine tuo cunctae tribus terrae.*

¿No hay aqui una alusión evidente á la dilatación progresiva del reino de Jesucristo en la tierra?

El reinado mesiánico, concentrado al principio solo en la Palestina, se extenderá en efecto después, poco á poco, al Occidente donde Pedro establecerá la sede de su imperio, y del Occidente irradiará la luz sobre el Oriente, sobre el setentrion y el mediodia, hasta que al fin iluminará todas las tribus de la tierra.

Detengámonos aquí un momento para fijar la atención del lector en estas palabras:

1.° Cuntæ tribus terræ; todas las tribus de la tierra.

2.° Omnes gentes terræ; todas las gentes.

3.° Universæ cognationes terræ; todas las generaciones.

4.° Omnes nationes terræ; todas las naciones.

Evidentemente en los textos bíblicos que contienen esas expresiones, no puede tratarse únicamente de una parte del globo, como la Europa ó Asia. Trátase de la tierra, *terrae*; y desde que la Escritura no distingue, hay que entender por esta palabra, la tierra entera. Trátase además de todo lo que puede contener la tierra en cuanto á sociedades organizadas, con un jefe á la cabeza, ya sean esas sociedades tribus nómadas, ó simples familias patriarcales, ya grandes naciones, que marchan á la cabeza de pueblos civilizados. Dios quiere que sepamos que nadie será excluido de los beneficios divinos, y que ha de llegar un día en que todas las familias, todas las tribus, todas las naciones, todos los pueblos de la tierra serán bendecidos en Aquel que para la humanidad es la fuente de toda bendición; es decir, que un día todas las sociedades humanas entrarán en el reinado del Evangelio y reconocerán como legislador á Jesucristo y á su Iglesia.

Pues bien; pregunto á cualquiera que haya estudiado la historia de la humanidad cristiana de estos diecinueve siglos, ¿en qué época de su existencia se ha visto bajo su cetro á todos los pueblos de la tierra? ¿Será acaso antes del descubrimiento de las Indias orientales ú occidentales? ¿Será despues de ese descubrimiento?

Basta plantear la cuestión para resolverla. Hasta el presente las promesas de Dios á los Patriarcas no han tenido su pleno cumplimiento. Notemos de paso que esas promesas no son de ninguna manera condicionales, pero sí absolutas. Por tanto, es imposible que la palabra de Dios no haya de tener un día su realización. Pasarán los cielos y la tierra, pero ni una sola palabra del Verbo divino ha de pasar sin que tenga su cumplimiento.

¿Más cómo se realizará la palabra divina?

¿Será que todos los pueblos de la tierra entrarán sucesivamente en el redil del Buen Pastor de manera que, á proporción que unos entren, salgan otros por la apostasía? ¿O bien llegará un día en que todas las naciones del globo se encuentren simultáneamente en el seno de la Iglesia santa? Es esta una cuestión que procuraremos resolver examinando otros textos de los Libros Santos.

IV

Grave error sería el creer que los profetas, hablando del Mesias esperado y valiéndose al efecto del verbo *veniet*, *vendrá* entiendan con esto únicamente el nacimiento del Hombre-Dios en carne pasible y mortal, ó ya la segunda venida visible y gloriosa del Salvador al fin de los tiempos.

Entre estos dos advenimientos hay un gran número de otros advenimientos que, aunque sean imperceptibles á nuestra vista, no son menos reales para la mirada juiciosa del observador atento. Son las intervenciones misteriosas del Rey inmortal de los siglos en los negocios de los pueblos y de las naciones de este mundo, intervenciones que bien comprendidas por los historiadores, les suministran la verdadera clave de la filosofía de la historia.

La fé nos enseña que al final de los tiempos el Verbo encarnado volverá á la tierra rodeado del explendor exterior de su magestad para juzgar á todos los hombres: (Apc. XX. 13) Ante este tribunal, no aparecerán ni los pueblos, ni las naciones consideradas como tales. Dios juzga á los pueblos y naciones á medida que su historia se desenvuelve y desarrolla en el curso de los siglos.

Al terminar cada uno de los grandes períodos de la historia, los que saben leer en los *Anales de la Humanidad*, encuentran en ellos grandiosos límites delante de los cuales figuran de una y otra parte todas las sociedades humanas.

Al concluir cada período histórico erige Dios sobre la tierra un tribunal misterioso, providencial; y cuando todo está pronto, Cristo-Rey se presenta para juzgar ya á un pueblo aislado, ya á naciones enteras.

A veces viene únicamente para destruir y derribar; pero con mas frecuencia, sobre el monton de ruinas funda un nuevo orden de cosas; y es entonces que insensible y providencialmente tiene su cumplimiento una restauración social.

Al comenzar la Era cristiana, cuando el Verbo hecho carne vino á cerrar los Anales del mundo antiguo y á abrir las puertas de la nueva era, asistimos á un juicio formidable que Dios ejecutó sobre un pueblo que se ha hecho infiel á su misión. Jerusalén es destruida de extremo á extremo y dispersada la nación judía por todos los puntos del globo.

Cuatro siglos mas tarde, cuando la Santísima Vírgen, aplastando en Efeso todas las heregías que desde largo tiempo desolaban á la Iglesia santa, aparece en el firmamento como arco iris después de la tempestad y anuncia ese magnífico período de la edad media en que el reinado social de su Divino Hijo será inaugurado en la vieja Europa, vemos los juicios de Dios ejercerse de una manera no menos terrible sobre el vasto imperio romano; sobre Roma en particular, que, considerada en su Senado y en el conjunto de sus clases dirigentes, durante cuatrocientos años ha cerrado sus oidos á la voz del Evangelio, ha rehusado obstinadamente entrar como nación en el reino mesiánico y ha puesto en juego todo su poder para impedir que el universo entonces conocido abrazara el cristianismo; como Jerusalén deicida, Roma pagana, Roma, la grande Babilonia del Apocalipsis, ébria de la sangre de millones de màrtires, expiará con sangre y ruinas su rebelión contra Dios y contra su Cristo.

Al fin de esa época, llamada de la edad media ó tambien «la edad heróica de la sociedad cristiana,» vemos al Todopoderoso erigir su tribunal, al decir de Montalembert, en aquella parte del globo que por un lado toca á Europa y por el otro al Asia. Allá se levantaba un imperio al que la divina Providencia había confiado la más sublime de todas las misiones, la de ahogar los restos del paganismo, del que Asia fué siempre la cuna y el hogar, de aniquilar el poder del Islamismo y hacer cristianas esas poblaciones al presente todavía idólatras, las cuales numerosas como las arenas del mar, cubren la inmensidad de

las Indias orientales, la China, el Japon y toda la Tartaria. Eso es lo que el imperio cristiano de Constantinopla hubiera realizado infaliblemente, coronandose de gloria inmortal, si hubiese comprendido su altísima misión como Imperio cristiano.

Pero Constantinopla no comprendió su misión sino que levantó el estandarte de la rebelión contra el Ungido del Señor, y en lugar de secundar sus esfuerzos civilizadores á las legiones de cruzados que, por espacio de largos siglos no cesó la Iglesia Romana de enviar al Oriente, en lugar de trabajar de acuerdo en transformar la Palestina, la Tierra Santa por excelencia, en un centro de acción católica cuyos rayos bienhechores habrían iluminado toda el Asia, Constantinopla no cesó de poner trabas á ese plan divino poniendo en obra todo cuanto la perfidia y la mala fé pueden inspirar.

A la conclusión de la edad media, la medida de tantas iniquidades quedó colmada; y hé aquí porque, como otrora sobre Jerusalem primero y la Roma pagana después, la venganza del cielo estalló sobre Constantinopla, que condenada por la justicia divina, cayó en poder de los enemigos del nombre cristiano.

Et nunc reges intelligite. El siglo presente pone término en estos momentos á esa vida de los tiempos modernos que siguióse á la edad media, y que, después de haberse estrenado por el gran cisma de Occidente y la caída de Constantinopla, continuó en la anarquía intelectual y moral causada por el protestantismo y la Revolución.

¿Adonde vamos?...

¿Hará Dios de la Europa culpable lo que en otro tiempo hizo de Jerusalem y Constantinopla? O bien, como otrora sobre las ruinas del Imperio romano, ¿hará surgir un nuevo mundo sobre los restos del nuestro?

¿El Todopoderoso ejercerá en nosotros una venganza sin remedio, entregándonos á merced de aquellos que sueñan en la actualidad con la destrucción de todo lo que existe; ó bien lanzando sobre estos hijos de la Revolución, como una vez sobre los bárbaros, una mirada de bondad y de misericordia, los transformará en dóciles instrumentos para trabajar un día en reconstruir lo que ellos mismos habían destruido?

A juzgar solo por las apariencias, marchamos hácia un abismo tan profundo que humanamente hablando es imposible que la sociedad pueda salir de él.

Pero la voz poderosa del Jefe de la Cristiandad, sin disimularnos terribles pruebas, talvez inevitables, nos hace entrever un nuevo orden de cosas sobre los restos de una sociedad que muere: *Rerum ordo in terris futurus.* Todo nos hace presagiar que marchamos á grandes pasos hácia la realización de una de las más bellas profecías de Isaías.

«Cuando recitamos la oración dominical, dice el Catecismo del Santo Concilio de Trento, y pronunciamos estas palabras: *Adveniat regnum tuum*, venga á nos el tu reino», pedimos con instancia á nuestro Padre celestial que el reino de Jesucristo, es decir, nuestra Santa Madre la Iglesia, se extienda cada día más; que los judíos y los infieles se conviertan á la fé de Cristo-Rey y al conocimiento del verdadero Dios, que los herejes y cismáticos vuelvan á la doctrina santa y á la comunión de la Iglesia Católica por ellos abandonada.

Pedimos que tenga su cumplimiento y llegue á su plena realización, esta promesa hecha una vez por Dios á Isaías: «A tu luz caminarán las naciones, y los reyes al resplandor de tu nacimiento. Tiende la vista alrededor tuyo y mira todos esos pueblos (sumidos todavía en las tinieblas) se han congregado para venir á tí; vendrán de lejos tus hijos y tus hijas acudirán á tí de todas partes.»

Se vé claramente que para los autores del Catecismo del Santo Concilio de Trento, es decir para la

Santa Iglesia Romana, la célebre profecía de Isaías no ha tenido todavía su cumplimiento, y para que sea una realidad es que debemos multiplicar nuestros votos y nuestras oraciones: «Toma un sitio mas espacioso para tus carpas, y extiende cuanto puedas las pieles de tus pabellones, alarga tus cuerdas y afianza mas tus estacas; tu te extenderás á la derecha y á la izquierda; porque aquel que te creó será tu señor y rey.»

Con tales acentos tomados del mas sublime de los profetas, la Iglesia Santa, en el siglo XVI y en lo mas fuerte de las convulsiones sociales causadas por el protestantismo, se consolaba de las amarguras de que sentíase abrevada y ofrecia á todos sus hijos, en ese libro inimitable que hemos citado, la esperanza de un porvenir mejor.

Las generaciones presentes tocan ya á ese porvenir. Pero no basta esperar, hay que orar diciendo *adveniat regnum tuum*, venga á nos el tu reino.

Con nuestras oraciones, con nuestros deseos, con nuestros ardientes votos podemos acelerar la hora del triunfo, como retardarla con nuestra apatía.

A imitación del Vicario de Jesucristo, tengamos, pues, una fé y confianza inquebrantables en la virtud de la cruz y en los tesoros de la misericordia infinita; pero una vez descubiertos esos tesoros, para abrirlos valgámonos de la llave infaliblemente segura, la oración, y trabajemos: *laboremus*.

V

Los Patriarcas de la antigua ley, tenian, como nosotros su Liturgia y su *Credo*. Creian en el Mesias que había de venir; creian que estaba llamado un día á reinar en todos los pueblos del universo. *In semine tuo benedicentur á mari usque ad mare et á flumine usque ad terminos orbis terrarum*. En un descendiente tuyo serán bendecidas todas las naciones de la tierra; dominará

de un mar á otro; y desde el rio hasta el extremo del orbe de la tierra.

Al hacer y renovar á los hombres esa doble promesa, no dijo Dios que el Deseado de las naciones reinaría en la tierra durante los dias de su carrera mortal: ni dijo que para desempeñar acá las prerrogativas de su soberanía universal, el Mesias se revestiría de una forma visible á las miradas de todos.

Respecto á eso los Judíos del tiempo de nuestro Señor habían añadido al hecho principal y tradicional, algunas circunstancias imaginarias. El divino Fundador combate las circunstancias que no descansan sobre ninguna tradición formal, conservando no obstante el dogma de su reinado futuro.

Heredera de los íntimos pensamientos de su divino Esposo, la Iglesia santa no podía dejar de introducir en su liturgia una verdad tan importante.

Ahora que el Mesías se presentó en carne mortal á los hombres, no hay motivo para suspirar, como en la antigua ley; pero la segunda parte de la gran promesa, no realizada aún, será el objeto constante de los votos y deseos de la Iglesia cristiana, como la primera lo era de los votos y deseos de los patriarcas.

La Iglesia no cesará de suspirar porque llegue el dia afortunado en que todos los pueblos de la tierra entren en el redil del Buen Pastor.

Nuestra liturgia católica no es solamente la continuación de las tradiciones de la Sinagoga; es también un eco fiel, aunque lejano, de la grandiosa y sublime liturgia del cielo.

El apostol San Juan en el libro incomparable, que se llama el Apocalipsis, el apóstol muy amado, hace que lleguen hasta nosotros algunos de los acentos que resuenan en las bóvedas de la Jerusalen celestial.

La preocupación de los bienaventurados no parece ser otra sino que el Cordero sin mansilla, que ha sido sacrificado reine socialmente en la tierra.

Día y noche claman incesantes llamando con sus votos ese reinado universal al que han de verse

asociados. *Requiem non habebant die ac nocte... Et adorabant dicentes: dignus es, Domine, accipere gloriam et honorem et virtutem... Fecisti nos Regnum... et Regnabimus super terram.* (X V. 10-12).

Los mártires sobretodo han adquirido un derecho peculiar de reinar en la tierra con el Divino Crucificado. Y en verdad ¿no han regado como Él con su sangre ese grano de mostaza que, hecho un árbol gigantesco cubrirá un día bajo de sus ramas á toda la superficie del globo?... Y hasta parece que se muestran impacientes por ver despuntar la aurora de tan gran día. ¿Porqué, pues, Señor, exclaman, vas dilatando el hacernos justicia? ¿Porqué no ejecutas vuestros juicios sobre aquellos que vinculados con el antiguo dragon detienen en la tierra la marcha del triunfador divino? *¿Usquequo Domine, non judicas?* (VI 10).

«Sabemos, cantan á coro los moradores del cielo, sabemos que un dia todas las naciones de la tierra vendrán y postradas ante vuestra presencia os adorarán... *Quoniam omnes gentes venient et adorabunt in conspectu tuo.*

Y cuando haya sonado la hora del primer triunfo todos los bienaventurados exclamarán: «El reino de este mundo ha venido á ser reino de nuestro Señor y de su Cristo, y reinará por los siglos de los siglos. Amen. *Factum est Regnum mundi Domini nostri et Christi Ejus, et regnabit in saecula saeculorum.*» (Apoc. XI. 15).

Tal es la idea dominante en ese libro que se llama el Apocalipsis.

Durante el Adviento, por Navidad y Epifania, el mismo pensamiento, la misma preocupación se encuentra á cada paso en el corazón y en los labios de la Iglesia militante: «El reino social de Jesucristo en la tierra».

Desde el primer domingo de Adviento en los responsorios por ella compuestos, la Iglesia de Cristo-Rey comunica á sus hijos lo que contempla en medio

de las tinieblas de este mundo. Ve venir sobre las nubes del cielo al Hijo del hombre, su Divino Esposo, no para juzgar á los mortales, sino para reinar; y no para reinar únicamente en las almas consideradas individualmente, sino para establecer su imperio sobre todos los pueblos, sobre todas las tribus y sobre todas las lenguas del Universo: «*Aspiciebam in visu noctis, et ecce in nubibus cœli Filius hominis veniebat; et datum est illi Regnum et honor; et omnis populus, tribus et lingua servient illi*».

Más adelante ella clama: «Sí, vendrá y con él todos sus Santos»: es el eco fiel del canto Apolíptico de los Bienaventurados: *Regnabimus super terram...*

Y en aquel dia la tierra brillará con una grande luz y el Señor reinará en todas las naciones; dominará hasta los últimos confines de la tierra; y le adorarán todos los reyes y le servirán todos los pueblos... Oh! mirad cómo es grande Aquel que viene para salvar á las naciones!... *Ecce Dominus veniet et omnes sancti Eius cum eo, et erit in die illa lux magna... Et regnabit Dominus super gentes... Dominabitur usque ad terminos orbis terrarum... Et adorabunt eum omnes Reges, omnes gentes servient Ei.*

¿Y cuándo, desde el origen del Cristianismo, ha visto la Santa Iglesia realizados esos votos? Son ya diecinueve siglos que en toda la tierra, en los labios de todos los que en su nombre cantan el Divino Oficio, ella con una confianza inquebrantable hace resonar estas humildes súplicas: «Ven, Señor, y no tardes más, ven á todas las naciones de la tierra, que entonces solo á Tí invocarán: *O radix Jesse; quem gentes deprecabuntur, veni iam, noli tardare.* ¿Diráse que esta plegaria fué oída cuando bajo la presidencia de Carlomagno, lugarteniente general del Vicario de Jesucristo, se estableció en Europa la gran confederación cristiana de la edad

media? No podemos creer que espíritus sérios puedan en el día de hoy encontrar satisfactoria semejante respuesta.

Desde hace tres mil años, otros acentos más vivos aún, otras súplicas más apremiantes llaman cada día y á cada instante ante las gradas del trono del eterno.

¿Quién hay que no conozca el Salmo 66, en el que David pide con instancia el advenimiento de Jesucristo? «O Dios, tened piedad de nosotros, hacednos conocer vuestros caminos en la tierra, los caminos misteriosos de vuestra providencia y la salvación que preparais para todas las naciones ... Señor, que os alaben, mejor aun, que *todos los pueblos* entren en ese concierto de alabanzas. *Confiteantur tibi populi, Deus: confiteantur tibi populi omnes...* El profeta y despues de él todos los que cantarán el reinado social del hombre-Dios, repetirán ese versículo al final de la misma oración, y en un salmo de solo seis versículos, las palabras *Pueblos* y *naciones* serán repetidas hasta nueve veces y el cántico terminará con estas expresiones: *Et metuant Eum omnes fines terrae*: que el temor del Señor se difunda por todas partes y llegue hasta los confines de la tierra.

¿Se observará quizás que el Salmo 66 no contiene sino votos y de ninguna manera una promesa formal del Todopoderoso?

Desde luego hay que decir que sería cosa muy extraña, que el Espíritu de Dios haya puesto durante tanto tiempo en los labios de su Esposa, deseos quiméricos. Además lo que el Salmo 66 contiene bajo la forma de ardientes deseos, otros en número innumerable lo afirman como un acontecimiento futuro cuyo cumplimiento no puede quedar retardado indefinidamente.

¿Quién no conoce ese canto de triunfo dedicado al Cristo-Rey y que la Iglesia no se cansa jamás de repetir durante los dias de santo regocijo por Navidad y Epifania? *Deus judicium tuum regida... Benedicentur in ipso omnes tribus terrae, omnes gentes manificabunt eum.* Es la grande promesa de Dios á los Patriarcas Abraham, Isaac y Jacob.

Pero preguntemos una vez más ¿cuando entónces todas las tribus de la tierra fueron bendecidas en Aquel que trajo al mundo el beneficio de la Redención?

Esta profecía de Isaías que hemos reproducido y que según el catecismo romano no ha sido realizada aún, todos los años la Santa Iglesia la pone en nuestros labios en la solemnidad de la Epifania. ¿Y qué otro es su deseo, sino que ese día especialmente pidamos á Dios con instancia que apresure el cumplimiento: *ut compleatur et ad exitum perducatur?*

Por consiguiente hace diecinueve siglos que la liturgia de la Iglesia católica guarda, en favor de las sociedades, de los pueblos y naciones de la tierra, ó mejor dicho, en favor de la humanidad entera, promesas que aún no se han realizado; y además afirma que un día se realizarán: y esas son precisamente las esperanzas de la Encíclica *Praeclara.*

VI

El Soberano Pontífice Leon XIII cuenta para la realización de esas esperanzas, ante todo con la eficacia de la Cruz de su Divino Maestro: *Probe memores quae olim et quanta per stultitiam Crucis patrata sunt.*

La Cruz posee una doble virtud que es preciso distinguir; por ella se sanan las almas y los individuos se transforman. Eso es lo que hizo, llevada á traves del mundo por los Apóstoles y regada por ellos con su sangre, desde el primer siglo de la era cristiana, en el universo entonces conocido. Émocionados por las palabras que caían de los labios del mensajero de la buena nueva, los pobres paganos contemplaban con amor y confianza el signo sagrado de nuestra redención, como en otro tiempo los judíos

miraban en el desierto la serpiente de bronce; y una fuerza prodigiosa que brotaba de aquel santo madero, los cambiaba en otros hombres.

Pero la Cruz tiene tambien otra virtud para sanar y transformar, no solamente á los individuos, sino tambien á las sociedades. La cruz es ese árbol de vida contemplado por San Juan en la Jerusalen celestial, àrbol cuyas hojas se convierten en remedio saludable para salvación de los pueblos y de las naciones. *Ostendit mihi ... in medio plateae lignum vitae ... et folia ligni ad sanitatem gentium.*

Por esas hojas de la Cruz ó del árbol de la vida, debe entenderse, según los comentaristas, todo lo que pertenece al culto exterior y público tributado á Dios y al divino crucificado; es decir las ceremonias exteriores de la religión, y en la Iglesia católica todo lo que en particular se hace para honrar la adorable Eucaristía, el Santo Sacrificio de la Misa, y en una palabra, todo lo que se realiza para dar á la augusta víctima del Calvario solemnes homenages.

Cuanto mas una nación, precedida por los que la gobiernan, tiene celo por esa gloria exterior que de nosotros espera la Magestad Divina, tanto mas recibe con abundancia las bendiciones del cielo.

El Espíritu Santo hizo componer expresamente en la série de las escrituras divinamente inspiradas, un libro entero para expresar esa importante verdad. Es el libro de los Paralipómenos, compuesto por Esdras, y que no es, como alguien pudiera creer, una simple repetición de los Libros de los Reyes. En los dos libros de los Paralipómenos, el sagrado áutor, persigue desde el principio al fin, una grande idea que los gobernantes harían bien en meditar sériamente: y es «que la prosperidad aun temporal de un pueblo está en razón directa del celo por el culto divino de que están animados los hombres que lo gobiernan; así como también que sus aflicciones, sus pruebas, sus desgracias, y particularmente la decadencia de la fortuna pública, son casi siempre consecuencia del desprecio que un gobierno profesa hácia las leyes relativas al culto exterior y público, que toda nación está obligada à rendir á la Divinidad.

Esdras nos hace palpar con la mano esa verdad, pasando ràpidamente en revista á todos los reyes de Judá, buenos y malos, desde David hasta Isaías. Pero ¿qué necesidad hay de recurrir al pueblo judío? ¿Acaso en nuestros dias no vemos sensibilizada la misma verdad en el espectáculo que contínuamente tenemos ante nuestros ojos? ¿Cómo explicar diversamente la maldición que por doquiera parece acompaña á los intereses de los pueblos cuyos gobiernos profesan el ateismo, y la prosperidad material de algunas naciones protestantes, que tienen sin embargo el buen tino de hacer respetar el dia del Señor.

Y qué sería si, como David, Ezequías, Josías y el santo rey Josáfat, un gobierno cualquiera, no contento con velar que la sociedad, por él dirigida rindiera á Dios el primer homenaje prescripto en el tercer precepto del Decálogo: «Con tu reposo santificarás el dia del Señor,» alentase con su ejemplo y con leyes bienhechoras el culto divino?

Veríase entonces que la Cruz revistiéndose, como otrora bajo el reinado de Carlomagno, de Roberto el piadoso y de San Luis, de sus mas hermosos ornamentos, que son las hojas del árbol de la vida, esto es, los esplendores del culto tributado al Divino Crucificado, haría brotar de nuevo en la sociedad entera una virtud divina que curaría todos sus males y la transformaría.

Leon XIII nos dá la esperanza y esta esperanza no puede quedar confundida. Día llegará en que la plenitud de esta virtud oculta se difundirá por el mundo y entonces Jesucristo desde lo alto de su cruz atraerá nuevamente á sí, no solamente á las almas, sino también á los pueblos y naciones; y no tan solo à algunos pueblos y naciones, sino á todos los pueblos y naciones de la tierra. *Omnia traham ad me ipsum.*

Omnia. Si es verdad que los pueblos y las naciones, en cuanto sociedades ó personas morales, son algo en la humanidad, como nada hay aquí abajo que el Divino Crucificado no deba un día atraer á sí, hay que concluir necesariamente que no puede llegar para el mundo la última hora antes que todas las naciones y todas las tribus del globo atraídas al pié de la cruz no hayan venido á rendir sus adoraciones y homenajes á Aquel que del cielo bajó á la tierra, no solamente para la salvación de los individuos, sino también de los pueblos y de las sociedades.

Ademas que el mundo no podrá acabarse, sin que en un momento dado, se vea á todos los pueblos y naciones reunidas alinearse simultáneamente bajo las ramas bienhechoras del arbol de la vida.

Esta es la conclusión con que San Leon el grande termina su comentario sobre estas palabras: *Omnia traham ad me ipsum.* De la misma manera, dice, que todas las víctimas de la antigüedad desaparecieron para ceder el puesto al Cordero de Dios inmolado en el Calvario, así todas las naciones del globo, sin perder sus respectivas nacionalidades, vendrán á fusionarse un día en un inmenso reino, que será el de Jesucristo en toda la tierra...

Esa misma es la conclusión con que el Divino Maestro finaliza la parábola del Buen Pastor.

El Verbo divino tiene las ovejas de su grey esparcidas por toda la tierra. Marcadas unas con el sello bautismal y perteneciendo á Jesucristo, necesariamente están unidas con el rebaño cuya dirección suprema está en las manos del Soberano Pontífice de Roma. Las otras no pertenecen en manera alguna á la economía de la nueva ley. Todo aquel que no está bautizado y á quien no se le ha presentado suficientemente la verdad del cristianismo, vive como en otro tiempo vivian los gentiles bajo la economía de la ley natural, cuyo legislador es tambien el Verbo de Dios; y hasta para ese hombre que por

un decreto soberanamente justo de la divina Providencia ha nacido fuera de la economía del cristianismo, llegan como migajas de un banquete, al que no le es permitido sentarse, las gracias del órden sobrenatural indispensables para la salvación eterna.

Pues bien, tenemos la seguridad, de que llegará un día en que el sol de la revelación iluminará á todos los hombres y depositará en todas las inteligencias una luz invencible; y entónces la ley natural no tendrá más razón de ser, y no habrá en la tierra más que la sola ley del Evangelio y la sola economía del cristianismo dominando á todos los pueblos y á todos los individuos de que se componen.

Todas las ovejas del Verbo divino formarán parte del mismo rebaño; todos serán introducidos en la sala del festin; todos tomarán asiento en la mesa del padre de familias, ufanos de llevar no solamente el título de Hijos de Dios, sino también el de hijos sumisos y obedientes de la Santa Iglesia. Desde lo alto de la cruz, Jesús habrá atraido todo á su cuerpo místico y no habrá más que una sola Grey y un solo Pastor.

Sí; grande es la virtud de la Cruz *ad sanandum gentes.*

Cada año, el viernes santo celebramos su omnipotencia, cuando en seguida del canto de la Pasión, el Sacerdote del Señor, descubriendo la Cruz velada durante algunos días, recuerda al Salvador de los hombres pendiente del patíbulo, las promesas que ha hecho de manifestar su gloria á todas las naciones de la tierra, de someter todos los principados y todas las potencias de este mundo al poder de su Iglesia y de convertir todos los judíos y todos los idólatras al centro de la unidad.

Y cada dia, aludiendo á esas súplicas solemnes, la Santa Iglesia ¿no ofrece acaso en el ofertorio de la misa lo que va á convertirse en la sangre del Redentor por la salvación del mundo entero: *pro totius mundi salute*?

Y en el canon de la misa, ¿qué otra cosa pedimos para la Santa Iglesia sinó, juntamente con una paz universal, la gracia de ver finalmente reunidas todas las ovejas que le han sido prometidas y que se encuentran aun dispersas por toda la tierra? *Ecclesiam pacificare, custodire, adunare et regere digneris toto orbe terrarum.* ¿Cómo el Espíritu Santo podía inspirar á su Iglesia votos que nunca habrían de realizarse?

Por último, en la primera de las oraciones que preceden á la comunion, el representante de Dios en el ara santa ¿no afirma que la reunion de todos los hombres en un solo y mismo rebaño es cosa plenamente conforme á la voluntad divina? *Eam* (Ecclesiam) *secundum voluntatem tuam pacificare et coadunare digneris.*

Se vé, pues, que las esperanzas de Leon XIII están muy lejos de ser esperanzas sin fundamento; á cada paso las encontramos en nuestros santos Libros y en las tradiciones veinte veces seculares.

VII

Una de las conversaciones más conmovedoras que leemos en el santo Evangelio, es sin contradicción alguna la que tuvo lugar entre el divino Maestro y sus Apóstoles, cuando éstos contemplaban con admiración las construcciones gigantescas del templo de Jerusalen. Los comentaristas no están de acuerdo respecto al número de cuestiones agitadas en esa conversación. Unos dicen que solo se trató de la ruina de Jerusalen y del fin del mundo.

Otros, por el contrario, pretenden hallar un acontecimiento intermediario, que respondía á la preocupación constante del pueblo judío, el cual deseaba saber cuándo vendría ó volvería á venir el Mesías para restaurar el reinado de Judá, á fin de marchar luego á la conquista del universo. A dar crédito á ciertas versiones que tenían curso aun en el Colegio

Apostólico, todo eso debía realizarse con una rapidez vertiginosa y terminarse el mundo prontamente. Interpretando en el sentido más estricto la palabra *generatio*, tomada amenudo en la Santas Escrituras por todo el género humano, es decir todos los hombres que vivieron, viven ó vivirán hasta el fin de los tiempos, muchos se imaginaban que entre los contemporáneos del Salvador no morirían todos sín haber asistido á ese triple acontecimiento.

De esa manera explicaban las palabras *adventus* y *generatio* usadas por el Maestro divino.

No negaba Jesús que tuviese que volver un día á la tierra para reinar, según las profecías, sobre todos los pueblos y todas las naciones del globo; pero los judíos habían mezclado á ese hecho incontestable una multitud de circunstancias que no tenían ningún fundamento en la tradición. No comprendían ellos que el Rey inmortal de los siglos pudiera, sin hacerse visible, ejercer su imperio sobre toda la tierra y recibir los homenajes de sus súbditos. De aquí el sueño de un regreso brillante exteriormente ante los ojos de todo el mundo; de lo que hallamos reminiscencias en la doctrina de los milenarios.

El célebre D. Calmet no duda que en la conferencia de que tratamos, los Apóstoles al interrogar al divino Maestro, hayan hablado bajo el influjo de todas las preocupaciones que acabamos de indicar; y he aquí porque en lugar de las dos cuestiones relativas, la primera á la ruina de Jerusalen y la segunda al fin del mundo, ciertos intérpretes distinguen tres, poniendo en boca de los discípulos las interrogaciones siguientes:

1) ¿Cuándo llegará el dia nefasto en que del templo que tenemos ante los ojos no quedará piedra sobre piedra? *Quando haec erunt?*

2) ¿Cuál es la señal por la cual se podrá reconocer que el Cristo-Rey viene para reinar sobre todos los pueblos y todas las naciones de la tierra. *¿Quod signum adventus tui?*

3) Y finalmente, ¿cuál será el signo precursor de la consumación de todas las cosas. *¿Quod signum consumationis saeculi?*

Como los Apóstoles están persuadidos de que, apenas el universo haya sido conquistado, terminará el mundo y que las mismas señales servirán para anunciar los dos acontecimientos, preguntan cual será esa señal que, segun sus preocupaciones, debe ser comun á uno y á otro. Como veremos después, estudiando la respuesta del Salvador conforme á la segunda opinion, los signos que precederán al reino social de Jesucristo, lejos de ser idénticamente los mismos, estarán en contradicción formal con los signos del fin de los tiempos.

Notemos de paso que para entender lo que contiene la gran profecía evangélica relativa á ese reino social del Hombre-Dios, es absolutamente necesario tener constantemente presente los evangelios comparados unos con otros y completar la sinopsis.

He aquí, en el sentir de la mencionada interpretación el resúmen del discurso del Divino Maestro:

« En contestación á las tres cuestiones que proponeis, voy á hablaros de tres grandes acontecimientos que conciernen el primero á la nación judía, el segundo á los pueblos de la gentilidad y el tercero á la humanidad entera sin distinción alguna de judíos ó gentiles.

« Por lo que respecta á Jerusalen, cuando veais aparecer en el templo del verdadero Dios las aguilas romanas acompañadas con la efigie de las falsas divinidades del mundo entero, (lo que constituirá la abominación en el lugar santo), entonces tendreis un signo infalible de que Jerusalen va á ser destruida. Los habitantes de esta gran ciudad, caerán unos bajo el filo del cuchillo, otros serán llevados cautivos y Jerusalen será hollada por los gentiles, hasta que llegue « la hora de las naciones »: *donec compleantur tempora nationum.* »

Detengamonos un momento en estas palabras:

Tempora nationum. Según los que ven tres cuadros bien distintos en la grande profecía evangélica, tendríamos en esas dos palabras la clave de la respuesta del Salvador á la segunda pregunta de los Apóstoles. Pero ¿qué se debe entender por *Tempora nationum*? Cuando Clovis hacía su entrada solemne con todo su ejército en la ciudad de Reims y se encaminaba hácia el bautisterio en donde debia ser regenerado con toda la tribu de los francos ¿era acaso el triunfo de las naciones? Cuando San Gregorio el Grande, enviaba á Agustin á Inglaterra, y San Gregorio II á Bonifacio á Alemania, cuando la Iglesia romana se regocijaba al ver entrar en su seno á los Visigodos de España y á los Lombardos de Italia ¿era entónces el tiempo de las naciones?

Era el de algunas naciones; pero no era aun aquel en el cual debía realizarse la promesa de Dios á los Patriarcas. Era simplemente un esbozo.

¡Que misión la de Leon XIII haber sido suscitado por el cielo para ser el iniciador de la obra más grande que la tierra haya visto jamás, de la obra que, en el curso de los siglos habrá procurado á Dios la mayor gloria; la toma de posesión por el Cristo-Rey de todos los pueblos y de todas las naciones del universo!

¡Que honor haber sido elegido para ser el heraldo de esa buena nueva! Ha sonado ya la hora marcada en las promesas divinas para todas las naciones. *Nunc complentur tempora nationum.* Hé aquí que se acerca el tiempo en el cual, todos los pueblos, todas las tribus, todas las familias, todas las sociedades de la tierra serán bendecidas en aquél en quien recibe toda bendición. *Nunc benedicentur in semine Abrahae cunctae tribus terrae, omnes gentes terrae, universae cognationes terrae, omnes nationes terrae.*

Pero volvamos á la gran profecía evangélica para oir de los labios del divino Salvador la descripción del segundo cuadro correspondiente á la segunda

pregunta de los apóstoles ó mejor dicho á la preocupación constante de todo el pueblo judío.

«¿Cuál es la señal por la cual se podrá conocer, Señor, que llegais para tomar posesión en la tierra del gobierno de todas las naciones».

Escuchemos la respuesta de la sabiduría eterna: *In illis diebus* ... En esos días aparecerán señales por todas partes ... *Erunt signa.* Y serán de tal naturaleza que infundirán espanto por doquiera. Parecerá que el universo entero, todas las sociedades humanas van á entrar en el caos. Los hombres quedarán helados de miedo á la vista de las catástrofes inauditas de que serán testigos ... Pero, *autem.* (Notemos atentamente la palabra *autem.* Repetida cuidadosamente por cada uno de los evangelistas, es significativa. Indica, como vamos á verlo, que las señales espantosas no son la fachada principal del cuadro y que á las señales de terror se mezclarán otras muy aptas para inspirar en las almas la alegría, el consuelo y la esperanza). Pero desde el día en que esas señales comiencen á aparecer: *his autem fieri incipientibus,* fijaos y levantad la cabeza llenos de confianza. No tengais miedo. Se acerca el grande acontecimiento esperado desde el orígen del mundo ... Se acerca el Rey inmortal de los siglos ... Está ya á la puerta llamando para despertar á los hombres endurecidos: *Scitote quia prope est in januis.* Lo que entónces causará miedo en las almas será la señal de la venida del Hijo del hombre para reinar invisiblemente con sus santos sobre todos los pueblos y todas las naciones del universo. Es entonces propiamente hablando que sonará la hora de las naciones: *Tempora nationum* ... Viene ya la redención de los pueblos. *Appropinquat redemptio vestra* ... Viene ya la gran cosecha durante la que los obreros apostólicos harán entrar en los graneros de la Santa Iglesia, no solamente espigas recogidas acá y acullá, sino todo lo que tiene vida en el campo del padre de familia.

No es todavía el ótoño sombrío con la caida de las últimas hojas, es decir de las últimas generaciones de la humanidad, sino que es un estío espléndido que se sucede á una larga y penosa germinación: *Quoniam prope est aestas.* Se acercan ya los dias tantas veces anunciados, en que la plenitud de las naciones entrará en la Iglesia y en que todos los hombres se encontrarán en la unidad de la fé católica. Se acerca por fin el reino de Dios, de Jesucristo y de su Iglesia, no solamente sobre las naciones de una parte del globo, sino sobre todos los pueblos del universo: Esta vez sí, que se establecerá aquí en la tierra el reino de Dios por excelencia: *Cum videritis haec fieri, scitote quoniam prope est regnum Dei.* Os lo aseguro en verdad, no se acabará el género humano sin que sea testigo de esos acontecimientos. Pasarán los cielos y la tierra, pero las palabras que acabais de oir, no pasarán».

El cuadro que precede tomado con su interpretación tan consoladora á los partidarios de la triple división de la gran profecía evangélica, ¿no habrá inspirado la Encíclica *Praeclara*»?

Leon XIII ha lanzado desde luego una mirada hácia el pasado y lo ha contemplado detenidamente: esos tiempos antiguos en que la fé divina era mirada como un patrimonio comun entre todas las divisiones, y que parece han desaparecido para no volver, no obstante las ruinas que las revoluciones políticas y religiosas han acumulado, no obstante los esfuerzos perseverantes de una secta encarnizada, no obstante todos los signos que, en una palabra, parecían cerrar la puerta á la esperanza, Leon XIII los ha visto desarrollarse en lontananza venidera en un nuevo órden de cosas. Leon XIII ha presentido para un porvenir cercano una regeneración universal y una grande unidad social.

Hé aquí, diremos con un piadoso prelado, hé aquí cómo por las ventanas del Vaticano llegan al Vicario de Jesucristo frescas brisas, como las que

anuncian la estación en que todo renace y vuelve á florecer en la naturaleza.

VIII

Hacer que, congregándose todos los hombres en la unidad de la fé, el cuerpo místico de Jesucristo llegue á su perfección, y que todos los pueblos que cubren la faz del globo se reunan en la grey del Buen Pastor, es en verdad obra grande: *Grande opus*; y Dios quiere cooperadores para realizar esta obra. «No ignoramos, dice la Encíclica *Praeclara,* los prolongados y penosos trabajos que reclama el orden de cosas cuya restauración anhelamos».

¿Y cuales son los instrumentos privilegiados que pueden y deben prestar su concurso y allegar su cooperación para esa empresa? La carta pontificia indica algunos. Estàn desde luego los Príncipes, los Soberanos, los Magistrados, y todos aquellos que en cualquier grado tienen en sus manos la autoridad y à los que el anarquismo hará abrir los ojos. Están las clases dirigentes que quieran ó nó, ejercen una influencia preponderante en las clases dirigidas, es decir en la inmensa mayoría del género humano.

Sabemos por otra parte, como el sabio Arquitecto ha trazado ya sus planos y ha distribuido en su pensamiento el trabajo que corresponde á cada una de las ordenes del clero secular y regular. «Suplicamos, dice el Soberano Pontífice, suplicamos á la bondad divina quiera multiplicar los ministros sagrados, verdaderamente dignos del ministerio apostólico, es decir, consagrados á extender el reinado de Jesucristo, hasta con el sacrificio de su bienestar y de su salud, y aun si fuere necesario, hasta la inmolación de su vida».

¡La extensión del reino social de Jesucristo! ¿Cómo trabajar en ello eficazmente en la hora actual? Se ha dicho con precisión, que asistimos en estos

momentos á una nueva faz en la marcha de las sociedades que forman la raza humana; y como lo afirmaba hace medio siglo un gran siervo de Dios, á nuevas necesidades hay que buscar instrumentos y medios nuevos: lo que bastaba hace un siglo, no bastará dentro de pocos dias.

Al inaugurarse esa edad que lleva ya su nombre y que en adelante se llamará los *nuevos tiempos*, la divina Providencia reclama imperiosamente de nosotros, si no instituciones enteramente nuèvas, á lo menos obras renovadas de aquellas instituciones que trabajaron con tanto suceso, cuando por vez primera sonó la hora llamada en el Evangelio: *Tempora nationum.*

Al presente, se necesitan obras que se inspiren en los pensamientos y en los sentimientos de aquellas edades de fé, en que, como lo ha dicho admirablemente León XIII, «reinaba la filosofía del Evangelio,» en que los principios cristianos no dirigían solamente las conciencias privadas, sino que eran el alma de todas las instituciones, tanto bajo el punto de las leyes, cuanto de las ciencias y de las artes.

Al presente necesitamos de obras marcadas muy particularmente con el sello social, capaces de ejercer una influencia saludable no solamente en las almas individualmente, sino también en todos los hombres reunidos en sociedad.

Gracias á Dios el siglo actual ha sido el más fecundo en asociaciones é instituciones religiosas y seglares para la propagación del bien y de la verdad. Y han de dar ópimos frutos, ya que, como lo declaraba el historiador Guizot: «No solamente en esta terrible confusión el cristianismo proclama el bien y condena el mal en principio; sino que él solo tiene de hecho la autoridad y la fuerza necesarias para dominar el mal, sin que el bien perezca también en la lucha».

Mas aún; la Iglesia por medio del Pontificado está en condiciones de conducir la humanidad á su glo-

rioso porvenir, muy lejos de encontrarse en la decadencia, de que hablan sus adversarios vulgares; para demostrarlo nos complacemos en citar á este propósito la autoridad de M. Gladden, protestante y director de la célebre *Revue historique*, quien en un sensato trabajo sobre el Papado, dice: «Una singularidad de la época actual es ver á esa institución, cuya existencia parecíanos pocos años hace, una especie de anacronismo, (segun la preocupación racionalista) gozar en todo de un nuevo vigor de vida y popularidad, y añadir el entusiasmo de juventud y de esperanza á la aureola de antigüedad y á los recuerdos gloriosos de que la han coronado los siglos. En medio de la turbación arrojada en las conciencias y en los intereses por el creciente poder de las clases obreras y de sus aspiraciones apasionadas hácia un estado social más feliz y más justo, se pregunta el mundo si el Papado no es la única autoridad capaz de servir de árbitro entre el capital y el trabajo, y de facilitar la solución de los problemas sociales, dando á los que poseen el sentimiento de sus deberes y desarmando la codicia de los que no poséen.

Frente á la ostentación de perversidad refinada y de cinismo procáz que deshonra á la literatura y á la sociedad moderna, que halla formidables auxiliares en los progresos de la demagogía y en la teoría de la libertad ilimitada de imprenta, nosotros estamos dispuestos á «ver en la Iglesia católica la única fuerza moral organizada capaz de levantar las conciencias y de acabar con una desmoralización que amenaza borrar el respeto á la pureza de costumbres, y hasta las mas sencillas ideas de probidad y de honor.

Contemplando á la Iglesia católica, no se puede menos de experimentar un sentimiento de veneración hácia la institución más notable por su influencia y más importante por su duración que el mundo ha visto.

Frente á ella, los más poderosos imperios son una débil figura, porque ella ha sido, en todos los siglos, un emporio de sacrificios, de santidad y de civilización».

A este testimonio emanado de pluma tan autorizada é imparcial, podemos añadir estas palabras de M. de Vogüé: «Tal es la potencia de transformación de la Iglesia que, fija en su doctrina, adapta con admirable sagacidad su gobierno y su acción humana á todas las necesidades de los tiempos. La Iglesia es *católica* y al extender sus conquistas sobre la tierra, no hace más que fortificarse, sin que se debilite, como nosotros.

Por consiguiente, ¿no es evidente que *nuestro siglo* trabaja en favor de la Iglesia cuando unifica al mundo, como trabajara otrora en su favor la Roma imperial?»

Sí; el Siglo trabaja en favor de la Iglesia al unificar el mundo y las naciones con los adelantos de las ciencias y de las artes, con la extensión del telégrafo y ferro-carriles, de la industria y del comercio y con esas invasiones de la influencia europea hasta el extremo Oriente en la China, Tartaria, Japon y Oceanía; mientras la Iglesia católica con las conquistas crecientes de la gran obra de la unión de las Iglesias y de la Propagación de la fé aprovecha las conquistas del Siglo para el reinado de la Cruz en la humanidad entera.

La evolución científica, política y social con relación al porvenir del catolicismo

Vamos á terminar el presente opúsculo con el último discurso pronunciado en el Club Católico de Montevideo, porque constituye una especie de síntesis, y es como una respuesta compendiosa á los pesimistas de ambos campos.

Así pues y sin más preámbulo, proponemos la gran cuestión, la cuestion más palpitante en la actualidad. En efecto: en este fin de siglo se nos pre-

senta este interesante problema: ¿cuál será la suerte y el porvenir del catolicismo en el próximo siglo XX? Y se ha contestado: la evolución científica, política y social prepara una difícil y dolorosa crísis para la Iglesia Católica.

Un cierto número de espíritus sérios han llegado á afirmar que jamás los destinos del mundo católico han estado más en peligro desde el orígen del cristianismo hasta nuestros días. Hácia cualquier lado, se dice, que el observador dirija su mirada, contempla la política, la ciencia, y la misma filosofía marchar con paso unánime contra la Iglesia; hecho que no es conveniente ocultar, porque ni los individuos, ni los pueblos, ni las instituciones ganan cosa alguna en disimular los peligros que les amenazan.

Y bien, en tal hipótesis, también sería cierto que el catolicismo es asaz fuerte para considerar sin temores el porvenir difícil que las circunstancias le preparasen; como es demasiado conocedor de las cosas y de la humanidad para padecer ilusiones acerca del trabajo inmenso y de los heróicos esfuerzos que son necesarios en una época de transición para asegurar su triunfo entre los hombres.

El catolicismo en la hora presente se encuentra, en verdad, con tres cuestiones soberanas, á cuyo alrededor fermentan, por decirlo así, las más ardientes aspiraciones de la sociedad moderna: la cuestión científica, la cuestión política y la cuestión social.

Estas tres cuestiones se encadenan rigurosamente, no sólo en el dominio abstracto de la metafísica, sino también en las preocupaciones de nuestros contemporáneos. Cada uno pretende hoy día servirse de los resultados ciertos de la ciencia para resolver la cuestión política y la cuestión social, primando sobre todas la cuestión científica; en lo que nuestra generación da pruebas de su intelectualidad.

Es claro, en efecto, para todo espíritu ilustrado que la solución de los problemas políticos, así como

de los numerosos problemas de asociación, de equilibrio entre el productor y el consumidor, de justicia distributiva entre el patrón y el obrero, que constituyen lo que se llama la cuestión social, dependen ante todo de la idea neta y exacta que se tenga de la *naturaleza del hombre* y de *su destino*; cosas todas que pertenecen esencialmente á la ciencia; aunque el Evangelio las enseña también de una manera completa y sublime.

Pero la ciencia debe dar la clave de la cuestión política y de la cuestión social; lo que está en el órden de las cosas y así lo entienden nuestros contemporáneos

II

Es por tanto, con la cuestión científica que el catolicismo tiene que habérselas desde luego.

Ahora bien, hoy día la tendencia casi general de las universidades inglesas, alemanas y francesas, impregnadas de un pasagero ambiente positivista, es á resolver esta cuestión contra la Iglesia.

Las teorías cristianas del orígen del hombre, de su naturaleza, de sus destinos, son violentamente contradichas por el materialismo y el transformismo darwiniano, que han invadido el dominio de la ciencia y que pretenden establecer cada vez más un reinado incontestable. Explicarlo todo, en el hombre y en el universo, por el solo juego de las fuerzas mecánicas, cuyo vasto *colector* es la materia, tal es la pretensión, cada vez ménos disimulada, del mundo sabio fuera del cristianismo. Sin duda alguna que el espiritualismo, cuenta todavía, fuera de la enseñanza católica con representantes autorizados, como los Julio Simón, los Pablo Janet, los Frank, los Caro y otros que lo defienden valientemente contra los ataques de Taine, Renan y Pablo Bert. Pero no puede negarse que la metafísica atraviesa en estos momentos una crísis, que entraña dolorosas consecuencias para el catolicismo, religión espiritualista por excelencia.

Sin embargo, ni la filosofía espiritualista ni el catolicismo han sido derrotados. Desde luego la cuestión científica nada tiene que pueda aterrar á la teología católica. Nuestros dogmas, cualesquiera que sean, resisten invenciblemente los asaltos más formidables del libre-pensamiento. Ninguna de las ciencias naturales contiene una sola ley, ni proporciona una sola conclusión que contradiga los principios de la Iglesia bien comprendidos y extrictamente formulados. Interróguese la física, la química, la geología, la fisiología, la antropología en sus relaciones con lo que la religión nos enseña sobre el orígen del mundo y del hombre, y su testimonio no hará más que fortalecer ó esclarecer la doctrina cristiana. Este es un resultado cierto, un hecho incontestable para todo espíritu imparcial, que estudia por igual la religión y las ciencias; y es lo que expresó el libre-pensador Brunetiere al calificar de *bancarrota de la ciencia*, el fracaso completo de la ciencia incrédula contra los dogmas.

Al efecto, queremos recordar el artículo tan célebre, titulado: *Después de una visita al Vaticano*, en el que prueba con hechos y argumentos irrefutables que la reacción espiritualista y religiosa, avanza con pasos de gigante.

Brunetiere, que al viajar recientemente por Italia, más afortunado que Zola, consiguió entrar en el Vaticano y ver al Papa, ha quedado encantado, y ha escrito una página realmente admirable, ha entonado un hermoso himno al Papa, á la Iglesia Católica y á la civilización cristiana.

En ese himno el filósofo desengañado declara noble y honradamente que la ciencia moderna, en cuanto quiere sustituir á la Teología y á la Metafísica, no es más que un ruidoso y ridículo fracaso.

La ciencia moderna investiga, estudia, clasifica los fenómenos, pero no puede elevarse á la región de las causas y de los fines.

La ciencia moderna no puede crear una Moral,

ni aspirar á ser la directora de las almas, ni la refrenadora de las pasiones del hombre.

Para todo eso, digan lo que quieran los positivistas, es absolutamente incapaz la ciencia.

Por otra parte, los ataques de la ciencia moderna á la religión son infundados, y si se les examina bien, del todo inofensivos.

En este pleito, que la llamada ciencia moderna, ha puesto á la religión, el sentido comun impondrá á la ciencia perpetuo silencio, y la condenará en costas.

León XIII es un gran Pontífice que conoce á maravilla las necesidades de los tiempos modernos y de las nuevas generaciones; y todos los hombres de buena voluntad acabarán por reunirse á su alrededor y seguirle, y este será un día de fiesta magna para la humanidad entera.

Tal es en substancia lo que ha escrito Brunetiere en hermoso estilo, aunque con algo de la enfática pretensión que es característica de casi todos los modernos escritores franceses. Su artículo ha sido traducido á casi todos los idiomas, y es conocido ya en toda Europa y en América, y por tanto no hay necesidad de transcribirlo.

Pero ¡cuán pequeño es el grupo de los que tienen de la religión un conocimiento completo y verdadero, y cuán grande, al contrario, es el grupo de los que la ignoran, puesto que hasta han dado en declarar que no es objeto digno de llamar la atención del espíritu humano; y esto lo dicen del catolicismo, á quien deben ser civilizados sus propios adversarios! He aquí propiamente el obstáculo que debe vencerse; el catolicismo, en efecto, no es conocido tal como es; y para él la solución de la cuestión científica viene á convertirse en *una cuestión secundaria de difusión y propaganda doctrinales*.

En general, el hombre ilustrado que no cree y que rechaza alguno de nuestros dogmas, ó no tiene sino una idea falsa del dogma, ó bien exagera las consecuencias que saca de las ciencias experimentales.

A este mal ¿qué otro remedio oponer, sino formular más exactamente los dogmas no comprendidos, ó demostrar que las consecuencias ó teorías que se sacan de las ciencias experimentales son falsas? Así el trabajo y las leyes experimentales de Darwin son hechos incontestables: pero la lucha por la existencia, la concurrencia vital, etcétera, sirven para demostrar la *conservación* de las especies y no la *transformación*, como pretende. Es por tanto, cuestión de *apología* cristiana adaptada á las circunstancias y al estado actual de las ciencias.

La cuestión científica, por tanto, que es la primera de todas, no espanta ni desconcierta al catolicismo.

¿Quien no sabe, en efecto, que nuestros recursos científicos é intelectuales son numerosos, ya sea en los seminarios, donde la enseñanza de la teología y de la historia eclesiástica se armoniza cada vez más con las necesidades de los tiempos modernos; ya sea en los institutos católicos donde se forman paulatinamente, espíritus distinguidos, capaces de defender un día la pura doctrina de la Iglesia; ya sea en esas almas y talentos escogidos, como un Pasteur, un Roux y otros, que la Providencia devuelve á la fé, y cuyo testimonio es tanto más eficaz, cuánto es más desinteresado?

III

En cuanto á la cuestión política, que parecía tan amenazadora para la Iglesia, especialmente en Europa, no diremos más que algunas palabras, pues que en la América democrática ya no tiene casi interés alguno, por inofensiva á la religión.

La soberanía en sí misma considerada, viene de Dios, porque siendo todos los hombres iguales, ninguno puede mandar á otro en nombre propio. De Dios viene el poder, aunque no los gobernantes, como decía ya en su tiempo San Juan Crisóstomo.

Pero este poder puede residir en un individuo ó en

varios ó en la nación, *soberanía nacional*, según la forma de gobierno que las circunstancias hayan establecido ó aconsejado como mejor y más adaptada al carácter de un pueblo.

El gran Pontífice Leon XIII ha recordado con frecuencia, desde algunos años á esta parte y en especial con ocasión de la República francesa, estos dos principios generales: que el catolicismo acepta todas las formas políticas de gobierno en las naciones con tal que se respete la justicia; y en segundo lugar que la democracia, la República, nada tiene, filosóficamente considerada, que la ponga en contradicción con la doctrina religiosa de Jesucristo.

La incredulidad ha querido poner en boga este pretexto de la incompatibilidad del catolicismo con la democracia para perseguir á la religión y conseguir la separación de la Iglesia del Estado, cuya tésis es tan falsa como la separación del alma y del cuerpo. Pero además de que la irreligión y el excepticismo son accidentes, que no pueden durar en la vida histórica de una nación; allí como en muchos Estados modernos perseguidores de la Iglesia, la separación de la Iglesia y del Estado, en hipótesis, como solución radical y suprema, sería quizás para el catolicismo, después de algunos dias de perturbación é inquietudes, el punto de partida de una prosperidad sin ejemplo.

Pero sobre todo, si puede afirmarse que el régimen propio de las sociedades del porvenir es la democracia, también hemos demostrado en un capítulo especial de este opúsculo que los grandes principios de libertad, igualdad y fraternidad, base necesaria del régimen democratico, no pueden realizarse en el mundo civilizado sin el cristianismo; porque son imposibles sin la infiltración social del Evangelio.

De manera que en tésis y en hipótesis la cuestión política no nos hace temer por el porvenir del catolicismo.

Vengamos ahora á la cuestión social; y veremos que aquí el triunfo de las ideas cristianas toca á su apogeo.

El cristianismo, en efecto, ¿es otra cosa que una vasta é inmensa escuela de mútua asociación, donde el espíritu de caridad esparcido por do quiera, hace circular la vida y la fuerza, espendiendo en provecho de los humildes y de los pobres las riquezas de los grandes y de los afortunados?

¿Qué principio se invocará para mover al patrón en favor del artesano y hacer al capitalista más sensible y compasivo por las necesidades del productor? Se invocarán las ideas de solidaridad, de justicia, de fraternidad, de generosidad; pero estas son las lecciones de que nos habla el Evangelio en cada una de sus páginas y de las que la Iglesia es la más magnífica y más antigua personificación.

La Iglesia, que bendijo un día las corporaciones obreras, que no tiene más dulce cuidado que aliviar al pobre, habiendo hecho un decálogo especial de las obras de misericordia, nada tiene que temer de la cuestión social, que solo ella resolvió en el pasado y que sin ella no se resolverá en el porvenir, habiéndose preocupado de ella de una manera magistral el actual Pontífice Leon XIII, en su Encíclica *Rerum novarum*, el documento más clásico que sobre la cuestión social se haya publicado, al decir de amigos y adversarios.

Y si se deseasen testimonios sobre este punto, hélos aquí:

El célebre Bismarck en un discurso al Reichtag, hace esta notable declaración: «Los obreros que se han hecho incapaces del trabajo por razón de la edad ó enfermedades, tienen el derecho de exigir de la comunidad socorros más considerables que los obtenidos hasta ahora. Encontrar los medios convenientes para subvenir á esta necesidad es uno de los empeños más difíciles, pero también de los más elevados *de todo Estado que se base sobre la moral*

del cristianismo. Apoyándose sobre los recursos de la organización cristiana y reuniéndolos bajo forma de sociedades cooperativas, protegidas y auxiliadas por el Estado, será posible, como lo esperamos, llegar á la solución de cuestiones que el estado civil *no puede obviar en la misma medida, que la religión cristiana.*»

Muchos años antes que el Canciller de Alemania, Chateaubriand lo había proclamado con la doble autoridad del genio y de la experiencia, en las últimas páginas de sus *Memorias de ultratumba*: «La idea cristiana es el porvenir del mundo. Es imposible comprender, á quien no es cristiano, la sociedad futura siguiendo su curso y satisfaciendo á la vez *la idea puramente republicana* ó la idea monárquica modificada. En todas las hipótesis, las mejoras que deseais, no las podeis sacar sinó del Evangelio.

En el fondo de las combinaciones de los sectarios modernos, sansimonianos, socialistas, comunistas, unionistas, igualitarios, *está siempre el plagio, la parodia del Evangelio; siempre es el principio apostólico lo que se encuentra.* Este principio de tal manera nos ha compenetrado que usamos de él como si nos perteneciera; nosotros lo presumimos natural, aunque no nos sea tal; nos viene de la antigua fé encarnada desde generaciones. Este espíritu independiente, que se preocupa del perfeccionamiento de sus semejantes, no hubiera jamás pensado en ello, si el derecho de los pueblos no hubiese sido puesto por el Hijo del hombre. Todo acto de filantropía que realizamos, todo sistema que soñamos en interés de la humanidad, no es más que la idea cristiana renovada, cambiada de nombre y con frecuencia desfigurada: pero es siempre el Verbo hecho carne...

El cristianismo, estable en sus dogmas, es movible en sus luces: *su transformación envuelve la transformación universal.*»

En fin, como si los testimonios debiesen venirnos de todos los puntos del horizonte en favor del cris-

tianismo, he aquí lo que decía Renan en un libro lleno por otra parte de peligrosos errores: «En cuanto á la asociación de los débiles y la solución legítima de la mayor parte de los problemas que promueve la organización de la humanidad, *el cristianismo puede dar sobre este punto lecciones á todos los siglos.*»

IV

Hé aquí, pues, lo cierto y seguro: ni la cuestión científica, ni la cuestión política, ni la cuestión social, pueden hacer temer al catolicismo de sus promesas eternas de vida, de esperanza y de porvenir. ¿Qué digo? sólo él con sus dogmas, tan sabia y poderosamente encadenados, con su moral tan bella y tan perfecta, con su organización tan llena de recursos, resolverá estas tres cuestiones soberanas, en cuanto al menos son capaces de solución, porque su ideal de perfección es indefinido, y adaptable á cada momento histórico de la humanidad en sus aplicaciones y aspiraciones al ideal de progreso y civilización.

Pero quiero añadir, al terminar, que un gran número de espíritus sérios, de almas leales, comprendiendo que el catolicismo es la única religión que puede triunfar del caos de la irreligión y del excepticismo, desean con sinceros votos el día dichoso del acuerdo del Siglo y de la Iglesia. Hé aquí como se expresaba el célebre Alejandro Dumas, hijo: «La desinteligencia podría muy fácilmente desaparecer, si la Iglesia volviese á dirigir su acción en el sentido que puede y que deberá ejercerla. El corazón, la imaginación y el alma del hombre están tan dispuestas á creer, tienen tanta necesidad de ideal y de entusiasmo, así como de socorros y apoyo, mientras las enseñanzas oficiales de la Iglesia, sus tradiciones poéticas unidas á esos altos preceptos de amor y de caridad del Evangelio, su culto

grandioso, que se apodera de todos los sentidos, responderían tan bien á las aspiraciones del alma humana y los satisfarían tan maravillosamente! Después de haber reunido durante tanto tiempo todas las razas superiores en la misma idea y en la misma comunión, vosotros (los católicos) las habeis perdido casi del todo, (sic).....
¿Creis acaso, por ser vosotros los que más sufris, ser los únicos en sentir y deplorar esa ruptura? Entre los que se han separado de vosotros, entre los mismos que os atacan ¡cuántos hay que sienten disgusto de no estar con vosotros y estarían prontos á volver á vuestras filas, si vosotros lo quisierais resueltamente con espíritu sincero de conciliación y de iniciativa!»

Sí; nosotros lo queremos, siguiendo el llamamiento del gran Papa á las almas que sienten la nostalgia de la fé; de esa fé que engrandeció las almas y los corazones de la humanidad redimida. No lo dudeis, la Iglesia quiere destruir vuestros prejuicios y hacer brillar ante vuestros ojos la pura luz de las verdades evangélicas. Y ¿cuál sería sino la misión de la Iglesia, si ella no procurase agrupar de nuevo á todos sus hijos alrededor de esa cruz redentora y civilizadora, que tanto han amado!

Y ¿quién no recuerda los acentos paternales del gran León XIII en su encíclica *Præclara*, llamamiento solemne á todas las almas grandes y de buena voluntad, que sienten la nostalgia de las grandezas de la fé y de la religión de sus mayores?

Y me es grato consignar en homenage á la memoria del Dr. Carlos M. Ramirez, mi particular amigo y condiscípulo, de tanto genio y talento como M. de Vogüé, que creia en el porvenir de la Iglesia católica y en su benéfica influencia; siendo entusiasta admirador de la iluminada política de León XIII.

Hé aquí pues, como se corresponden esos votos de conciliación y unión de parte del Pontífice y de parte de los espíritus sinceros. ¡Dios los bendecirá!

Mientras tanto, la lucha del cristianismo, bajo el triple terreno científico, político y social, será más ó ménos larga y difícil y tendremos necesidad de aliados para conseguir la victoria sobre el materialismo y las bajas pasiones, que no se rinden ante los grandes ideales.

Pero las grandes almas no han desaparecido del seno de las naciones y cualquiera que sea el partido que sirvan y el estandarte que defiendan, todas las almas grandes son hermanas, y la voz de la sangre, que clama en ellas, hace que se reconozcan do quiera que estén. Ellas se reconocerán bien pronto de un confin al otro del mundo, cuando el positivismo, aplicando sus teorías materialistas á la organización de la sociedad, haya probado por una experiencia decisiva su potencia para el mal y su impotencia para el bien. Así que, lo que parecía ser la muerte del catolicismo, será la aceleración de su triunfo y el de la civilización humana.

A la obra, pues, todas las almas generosas, en la paciencia y el trabajo, con la ciencia y el sacrificio, en la perseverancia y la caridad, como nos lo indica el inmortal autor de la Encíclica *Præclara*. Porque á pesar de lo que digan espíritus pesimistas y miedosos, el porvenir es de la civilización y del catolicismo, porque es de Jesucristo, cuyo reinado no puede tener, ni tendrá fin.

Las direcciones en la Iglesia

Para los efectos de propaganda del presente folleto sobre las relaciones de la Iglesia con la sociedad moderna, vamos á hacer las siguientes observaciones.

Los Papas han estado siempre á la altura de su misión, porque en los planes de la Providencia son los conductores de los pueblos, los salvadores de la humanidad y los directores de la civilización cristiana; de donde resulta que la historia de la Iglesia es la historia del Papado y la historia del Papado es la historia de la civilización, como dice Donoso Cortés. Pero las direcciones del Pontificado en el gobierno de la Iglesia tienen por órgano caracterizado ú oficial la voz de los Obispos, puestos por el Espíritu Santo para gobernar la Iglesia de Dios bajo la conducta y en unión del primer Obispo, el Obispo de Roma, el Papa. De manera que en la Iglesia es subversiva del órden gerárquico, establecido por Jesucristo, la pretensión de dirigir á los Pastores, atribución esclusiva del Pastor Supremo, el Romano Pontífice.

Y esta es la conducta y enseñanza que de una manera especial ha inculcado en diversas ocasiónes León XIII. Así en la Encíclica «Inmortale Dei» dice: «Hay que conservar ante todo, la concordia de las voluntades y buscar la unidad en los propósitos y acciones, lo cual se obtendrá sin dificultad si cada uno toma para sí como norma las prescripciones de la Sede Apostólica y si obedece á los Obispos, á quienes el Espíritu Santo puso para gobernar su Iglesia».

Y en la Epístola Encíclica *De religione galliarum* reprobaba el celo indiscreto de algunos católicos que llegaban por el camino opuesto á los confines mismos del cisma, independizándose de sus Pastores, bajo pretexto de que no era acertada su conducta en la dirección de la política eclesiástica. «Anteponiendo los católicos *el propio parecer* y el propio bien al bien comun, decía el Santo Padre, sugétense de grado á la disciplina y autoridad de aquellos á quienes puso el Espíritu Santo para gobernar la Iglesia de Dios; cuiden de no emprender nada, que no vaya en armonía con la voluntad de los que, cuando se trata de los intereses de la religión, deben ser seguidos como jefes.»

Mas aun; en la Carta al Cardenal Arzobispo de Paris, del 17 de Junio de 1885, hace notar que los que se apartan de esta norma de conducta atentan contra

el orden gerárquico de la Iglesia. He aquí sus palabras: «Hemos observado que, debido quizás á lo funesto de la época que atravesamos, algunos católicos no contentos con cumplir con el papel de súbditos, creen que pueden tener parte en el gobierno de la Iglesia y que pueden lícitamente llamar á juicio y á exámen á dicha autoridad. Con lo cual se suscita un gravísimo conflicto y una confusión en la Iglesia de Dios, en la que por manifiesta voluntad de su divino Fundador únicamente á los Pastores fué encomendado enseñar, juzgar y gobernar, y á los fieles impuesto el deber de seguir sus enseñanzas, someterse dócilmente á sus juicios y dejarse gobernar, reprender y conducir; y es cosa de absoluta necesidad que los fieles se mantengan de inteligencia y de corazón unidos á sus propios Pastores, y éstos al Supremo Pastor, toda vez que en esa subordinación y dependencia están fundados el orden y la vida de la Iglesia.»

Hemos querido recordar estas enseñanzas y amonestaciones de León XIII á propósito de los que, al decir de *Le Moniteur de Rome* se han metido á criticar, á fastidiar, á reclamar y á gritar al cisma y á la heregía respecto á los discursos sobre «La Iglesia y el Siglo» en los que Monseñor Ireland se ha propuesto exponer y propagar la alta é iluminada política de León XIII en las relaciones de la Iglesia con la sociedad moderna.

Y es muy de notar que el ilustre Arzobispo de San Pablo emprendió esa propaganda por indicación del mismo Papa; y este vigilantísimo Pontífice no podría permitir por razón de su mismo cargo de Pastor Supremo, que se llegase á hacer la 6.ª edición de los discursos de un Prelado tan eminente, si en vez de apoyar su política la contrariase ó faltase á la ortodoxia, defraudando así las miras del sabio Pontífice.

INDICE

	Páginas
Pastoral	III
El Espíritu Nuevo — Prólogo	1
La Iglesia y el Siglo	11
Las protestas contra la conciliación	23
La política de León XIII según la Encíclica «Præclara»	38
La actual crisis religiosa y la transformación contemporánea	51
Razones que reclaman y legitiman la conciliación entre la Iglesia y el Siglo	72
El espíritu filosófico separado del cristianismo destruyó la sociedad moral en vez de reformarla	96
Fuera del cristianismo no hay salvación para la humanidad	112
Lo que ha venido á ser la humanidad fuera del reino del cristianismo	127
Destinos futuros del reinado del cristianismo	133
La Cruz redentora	144
Nostalgía de la Cruz	149
El progreso moral por el cristianismo	155
León XIII y la orientación dada á la Iglesia en sus proyecciones del porvenir	159
La Encíclica «Præclara» y sus vistas proféticas sobre los nuevos tiempos, estudiada á la luz de algunos textos bíblicos	170
La evolución científica, política y social con relación al porvenir del catolicismo	209
Las direcciones en la Iglesia	220